

LOS HEROS



DEL OLIMPO

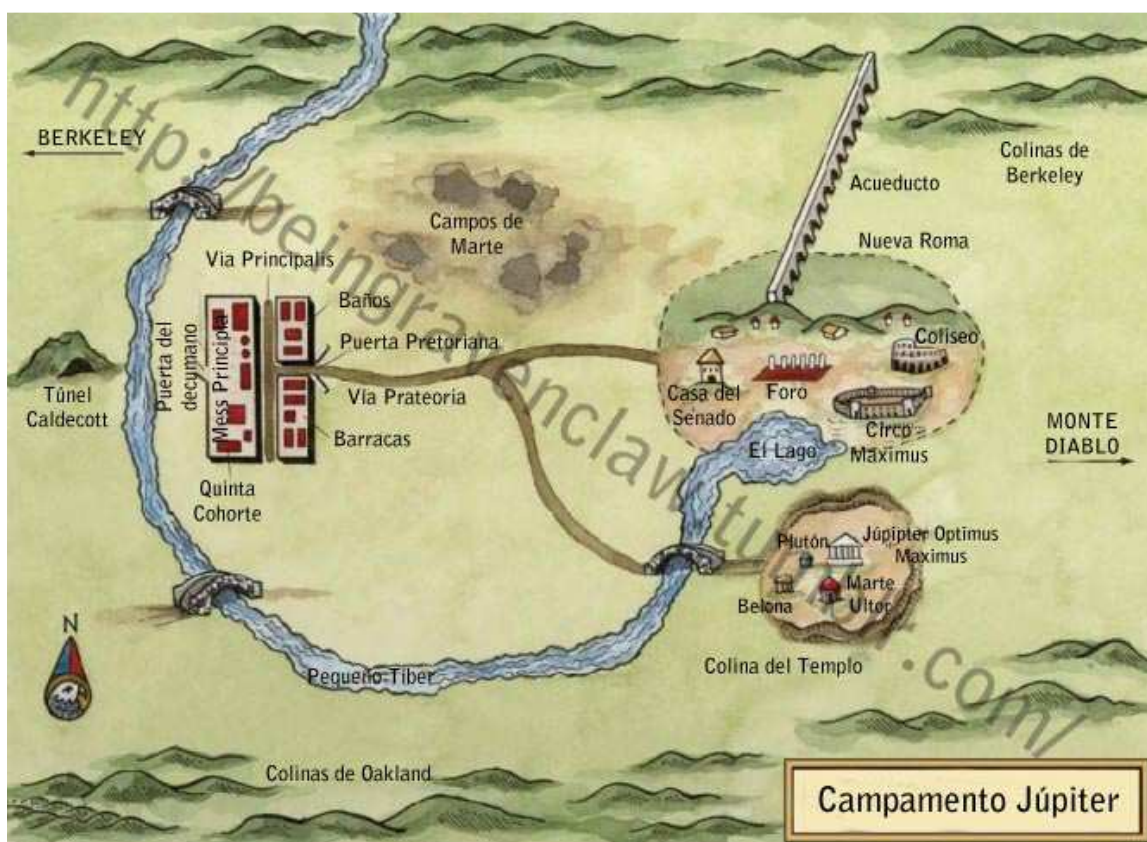
EL HIJO DE NEPTUNO



AUTHOR OF THE BEST-SELLING PERCY JACKSON SERIES

RICK RIORDAN

PROXIMAMENTE EN: BEINGRAVENCLAW.TUMBLR.COM



Nos Preocupamos Por Su Salud y Su Seguridad

Algunos consejos para una experiencia genial en el campamento:

Nunca te fies de un **graecus**



No les mientas a los **galgos**.

No les hagas caso a los **lares**. Podrán expresar su opinión, pero están muertos.



No des de comer a los **faunos**. Solo les anima a seguir pidiendo.



Si has visto un objeto como éste, per favor contacta con la preter.

REGLAS Y REGULACIONES

- Las armas de fuera del campamento no están permitidas.
- Una adecuada identificación es requerida al entrar y al salir de las fronteras del campamento. Esta regla será estrictamente aplicada. En serio.
- El Campamento Júpiter no se hace responsable de la pérdida o robo de objetos personales como iPods, denarios o peluches.
- Los campistas asumirán toda responsabilidad en caso de muerte durante los juegos bélicos.
- Las fotografías en el campamento están estrictamente prohibidas para asegurar su seguridad.



BIENVENIDOS AL
CAMPAMENTO JÚPITER
Tu hogar contra
los mortales y los monstruos



GUÍA PARA RECIÉN LLEGADOS
Somos lo mejor del oeste.

CONGRATULACIONES, NUEVO RECLUTA

Felicidades por haber completado tu educación en la Casa del Lobo. Estamos orgullosos de darte la bienvenida a la legión, donde te convertirás en un verdadero soldado de Roma. Aquí en el Campamento Júpiter, vivirás y entrenarás con otros semidioses de tu edad. Mientras descubras tus dones heredados por tu pariente divino, encontrarás tus habilidades únicas y aprenderás a trabajarlas con otros en unidad. A pesar de que existamos en un sitio ordenado, muchos peligros acechan fuera de las fronteras del Campamento Júpiter. Seas hijo de un dios mayor o legado, jugarás un papel importante defendiendo nuestra seguridad y nuestro honor. ¡Disfruta de las victorias!

Tus pretores,
Reyna y Jason



COMIDA Y HOGAR



Los legionarios comen bien en el Campamento Júpiter, incluso en los días festivos. Entendemos que necesitas mantener tu fuerza durante el entrenamiento.

El Campamento Júpiter sirve aproximadamente a 200 legionarios, chicos y chicas, divididos en 5 cohortes. Tu cohorte se convertirá no sólo en tu familia, será tu motivo de orgullo.



Cada cohorte tiene 4 barracas de 10 literas (las sábanas, las toallas y los artículos de aseo debe de ser proveído por tu padre divino). No te olvides de limpiar antes de la asamblea diaria o te denegarán privilegios, tales como usar las termas o Hannibal, el elefante.



ACTIVIDADES

Por supuesto, lo más destacado del Campamento Júpiter es el entrenamiento en el combate. Comenzarás con un pugil y un escudo y seguirás con técnicas de gladiador y caballería. También ofrecemos tiro al arco. Los guerreros más avanzados tendrán oportunidad de usar armas sitiadoras, como la ballesta de escopión. Tus habilidades serán probadas durante los emocionantes juegos bélicos del campamento.



¡Buena suerte para ti y para tu cohorte!

ESCOGE TUS SUMINISTROS
DEL CAMPAMENTO EN LA
VIA PRAETORIA.



CAPITULO I

PERCY

LAS MUJERES CON EL PELO DE SERPIENTES comenzaron a molestar a Percy.

Deberían haber muerto hacía tres días cuando dejó caer encima de ellas una caja de bolas de bolera en el mercadillo de Napa. Deberían haber muerto hacía dos días cuando las atropelló con un coche de policía en Martínez. Deberían haber muerto definitivamente cuando aquella mañana les cortó la cabeza en Tilden Park.

No importaba cuántas veces las mataba Percy y las veía ser reducidas a polvo, ellas seguían reconvirtiéndose como unos conejitos de polvo diabólicos. No podía ni siquiera huir de ellas. Alcanzó la cima de la colina y se quedó sin aliento.

¿Cuánto tiempo hacía que las había asesinado por última vez? Quizás dos horas.

Nunca parecían haberse mantenido muertas mucho más que aquel período de tiempo. En los últimos días, apenas había dormido. Había comido todo lo que pudo mendigar, de una máquina expendedora de ositos de gominola, donuts rancios, incluso un burrito de un restaurante de comida rápida, algo que era todo un éxito personal. Su ropa estaba desgarrada, quemada y salpicada de barro de monstruo.

Sólo había sobrevivido tanto tiempo porque las dos señoras con el pelo de serpientes, gorgonas, cómo se llamaban a sí mismas, tampoco parecían poder matarle. Sus garras no cortaban su piel. Se rompieron los dientes en un intento de morderle.

Pero Percy no podría seguir así durante mucho tiempo. Pronto se colapsaría de agotamiento, y entonces, aunque fuera duro de matar, estaba completamente seguro de que las gorgonas encontrarían una forma. ¿Dónde huir? Oteó los alrededores.

Bajo otras circunstancias, podría haber disfrutado de la vista. A su izquierda, colinas doradas poblaban la tierra, salpicadas por lagos, bosques y algunos rebaños de vacas. A su derecha, las llanuras de Berkeley y Oakland seguían al oeste: un vasto tablero de juegos de poblaciones con varios millones de personas que probablemente no querían que su mañana se viera interrumpida por dos monstruos y un semidiós apestoso.

Más allá, al oeste, la Bahía de San Francisco brillaba bajo una bruma plateada.

Pasado aquello, un muro de niebla se había tragado la mayor parte de San Francisco, dejando a la vista sólo las cimas de los rascacielos y el puente de Golden Gate. Una ligera tristeza pesaba en el pecho de Percy. Algo le decía que había estado antes en San Francisco. La ciudad tenía alguna relación con Annabeth, la única persona que podía recordar de su pasado. Sus recuerdos sobre ella eran frustrantemente difusos.

La loba le había prometido que la vería de nuevo y recuperaría su memoria, si tenía éxito en su viaje. ¿Debería intentar cruzar la bahía? Era tentador. Podía sentir el poder del océano al otro lado del horizonte. Lo había descubierto hacía dos días cuando estranguló a un monstruo marino en el estrecho de Carquinez. Si pudiera llegar a la bahía, podría ser capaz de hacer un último esfuerzo. Tal vez incluso podría ahogar a las gorgonas. Sin embargo, la costa estaba a por lo menos dos kilómetros de distancia. Habría que cruzar una ciudad entera. Vaciló por otra razón. La loba Lupa le había enseñado a perfeccionar sus sentidos, a confiar en sus instintos que le guiaban al sur. Su radar de vuelta a casa estaba vibrando como loco. El final de su viaje estaba cerca... casi bajo sus pies. ¿Pero cómo era eso posible? No había nada

en lo alto de la colina. El viento cambió. Percy capturó el olor agrio de réptil. A un centenar de metros de la pendiente, algo crujió en el bosque: chasquido de ramas, hojas crujiendo, silbidos. Las gorgonas. Por enésima vez, Percy deseó que su nariz no fuera tan buena. Ellas decían que siempre podrían olerle, porque era un semidiós, el hijo mestizo del algún antiguo dios romano. Percy había intentado rodar en el barro, chapoteando en arroyos, incluso guardando ambientadores en sus bolsillos por lo que olía a coche, pero aparentemente la peste a semidiós era difícil de ocultar. Se puso al lado oeste de la cima. Era demasiado pronunciada para descender. La pendiente se desplomó veinticinco metros, directamente a la azotea de un edificio de apartamentos construida en la ladera de la colina. Cincuenta metros más abajo, una carretera surgía de la base de la colina y se abría camino hacia Berkeley. Genial. No había otra forma de bajar de la colina. Estaba acorralado. Miró hacia la corriente de coches que iba en dirección hacia San Francisco y deseó estar en uno de ellos. Entonces se dio cuenta de que la carretera atravesaría la colina. Debía de haber un túnel... justo debajo de sus pies. Su radar interno se volvió loco. Estaba en el lugar correcto, sólo que demasiado alto. Tenía que comprobar ese túnel. Necesitaba ir a la autopista, deprisa. Se quitó la mochila. Había logrado acumular un montón de suministros en el mercadillo de Napa: un GPS portátil, cinta adhesiva, un mechero, pegamento, una botella de agua, un saco de dormir y una almohada en forma de panda muy cómoda (cómo decía la televisión) y una navaja del ejército suizo, una arma que todo semidiós moderno querría. Pero no tenía nada que le sirviera como paracaídas o trineo. Lo que le dejaba dos opciones: saltar cuarenta metros a una muerte segura, o esperar y luchar. Ambas opciones no tenían buena pinta. Maldijo y sacó un bolígrafo de su bolsillo. El bolígrafo no era demasiado, sólo un Bic barato, pero cuando Percy le sacó el capuchón, creció hasta convertirse en una espada de bronce refulgente. La hoja estaba perfectamente equilibrada. El mango de cuero se adecuaba a su mano como si hubiera estado diseñada para él. Grabada en la hoja había una palabra en griego antiguo que Percy entendió de alguna manera: Anaklusmos, Contracorriente. Se había levantado con esa espada la primera noche en la Casa del Lobo, ¿hacia dos meses? ¿Más? Había perdido la cuenta. Se había encontrado a sí mismo en un descampado de una mansión quemada en medio de un bosque, vistiendo pantalones cortos, una camiseta naranja y un collar de cuero con un montón de cuentas coloridas. Contracorriente estaba en su mano, pero no tenía ni idea de cómo había llegado allí o de cómo la había conseguido. Había estado hambriento, congelado y confuso. Entonces vinieron los lobos...

A su lado, una voz familiar le devolvió al presente.

—¡Aquí estás!

Percy se apartó de la gorgona, casi cayendo por el borde de la colina.

Era la que sonreía, Beano. De acuerdo, su nombre no era Beano. Pero por lo que había podido darse cuenta, Percy era disléxico, porque las palabras se difuminaban cuando intentaba leerlas. La primera vez que había visto la Gorgona estaba de dependienta del mercadillo con una gran tarjeta verde que ponía: ¡Bienvenido! ¡Mi nombre es Esteno! Él creyó que ponía Beano. Seguía vistiendo su delantal verde del mercadillo por encima de un vestido moteado de flores rosas. Si mirabas su cuerpo, podrías creer que era la típica abuela bonachona, hasta que mirabas hacia abajo y veías sus pies de gallo. O mirabas hacia arriba y veías esos colmillos de jabalí de bronce que salían por los lados de su boca. Sus ojos brillaban de un color rojo y su pelo era un nido de serpientes verdes brillantes retorciéndose.

¿Lo más terrorífico de ella? Seguía llevando la gran bandeja plateada con muestras gratuitas de unas deliciosas salchichitas de queso, Crispy Cheese n' Wieners. Aquello era indestructible.

—¿Quieres probar uno? — le ofreció Esteno.

Percy la apuntó con su espada.

—¿Dónde está tu hermana?

—Oh, baja la espada— le reprendió Esteno—. Deberías saber a estas alturas que el bronce celestial no nos puede matar durante mucho tiempo. ¡Coge un Cheese n' Wiener! ¡Están de rebajas esta semana, y no me gustaría tener que matarte con el estómago vacío.

—¡Esteno! — la segunda Gorgona apareció a la derecha de Percy tan deprisa que no le dio tiempo ni a reaccionar. Afortunadamente ella estaba demasiado ocupada mirando a su hermana para prestarle atención—. ¡Te dije que le acorralaras y le mataras!

La sonrisa de Esteno desapareció.

—Pero, Euríale...—pronunció su nombre de forma musical—. ¿No puede probar antes un poco?

—¡No, estúpida! —Euríale se giró hacia Percy y le enseñó los colmillos.

A excepción de su pelo, que era un nido de serpientes de coral en vez de víboras verdes, era exactamente igual a su hermana. Con su delantal del mercadillo, su vestido de flores, incluso sus colmillos de jabalí estaban decorados con pegatinas de 'Todo al 50%'. La chapa de su nombre ponía: ¡Hola! Me llamo MUERE, ESCORIA DE SEMIDIÓS.

—Nos has hecho perseguirte durante mucho tiempo, Percy Jackson—dijo Euríale—. Pero ahora estás atrapado, ¡y tomaremos nuestra venganza!

—¡Los Cheese n' Wieners cuestan sólo 2,99 \$!—añadió Esteno—. Sección de verduras, pasillo tres.

Euríale gruñó.

—¡Esteno, el mercadillo era una tapadera! ¡Te estás acomodando! Ahora baja esa ridícula bandeja de muestras y ayúdame a matar a este semidiós. ¿O es que has olvidado que fue el que vaporizó a Medusa?

Percy dio un paso hacia atrás. Tres pasos más y caería al vacío.

—Miren, señoras, ya hemos pasado por esto. Ni siquiera recuerdo matar a Medusa.

¡No recuerdo nada! ¿No podemos firmar una tregua y hablar sobre sus ofertas de esta semana?

Esteno le echó una mirada de pena a su hermana, algo que era difícil con esos colmillos de bronce gigantescos.

—¿Podemos?

—¡No! — los ojos rojos de Euríale fulminaron a Percy—. No me importa lo que recuerdes, hijo del dios del mar. Puedo oler la sangre de Medusa en ti. Está difusa, sí, de hace varios años atrás, pero fuiste el último en luchar contra ella. Aún no ha vuelto del Tártaro. ¡Es culpa tuya!

Percy no pillaba eso. Todo ese concepto de 'los monstruos muriendo y volviendo del Tártaro' le daba dolores de cabeza. Por supuesto también lo hacía lo de que los bolígrafos se volvieran espadas, monstruos que se podían disfrazar con algo llamado la Niebla, o que Percy fuera el hijo de un antiquísimo dios Barbapercebe de hacía cinco mil años. Pero se lo creía. A pesar de que tenía la memoria borrada, sabía que era un semidiós igual que sabía que su nombre era Percy Jackson. De su primera

conversación con Lupa, la loba, había aceptado que ese mundo extraño de dioses y monstruos era real. Algo que realmente le fastidiaba.

—¿Y si lo llamamos empate? —dijo—. No puedo mataros. No podéis matarme. Si sois las hermanas de Medusa, ella podía transformar a la gente en piedra, ¿no debería de estar petrificado ahora mismo?

—¡Héroes! —dijo Euríale, disgustada—. ¡Son como Madre, siempre diciendo lo mismo! ¿Por qué no podéis petrificar a la gente? Vuestra hermana puede petrificar personas. ¡Siento decepcionarte, chico! Esa era la maldición de Medusa. Era la más espantosa de la familia. ¡Se llevó toda la suerte!

Esteno parecía dolida.

—Madre dijo que yo era la más espantosa.

—¡Silencio! —le espetó Euríale—. Y en cuanto a ti, Percy Jackson, es cierto que tienes la marca de Aquiles. Eso te hace un poco más duro de matar. Pero no te preocupes, encontraremos la manera.

—¿La marca de quién?

—Aquiles—dijo Esteno, contenta—. ¡Oh, era tan apuesto! Sumergido en el río Estigio de niño, ya sabes, así que era invulnerable a excepción de un pequeño punto en el talón. Eso es lo que te ha pasado a ti, cariño. Alguien te ha sumergido en el Estigio y te ha convertido la piel en acero, pero no te preocupes. Los héroes como tú siempre tenéis un punto débil. Sólo tenemos que encontrarlo y entonces podremos matarte. ¿No será enternecedor? ¡Coge un Cheese n' Wiener!

Percy intentó pensar. No recordaba sumergirse en el Estigio. Entonces recordó que no recordaba demasiado sobre él mismo. No sentía que su piel estuviera hecha de acero, pero eso explicaba porque había sobrevivido tanto a las gorgonas.

¿Si se tiraba de la montaña... sobreviviría? No quiso arriesgarse, no sin nada que ralentizara la caída, un trineo o... Miró la gran bandeja de plata de Esteno con sus muestras gratuitas. Mmm...

—¿Te lo estás pensando? —preguntó Esteno—. Buena elección, cielo. He añadido un poco de sangre de gorgona a estos, así que tu muerte será rápida e indolora. La garganta de Percy se cerró de golpe.

—¿Le has añadido tu propia sangre a los Cheese N' Wieners?

—Sólo una poca—sonrió Esteno—. Un pequeño corte en el brazo, pero gracias por preocuparte. La sangre de nuestro lado derecho puede curar cualquier cosa, ya sabes, pero la sangre de nuestro lado izquierdo es letal...

—¡Estúpida! —gritó Euríale—. ¡No se supone que debes contarle eso! ¡No se comerá las salchichitas si le dices que están envenenadas!

Esteno parecía sorprendida.

—¿Qué dices? Pero si le he dicho que es rápido e indoloro.

—¡No importa! —las uñas de Euríale crecieron hasta convertirse en garras—. Le mataremos a las malas, deberemos despedazarle hasta encontrar el punto débil. ¡Una vez hayamos matado a Percy Jackson seremos más famosas que la propia Medusa! ¡Nuestra patrona nos recompensará muy bien!

Percy alzó su espada. Tendría que cronometrar sus movimientos, unos pocos segundos de confusión, agarrar la bandeja con su mano izquierda... Sigue hablando, pensó.

—Antes de que me hagáis trizas—dijo—, ¿quién es vuestra patrona?

Euríale le dedicó una mirada de desprecio.

—¡La diosa Gea, por supuesto! ¡La que nos ha traído del olvido! No vivirás lo suficiente como para conocerla, pero tus amigos se enfrentarán a su ira. Ahora mismo, sus ejércitos van hacia el sur. Durante el Festival de la Fortuna despertará y los semidioses serán reducidos como... como...

—¡Nuestros bajos precios en el Mercadillo! —sugirió Esteno.

—¡Bah! —Euríale se giró hacia su hermana. Percy vio la oportunidad perfecta. Agarró la bandeja de Esteno, tiró los Cheese n' Wieners envenenados, y lanzó Contracorriente a través de la cintura de Euríale, partiéndola por la mitad.

Alzó la bandeja y Esteno se encontró a sí misma cara a cara con su reflejo grasiento.

—¡Medusa! —exclamó.

Su hermana Euríale se había reducido a polvo, pero ya comenzaba a reconvertirse, como un hombre de nieve derritiéndose al revés.

—¡Esteno, estúpida! —balbuceó mientras su otra mitad de la cara aparecía en el montón de polvo—. ¡Es tu reflejo! ¡Atrápale!

Percy estrelló la bandeja metálica contra la cabeza de Esteno y ésta perdió el conocimiento.

Se puso la bandeja en el trasero, rezó en silencio al dios romano que estuviera viendo sus movimientos y saltó al vacío.

CAPITULO II

PERCY

LO MALO DE CAER EN PICADO COLINA ABAJO unas cincuenta millas por hora en una bandeja de aperitivos, es que si te das cuenta de que era mala idea a mitad de camino, es demasiado tarde.

Percy esquivó a duras penas un árbol, rebotó contra una roca y dio vueltas mientras aterrizaba en la autopista. La bandeja de aperitivos no tenía dirección asistida.

Escuchó gritar a las hermanas gorgonas y alcanzó a ver las serpientes de coral del pelo de Euríale por encima de la colina, pero no tuvo tiempo para preocuparse por ello. El techo de los apartamentos que se alzaban debajo de él como la proa de un barco de guerra. Colisión frontal en diez, nueve, ocho...

Se las arregló para girar hacia los lados con tal de evitar que se le rompieran las piernas con el impacto. La bandeja se deslizó por encima del techo y salió volando por el aire. La bandeja se fue por un lado y Percy por el otro.

En su caída hacia la carretera, un horrible escenario se le cruzó por la mente: su cuerpo estrellándose contra el parabrisas de algún coche utilitario, algún conductor molesto intentando sacarlo del parabrisas. “¡Estúpido, chico de dieciséis años que cae del cielo! ¡Llego tarde!”

Milagrosamente, una ráfaga de viento le llevó hacia un lado, lo suficiente para evitar la autopista y estrellarse contra un matorral. No era un aterrizaje suave, pero era mejor que el asfalto.

Percy gruñó. Quería tumbarse allí y dejar que pasara el tiempo, pero tenía que moverse.

Se incorporó, sus manos estaban llenas de arañazos, pero no tenía ningún hueso roto. Seguía llevando su mochila. En algún lugar del descenso había perdido la espada, pero Percy sabía que aparecería tarde o temprano en su bolsillo en forma de bolígrafo. Era parte de su magia.

Miró hacia la colina. Era difícil no distinguir a las gorgonas, con su colorido pelo reptiloide y sus delantales verde brillante del mercadillo. Estaban deslizándose por la colina, yendo poco a poco pero con más control que Percy. Aquellos pies de gallina debían de servir para escalar. Percy calculó que en cinco minutos le alcanzarían.

A su lado, un alta alambrada separaba la autopista de un barrido con calles amplias, casas acogedoras y altísimos eucaliptos. La verja estaba allí puesta para evitar que la gente cruzara la autopista e hiciera estupideces, como deslizarse en una bandeja de metal por entre los camiones, pero la alambrada tenía agujeros enormes por los que Percy pudo acceder fácilmente al vecindario. Quizá podría encontrar un coche y dirigirse hacia el oeste, hacia el océano. No le gustaba robar coches, pero durante las pasadas semanas, en situaciones de vida o muerte, había ‘tomado prestado’ unos cuantos, incluyendo un coche de policía. Quería devolverlos, pero no le duraban demasiado.

Miró hacia el este. Como supuso un centenar de colinas se extendían por el horizonte. En la falda de una colina había dos entradas a dos túneles distintos, uno para cada dirección de tráfico, observándole como las cuencas vacías de una gigantesca calavera. Dónde debería haber estado la nariz, una pared de cemento sobresalía del lado de la colina, con una puerta metálica, como la entrada a un búnker.

Debía de ser un túnel de mantenimiento. Eso era lo que los mortales podrían pensar, si eran capaces de ver la puerta. Pero eso es porque no podían ver a través de la Niebla. Percy sabía que la puerta era más de lo que aparentaba.

Dos chicos vestidos con armadura flanqueaban la entrada. Vestían una extraña mezcla de cascos romanos emplumados, corazas, vainas, tejanos, camisetas púrpuras y deportivas blancas. El guardia de la izquierda parecía una chica, a pesar de que era difícil de decir a través de la armadura. El de la derecha era un chico bajo y fornido con un carcaj y un arco a su espalda. Ambos chicos sujetaban dos varas de madera con puntas metálicas, como si de unos arpones pasados de moda se tratara. El radar interno de Percy sonaba como loco. Después de tantos días horribles, había alcanzado su meta. Sus instintos le decían que si podía llegar al interior de la puerta, encontraría la seguridad por primera vez desde que los lobos le habían mandado hacia el sud.

Entonces... ¿por qué estaba tan aterrorizado?

A lo lejos, las gorgonas habían aterrizado por el techo de los apartamentos. A tres minutos de distancia, quizás menos.

Parte de él quería correr hacia la puerta en la colina. Tendría que cruzar la mitad de la autopista, pero sería un breve sprint. Podría llegar allí antes de que las gorgonas le alcanzaran.

Parte de él quería ir hacia el oeste, hacia el océano. Allí es dónde estaría más seguro. Allí era donde su poder era mayor. Aquellos guardas romanos en la puerta le hacían sentir nervioso. Algo dentro de él le decía: No es mi territorio, esto es peligroso.

—Por supuesto que tienes razón— dijo una voz a su lado.

Percy saltó. Primero creyó que Beano se las había arreglado para atraparle de nuevo, pero la anciana que se sentaba entre los matojos era más repulsiva que una gorgona. Parecía una vieja hippie que había sido tirada de la carretera haría unos cuarenta años desde dónde había estado recolectando basura y polvo desde entonces. Vestía un vestido de tela desteñida, con un edredón hecho jirones y bolsas de plástico. Su escasa mata de pelo era de un color gris-marrón, como las raíces de una planta seca, anudada con una cinta con el símbolo de la paz. Su cara estaba cubierta de verrugas y lunares. Cuando sonreía, mostraba exactamente sólo tres dientes.

—No es un túnel de mantenimiento— le confió—. Es la entrada al campamento.

Un relámpago recorrió la espalda de Percy. Campamento. Sí, de ahí era de dónde venía. Un campamento. Quizá era su hogar. Quizá Annabeth estaba cerca.

Pero algo iba mal.

Las gorgonas estaban oteando el horizonte desde el techo de los apartamentos.

Entonces Esteno señaló con alegría hacia la dirección de Percy.

La anciana hippie alzó las cejas:

—No hay tiempo, chico. Tienes que escoger.

—¿Quién es usted? —preguntó Percy, a pesar de que no estaba seguro de querer saberlo. Lo último que necesitaba era otra mortal inofensiva que resultara ser un monstruo.

—Oh, puedes llamarme Junio— los ojos de la anciana relampaguearon como si hubiera hecho un chiste ingenioso—. En realidad, soy Junio, ¿no es cierto? Llamaron al mes así por mí.

—De acuerdo. Mire... debería irme. Dos gorgonas se acercan. No quiero que la hieran.

Junio acercó sus manos a la posición de su corazón.

—¡Qué encantador! ¡Pero eso es parte de tu elección!

—Mi elección...—Percy miró nervioso hacia la colina. Las gorgonas se habían quitado los delantales verdes. Unas alas salieron de sus espaldas... pequeñas alas de murciélago, que brillaban como el latón.

¿Desde cuándo tenían esas cosas alas? Quizá eran de decoración. Quizá eran demasiado pequeñas para sostener a una gorgona en el aire. Entonces ambas hermanas levantaron el vuelo desde los apartamentos y se dirigieron hacia él. Genial, simplemente genial.

—Sí, una elección— dijo Junio, como si no hubiera prisa—. Puedes dejarme aquí a merced de las gorgonas e ir al océano. Te garantizo que llegarás con toda seguridad. Las gorgonas se alegrarán de atacarme a mí y dejarte ir. En el mar, ningún monstruo te molestará. Podrás comenzar una nueva vida, vivir hasta una edad anciana placentera y huir del gran dolor que te aguarda en tu futuro. Percy estaba seguro de que no le gustaría la segunda opción.

—¿O?

—O podrías hacerle un pequeño favor a una anciana—dijo—. Carga conmigo hasta el campamento.

—¿Cargar con usted? —Percy esperó que estuviera bromeando. Entonces Junio se levantó las faldas y mostró sus morados pies hinchados.

—No puedo llegar allí por mí misma—dijo—. Carga conmigo, a través de la autopista, a través del túnel, a través del río.

Percy no sabía a qué río se refería, pero no sonaba fácil. Junio no parecía demasiado ligera.

Las gorgonas estaban a pocos metros de ellos. Seguro que se estaban relamiendo en aquél momento, como si supieran que la caza ya había terminado.

Percy miró la anciana.

—Y tengo que cargar contigo a este campamento, ¿por...?

—¡Porqué sería todo un acto de bondad! —dijo—. Y porque si no lo haces, los dioses morirán, el mundo tal como lo conocemos perecerá y todo aquél de tu vida anterior será destruido. Pero por supuesto, no les recordarás jamás, por lo que supongo que entonces no te importará. Estarás seguro en lo más hondo del océano...

Percy tragó saliva. Las gorgonas chillaron como si estuvieran entrando en batalla.

—Si voy al campamento—dijo—, ¿mi memoria volverá?

—Poco a poco—dijo Junio—. Pero te advierto, ¡sacrificarás muchas cosas! Perderás la marca de Aquiles. Sufirás dolor, miseria y todo lo que has conocido hasta ahora cambiará. Pero quizá tengas una oportunidad de salvar a tus amigos y a tu familia para reclamar tu vieja vida.

Las gorgonas estaban dando vueltas a su alrededor. Estarían estudiando la anciana, intentado descubrir quién era la nueva participante del juego antes de mover ficha.

—¿Qué pasa con los guardias en la puerta? —preguntó Percy.

Junio sonrió.

—Oh, te dejarán pasar, cielo. Puedes confiar en esos dos. Entonces... ¿qué dices?

¿Ayudarás a una indefensa anciana?

Percy dudó que Junio fuera indefensa. Como mucho, aquello era una trampa. Aunque quizá fuera una especie de examen.

Percy odiaba los exámenes. Desde que había perdido su memoria, toda su vida era una hoja en blanco. Era _____, de _____. Se sentía _____, y si los monstruos le cogieran, él estaría _____.

Entonces pensó en Annabeth, la única parte de su antigua vida de la que estaba seguro. Tenía que encontrarla.

—Cargaré contigo—le dijo a la anciana.

Era más ligera de lo que esperaba. Percy intentó ignorar su ácido aliento y sus manos llenas de callos rodeándole el cuello. Alcanzó el primer carril de tráfico. Un conductor hizo sonar el claxon. Otro gritó algo que se perdió con el viento. Muchos se giraban y miraban irritados, como si tuvieran que aguantar esa clase de intervenciones en la autopista, adolescentes cargando mujeres mayores a través de la carretera principal de Berkeley.

Una sombra apareció por encima de él. Esteno le llamó llena de júbilo.

—¡Chico listo! ¡Nos has traído una diosa para entretenernos!

¿Una diosa?

Junio sonrió, inocente, mientras murmuraba:

—¡Ups! — cuando un coche casi les atropelló.

En algún lugar a su izquierda, Euríale gritó:

—¡Atrápalas! Dos precios son mejor que uno.

Percy corrió a través de los carriles restantes. De alguna forma se las había apañado para llegar a la mitad de la autopista. Vio a las gorgonas aterrizando, coches esquivándolas mientras cruzaban la carretera. Se preguntó qué verían los mortales a través de la niebla, ¿pelícanos gigantes? ¿Suicidas con alas de murciélago? La loba Lupa le había dicho que las mentes mortales podían creer cualquier cosa, excepto la verdad.

Percy corrió hacia la puerta en la falda de la colina. Junio pesaba más y más a cada paso. El corazón de Percy repiqueteaba. Le dolían las costillas.

Uno de los guardias gritó. El chico con el arco tensó una flecha. Percy gritó.

—¡Esperad!

Pero el chico no estaba apuntándole a él. La flecha voló por encima de la cabeza de Percy y una gorgona aulló de dolor. La segunda guarda meneó su lanza frenéticamente incitando a Percy a darse prisa.

Quince metros para alcanzar la puerta. Diez metros.

—¡Te tengo! —chilló Euríale. Percy se giró mientras una flecha impactaba contra su frente. Euríale se precipitó contra la autopista. Un camión chocó contra ella y la hizo retroceder unos metros, pero ella escaló por la cabina, se sacó la flecha de la frente y alzó el vuelo.

Percy alcanzó la puerta.

—¡Gracias! —les dijo a los guardias—. Buen tiro.

—¡Debería haberla matado! —protestó el arquero.

—Bienvenido a mi mundo— murmuró Percy.

—Frank—dijo la chica—, hazles entrar, ¡rápido! Eso son gorgonas.

—¿Gorgonas? —la voz del arquero se quebró. Era difícil hablar sobre él llevando el yelmo, pero parecía robusto como un luchador de lucha libre, de unos catorce o quince—. ¿La puerta las detendrá?

En los brazos de Percy, Junio se rió socarronamente:

—No, no lo hará. En guarda, Percy Jackson. ¡A través del túnel, a través del río!

—¿Percy Jackson? —la guardia tenía la piel más morena, con el pelo rizado sobresaliéndole por los lados del yelmo. Parecía más pequeña que Frank, quizá tuviera trece. Con la vaina de la espada llegándole casi al tobillo. Aún así, hablaba como si fuera la que estaba a cargo de todo—. De acuerdo, obviamente eres un

semidiós. Pero, ¿quién es...?—miró a Junio—. No importa. Entrad. Las mantendremos a raya.

—Hazel—dijo el chico—, ¿te has vuelto loca?

—¡Id! —les instó ella.

Frank maldijo en otra lengua... ¿latín? Y abrió la puerta:

—¡Vamos!

Percy entró tambaleándose con el peso de la anciana, quién definitivamente pesaba más a cada paso que daba. No sabía cómo podría la chica esa, Hazel, mantener a raya a las gorgonas, pero estaba demasiado cansado como para discutir.

El túnel estaba tallado en la roca, del tamaño de un pasillo escolar. Al principio, parecía un típico túnel de mantenimiento con cables eléctricos, señales de alerta y cajas de emergencia en las paredes, bombillas en sus lámparas por todo el techo. A medida que se internaban en el túnel, el suelo de cemento cambiaba a un suelo hecho con teselas de mosaico. Las luces se convertían en antorchas que ardían pero no soltaban humo. Unos metros más para adelante, Percy vio un recuadro de luz solar.

La anciana pesaba más que un montón de bolsas de arena. Los brazos de Percy comenzaron a arderle. Junio tarareaba una canción en latín, como una nana, lo que no ayudaba a Percy a concentrarse.

Detrás de ellos, las voces de las gorgonas resonaban en el túnel. Hazel gritó. Percy estuvo tentado de dejar caer a Junio e ir a ayudarles, pero entonces todo el túnel retumbó con el sonido de rocas cayendo. Por el túnel retumbó un graznido, como el que habían hecho las gorgonas cuando Percy les había dejado caer una caja de pelotas de bolera en Napa. Miró hacia atrás. El final oeste del túnel estaba lleno de polvo.

—¿No deberíamos ir a ver si Hazel está bien? —preguntó.

—Estará bien, espero...—dijo Frank—. Ella se mueve bien bajo tierra. ¡Sigue moviéndote! Casi hemos llegado.

—¿Casi dónde?

Junio soltó una risita.

—Todos los caminos llevan ahí, niño. Deberías saberlo.

—¿Al castigo? —preguntó Percy.

—A Roma, niño—dijo la anciana—. A Roma.

Percy no estaba seguro de haberla oído bien. Era cierto, su memoria había sido borrada. Su cerebro no se sentía bien desde que se había despertado en la Casa del Lobo. Pero estaba seguro de que Roma no estaba en California.

Siguieron corriendo. El brillo del final del túnel se volvió más brillante, y al final salieron a la luz del sol.

Percy se quedó estupefacto. A sus pies se abría un gigantesco valle de varias millas de ancho. La base del valle estaba moteada con pequeñas colinas, explanadas doradas y zonas forestales. Un pequeño riachuelo en el centro cuyo curso sinuoso formaba un lago en el centro y formaba una G mayúscula por todo el perímetro.

Podrían haber estado en cualquier punto del norte de California, con álamos y eucaliptos, colinas doradas y cielos azules. Y esa gigantesca montaña... ¿Monte Diablo, se llamaba?... alzándose en la distancia, justo dónde debería estar.

Pero Percy sintió que se adentraba en un mundo secreto. En el centro del valle, acurrucada por el lago, había una pequeña ciudad de edificios de mármol blanco con tejados de tejas rojas. Algunos tenían cúpulas y otros portales con columnas, como si

fueran monumentos nacionales. Otros parecían palacios, con puertas doradas y jardines enormes. Podía ver una plaza céntrica con columnas que no sujetaban nada, fuentes y estatuas. Un anfiteatro romano de cinco pisos brillaba a la luz del día, situado junto a una arena elíptica como un circuito de carreras.

A través del lago hacia el sur, otra colina estaba poblada de edificios incluso más espectaculares: templos, supuso Percy. Varios puentes de piedra cruzaban el río en su cruce por el valle y, al norte, una larga línea de arcos de ladrillos se alargaba de las colinas hasta la ciudad. Percy creyó que eran como una vía del tren elevada. Entonces se dio cuenta de que era un acueducto.

La parte más extraña del valle estaba situada justo debajo de él. Como a unos doscientos metros, justo al pasar el río, había algo parecido a un campamento militar. Se trataba de un cuadrado de unos cuatrocientos metros con terraplenes por los cuatro costados, protegido con puntas afiladas. Fuera de los muros corría un foso seco, también salpicado de puntas. Torres de vigilancia de madera se alzaban en cada esquina, en cada una había un centinela con una ballesta gigantesca cargada. Unos estandartes morados colgaban de las torres. Una amplia puerta abierta a un lado del campo, llevaba hacia la ciudad. Otra puerta más estrecha estaba cerrada a un lado del río. Dentro, la fortaleza rebosaba de actividad: docenas de chicos iban y venían de los barracones, cargando armas y puliendo armaduras. Percy oía el ruido metálico de los martillos en la forja y olía la carne siendo cocinada en una barbacoa. Algo acerca de aquel lugar le recordaba muy familiar, aunque no todo estaba bien.

—Campamento Júpiter—dijo Frank—. Estaremos seguros una vez...

Unos pasos resonaron por el túnel. Hazel apareció a la luz del día. Estaba cubierta con polvo de piedra y respiraba con dificultad. Había perdido su yelmo, por lo que su pelo rizado caía por sus hombros. Su armadura tenía profundas marcas de garras de gorgona. Uno de los monstruos le había pegado una etiqueta de 50% de descuento.

—Las he ralentizado—dijo—. Pero estarán aquí en cualquier segundo.

Frank maldijo.

—Tenemos que cruzar el río.

Junio se apretó más al cuello de Percy.

—Oh sí, por favor. No puedo dejar que mi vestido se moje.

Percy se mordió la lengua. Si aquella señora era una diosa, debía ser la diosa de las hippies apestosas, pesadas e inútiles. Pero había llegado lejos. Sería mejor que siguiera arrastrando con ella.

Sería todo un acto de bondad, había dicho. Y, si no lo hacía, los dioses morirían, el mundo que conocemos perecería, y todo el mundo de su vida pasada sería destruido. Si aquello era un examen, no podría evitar suspender.

Se tambaleó un par de veces mientras corrían hacia el río. Frank y Hazel le seguían de cerca.

Llegaron a la orilla del río y, Percy se detuvo para tomar aliento. La corriente era rápida, pero el río no parecía profundo. Sólo estaban a un tiro de piedra de cruzar las puertas del fuerte.

—Vamos, Hazel— Frank ajustó dos flechas al mismo tiempo—. Escolta a Percy para que los centinelas no le disparen. Ahora me toca a mí para mantener a los malos a raya.

Hazel asintió con la cabeza y se metió en el arroyo.

Percy comenzó a seguirla, pero algo le hizo vacilar. Por lo general, le encantaba el agua pero aquel río parecía... poderoso, pero no necesariamente simpaticante.

—El pequeño Tíber— dijo Junio, con simpatía—. Fluye con el poder del original Tíber, el río imperial. Esta es tu última oportunidad de retirarte, niño. La marca de Aquiles es una bendición griega. No puedes llevarla si quieres pisar territorio romano. El Tíber la borraré.

Percy estaba demasiado exhausto para entenderlo todo, pero entendió lo principal.

—Si cruzo, ¿no tendré la piel de acero nunca más?

Junio sonrió.

—¿Entonces qué? ¿Seguridad, o un futuro de dolor y posibilidades?

Detrás de él, las gorgonas chillaron al salir del túnel. Frank disparó las flechas.

Del centro del río, Hazel le llamó:

—¡Percy! ¡Vamos!

En las torres de control, los cuernos sonaron. Los centinelas gritaron y giraron sus ballestas hacia las gorgonas.

Annabeth, Percy pensó. Se sumergió en el río. Era de un frío helado, mucho más de lo que había imaginado, pero no le molestó. Una nueva fuerza surgió a través de sus miembros. Sus sentidos se estremecieron como si le hubieran inyectado cafeína.

Llegó al otro lado y bajó la anciana mientras las puertas del campamento se abrían.

Docenas de chicos con armaduras salieron.

Hazel se giró con una sonrisa aliviada. Entonces miró por detrás de los hombros de Percy, su expresión cambió a horror:

—¡Frank!

Frank estaba a mitad del río cuando las gorgonas le capturaron. Ambas se precipitaron desde el cielo y lo tomaron por ambos brazos. Gritó de dolor mientras las garras se le clavaban en la piel.

Los centinelas le gritaron, pero Percy supo que no podrían tener un tiro claro. Podrían acabar matando a Frank. Los otros niños sacaron las espadas preparados para ir al agua, pero llegarían tarde. Sólo había una manera. Percy sacó las manos. Tuvo una intensa sensación de tirón en el estómago, y el Tíber obedeció a su voluntad. El río creció. Se formaron remolinos a cada lado de Frank. Unas manos gigantes acuosas surgieron de repente de la corriente, copiando los movimientos de Percy. Las manos gigantes agarraron las gorgonas, que soltaron a Frank de repente. Entonces las manos levantaron a los monstruos que graznaban en un apretón de líquido sólido.

Percy oyó gritar a los otros niños y el apoyo, pero él se mantuvo centrado en su tarea. Hizo un gesto golpeador con los puños, y las manos gigantes dejaron caer a las gorgonas en el Tíber. Los monstruos tocaron fondo y se convirtieron en polvo. Unas nubes brillantes de esencia de gorgona lucharon para volverse a formar, pero el río las separaba como una licuadora. Pronto todo rastro de gorgona fue arrastrado por la corriente. Los remolinos desaparecieron, y la corriente volvió a la normalidad.

Percy estaba en la orilla del río. Sus ropas y su piel vaporeaban como si las aguas del Tíber le hubieran dado un baño de ácido. Se sentía expuesto, desnudo, vulnerable...

En el medio del Tíber, Frank tropezó alrededor, parecía aturdido pero perfectamente bien. Hazel se metió en el río y le ayudó a llegar a tierra. Entonces Percy se dio cuenta de lo callados que estaban los otros niños. Sólo la anciana Junio parecía imperturbable.

—Bueno, ha sido un viaje encantador— dijo—. Gracias, Percy Jackson, por traerme al Campamento Júpiter.

Una de las chicas hizo un sonido asfixiante.

—¿Percy... Jackson?

Sonó como si reconociera su nombre. Percy se centró en ella, esperando ver una cara familiar.

Ella era obviamente la líder. Vestía una capa majestuosa morada por encima de su armadura. Su pecho estaba decorado con medallas. Debía tener la edad de Percy, con unos ojos oscuros y penetrantes y un largo pelo negro. Percy no la reconoció, pero la chica le miró como si le hubiera visto en sus pesadillas.

Junio rió deleitándose.

—Oh, sí. Os lo pasareis muy bien juntos.

Entonces, sólo para acabar de hacer el día completamente extraño, la anciana comenzó a brillar y a cambiar de forma. Creció hasta que era una brillante diosa de dos metros vistiendo un vestido azul, con una capa que parecía la piel de una cabra por encima de sus hombros. Su cara era severa y majestuosa. En su mano había algo coronado con una flor de loto.

Si era posible que los campistas parecieran más estupefactos, fue entonces. La chica del manto púrpura se arrodilló. Los otros la imitaron. Un chico se arrodilló con tanta rapidez que casi es atravesado por su propia espada.

Hazel fue la primera en hablar:

—Juno.

Ella y Frank se arrodillaron, dejando a Percy siendo el único en pie, pero después de haberla cargado durante todo este rato, no estaba muy dispuesto a mostrarle respeto.

—Conque Juno, ¿eh? —dijo—. Si he aprobado tu examen, ¿puede devolverme mi memoria?

La diosa sonrió.

—A su tiempo, Percy Jackson, si tienes éxito aquí en el campamento. Lo has hecho bien, lo que es un buen comienzo. Quizás aún hay esperanza para ti.

Se giró hacia los otros chicos.

—Romanos, os presento al hijo de Neptuno. Durante meses ha estado dormido, pero ahora está despertado. Su destino está en vuestras manos. El Festival de Fortuna se avecina, y la Muerte debe de ser desatada si tenéis alguna esperanza en la batalla. ¡No me falléis!

Juno brilló y desapareció. Percy miró a Hazel y a Frank para algún tipo de explicación, pero parecían igual de confusos que él. Frank estaba sujetando algo que Percy no había visto antes: dos frascos de arcilla con tapones de corcho, como dos pociones, una en cada mano. Percy no tenía ni idea de dónde las había sacado, pero vio a Frank metérselas en los bolsillos. Frank le echó una mirada como diciéndole: ya hablaremos más tarde. La chica con el manto morado se adelantó. Examinó a Percy con atención, y éste no pudo evitar pensar que quería atravesarle con una daga.

—Así que...—dijo fríamente—, un hijo de Neptuno, que viene con la bendición de Juno.

—Mira—dijo—, mi memoria está borrosa. Em... en realidad, no tengo recuerdos. ¿Te conozco?

La chica vaciló.

—Soy Reyna, pretor de la Duodécima Legión. Y no, no te conozco.

Lo último era mentira, Percy lo supo ver en sus ojos. Pero también entendió que si discutía con ella sobre eso, delante de sus soldados, no lo reconocería.

—Hazel—dijo Reyna—, hazle entrar. Quiero interrogarle en el principia. Entonces le enviaremos a Octavian. Debemos consultar a los augures antes de que podamos decidir qué hacer con él.

—¿A qué te refieres—preguntó Percy— a ‘decidir qué hacer’ conmigo?

La mano de Reyna se tensó sobre su daga. Obviamente no estaba acostumbrada a que sus órdenes fueran cuestionadas.

—Antes de aceptar a nadie en este campamento, debemos interrogarles y preguntar a los augures. Juno dijo que tu destino está en nuestras manos. Tenemos que saber si la diosa nos ha traído a un nuevo recluta...— Reyna estudió a Percy como si estuviera dubitativa—... O...—dijo más esperanzada— a un enemigo al que matar.

CAPITULO III

PERCY

AFORTUNADAMENTE A PERCY NO LE DABAN MIEDO LOS FANTASMAS. La mitad de la gente del campamento estaba muerta.

Resplandecientes guerreros morados estaban de pie fuera de la armería, puliendo espadas etéreas. Otros vagabundeaban alrededor de los barracones. Un chico fantasma paseaba a un perro fantasma por la calle. Y en los estables un tipo grandote de un rojo brillante con la cabeza de un lobo vigilaba una manada de... ¿unicornios? Ninguno de los campistas prestaban demasiada atención a los fantasmas, pero mientras el séquito de Percy andaba, con Reyna en primer lugar y Hazel y Frank al otro lado, todos los espíritus dejaban de hacer lo que estaban haciendo y se quedaban mirando a Percy. Unos pocos parecían enfadados. Un joven fantasma menudo graznó algo parecido a "¡Greggus!" y se volvió invisible.

Percy deseó que también pudiera volverse invisible. Después de unas semanas él solo, toda aquella atención le hacía sentirse incómodo. Se mantuvo entre Hazey y Frank e intentó pasar inadvertido.

—¿Estoy viendo visiones? —preguntó—. ¿O eso son...?

—¿Fantasmas? —se giró Hazel. Tenía los ojos brillantes, como un diamante de catorce quilates—. Son los lares. Los dioses del hogar.

—Dioses del hogar—dijo Percy—. Como... menores que los dioses, pero mayores que los dioses de estar por casa, ¿no?

—Son espíritus ancestrales—le explicó Frank. Se quitó el yelmo, revelando una cara infantil que no pegaba con su corte militar o su abultado cuerpo. Parecía un niño pequeño que había tomado esteroides y se había unido a la marina.

—Los lares son un tipo de mascota—continuó—. La mayor parte de ellos son inofensivos, pero nunca los había visto tan alterados.

—Me están mirando a mí—dijo Percy—. Ese chico fantasma me ha llamado Greggus. No me llamo Greg.

—Graecus—dijo Hazel—. Una vez te hayas acostumbrado a estar aquí, comenzarás a entender el latín. Los semidioses tenemos un sentido natural para ello. Graecus significa griego.

—¿Eso es malo? —preguntó Percy.

Frank se aclaró la garganta.

—Quizá no. Pero tienes ese tipo de complexión, el pelo oscuro y todo eso. Quizá crean que eres griego. ¿Tienes familia de allí?

—No lo sé. Como he dicho antes, he perdido la memoria.

—O quizás...—vaciló Frank.

—¿Qué? —preguntó Percy.

—Probablemente nada—dijo Frank—. Los romanos y los griegos tenemos una antigua rivalidad. Algunas veces los romanos usamos graecus como insulto para alguien que es un extranjero, un enemigo. No me preocuparía por ello.

Sonaba preocupado.

Se detuvieron en el centro del campo, donde dos amplias carreteras pavimentadas con madera se encontraban en una T.

Una señal en el camino nombraba la carretera que llevaba a las puertas principales como Via Praetoria. La otra carretera, cortando por la mitad del campamento, se llamaba Via Principalis. Debajo de esas señales habían señales pintadas a mano que decían: BERKELEY A 8 KM. NUEVA ROMA A 1'5 KM. ANTIGUA ROMA A 11,716 KM. INFRAMUNDO A 3,710 KM (éste señalaba hacia abajo). RENO A 334 KM. PARA UNA MUERTE CERTERA, USTED SE ENCUENTRA EN EL LUGAR IDÓNEO.

Para una muerte certera, aquél lugar parecía bastante limpio y ordenado. Los edificios parecían estar recién pintados, estaba todo ordenado como si hubiera sido diseñado por un quisquilloso profesor de matemáticas. Los barracones tenían porches sombríos, donde los campistas descansaban en hamacas o jugaban a cartas y bebían refrescos. Cada dormitorio tenía un estandarte distinto en la puerta. Cada uno tenía un número romano y un animal distinto: águila, oso, lobo, caballo y algo que parecía un hámster.

Por la Via Praetotira, había tiendas anunciando comida, armaduras, armas, café, equipamiento para gladiadores y ofertas de togas. Una tienda de carruajes tenía un gran anuncio en la tienda: ¡EL NUEVO CAESAR XLS CON SISTEMA ANTIBLOQUEO DE RUEDAS, SIN DENARIOS DE IMPUESTOS!

En una esquina de las carreteras se levantaba el edificio más impresionante de todos, un edificio de dos pisos de mármol blanco con un portal de columnas como un banco anticuado. Había guardias romanos apostados en los lados. Por encima de la puerta había un estandarte gigantesco morado con las letras doradas SPQR cosidas junto a una corona de laurel.

—¿Vuestros cuarteles principales? — preguntó Percy.

Reyna se colocó frente a frente de él, sus ojos seguían siendo fríos y hostiles.

—Lo llamamos el principia.

Advirtió la agitación de campistas curiosos que les habían seguido desde el río.

—Todo el mundo, volved a vuestros deberes. Os haré un resumen en la asamblea de esta noche. Recordad, esta noche hay juegos bélicos después de la cena.

El pensamiento de una cena hizo que el estómago de Percy rugiera. La escena de una barbacoa en un comedor le hizo la boca agua. La panadería en una de las calles cercanas olía demasiado bien, pero dudó que Reyna le dejara ir.

La multitud se dispersó a regañadientes. Algunos murmuraron cosas sobre las oportunidades de Percy.

—Está muerto—dijo uno.

—O esos dos que le han encontrado—dijo otro.

—Sí—murmuró otra—. Dejemosle unirse a la Quinta Cohorte. Griegos con chalados. Varios chicos se rieron, pero Reyna les lanzó una mirada de advertencia y se dispersaron.

—Hazel—dijo Reyna—. Ven con nosotros. Quiero tu informe sobre lo que paso en las puertas.

—¿Yo también? —dijo Frank—. Percy me ha salvado la vida. Tenemos que dejarle... Reyna le lanzó a Frank una mirada muy severa, éste retrocedió.

—Me acuerdo de ti, Frank Zhang—dijo—. Estás en probatio. Has causado bastantes problemas esta semana.

Las orejas de Frank se volvieron rojas. Frank jugueteó con una pequeña tableta de una cuerda colgada de su cuello. Percy no había prestado mucha atención a eso, pero parecía como una etiqueta con su nombre de plomo.

—Ve a la armería—le dijo Reyna—. Consulta nuestro inventario. Te llamaré si te necesito.

—Pero...—Frank se detuvo—. Sí, Reyna.

Corrió.

Reyna hizo que Hazel y Percy entraran en los cuarteles generales.

—Ahora, Percy Jackson, veamos si podemos sacar algo de esa memoria.

El principio era incluso más impresionante por dentro. En el techo brillaba un mosaico que representaba a Rómulo y a Remo adoptados por una loba (Lupa le había contado esa historia miles de veces a Percy). El suelo era de mármol pulido. Las paredes estaban cubiertas de terciopelo, por lo que Percy se sintió como si estuviera dentro de la carpa de la tienda de campaña más cara del mundo. Por la pared a sus espaldas se alzaba una exposición de estandartes y postes de madera con medallas de bronce, símbolos militares, supuso Percy. En el centro había un hueco, como si el estandarte principal había sido retirado para limpiarlo o algo parecido.

En la otra esquina, una escalera bajaba. Estaba guardado por un par de barrotes de acero como una celda. Percy se preguntó qué había allí dentro, ¿monstruos? ¿Un tesoro? ¿Semidioses amnésicos que Reyna encerraba?

En el centro de la sala, una larga mesa de madera estaba llena de pergaminos, libretas, agendas electrónicas, dagas y un gran pote de cristal lleno de gominolas, algo que parecía no ir acorde lo demás. Dos estatuas a tamaño real de galgos ingleses, una dorada y la otra plateada, flanqueaban la mesa. Reyna anduvo por detrás de la mesa y se sentó en una de las sillas de respaldo alto. Percy deseó que pudiera sentarse en la otra, pero Hazel también se mantuvo de pie. Percy tuvo el sentimiento de que le tocaba decir algo.

—Entonces...—comenzó a decir.

Las estatuas de los perros enseñaron los dientes y gruñeron.

Percy se quedó helado. Normalmente le gustaban los perros, pero aquellos le miraban fijamente con sus ojos de rubí. Sus colmillos parecían ser tan afilados como cuchillas.

—Tranquilos, chicos—les dijo Reyna a los galgos.

Dejaron de gruñir, pero siguieron mirando fijamente a Percy como si se lo estuvieran imaginando como un hueso.

—No atacarán—dijo Reyna—, a no ser que intentes robar algo o que se lo ordene yo. Son Argentum y Aurum.

—Plata y Oro—dijo Percy. Los significados en latín le venían a la cabeza como dijo Hazel que harían. Había estado a punto de preguntar cuál era cuál. Entonces se dio cuenta que era una pregunta estúpida.

Reyna dejó caer la daga sobre la mesa. Percy tenía la vaga sensación de haberla visto en algún lugar antes. Su pelo era negro y brillante como la piedra volcánica, peinado en una simple coleta que caía por su espalda. Tenía el porte de un espadachín, relajada pero vigilante, como si estuviera lista para entrar en acción en cualquier momento. Las arrugas de preocupación en sus ojos le hacían parecer más mayor de lo que probablemente era.

—Ya nos conocemos—dijo—. No recuerdo cuándo. Por favor, si pudieras decirme algo...

—Lo primero es lo primero—dijo Reyna—. Quiero ir tu historia. ¿Qué recuerdas? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Y no mientas. A mis perros no les gustan los mentirosos.

Argentum y Aurum gruñeron para enfatizar lo dicho.

Percy les contó la historia, cómo se despertó en la mansión hecha ruinas en los bosques de Sonoma. Describió lo ocurrido con Lupa y su manada, aprendiendo su lenguaje de gestos y expresiones, aprendiendo a sobrevivir y a luchar. Lupa le había hablado de los semidioses, los monstruos y los dioses. Le explicó que era una de los espíritus guardianes de la Antigua Roma. Los semidioses como Percy eran los responsables de continuar con las tradiciones romanas en los tiempos modernos, luchando contra monstruos, sirviendo a los dioses, protegiendo a los mortales y continuando la memoria del Imperio. Había pasado meses entrenándole, hasta que se hubo hecho tan fuerte y duro y fiero como un lobo. Cuando estuvo satisfecha con sus habilidades, le había enviado al sud, contándole que si sobrevivía al viaje, podría encontrar un nuevo hogar y recuperar su memoria. Nada pareció sorprender a Reyna. De hecho, pareció encontrarlo muy típico, excepto por una cosa.

—¿No tienes recuerdos? —preguntó—. ¿Sigues sin recordar nada?

—Momentos difusos y sin sentido—Percy miró a los perros. No quería mencionar a Annabeth. Parecía demasiado privado, y seguía sin saber dónde encontrarla. Estaba seguro de que la había conocido en un campamento, pero este no era el lugar correcto. Tampoco quería contar el único recuerdo claro: la cara de Annabeth, con su pelo rubio y sus ojos grises, la forma en la que reía, en cómo ponía sus brazos a su alrededor y cuando le daba un beso cada vez que hacía algo estúpido.

Debió de haberme besado mucho, pensó Percy.

Tenía miedo de que si le contaba a alguien sobre su recuerdo, se evaporaría como un sueño. No podía arriesgarse a eso.

Reyna agarró su daga.

—En parte lo que nos cuentas es normal para los semidioses. A cierta edad, de una forma u otra, encontramos nuestro camino a la Casa del Lobo. Somos examinados y entrenados. Si Lupa cree que valemos, nos envía al sud para unirnos a la legión. Pero nunca he oído nada parecido, sobre perder la memoria. ¿Cómo encontraste el Campamento Júpiter?

Percy le contó sobre sus últimos tres días, las gorgonas que no morían, la anciana que se convertía en una diosa, y el encuentro final con Hazel y Frank en el túnel de la colina.

Hazel continuó la historia a partir de ahí. Describió a Percy como bravo y heroico, lo que le hacía sentir incómodo. Todo lo que había hecho era cargar con una anciana.

Reyna le estudió.

—Eres demasiado mayor para ser reclutado. ¿Cuántos tienes? ¿Dieciséis?

—Eso creo—dijo Percy.

—Si pasas demasiados años tú solo, sin entrenar o ayudar, deberías estar muerto. ¿Hijo de Neptuno? Debes tener un aura muy poderosa que podría atraer todo tipo de monstruos.

—Sí—dijo Percy—. Me han dicho que huelo.

Reyna casi sonrío, lo que le dio un respiro a Percy. Quizá fuera humana y todo.

—Debes de haber estado en algún lugar antes de la Casa del Lobo—dijo.

Percy frunció el ceño. Junio le había dicho algo sobre que estaba dormitando, y tenía un vago sentimiento de haber estado dormido, quizá durante mucho tiempo. Pero no tenía sentido.

Reyna suspiró.

—Bueno, los perros no te han comido, así que supongo que estás contándonos la verdad.

—De acuerdo—dijo Percy—. La próxima vez, ¿podemos usar un polígrafo?

Reyna se levantó. Estaba de cara a los estandartes. Sus perros metálicos miraban a todos lados.

—Aunque aceptara que no eres un enemigo—dijo—, no eres un típico recluta. La Reina del Olimpo no aparece por sí sola en este campamento, anunciando a un nuevo semidiós. La última vez que un dios mayor nos visitó...—negó con la cabeza—. He oído leyendas sobre esas cosas. Y un hijo de Neptuno... eso no es buena señal. Especialmente ahora.

—¿Qué hay de malo con Neptuno? —preguntó Percy—. ¿Y a qué te refieres con 'especialmente ahora'?

Hazel le lanzó una mirada de advertencia.

Reyna siguió andando de un lado a otro.

—Has encontrado a las hermanas de Medusa, que no han sido vistas durante cientos de años. Has agitado a nuestros lares, quienes te llaman graecus. Y vistes símbolos extraños, esa camiseta, esas cuentas en tu collar. ¿Qué significan?

Percy miró hacia su camiseta naranja hecha jirones. En algún tiempo había tenido letras, pero ahora estaban demasiado borradas para leerse. Debía de haberse deshecho de esa camiseta hacia semanas. Se había destrozado pero, no se atrevía a deshacerse de ella. La seguía lavando en charcos y fuentes lo mejor que podía y se la volvía a poner.

Y en cuanto al colgante, las cuatro cuentas estaban decoradas con un símbolo distinto cada una. Una mostraba un tridente. Otra una miniatura del Vellocoino de Oro. La tercera estaba pintada con el diseño de un laberinto y la última tenía la imagen de un edificio, ¿quizá el Empire State? Las cuentas tenían nombres grabados en ellos. Las cuentas parecían importantes, como las fotografías de un álbum familiar, pero no podía recordar qué significaban.

—No lo sé—dijo.

—¿Y tu espada? —dijo Reyna.

Percy comprobó su bolsillo. El bolígrafo había reaparecido como siempre lo hacía. Lo sacó y entonces se dio cuenta de que no le había enseñado nunca la espada a Reyna. Ni siquiera Hazel y Frank la habían visto. ¿Cómo sabía de ella Reyna?

Demasiado tarde para hacer que no tenía espada. Había destapado el bolígrafo.

Contracorriente volvió a su forma original. Hazel ahogó el aliento. Los perros ladraron.

—¿Qué es eso? —preguntó Hazel—. Nunca he visto una espada como esa.

—Yo sí—dijo Reyna, sombría—. Es muy vieja, diseño griego. Acostumbrábamos a tener de esas en la armería pero...—se detuvo—. El metal se llama bronce celestial. Es mortal para los monstruos, como el oro imperial, pero aún más raro.

—¿Oro imperial? —preguntó Percy.

Reyna desenvainó su daga. Ahora sí que lo veía bien, la hoja era de oro.

—El metal fue consagrado en tiempos antiguos, en el Panteón de Roma. Su existencia fue guardado por los emperadores, algo para que sus campeones pudieran destrozarse los monstruos que pusieran en peligro al Imperio. Acostumbrábamos a tener armas como estas, pero ahora... no tenemos. Yo uso esta daga. Hazel tiene una spatha, una espada de caballería. Muchos legionarios usan una espada más corta llamada gladius. Pero tu arma no es romana del todo. Otro símbolo de que no eres el típico semidiós. Y tu brazo...

—¿Qué le pasa? —preguntó Percy.

Reyna alzó el suyo mostrándole el antebrazo. Percy no lo había visto hasta entonces, pero tenía un tatuaje en él: las letras SPQR y una espada cruzada con una antorcha y cuatro líneas paralelas.

Percy miró a Hazel.

—Todos tenemos— coincidió, alzando su brazo—. Todos los miembros de la legión tenemos.

El tatuaje de Hazel tenía las letras SPQR, pero ella sólo tenía una línea y su emblema era distinto: un jeroglífico como una cruz con brazos curvos y una cabeza.



Percy se miró los brazos. Unas pocas rascaduras, un poco de barro y algo de queso derretido de los Cheese'n'Wieners, pero no tenía tatuajes.

—Así que nunca has sido miembro de la legión—dijo Reyna—. Esas marcas nunca se pueden borrar. Creí que...—negó con la cabeza, como si negara una idea.

Hazel se adelantó.

—Si ha sobrevivido tanto tiempo sólo, quizás haya visto a Jason—se giró hacia Piper—. ¿Has visto alguna vez un semidiós como nosotros? Un chico con una camiseta morada, con marcas en su brazo...

—Hazel—la voz de Reyna se endureció—. Percy ya tiene bastante en lo que preocuparse.

Percy tocó la punta de su espada, y Contracorriente se convirtió en un bolígrafo.

—Nunca había visto un chico como vosotros. ¿Quién es Jason?

Reyna le lanzó una mirada de odio a Hazel.

—Él es... era... my colega— señaló a la segunda silla vacía—. La legión normalmente tiene dos pretores electos. Jason Grace, hijo de Júpiter, era nuestro otro pretor hasta que desapareció el pasado octubre.

Percy intentó calcular. No había prestado atención al calendario siendo salvaje, pero Juno había mencionado que ahora estaban en junio—. ¿Estás diciendo que lleva desaparecido ocho meses y aún no le habéis sustituido?

—Quizá no haya muerto—dijo Hazel—. No nos rendimos.

Reyna hizo una mueca. Percy tuvo la sensación de que aquel chico llamado Jason debía de ser más que un colega.

—Las elecciones solo suceden de dos maneras—dijo Reyna—. O bien la legión alza a alguien en un escudo después de un gran éxito en el campo de batalla, y no hemos tenido demasiadas batallas últimamente, o celebramos una votación al anochecer del 24 de junio, en el Festival de Fortuna. Que es en cinco días.

Percy frunció el ceño.

—¿Tenéis una tuna?

—Fortuna—corrigió Hazel—. Es la diosa de la suerte. Lo que suceda en su día puede afectar al resto del año. Puede bendecir el campamento con buena suerte o... con muy mala suerte.

Reyna y Hazel miraron ambas el hueco entre los estandartes, como si pensarán en algo que echaban de menos.

De repente, un escalofrío recorrió la espalda de Percy.

—El Festival de Fortuna... las gorgonas mencionaron algo sobre eso. Y Juno. Dijeron que el campamento sería atacado ese día, algo sobre una grandiosa diosa malvada

llamada Gea, y un ejército y la muerte siendo desatada. ¿Me estás diciendo que ese día es esta misma semana?

Los dedos de Reyna tamborilearon por la empuñadura de su daga.

—No dirás nada de eso fuera de esta sala— ordenó—. No quiero tenerte desatando el pánico en este campamento.

—Entonces es verdad—dijo Percy—. ¿Sabes lo que está pasando? ¿Podemos detenerlo?

Percy acababa de conocer a aquella gente. Ni siquiera estaba seguro de gustarle a Reyna. Pero quería ayudarles. Eran semidioses, igual que él. Tenían los mismos enemigos. Además, Percy recordó lo que Juno le había contado de él: no sólo aquel campamento estaba en peligro. Su vida pasada, los dioses, y el mundo entero podrían ser destruidos. Lo que fuera a venir, era enorme.

—Hemos hablado bastante—dijo Reyna—. Hazel, llévale a la Colina de los Templos. Encuentra a Octavian. De camino puedes responder las preguntas de Percy. Háblale de la legión.

—Sí, Reyna.

Percy tenía muchas preguntas en mente, pero sentía que su cerebro estaba a punto de derretirse. Pero Reyna dejó claro que la audiencia había terminado. Enfundó la daga. Los perros metálicos se levantaron y aullaron, moviéndose hacia Percy.

—Buena suerte con el augur, Percy Jackson—dijo—. Si Octavian te deja vivir, quizá podamos compartir información... sobre tu pasado.

CAPITULO IV

PERCY

DE CAMINO HACIA EL EXTERIOR DEL CAMPAMENTO, Hazel le compró un café expreso y una magdalena de cereza de Bombilo, el vendedor de café de dos cabezas. Percy olió la magdalena. El café estaba genial. Ahora, pensó Percy, si pudiera tomarse una ducha, cambiarse la ropa y dormir un poco, podría convertirse en una estatua dorada, incluso podría ser de oro imperial.

Vio un par de chicos vestidos con trajes de baño y toallas encaminándose hacia un edificio que humeaba vapor por una serie de chimeneas. Risas y chapoteos salían de dentro, como si fuera una piscina cubierta, el lugar favorito de Percy.

—Las termas—dijo Hazel—. Quizá puedas pasarte antes de cenar, con suerte. No sabes lo que es vivir hasta que no te tomas un baño romano.

Percy suspiró con anticipación.

Mientras se aproximaban a la puerta principal, los barracones se volvían más grandes y más bonitos. Incluso los fantasmas parecían mejores, con armaduras más brillantes y auras más iluminadas. Percy intentó descifrar los estandartes y los símbolos colgando en la puerta de los edificios.

—¿Estáis divididos en distintas cabañas? —preguntó.

—Algo así—Hazel se agachó mientras un chico que cabalgaba una águila gigante pasó volando por encima—. Tenemos cinco cohortes de unos cuarenta chicos cada una. Cada cohorte está dividida en barracones de diez, algo así como compañeros de habitación.

A Percy nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero intentó multiplicar.

—¿Me estás diciendo que hay unos cien niños en este campamento?

—Más o menos.

—¿Y todos esos chicos son hijos de los dioses? Los dioses han estado ocupados. Hazel rió.

—No todos son hijos de los dioses mayores. Hay cientos de dioses menores romanos. Además, muchos campistas son legados, segunda o tercera generación. Quizá sus padres fueron semidioses. O sus abuelos.

Percy parpadeó.

—¿Hijo de semidioses?

—¿Por qué? ¿Te sorprende?

Percy no estaba seguro. Las últimas semanas había estado demasiado preocupado en sobrevivir el día a día. La idea de vivir lo suficiente como para ser adulto y tener hijos por su cuenta, pareció aun sueño imposible.

—Esos alelados...

—Legados—le corrigió Hazel.

—¿Tienen los poderes de un semidiós?

—A veces. Y a veces no. Pero pueden ser entrenados. Los mejores generales romanos y los emperadores, ya sabes, clamaban ser descendientes de los dioses. La mayor parte del tiempo, contaban la verdad. El augur del campamento que vamos a conocer, Octavian, es un legado, descendiente de Apolo. Tiene el don de la profecía, presuntamente.

—¿Presuntamente?

Hazel puso la cara seria.

—Ya verás.

No le hizo sentirse mejor a Percy, sobre todo si ese tipo, Octavian tenía el destino de Percy en sus mandos.

—Entonces las divisiones...—preguntó—, las cohortes, lo que sean, ¿están divididas según vuestros padres divinos?

Hazel se le quedó mirando.

—¡Qué idea más horrible! No, los oficiales deciden dónde asignar a los reclutas. Si fuéramos divididos según nuestros padres, las cohortes serían desproporcionadas. Yo estaría sola.

Percy sintió un resquemor de tristeza, como si hubiera sentido esa sensación de soledad.

—¿Por qué? ¿Quién es tu ancestro?

Antes de que pudiera responder, alguien detrás de ellos gritó:

—¡Esperad!

Un fantasma corrió hacia ellos, un hombre mayor con el vientre muy hinchado y una toga tan larga que se la iba pisando. Les alcanzó y respiró para recuperar el aire, su aura morada parpadeaba a su alrededor.

—¿Es él? —jadeó el fantasma—. Un nuevo recluta para la Quinta, ¿quizá?

—Vitellius—dijo Hazel—, tenemos un poco de prisa.

El fantasma miró a Percy con el ceño fruncido y caminó a su alrededor, inspeccionándole como un coche usado.

—No lo sé—refunfuñó—. Sólo necesitamos a los mejores para la cohorte. ¿Tiene todos sus dientes? ¿Puede luchar? ¿Puede limpiar establos?

—Sí, sí y no— dijo Percy—. ¿Quién es usted?

—Percy, este es Vitellius—la expresión de Hazel decía: “No te lo tomes en serio” —. Es uno de nuestros lares, le gusta interesarse por los nuevos reclutas.

En un porcho cercano, otros fantasmas hicieron una mueca mientras Vitellius paseaba, pisándose la toga y haciendo sonar su espada contra el suelo.

—Sí—dijo Vitellius—, como en los días del César, hablo de Julio César, por supuesto. ¡La Quinta Cohorte era algo! ¡La Fulminata Duodécima Legión, el orgullo de Roma! ¿Pero hoy en día? Vergonzoso para aquellos que seguimos aquí. Mira a Hazel, por ejemplo quí, usando una spatha. Una arma ridícula para una legionaria romana, ¡eso es para la caballería! Y tú, chico, hueles como una cloaca griega. ¿No te has tomado un baño?

—He estado un poco entretenido combatiendo gorgonas. —dijo Percy.

—Vitellius—le interrumpió Hazel—, tenemos que llevar a Percy al augur para que pueda unirse. ¿Por qué no vas a ayudar a Frank? Está en la armería haciendo inventario. Sabes lo mucho que agradece tu ayuda.

Las pobladas cejas moradas del fantasma se levantaron.

—¡Marte Todopoderoso! ¿Dejan hacer inventario al probatio? Nos arruinarán.

Fluctuó por la calle, deteniéndose cada poco para levantar su espada y reajustarse la toga.

—De... de acuerdo. —dijo Percy.

—Perdona—dijo Hazel—. Es un poco excéntrico, pero es uno de los mayores lares. Ha estado aquí desde que se fundó la legión.

—¿Ha llamado a la legión la Fulminata? —dijo Percy.

—Armada con rayos—tradujo Hazel—. Ese es nuestro lema. La Duodécima Legión estuvo presente durante todo el Imperio Romano. Cuando Roma cayó, un montón de legiones desaparecieron. Nos escondimos bajo tierra, actuando en órdenes secretas del mismísimo Júpiter: mantenernos con vida, reclutar semidioses y a sus hijos, hacer que Roma persiguiera. Hemos hecho eso desde entonces, moviéndonos allí donde la influencia romana fuera mayor. Durante los últimos siglos, hemos estado en América. Por muy extraño que sonara, Percy no tuvo ningún problema para creerlo. De hecho, le sonaba familiar, como si fuera algo que ya sabía.

—Y sois la Quinta Cohorte—supuso—, que no es demasiado popular, ¿verdad? Hazel le miró con el ceño fruncido.

—Sí, me uní en septiembre.

—Unas... semanas antes de que ese chico, Jason, desapareciera.

Percy sabía que le había dado en la llaga. Hazel agachó la mirada. Había estado callada lo suficiente como para contar cada piedra del camino.

—Vamos—dijo al fin—, te mostraré mi vista preferida.

Se detuvieron fuera de las puertas principales. El fuerte estaba situado en el punto más alto del valle, por lo que se podía ver casi todo.

La carretera llevaba hacia el río y se dividía. Un camino iba hacia un puente, hacia la colina dónde estaban todos los templos. Otra carretera llevaba a la ciudad, una versión en miniatura de la Antigua Roma. A diferencia del campamento militar, la ciudad parecía caótica y colorida, con edificios amontonados juntados al azar. Incluso desde tan lejos, Percy podía ver la gente reunida en la plaza, gente comprando por un mercadillo al aire libre, padres jugando con sus hijos en los parques.

—¿Tenéis familiares allí? —preguntó.

—En la ciudad, por supuesto que sí—dijo Hazel—. Cuando eres aceptado en la legión, haces diez años de servicio. Después de eso, puedes ir a vivir donde quiera que desees. La mayoría de los semidioses escogen el mundo mortal. Pero para algunos, bueno, es muy peligroso estar ahí fuera. Este valle es un santuario. Puedes ir al colegio en la ciudad, casarte, tener hijos, retirarte cuando te haces mayor. Es el único lugar seguro en la tierra para la gente como nosotros. Así que sí, muchos veteranos hacen sus casas ahí, bajo la protección de la legión.

Semidioses adultos. Semidioses que pueden vivir sin miedo, casarse y crear una familia. Percy no podía hacerse a la idea. Parecía demasiado bonito para ser verdad.

—Pero, ¿y si este valle es atacado?

Hazel se mordió los labios.

—Tenemos defensas. Las fronteras son mágicas. Pero nuestra fuerza no es lo que solía ser. Últimamente, los monstruos atacan cada vez más. Lo que dijiste sobre las gorgonas que no morían... lo hemos notado también, con otros monstruos.

—¿Sabéis lo que lo está causando?

Hazel miró hacia el horizonte. Percy podía decir que estaba guardándose algo, algo que se suponía que no debía decir.

—Es complicado...—dijo—. Mi hermano dice que la Muerte no...

Fue interrumpida por un elefante.

Alguien detrás de ellos les gritó.

—¡Dejad paso!

Hazel apartó a Percy fuera de la carretera mientras un semidiós conducía un elefante maduro cubierto en una armadura Kevlar. La palabra elefante estaba escrita a un lado de la armadura, algo que parecía demasiado obvio para Percy.

El elefante se tambaleó por la carretera y se giró hacia el norte, yendo hacia un gran campo abierto donde algunas fortificaciones se estaban construyendo.

Percy escupió polvo.

—¿Qué demo...?

—Elefante—le explicó Hazel.

—Sí, he leído el cartel. ¿Porqué tenéis un elefante vestido con un chaleco antibalas?

—Los juegos bélicos de esta noche—dijo Hazel—. Ese es Aníbal. Si no le incluimos, se sentiría apartado.

—Por supuesto.

Hazel rio. Era difícil creer que estaba tan enfadada hacía un momento. Percy se preguntó qué había estado a punto de decir. Tenía un hermano. No hacía nada había dicho que estaría sola si el campamento los dividiera por su padre divino.

Percy no lo entendía. Parecía simpática y despreocupada, madura para alguien que no tenía más de trece. Pero también parecía estar ocultando una profunda tristeza, como si se sintiera culpable de algo.

Hazel señaló hacia el sud, al pasar el río. Unas nubes oscuras se cernían sobre la Colina del Templo. Haces de relámpagos rojos bañaban los templos.

—Octavian está ocupado—dijo Hazel—. Será mejor que llegemos cuanto antes.

En el camino, se encontraron a un grupo de tipos con patas de cabra sentados a un lado de la carretera.

—¡Hazel! —uno de ellos gritó.

Se acercó trotando con una gran sonrisa en su cara. Vestía una camisa hawaiana hecha jirones sin pantalones a excepción de una espesa masa de piel de cabra. Su pelo afro se movía con sacudidas. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas tintadas con los colores del arco iris. Llevaba una tarjeta de identificación en la que se leía: TRABAJO CANTANDO POR DENARIOS.

—Hola, Don—dijo Hazel—. Lo siento, no tenemos tiempo.

—Oh, eso está bien. ¡Muy bien! — Don trotó un trozo junto a ellos—. Eh, ¿este chico es nuevo! —le sonrió a Percy—. ¿Tienes tres denarios para el autobús? Es que me he dejado el monedero en casa y tengo que ir a trabajar y...

—Don— le detuvo Hazel—. Los faunos no tienen monederos. Ni trabajos. Ni hogares. Y no tenemos autobuses.

—Cierto—dijo lleno de alegría—, ¿pero tenéis denarios?

—¿Te llamas Don el fauno? —preguntó Percy.

—Sí. ¿Por?

—Nada. —Percy intentó mantener una cara seria—. ¿Por qué los faunos no tenéis trabajo? ¿No deberían trabajar para el campamento?

Don se rió.

—¡Faunos! ¡Trabajando para el campamento! ¡Tronchante!

—Los faunos son... eh... espíritus libres—explicó Hazel—. Vagabundean por aquí porque... es un lugar seguro en el que vagabundear y pastar. Les toleramos, pero...

—Oh, Hazel es increíble—dijo Don—. ¡Es tan simpática! Todos los campamentos no dejan de decirme: “Vete, Don”. Pero ella me dice “Por favor, Don, vete”. ¡Me encanta!

El fauno parecía inofensivo, pero Percy seguía teniendo la sensación de que era un tanto inquietante. No podía evitar la sensación de que los faunos podrían ser algo más que unos vagabundos pidiendo denarios.

Don miró hacia el suelo delante de él y tosió.

—¡Por favor!

Alzó la mano pidiendo, pero Hazel exclamó:

—¡Don, no!

Le empujó fuera de la carretera y le arrebató de las manos un pequeño objeto brillante. Percy vio un atisbo de ello antes de que Hazel se lo escondiera en su bolsillo. Juraría que era un diamante.

—Vamos, Hazel—se quejó Don—. ¡Podría haber comprado un año de donuts con eso!

—Don, por favor—dijo Hazel—. Vete.

Sonaba seria, como si acabara de pillar a Don conduciendo a un elefante vestido con un chaleco antibalas.

El fauno suspiró.

—Bah, no puedo enfadarme contigo. Pero te juro, que es como si tuvieras buena suerte. Cada vez que pasas..

—Adiós, Don—dijo Hazel rápidamente—. Vamos, Percy.

Comenzó a andar más rápido, Percy tuvo que hacer un sprint para llegar a su altura.

—¿Qué era todo eso? —preguntó Percy—. Ese diamante en la carretera.

—Por favor—dijo—. No preguntes.

Caminaron en un silencio incómodo el resto del camino hacia la Colina del Templo. Un sinuoso camino de piedra llevaba por entre un conjunto de pequeños altares y edificios gigantescos con sus cúpulas. Las estatuas de los dioses parecían seguir a Percy con sus ojos.

Hazel señaló al Templo de Belona.

—Diosa de la guerra—dijo—. Es la madre de Reyna.

Entonces pasaron por una cripta roja decorada con calaveras humanas y espinas de acero.

—Por favor, dime que no vamos ahí dentro. —dijo Percy.

Hazel negó con la cabeza.

—Ese es el Templo de Marte Ultor.

—¿Marte? ¿Ares, el dios de la guerra?

—Ese es su nombre griego—dijo Hazel—. Pero sí, el mismo tipo. Ultor significa 'el Vengador'. Es el segundo dios más importante de Roma.

Percy no se sorprendió de oír aquello. Por alguna razón, sólo con mirar al horrendo edificio rojo le hacía sentirse furioso.

Señaló a la cima. Las nubes se arremolinaban sobre el templo más grande, un pabellón redondo con un anillo de columnas blancas soportando una cúpula.

—Supongo que ese es el templo de Zeus... digo... Júpiter. ¿Es ahí dónde vamos?

—Sí—dijo Hazel—. Octavian lee los augurios ahí, en el templo de Júpiter Optimus Maximus.

Percy tuvo que reflexionar un rato sobre ello, pero entonces las palabras latinas se transformaron en inglesas:

—¿Júpiter, el mejor y el más grande?

—Correcto.

—¿Cuál es el título de Neptuno? —preguntó Percy—. ¿El más guay y el más increíble?

—Precisamente no...—Hazel señaló hacia un pequeño edificio azul del tamaño de un armario de escobas. Una red cruzada con un tridente decoraban la puerta.

Percy echó un vistazo dentro. En un pequeño altar había un plato con tres manzanas podridas y mohosas. Se quedó de piedra.

—Un lugar de lo más popular.

—Lo siento, Percy—dijo Hazel—. Es sólo que... los romanos siempre han tenido miedo del mar. Solo usaban sus barcos si era necesario. Incluso en tiempos modernos, tener un hijo de Neptuno entre nosotros ha sido un mal presagio. La última vez que se unió uno fue... en 1906, cuando el Campamento Júpiter estaba por la zona de la bahía en San Francisco. Hubo aquél gigantesco terremoto y...

—¿Me estás diciendo que aquello lo causó un hijo de Neptuno?

—Eso dicen—Hazel parecía querer disculparse—. De todas formas... los romanos temen a Neptuno, pero no le quieren demasiado.

Percy miró a las redes en el tridente. Geniales, pensó. Aunque se uniera al campamento, no sería querido. Su mayor esperanza era de asustar a sus compañeros. Quizá si daba lo mejor de sí, le darían unas manzanas mohosas. Aún así... estar de pie ante el altar de Neptuno, sintió como si algo despertara dentro de él, como olas corriendo por sus venas.

Alcanzó su mochila y sacó el último trozo de comida de su viaje, un panecillo rancio. No era demasiado, pero lo puso en el altar.

—Eh... Padre—se sintió estúpido hablándole a un plato de fruta—. Si puedes oírme, ayúdame, por favor. Devuélveme mi memoria. Dime... dime qué he de hacer.

Su voz se quebró. No quiso sonar tan emotivo, pero estaba exhausto y asustado, y había estado perdido durante mucho tiempo, lo habría dado todo por un poco de guía. Quería saber algo sobre su vida, sin mensajes ocultos o indirectas.

Hazel puso su mano sobre el hombro de Percy.

—Todo está bien. Ahora estás aquí. Eres uno de nosotros.

Se sintió incómodo, dependiendo de una chica de trece años que casi conocía, buscando comodidad en ella, pero estaba agradecido de que ella estuviera ahí.

Por encima de ellos, un trueno retumbó. Un relámpago rojo resplandeció en la colina.

—Octavian ya casi está—dijo Hazel—. Vamos.

Comparado con el armario de herramientas de Neptuno, el templo de Júpiter era definitivamente óptimo y máximo.

El suelo de mármol estaba decorado con mosaicos espectaculares e inscripciones latinas. Dieciocho metros por encima, una cúpula brillaba de oro. El templo entero estaba abierto al aire libre.

En el centro se erigía un altar de mármol, donde un chico con una toga estaba haciendo algún tipo de ritual delante de una gigantesca estatua dorada de un tipo: Júpiter, dios del cielo vestido en una toga morada XXXL de seda, sujetando un rayo.

—No se parece en nada—murmuró Percy.

—¿El qué? —preguntó Hazel.

—El rayo maestro—dijo Percy.

—¿De qué estás hablando?

—Yo...—frunció el ceño. Por un segundo, había creído recordar algo. Ahora se había esfumado—. Nada, supongo.

El chico en el altar tenía las manos levantadas. Más relámpagos rojos brillaban en el cielo, haciendo retumbar el templo. Entonces bajó las manos, y el ruido se detuvo. Las nubes pasaron de gris a blanco cuando todo hubo parado.

Un truco bastante impresionante, considerando que el chico no parecía demasiado. Era alto y delgado con un pelo del color de la paja, tejanos de varias tallas más grandes y una camiseta amplia bajo una toga. Parecía un espantapájaros vistiendo una sábana.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Percy.

El chico de la toga se giró. Tenía una sinuosa sonrisa y una ligera mirada de loco en sus ojos, como si hubiera estado jugando a un videojuego intenso. En una mano sujetaba un cuchillo. En la otra algo parecido a un animal muerto. No le ayudaba a parecer menos chalado.

—Percy—dijo Hazel—, este es Octavian.

—¡El graecus! —anunció Octavian—. Interesante.

—Ah, hola—dijo Percy—. ¿Estás matando animales diminutos?

Octavian miró el borrón de su mano y se rió.

—No, no. En su día, sí. Acostumbrábamos a leer la voluntad de los dioses examinando los intestinos de los animales, pollos, cabras y todo ese tipo de cosas. Hoy en día, usamos esto.

Le lanzó el borrón a Percy. Era un osito de peluche rajado. Entonces Percy vio un cúmulo de peluches abiertos a los pies de la estatua de Júpiter.

—¿En serio? —preguntó Percy.

Octavian se bajó del altar. Tenía unos dieciocho, pero era tan delgado y tan pálido que habría podido ser más joven. A primera vista parecía inofensivo, pero mientras se acercaba, Percy no estaba tan seguro de ello. Los ojos de Octavian brillaron con curiosidad, como si hubiera podido destripar a Percy igual de que al osito de peluche si hubiera podido pensar que podría haber aprendido algo de ello.

Octavian entrecerró los ojos.

—Pareces nervioso.

—Me recuerdas a alguien—dijo Percy—. No puedo recordar a quién.

—Posiblemente a mi tocayo, Octavian, Octavio Augusto César. Todos dicen que tengo un parecido notable.

Percy no creía que fuera eso, pero no podía aclarar el recuerdo.

—¿Por qué me llamas el griego?

—Lo vi en los augurios—Octavian hizo señalar su cuchillo hacia el montón de peluches en el altar—. El mensaje fue: El griego ha llegado. O quizás: el ganso ha llegado. Creo que lo primero es correcto. ¿Ansías unirse a la legión?

Hazel habló por él. Le contó a Octavian todo lo que había pasado desde que se habían encontrado en el túnel: las gorgonas, la lucha en el río, la aparición de Juno y la conversación con Reyna.

Cuando ella mencionó a Juno, Octavian parecía sorprendido.

—Juno—murmuró—. La llamamos Juno Moneta. Juno la que alerta. Aparece en tiempos de crisis, para aconsejar a Roma sobre grandes problemas.

Miró a Percy, como si quisiera decir: problemas como el misterioso griego, por ejemplo.

—He oído que el Festival de Fortuna es esta semana—dijo Percy—. Las gorgonas me advirtieron que habría una invasión ese día. ¿Has visto eso en tus rituales?

—Por desgracia, no—suspiró Octavian—. La voluntad de los dioses es difícil de descifrar. Y hoy en día, mi visión es menos precisa.

—No tenéis un... ya sabes...—dijo Percy—, ¿un tipo de oráculo o algo?

—¡Un oráculo! —sonrió Octavian—. Qué idea más graciosa. No, me temo que nos hemos quedado sin oráculos. Eso sí, si hubiéramos ido a buscar los libros de las Sibilas, como yo recomendé...

—¿Los libros de quién? —preguntó Percy.

—Libros de profecías—dijo Hazel—, son la obsesión de Octavian. Los romanos los usaban para consultarlos cuando sucedían desastres. Mucha gente creía que se quemaron cuando Roma cayó.

—Alguna gente lo cree—la corrigió Octavian—. Por desgracia nuestra líder actual no autorizaría una misión para buscarlos...

—Porque Reyna no es tonta—dijo Hazel.

—... por lo que sólo tenemos fragmentos de los libros—siguió Octavian—. Unas pocas predicciones misteriosas, como esas.

Señaló hacia unas inscripciones en el suelo de mármol. Percy se quedó mirando las palabras, sin siquiera esperar entenderlas. Casi se atragantó con su propia saliva.

—Esa—señaló, traduciendo mientras lo leía en voz alta—. Siete mestizos responderán a la llamada. Bajo tormenta o fuego el mundo caerá...

—Sí, sí—Octavian la terminó sin siquiera mirar—. Un juramento que mantener con un último aliento, y los enemigos en armas frente a las puertas de la Muerte.

—La conozco...—Percy creyó que un trueno retumbaba por el templo de nuevo.

Entonces se dio cuenta de que era todo su cuerpo, que temblaba—. Esa es importante...

Octavian alzó una ceja.

—Por supuesto que es importante. La llamamos la profecía de los Siete, pero tiene cientos de años de antigüedad. No sabemos lo que significa. Cada vez que alguien intenta descifrarla... bueno, Hazel te lo puede contar. Suceden cosas terribles.

Hazel le miró.

—Lee el augurio para Percy. ¿Puede unirse a la legión o no?

Percy pudo ver la mente de Octavian funcionando, calculando si Percy sería útil o no. Le pidió con las manos su mochila.

—Ese es un espécimen muy curioso. ¿Puedo?

Percy no entendía lo que quería decir, pero Octavian agarró el panda de peluche del Mercadillo de Napa que estaba colgando de su mochila. Solo era un juguete polvoriento, pero Percy lo había llevado durante mucho tiempo. Le gustaba. Octavian se giró hacia el altar y alzó su cuchillo.

—¡Eh! —protestó Percy.

Octavian rasgó el estómago del panda y esparció el relleno por el altar. Le dio la vuelta al envoltorio del peluche, murmurando palabras por encima del relleno, y se giró con una gran sonrisa en su cara.

—¡Buenas noticias! —dijo—. Percy podrá unirse a la legión. Le asignaremos una cohorte en la asamblea de esta noche. Dile a Reyna que lo apruebo.

Los hombros de Hazel se relajaron.

—Oh, genial. Vamos, Percy.

—Ah, y Hazel—dijo Octavian—. Me alegro de darle la bienvenida a Percy en la legión. Pero cuando sea la hora de elegir nuevo pretor, espero que recuerdes...

—Jason no está muerto—le espetó Hazel—. Eres el augur. ¡Se supone que deberías estar buscándole!

—¡Eso estoy haciendo! —Octavian señaló al montón de peluches en el altar—. ¡Les pregunto a los dioses cada día! Aún así, llevamos ocho meses sin noticias de él y no he encontrado nada. Por supuesto, sigo buscando. Pero si Jason no vuelve para el Festival de Fortuna, deberemos actuar. No podemos dejar un puesto de poder vacío mucho más. Espero que me apoyes para pretor. Significaría mucho paramí.

Hazel cerró los puños.

—¿Yo? ¿Apoyarte a ti?

Octavian se quitó la toga, dejándola junto al cuchillo, en el altar. Percy vio siete líneas en el brazo de Octavian: siete años en el campamento, supuso Percy. El símbolo de Octavian era una harpa, el símbolo de Apolo.

—Después de todo—le dijo Octavian a Hazel—. Puedo ayudarte. Sería horrible que todos esos rumores que circulan sobre ti pudieran, no lo quieran los dioses, ser verdad.

Percy deslizó su mano hacia su bolsillo y agarró su bolígrafo. Aquél tipo estaba chantajeando a Hazel. Era obvio. Una señal de Hazel y Percy estaría listo para sacar a Contracorriente y ver cómo reaccionaría Octavian siendo ensartado como una salchicha.

Hazel respiró hondo. Sus nudillos estaban blancos.

—Lo pensaré.

—Excelente—dijo Octavian—. Por cierto, tu hermano está aquí.

Hazel se irguió.

—¿Mi hermano? ¿Por qué?

Octavian se encogió de hombros.

—¿Por qué tiene que venir a hacer algo? Te espera en el santuario de vuestro padre. No... no le hagas quedarse demasiado tiempo por aquí. Tiene un efecto molesto en los demás. Ahora, si me permitís, tengo que seguir buscando a nuestro pobre amigo perdido, Jason. Encantado de conocerte, Percy.

Hazel salió fuera del pabellón, y Percy la siguió. Nunca se había alegrado tanto de salir de un templo en su vida.

Mientras Hazel caminaba colina abajo, maldijo en latín. Percy no entendió mucho, pero escuchó: hijo de gorgona, serpiente hambrienta de poder, y un par de lugares en los que Octavian podría clavarse el cuchillo.

—Odio ese tipo—murmuró en inglés—. Si pudiera...

—No será elegido pretor, ¿verdad? —preguntó Percy.

—Ojalá fuera cierto. Octavian tiene muchos amigos, muchos de ellos comprados. Los demás campistas le tienen miedo.

—¿Miedo de ese chico delgado?

—No le subestimes. Reyna no lo hace mal ella sola, pero si Octavian compartiera su poder...—Hazel se detuvo—. Vayamos a ver a mi hermano. Querrá conocerte.

Percy no discutió. Quería conocer a su misterioso hermano, quizá aprender algo sobre el pasado de Hazel: quién era su padre, cuál era el secreto que escondía. Percy no podía creer que hubiera hecho algo por lo que sentirse culpable. Parecía tan simpática. Pero Octavian había actuado como ella hubiera hecho un homicidio múltiple y él tuviera todas las pruebas para inculparla.

Hazel llevó a Percy a una cripta negra a un lado de la colina. De pie frente al santuario había un adolescente vestido con unos tejanos negros y una chaqueta de aviador.

—Eh—le llamó Hazel—. Traigo a un amigo.

El chico se giró. Percy tuvo otro de esos flashes horribles: como si fuera alguien a quien conocía. Aquél chico era igual de pálido que Octavian, pero con ojos negros y un alborotado pelo color azabache. No se parecía en nada a Hazel. Vestía un anillo de plata con la forma de una calavera, una cadena en vez de cinturón y una camiseta negra con un patrón de calaveras. De su cintura colgaba una espada de un color más negro que las sombras.

Por un microsegundo cuando vio a Percy, el chico pareció estupefacto, incluso asustado, como si hubiera sido atrapado en una red de pescadores.

—Este es Percy Jackson—dijo Hazel—. Es un buen chico. Percy, este es mi hermano, hijo de Plutón.

El chico recuperó la compostura y le tendió la mano.

—Encantado de conocerte—dijo—. Soy Nico di Angelo.

CAPITULO V

HAZEL

HAZEL SINTIÓ COMO SI ACABARA DE PRESENTAR a dos bombas nucleares. Ahora estaba esperando ver cuál de las dos explotaba primero. Hasta aquella mañana, su hermano Nico había sido el semidiós más poderoso que había visto jamás. Los demás en el Campamento Júpiter le vieron como un excéntrico viajante, igual de inofensivo que los faunos. Hazel le conocía mejor. No había crecido con Nico, ni le conocía desde hace mucho. Pero sabía que Nico era más peligroso que Reyna, u Octavian o incluso más que Jason. Entonces conoció a Percy.

A primera vista, cuando le vio dando tumbos cargando con una anciana. Hazel creyó que podría ser un dios disfrazado. Incluso aunque estaba andrajoso, sucio y se detenía exhausto, tenía un aura de poder. Tenía la pose de un dios romano, con unos ojos verdes del océano y un pelo negro que volaba con el viento.

Le había ordenado a Frank no dispararle. Creía que quizá los dioses les estuvieran poniendo a prueba. Había oído mitos sobre aquello: un chico con una anciana pidiendo cobijo, y que cuando los mortales les negaban la entrada, ¡BUM! Acababan convertidos en pieles de plátano.

Un hijo del dios del mar...

Tiempo atrás, a Hazel le dijeron que un descendiente de Neptuno la salvaría. ¿Pero cómo podría Percy quitarle la maldición? No parecía demasiada esperanza para ella. Percy y Nico se dieron las manos. Se estudiaron el uno al otro cuidadosamente, y Hazel se aguantó la necesidad de salir corriendo. Si ambos sacaran las espadas, las cosas se pondrían feas.

Nico no parecía asustado. Era delgado y pálido con sus ropas amplias y negras. Su pelo, como siempre, parecía como si se acabara de levantar de la cama.

Hazel recordó cuando le hubo conocido. La primera vez que le vio empuñar aquella espada negra suya, casi se echó a reír. La forma en la que lo llamaba: “Acero estigio”, y lo serio que se ponía, estaba ridículo. Aquel blanco escuálido no era un luchador. Jamás habría dicho que estaban relacionados.

Había cambiado de opinión muy pronto.

Percy se encogió de hombros.

—Te... te conozco.

Nico alzó las cejas.

—¿Sí? —miró a Hazel buscando una explicación.

Hazel vaciló. Algo en la reacción de su hermano no estaba bien. Intentaba actuar normal, pero cuando había visto por primera vez a Percy, Hazel se dio cuenta de que miraba de pánico. Nico ya conocía a Percy. Estaba seguro de ello. ¿Por qué intentaba haciendo eso si no?

Hazel tuvo que hablar.

—Eh... Percy ha perdido su memoria.

Le contó a su hermano lo que había pasado desde que le vio en las puertas.

—Entonces... Nico—continuó con cuidado—. Creía... que... como has viajado por todas partes... quizá hubieras conocido otros semidioses como Percy antes o...

La expresión de Nico se volvió igual de oscura que el Tártaro. Hazel no entendió por qué, pero entendió el mensaje: déjalo.

—La historia sobre el ejército de Gea—dijo Nico—. ¿Has alertado a Reyna?

Percy asintió.

—¿Quién es Gea?

Se le secó la boca a Hazel. Oír ese nombre... Era todo lo que podía hacer para dejar que sus rodillas dejaran de temblar. Recordaba la voz suave de una mujer durmiente, una cueva brillante, y un sentimiento en su estómago llenado con aceite.

—Es la diosa de la tierra—Nico miró hacia el suelo como si pudiera estar escuchando—. La diosa de todo. Está en un sueño profundo durante la mayor parte del tiempo, pero odia a los dioses y a sus hijos.

—¿La madre Tierra...es malvada? —preguntó Percy.

—Mucho, —dijo Nico con la voz grave—. Convenció a su hijo, el titán Cronos, eh... quiero decir, Saturno, para matar a su padre, Urano, y conquistar el mundo. Los titanes reinaron durante un tiempo. Entonces los hijos de los titanes, los dioses olímpicos, les quitaron de en medio.

—Esa historia me suena—Percy sonó sorprendido, como si un viejo recuerdo subiera a la superficie—. Pero no creo que haya oído esa parte sobre Gea.

Nico se encogió de hombros.

—Se volvió loca cuando los dioses ganaron. Buscó un nuevo marido, Tártaro, el espíritu del abismo, y dio a luz a una raza de gigantes. Intentaron destruir el Monte Olimpo, pero los dioses acabaron ganándoles. Al menos... la primera vez.

—¿La primera vez? —repitió Percy.

Nico miró a Hazel. Probablemente no quería hacerla sentir culpable, pero no pudo ayudar con ello. Si Percy supiera la verdad sobre ella, y todas las cosas horribles que había hecho...

—El último verano—continuó Nico—. Saturno intentó volver. Hubo una segunda Titanomaquia, es decir una segunda guerra contra los titanes. Los romanos del Campamento Júpiter tormentaron el cuartel general en el Monte Othrys, al otro lado de la bahía, y destruyeron su trono. Saturno desapareció...—vaciló, mirando la cara de Percy. Hazel tenía la sensación de que su hermano estaba nervioso por si la memoria de Percy pudiera volver.

—Eh... de cualquier manera—continuó Nico—. Saturno volvió al abismo. Todos creímos que la guerra había terminado. Ahora es como si la victoria contra los titanes haya despertado a Gea. Está despertando. He oído noticias de gigantes siendo renacidos. Si osan desafiar a los dioses de nuevo, probablemente comenzarán destruyendo a todos los semidioses...

—¿Le has contado esto a Reyna? —preguntó Percy.

—Por supuesto—la mandíbula de Nico se tensó—. Los romanos no confían en mí. Es por eso por lo que esperaba que te escuchara a ti. Los hijos de Plutón... bueno, no te ofendas, pero creen que somos peores incluso que los hijos de Neptuno. Traemos mala suerte.

—Pero han dejado que Hazel se quede—comentó Percy.

—Eso es distinto—dijo Nico.

—¿Por qué?

—Percy—le cortó Hazel—, mira, los gigantes no son nuestro peor problema. Incluso... incluso Gea no es nuestro mayor problema. La cosa es que cómo ya has visto en las gorgonas, no se mueren, esa es nuestra mayor preocupación.

Miró a Nico. Se estaba acercando demasiado a su propio secreto, pero por alguna razón Hazel confiaba en Percy. Quizá porque también era un extraño, quizá porque hubiera salvado a Frank en el río. Se merecía saber a lo que se enfrentaban.

—Nico y yo...—dijo con cuidado—, creemos que es porque la Muerte no...

Antes de que pudiera terminar, un grito vino colina desde debajo de la colina.

Frank corrió hacia ellos, con sus tejanos, su camiseta morada del campamento, y su chaqueta de cuero. Sus manos estaban cubiertas de grasa de limpiar armas.

Igual que cada vez que veía a Frank, el corazón de Hazel comenzó a latir con fuerza, algo que le molestaba. Claro, era un buen amigo, la única persona en el campamento que no la trataba como si tuviera una enfermedad contagiosa. Pero no le gustaba de aquella manera...

Él tenía tres años más que ella, no era precisamente un príncipe encantador, con esa extraña combinación de cara de bebé y cuerpo de musculado boxeador. Parecía un koala mimado con músculos. El hecho que todo el mundo siempre intentara emparejarlos (¡Los dos mayores perdedores de todo el campamento! o Sois perfectos el uno para el otro) hacía que Hazel no le quisiera más.

Pero su corazón no estaba programado, se volvía loco cada vez que Frank estaba cerca. No se había sentido así desde... bueno, desde Sammy.

Para, pensó. Estás aquí por una sola razón, y no es conseguir un novio nuevo.

Además, Frank no sabía su secreto. Si lo supiera, no sería tan simpático con ella.

Alcanzó el santuario.

—Hola, Nico...

—Frank—sonrió Nico. Parecía encontrar increíble a Frank, porque quizá fuera que Frank era el único que no excluía a los hijos de Plutón.

—Reyna me ha enviado aquí a por Percy—dijo Frank—. ¿Te ha aceptado Octavian?

—Sí—dijo Percy—. Descuartizó a mi panda.

—Él... Ah. El augur. Sí, los osos de peluche suelen tener pesadillas con ese chico.

¡Pero estás dentro! Te necesitamos limpio antes de la asamblea de esta noche.

Hazel se dio cuenta de que el sol se estaba poniendo por entre las colinas. ¿Cómo había pasado tan rápido el día?

—Tienes razón—dijo—. Es mejor que...

—Frank—le interrumpió Nico—, ¿por qué no acompañas a Percy abajo? Hazel y yo nos reuniremos con vosotros en breve.

Oh-oh, pensó Hazel. Intentó no parecer ansioso.

—Eso... eso es buena idea—se las arregló—. Seguid adelante, chicos. Ya os alcanzaremos.

Percy miró a Nico una vez más, como si estuviera intentando situarle en su memoria.

—Me gustaría charlar contigo en alguna otra ocasión. No puedo dejar de pensar que...

—Claro—coincidió Nico—. Más tarde. Estaré levantado hasta pronto.

—¿Ah, sí? —le echó en cara Hazel. A los campistas les iba a encantar aquello, el hijo de Neptuno y el hijo de Plutón llegando el mismo día. Ahora lo que les faltaba eran gatos negros y espejos rotos.

—Vamos, Percy—dijo Nico—. Os alcanzaremos— Miró hacia Hazel, y ésta tuvo la sensación de que la peor parte del día estaba aún por llegar—. Mi hermana y yo necesitamos hablar.

—Le conoces, ¿no es cierto? —dijo Hazel.

Se sentaron en el techo del santuario de Plutón, que estaba cubierto con huesos y diamantes. En cuanto Hazel sabía, los huesos siempre habían estado allí. Los diamantes eran culpa suya. Si se sentaba en algún lugar durante mucho tiempo, o simplemente se sentía nerviosa, comenzaban a aparecer como si fueran seta durante la lluvia. Varios millones de dólares valorados en piedras brillantes en el tejado, pero afortunadamente los demás campistas no los tocaban. Sabía mejor que nadie que robar en un templo, sobre todo en los de Plutón, estaba prohibido y era castigado y los faunos nunca se acercaban.

Hazel se estremeció, recordando su encuentro con Don aquella tarde. Si no hubiera actuado con rapidez y le hubiera quitado el diamante... no quería ni pensarlo. No quería otra muerte a sus espaldas.

Nico hacía bailar sus pies como si fuera un niño pequeño. Su espada de acero estigio descansaba a su lado, cerca de la spatha de Hazel. Miró por el valle, donde los obreros trabajaban en los Campos de Marte, construyendo fortificaciones para los juegos de aquella noche.

—Percy Jackson—pronunció el nombre como si fuera un hechizo—. Hazel, tengo que ir con cuidado con lo que digo. Hay cosas importantes en trabajo. Algunos secretos deben seguir siendo secretos. Tu entre toda la gente, deberías comprenderlo.

Hazel se enrojeció.

—Pero él no es como... ¿es como yo?

—No—dijo Nico—. Siento no poder decirte nada más. No puedo interferir. Percy tiene que encontrar su camino en este campamento.

—¿Es peligroso? —preguntó.

Nico consiguió hacer una sonrisa áspera.

—Mucho. Para sus enemigos. Pero no es una amenaza para el Campamento Júpiter. Puedes confiar en él.

—Como confío en ti—dijo Hazel, fríamente.

Nico le daba vueltas a su anillo de calavera. A su alrededor, los huesos comenzaron a mezclarse como si estuvieran formando un nuevo esqueleto. Cada vez que estaba de mal humor, Nico tenía ese efecto en los muertos, algo parecido a la maldición de Hazel. Ambos representaban las dos esferas de poder de Plutón: los muertos y los ricos. A veces Hazel pensaba que Nico se había llevado la mejor parte del trato.

—Mira, sé que es difícil—dijo Nico—. Pero tienes una segunda oportunidad. Puedes hacer las cosas bien.

—Nada está bien—dijo Hazel—. Si saben la verdad sobre mí...

—No lo harán—le prometió Nico—. Organizarán pronto una misión. Tendrán que hacerlo. Harás sentirme orgulloso. Confía en mí, Bi...

Se detuvo, pero Hazel supo que estuvo a punto de llamarla Bianca. La hermana de verdad de Nico, con la que había crecido. Nico podría preocuparse por Hazel, pero nunca sería Bianca. Simplemente Hazel era la mejor cosa que podía encontrar Nico... como un premio de consuelo del Inframundo.

—Lo siento—dijo.

La boca de Hazel le supo a metal, como si todos las piedrecitas de oro que estaban saliendo de entre el suelo estuvieran bajo su lengua.

—¿Entonces es cierto lo de la Muerte? ¿Hay que culpar a Alcioneo?

—Eso creo—dijo Nico—. Las cosas se están poniendo feas en el Inframundo. Papá se está volviendo loco intentando controlar las cosas. Sobre lo que Percy dijo de las gorgonas... al parecer las cosas también se están poniendo feas aquí arriba. Pero es

por eso por lo que estás tú aquí. Todo eso sobre tu pasado... puedes hacer cosas buenas para arreglarlo. Pertenece al Campamento Júpiter.

Eso sonaba ridículo, Hazel contuvo una risa. No pertenecía a aquel lugar. Ni siquiera pertenecía a aquel siglo.

Debería aprender a no pensar en el pasado, pero recordaba perfectamente el día en el que su antigua vida había sido destrozada. El desmayo la golpeó de repente, ni siquiera le dio tiempo a decir: Oh-oh. Volvió atrás en el tiempo. Ni un sueño ni una visión. El recuerdo la barrió con tanta fuerza que sintió como si tuviera allí mismo. Su último cumpleaños. Acababa de cumplir trece. Pero no fue el pasado diciembre. Fue el 17 de diciembre de 1941, el último día que vivió en Nueva Orleans.

CAPITULO VI

HAZEL

HAZEL ESTABA ANDANDO HACIA CASA SOLA, venía de los establos. A pesar de que la tarde era fría, estaba sobrecogida por el calor. Sammy le acababa de besar en la mejilla.

El día había estado lleno de altibajos. Los chicos del colegio se habían burlado de ella por su madre, llamándola bruja y otros muchos nombres. Eso había sido durante un buen rato, por supuesto, pero las cosas se pusieron más feas todavía. Había rumores por todas partes sobre la maldición de Hazel. El colegio se llamaba Academia Santa Angles para Chicos de Color e indios, un nombre que no había cambiado durante muchos años. Como su nombre indicaba, el lugar enmascaraba un lugar repleto de crueldad bajo un disfraz de amabilidad.

Hazel no entendía cómo los demás chicos negros podían ser tan malos con ella. Ellos deberían ser los que mejor conocían lo que era tener que convivir con insultos día a día. Pero la gritaban y le robaban el almuerzo, siempre preguntándole por aquellas famosas joyas: “¿Dónde están esos diamantes malditos, chica? ¡Dame unos pocos o te pegaré!” La empujaban hacia la fuente y le lanzaban rocas si intentaba acercarse a ellos durante el recreo.

A pesar de lo horribles que eran, Hazel nunca les dio ni diamantes ni oro. No odiaba tanto a nadie de esa manera. Además, tenía un amigo, Sammy, y eso era suficiente. A Sammy le gustaba bromear con que era el estudiante perfecto del Santa Agnes. Era americano-mexicano, por lo que se consideraba a sí mismo de color e indio.

—Deberían darme una doble escolaridad—decía.

No era grande ni fuerte, pero tenía una sonrisa loca que le hacía reír a Hazel.

Aquella tarde la había llevado a los establos donde trabajaba como mozo. Era un club de hípica ‘sólo para blancos’, por supuesto, pero estaba cerrado los días laborables y, durante la guerra, se dijo que el club debería tener que echar el cierre hasta que los japoneses hubieran sido vencidos y los soldados volvieran a casa. Sammy podía colar a hurtadillas a Hazel para ayudarle a cuidar de los caballos. Una vez cada cierto tiempo montaban a caballo.

Hazel amaba a los caballos. Parecían ser las únicas criaturas vivientes que no estaban asustadas de ella. La gente la odiaba. Los gatos la bufaban. Los perros la ladraban. Incluso el estúpido hámster de la clase de la señorita Finley chillaba de terror cuando le daba una zanahoria. Pero los caballos no. Cuando estaba sobre la silla, podía ir tan rápido que las gemas preciosas no tenían oportunidad de salir a la superficie. Se sentía casi completamente libre de su maldición.

Aquella tarde, se había escogido a un semental roano moreno con una preciosa crin negra. Galopó por los campos tan rápidamente que dejó a Sammy atrás. Cuando la alcanzó, él y su caballo estaban sin aliento.

—¿De qué huyes? —se rió—. Soy feo, pero no es para tanto, ¿no crees?

Hacía demasiado frío para un picnic, pero de todas formas, estaban haciendo uno, bajo un gran magnolio con los caballos atados en una valla de madera cercana.

Sammy había comprado una magdalena con una vela de cumpleaños, que había sido aplastada durante el recorrido pero seguía siendo la cosa más dulce que Hazel jamás había visto. La partieron en dos y la compartieron.

Sammy habló de la guerra. Quería ser lo suficientemente mayor como para poder ir. Preguntó a Hazel si le escribiría cartas si fuera un soldado yendo a ultramar.

—Por supuesto, tonto—dijo.

Sonrió. Entonces, como si se moviera con un impulso repentino, se tambaleó y la besó en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, Hazel.

No era demasiado. Sólo un beso, ni siquiera en los labios. Pero Hazel sintió como si estuviera flotando. A duras penas recordaba el recorrida de vuelta a los establos, ni siquiera se acordó de despedirse de Sammy. Él dijo: “Nos vemos mañana”, como siempre hacía. Pero ella nunca le volvería a ver.

Cuando hubo vuelto al Barrio Francés, ya oscurecía. Cuanto más se aproximaba a su casa, el sentimiento de calor desaparecía, y era reemplazado por terror.

Hazel y su madre, la Reina Marie, como le gustaba ser llamada, vivía en un viejo apartamento encima de un club de jazz. A pesar de que la guerra acababa de comenzar, había un aire festivo en el aire. Nuevos reclutas no tardarían en deambular por las calles, riendo y hablando sobre combatir japoneses. Se harían tatuajes en los salones o propondrían matrimonio a sus amados corazones en el boulevard. Algunos subirían a casa de la madre de Hazel para que les leyeran la fortuna o comprar encantamientos de Marie Levesque, la famosa reina del grisgrís.

—¿Lo has oído? —dirá uno—. Dos centavos por este encantamiento de buena suerte. Se lo di a un chico que conozco, y dice que es un verdadero pedazo de plata. ¡Vale por lo menos unos veinte dólares! ¡Esta bruja está loca!

Por un momento, esa conversación daba a la reina Marie mucho trabajo. La maldición de Hazel comenzó a aparecer lentamente. Primero parecía una bendición. Las piedras preciosas y el oro solo aparecían de tanto en cuanto, nunca en grandes cantidades. La reina Marie pagaba las facturas, y ellas comían filete para cenar una vez a la semana. Incluso Hazel se compró un vestido nuevo. Pero los rumores comenzaron a extenderse. Los locales comenzaron a darse cuenta de las cosas horribles que les pasaban a las personas que compraban esos encantamientos de buena suerte o eran pagados con los tesoros de la reina Marie. Charlie Gasceaux perdió su brazo en una cosechadora cuando vestía un brazalete de oro. El señor Henry sufrió un ataque al corazón en su tienda después de que la reina Marie hubo pagado su pedido con un rubí.

La gente comenzó a susurrar sobre Hazel y a preguntarse cómo podía encontrar esas joyas malditas sólo con andar por la calle. Aquellos días sólo los que no eran de la ciudad solían visitar a su madre, y tampoco no eran demasiados. La madre de Hazel solía estar casi siempre de mal genio. Acostumbraba a lanzarle miradas de resentimiento a su hija.

Hazel subió por las escaleras lo más callada que pudo, por si su madre tenía un cliente. En el club del piso de abajo, la banda estaba tocando sus instrumentos. La panadería de la puerta de al lado había comenzado a hacer beignets para el día siguiente, llenando la escalera del olor de la mantequilla horneada.

Cuando llegó a su casa, Hazel creyó haber oído dos voces dentro de su apartamento. Pero cuando hubo entrado en el salón, su madre estaba sola en la mesa de sesiones, con los ojos cerrados, como si estuviera en trance.

Hazel la había visto de esa manera muchas veces, haciendo que hablaba con los espíritus para sus clientes, pero nunca cuando estaba ella sola. La reina Marie siempre le había dicho a Hazel que su grisgrís eran palabrerías. Ni siquiera creía de

verdad en sus encantamientos, ni en sus adivinaciones, ni en fantasmas. Ella sólo era una intérprete, como una cantante o una actriz, haciendo un espectáculo por dinero. Pero Hazel sabía que su madre sí que creía en alguna magia. La maldición de Hazel no eran palabrerías. La reina Marie simplemente no quería creer que era su culpa, como si de alguna manera ella hubiera hecho así a Hazel.

—Fue tu maldito padre—le gruñiría la reina Marie cuando estaba de muy mal humor—. Viniendo aquí con su maravilloso traje plateado y negro. Para una vez que convoco de verdad a un espíritu y, ¿qué obtengo? Complace mi deseo y arruina mi vida. Podría haber sido una reina de verdad. Es por su culpa que te volvieras así. Nunca le había explicado qué quería decir, y Hazel había aprendido a no preguntar sobre su padre. Lo único que conseguía era enfadar a su madre.

Mientras Hazel la miraba, la reina Marie murmuraba algo para sí misma. Su cara estaba calmada y relajada. Hazel estaba impresionada de lo bonita que parecía, sin el ceño fruncido ni los pliegues en su frente. Tenía una larga melena de un marrón dorado igual que Hazel, y la misma complexión oscura, de tez marrón como los granos de café tostado. No vestía aquellas graciosas ropas de color azafrán o aquellos colgantes dorados que llevaba para impresionar a los clientes si no que llevaba puesto un sencillo vestido blanco liso. Aún así, seguía teniendo ese aire real, sentada recta y con toda su dignidad en su silla dorada como si fuera una reina de verdad.

—Estarás segura aquí—murmuró—. Lejos de los dioses.

Hazel ahogó un grito. La voz que salió de su madre no era la suya. Era la de una mujer más mayor. El tono era dulce y suave, pero también inquisitivo, como un hipnotista dando órdenes.

La reina Marie se tensó. Se convulsionó en su trance, entonces habló con su voz normal:

—Está muy lejos. Muy frío. Muy peligroso. Me dijo que no...

La otra voz respondió:

—¿Qué ha hecho por tí? ¡Te dio una hija envenenada! Pero podemos usar su don para bien. Podemos devolvérsela a los dioses. Estarás bajo mi protección en el norte, lejos del dominio de los dioses. Haré de mi hijo tu protector. Por fin vivirás como una verdadera reina.

La reina Marie se estremeció:

—¿Pero a Hazel qué le...?

Su cara se contorsionó en un gesto desdeñoso. Ambas voces sonaron al unísono, como si estuvieran de acuerdo en algo.

—Hija envenenada.

Hazel retrocedió escaleras abajo, con el pulso acelerado.

En la planta baja, chocó contra un hombre que vestía un traje oscuro. La agarró por los hombros con unos dedos fuertes y fríos.

—Ya está, niña—dijo el hombre.

Hazel vio su anillo plateado en forma de calavera en su dedo y la extraña tela de su traje. En las sombras, el negro sólido parecía convertirse y transformarse, creando imágenes de caras agónicas, como si las almas perdidas intentaran escapar de los pliegues de sus ropas.

Su corbata era negra con rayas plateadas. Su camisa era de un gris color sombra. su cara... el corazón casi se le sale a Hazel por la boca. Su piel era tan blanca que parecía casi azul, como la leche fría. Tenía una mata desdeñosa de pelo negro. Su

sonrisa era amable, pero sus ojos eran fieros y furiosos, llenos de locura. Hazel había visto esa mirada en los noticiarios en el cine. Aquel hombre parecía como aquel horrible tipo llamado Adolf Hitler. No tenía bigote, pero de todas formas podía haber sido el gemelo de Hitler, o incluso su padre.

Hazel intentó deshacerse de ese pensamiento. Incluso cuando el hombre la soltó, no pudo moverse. Sus ojos la congelaron en el sitio.

—Hazel Levesque—dijo con voz melancólica—. Has crecido.

Hazel comenzó a temblar. En el rellano de las escaleras, el suelo de cemento crujió bajo los pies del hombre. Una piedra brillante salió del rellano como si la tierra hubiera escupido una semilla de sandía. El hombre la miró, sin estar sorprendido. Se agachó.

—¡No! —gritó Hazel—. ¡Está maldita!

Recogió la piedra, una esmeralda perfecta.

—Sí, lo es. Pero no para mí. Es tan bonita... vale más que este edificio, supongo— dejó caer la esmeralda en su bolsillo—. Siento tu destino, niña. Imagino que me odiarás.

Hazel no entendía nada. El hombre sonaba triste, como si fuera él mismo el responsable de su vida. Entonces la verdad le vino de golpe: un espíritu gris y negro, que había complacido los deseos de su madre y arruinado su vida.

Sus ojos se abrieron.

—¿Tú? Tú eres mi...

Le puso la mano bajo su barbilla.

—Soy Plutón. La vida nunca es fácil para mis hijos, pero tú tienes una carga especial. Ahora que tienes trece, debemos hacer previsiones...

Ella apartó su mano.

—¿Tú me has hecho eso? —le pidió—. ¿Tú me has maldecido a mí y a mi madre?

¿Nos has dejado solas?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Aquél hombre blanco con su fino traje era su padre? Ahora que tenía trece, ¿se mostraba por primera vez y pedía perdón?

—¡Eres malvado! —le gritó—. ¡Has arruinado nuestras vidas!

Los ojos de Plutón se entrecerraron.

—¿Qué te ha contado tu madre, Hazel? ¿Nunca te ha explicado su deseo? ¿O te contó por qué naciste bajo una maldición?

Hazel estaba demasiado enfadada para hablar, pero Plutón parecía leer las preguntas en su cara.

—No...—suspiró él—. Supongo que sería mucho más fácil echarme la culpa a mí.

—¿Qué quieres decir?

Plutón suspiró.

—Pobre niña. Naciste demasiado pronto. No puedo ver tu futuro con claridad, pero algún día encontrarás tu lugar. Un descendiente de Neptuno te quitará tu maldición y te dará paz. Me temo que eso no sucederá de aquí a muchos años...

Hazel no entendió nada de aquello. Antes de que pudiera responder, Plutón le alargó la mano. Un cuaderno de dibujo y una caja de lápices de color aparecieron en la palma de su mano.

—Tengo entendido que te gusta el arte y montar a caballo—dijo—. Esto es para tu arte. Y en cuanto al caballo...—sus ojos brillaron—. Eso, lo tendrás que averiguar por tú misma. Ahora debo hablar con tu madre. Feliz cumpleaños, Hazel.

Se giró y se dirigió a las escaleras, como si Hazel fuera una tarea que hacer en su lista de deberes. Fue como si hubiera dicho: Feliz cumpleaños. Ve y haz un dibujo. Nos vemos en otros trece años.

Estaba aturdida, enfadada y confundida que se quedó paralizada en el rellano. Quería tirar los lápices de colores y pisotearlos. Quería tirarse encima de Plutón y pegarle patadas. Quería huir, encontrar a Sammy, robar un caballo, dejar la ciudad y no volver nunca. Pero no hizo ninguna de esas cosas.

Por encima de ella, la puerta del apartamento se abrió y Plutón entró.

Hazel seguía tiritando por su frío tacto, pero subió las escaleras para ver que haría él. ¿Qué le diría a la reina Marie? ¿Quién le respondería? ¿La madre de Hazel o aquella voz horrible?

Cuando llegó a la puerta, Hazel escuchó una discusión. Intentó escuchar algo. Su madre parecía haber vuelto a la normalidad, gritaba enfadada, lanzando cosas por los aires por todo el salón mientras Plutón intentaba razonar con ella.

—Marie, es una locura—dijo—. Estarás demasiado lejos para que te pueda proteger.

—¿Protegerme? —gritó la reina Marie—. ¿Cuándo me has protegido a mí?

El traje oscuro de Plutón brilló, como si las almas atrapadas en la tela se estuvieran agitando.

—No tienes ni idea—dijo—. Te he mantenido con vida, a ti y a tu hija. Mis enemigos están en todas partes contra los dioses y los hombres. Ahora con la guerra, sólo se pondrá peor. Debes permanecer dónde yo pueda...

—¡La policía cree que soy una delincuente! —gritó la reina Marie—. ¡Mis clientes me tratan como si fuera una bruja! Y Hazel... su maldición está empeorando. Tu protección nos está matando.

Plutón extendió sus manos en un gesto de suplica.

—Marie, por favor...

—¡No! —la reina Marie se giró hacia el armario, sacando su maleta de cuero, y la lanzó sobre la mesa—. Nos vamos—anunció—. Puedes mantener tu protección. Nos vamos al norte.

—Marie, es una trampa—le advirtió Plutón—. Quienquiera que te susurre al oído, quienquiera que te esté poniendo en mi contra...

—¡Tú mismo me has puesto en tu contra! —cogió un florero de cerámica y se lo lanzó. Se rompió en el suelo, y unas piedras preciosas se extendieron por todas partes: esmeraldas, rubíes, diamantes...La colección entera de Hazel.

—No sobreviviréis —dijo Plutón—. Si vais al norte, ambas moriréis. Eso lo puedo preveer.

—¡Largo! —dijo.

Hazel deseó que Plutón se quedara y discutiera. Fuera lo que fuera de lo que su madre estuviera hablando, a Hazel no le gustaba. Pero su madre extendió sus manos en el aire y se disolvió entre sombras... como si fuera un espíritu de verdad.

La reina Marie cerró sus ojos. Respiró hondo. Hazel tuvo miedo de que aquella extraña voz pudiera poseerla de nuevo. Pero cuando habló, lo hizo con su voz normal.

—Hazel—le espetó—, sal de detrás de la puerta.

Temblando, Hazel obedeció. Se pegó el bloc de dibujo y los lápices de colores al pecho.

Su madre la estudió como si fuera una desagradable decepción. Una hija envenenada, habían dicho las voces.

—Haz una maleta—le ordenó—. Nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó Hazel.

—A Alaska—le respondió la reina Marie—. Vamos a hacerte útil. Vamos a comenzar una nueva vida.

La forma en la que su madre dijo aquello, sonó como si fueran a crear una nueva vida para otro alguien o para otro algo.

—¿Qué quiso decir Plutón? —preguntó Hazel—. ¿Es mi padre de verdad? Dijo que habías pedido un deseo...

—¡Ve a tu habitación! —le gritó su madre—. ¡Maleta!

Hazel huyó, y de repente fue expulsada del pasado.

Nico le estaba sacudiendo los hombros.

—Lo has hecho de nuevo.

Hazel parpadeó. Estaban ambos sentados en el techo del santuario de Plutón. El sol estaba más bajo en el cielo. Había más diamantes a su alrededor, y sus ojos estaban secos de llorar.

—P...perdón—murmuró.

—No pasa nada—dijo Nico—. ¿Dónde estabas?

—En el apartamento de mi madre. El día que nos mudamos.

Nico asintió. Entendía aquella historia mejor que la mayoría de la gente. También él era un niño de los años 1940. Había nacido un par de años después que Hazel, y había sido atrapado en un hotel mágico durante décadas. Pero el pasado de Hazel era mucho peor que el de Nico. Había causado tanto daño y tanto misterio...

—Tienes que trabajar para controlar esos recuerdos—le advirtió Nico—. Si un flashback como ese te sacude en un combate...

—Lo sé—dijo—. Lo intento.

Nico le cogió la mano.

—Está bien. Creo que es un efecto secundario de... ya sabes, tu estancia en el Inframundo. Con suerte se reducirá el efecto.

Hazel no estaba segura de aquello. Después de ocho meses, los desmayos parecían empeorar, como si su alma se estuviera enfrentando a vivir en dos períodos de tiempo distintos al mismo tiempo. Nadie había vuelto antes de la muerte, al menos no de la forma en la que ella lo había hecho. Nico intentaba tranquilizarla, pero ninguno de ellos sabía qué pasaría.

—No puedo volver al norte de nuevo—dijo Hazel—. Nico, si vuelvo al lugar dónde pasó...

—Estarás bien—le prometió—. Esta vez tienes amigos. Percy Jackson... tiene un papel que interpretar en todo esto. Puedes notarlo, ¿verdad? Es una buena persona para tener a tu lado.

Hazel recordó lo que Plutón le dijo tiempo atrás: Un descendiente de Neptuno te quitará la maldición y te dará paz.

¿Sería Percy? Quizás, pero Hazel sintió que no sería fácil. No era seguro que sobreviviera siquiera a lo que les esperaba en el norte.

—¿De dónde viene? —preguntó ella—. ¿Por qué los fantasmas le llaman griego?

Antes de que Nico pudiera responder, los cuernos sonaron por el río. Los legionarios se reunían para la asamblea de aquella noche.

—Será mejor que bajemos—dijo Nico—. Tengo la sensación de que los juegos bélicos de esta noche van a ser interesantes.

CAPITULO VII

HAZEL

DURANTE EL CAMINO DE VUELTA, HAZEL DIO UN TRASPIÉ CON UNA BARRA DE ORO.

No debería haber corrido tan rápido, pero tenía miedo de que llegara tarde a la asamblea. La Quinta Cohorte tenía los centuriones más simpáticos del campamento. aún así, incluso ellos les tendrían que castigar si llegaba tarde. Los castigos romanos eran duros: limpiar las calles con un cepillo de dientes, lavar los rediles de los toros del anfiteatro, ser cosido a un saco lleno de comadreas furiosas y ser lanzado al Pequeño Tíber... las opciones no eran demasiado buenas.

La barra de oro salió del suelo justo a tiempo para que su pie la golpeará. Nico intentó cogerla, pero ella se cayó y se rascó las manos.

—¿Estás bien?

Nico se arrodilló a su lado y alcanzó la barra de oro.

—¡No! —le advirtió Hazel.

Nico se quedó congelado.

—Cierto. Lo siento. Es que es... ¡santos dioses! Esto es enorme.

Sacó una botella de néctar de su chaqueta de aviador y vertió un poco en las manos de Hazel. Inmediatamente los cortes comenzaron a sanar.

—¿Puedes levantarte?

La ayudó a levantarse. Ambos miraron el oro. Era del tamaño de una barra de pan, con varios números estampados y las palabras 'Tesoro de los Estados Unidos'.

Nico ladeó la cabeza.

—¿Cómo en el Tártaro ha...?

—No lo sé—dijo Hazel, miserablemente—. Puede haber estado enterrado aquí por ladrones o dejado aquí por un vagón cientos de años atrás. Quizá haya venido aquí desde el banco más cercano. Lo que haya en el suelo, si está cerca de mí, acaba saliendo. Y cuanto más valor tiene...

—Más peligroso es—Nico frunció el ceño—. ¿No deberíamos esconderlo? Si lo encuentran los faunos...

Hazel se imaginó una nube hongo saliendo de la carretera, con faunos al horno volando por los aires en todas direcciones. Era demasiado horrible para imaginarlo.

—Debería hundirse en el suelo después de dejarlo, pero solo para estar seguros...

Había estado practicando aquél truco, pero nunca con lgo tan pesado y denso. Se centró en la barra e intentó concentrarse.

El oro levitó. Concentró su ira, algo que no era fácil, odiaba aquél oro, odiaba aquella maldición, odiaba recordar su pasado y aquellos días en los que fallaba. Sus dedos temblaron. La barra dorada brilló de calor.

Nico tragó saliva.

—¿Hazel? ¿Estás segura?

Cerró el puño. El oro se derritió en masilla. Hazel forzó el oro a que se convirtiera en un gigante y brillante anillo. Entonces apuntó la mano hacia el suelo. Su donut de dos millones de dólares se estalló contra el suelo. Se hundió, detrás de él sólo quedó una cicatriz en la tierra fresca.

Los ojos de Nico se abrieron.

—Eso ha sido... terrorífico.

Hazel no creyó que fuera tan impresionante comparado con los poderes de un chico que podía reanimar esqueletos y traer a la gente de la muerte, pero sintió bien sorprenderle a él, para variar.

En el campamento, los cuernos sonaron de nuevo. Las cohortes estarían reuniéndose a la llamada, y Hazel no desesaba ser cosida a un saco de comadreja.

—¡Vamos! —le dijo a Nico, y corrieron a las puertas.

La primera vez que Hazel vio a la legión reunirse, se había sentido intimidada, casi había sentido ganas de salir corriendo a los barracones para esconderse. Incluso después de estar en el campamento durante nueve meses, lo seguía encontrando impresionante.

Las primeras cuatro cohortes, de cada una de cuarenta fuertes niños, se mantenían en columna delante de sus barracas a cada lado de la Via Praetoria. La Quinta Cohorte se reunió al final, delante del principia, ya que sus barracas estaban situadas en la esquina trasera del campamento junto a los establos y a las letrinas. Hazel tuvo que correr por entre toda la legión para alcanzar a su lugar.

Los campistas estaban vestidos para la guerra. Sus impolutas cotas de malla y corazas brillaban por encima de las camisetas moradas y los tejanos. Sus cascos estaban decorados con diseños de espadas y calaveras.

Incluso sus botas de combate de cuero parecían fieras con sus puntas de hierro, perfectas para la marcha a través del barro o para patear culos.

Delante de los legionarios, como una fila de fichas gigantes de dominó, se alzaban sus escudos rojos y dorados, cada uno del tamaño de la puerta de una nevera. Cada legionario cargaba con una lanza en forma de arpón llamada pilum, una gladius, una daga y otras cien libras de armamento. Si no estás en forma cuando llegas a la legión, no estarás así mucho tiempo más. Sólo con caminar con tu armadura era un trabajo físico de desgaste.

Hazel y Nico corrieron por la calle mientras todo el mundo se giraba para mirarlos, por lo que su entrada llamó bastante la atención. Sus pisadas resonaron por las piedras. Hazel intentó evitar el contacto visual, pero pilló a Octavian en cabeza de la Primera Cohorte sonriéndole, con pinta de engreído enfundado en su casco de centurión emplumado con una docena de medallas enganchadas a su pecho.

Hazel seguía estando furiosa por su chantaje de antes. El augur estúpido y su don de la profecía, de todo el mundo en el campamento, ¿por qué tenía que ser él el que descubriera secretos? Estaba segura de que se lo habría dicho semanas antes si no hubiera sabido que sus secretos merecían la pena para usar como chantaje. Deseó poder seguir teniendo la barra de oro para lanzársela en la cara.

Pasaron a Reyna, que estaba yendo a medio galope de un lado para otro montada en su Pegaso, Escipión, apodado Skippy porque era del color de la mantequilla de cacahuete. Los perros metálicos Aurum y Argentum trotaban a cada lado. Su capa morada de oficial ondeaba detrás de ella.

—Hazel Levesque—la llamó—, todo un honor que te reúnas con nosotros.

Hazel sabía que no debía responder. No llevaba la mayor parte de su equipo, pero corrió a su lugar en la columna al lado de Frank y se irguió, atenta. Su centurión líder, un chico de diecisiete años llamado Dakota, estaba llamándola justo entonces, la última de la lista.

—¡Presente! —chilló ella.

Gracias a los dioses. Técnicamente, no había llegado tarde.

Nico se unió a Percy Jackson, que estaba de pie junto a un par de guardias. El pelo de Percy estaba húmedo de los baños. Se había puesto ropas frescas, pero parecía seguir estando incómodo. Hazel no le podía culpar. Estaba a punto de ser presentado a dos cientos niños altamente armados.

Los lares eran los últimos de presentarse. Sus formas moradas parpadeaban mientras se colocaban en sus sitios. Tenían la molesta costumbre de estar de pie mitad del camino entre los vivos, por lo que las filas parecían una fotografía borrosa, pero finalmente los centuriones los consiguieron ordenar.

Octavian gritó:

—¡Colores!

Los portadores de los estandartes se adelantaron. Vestían pieles de león y sujetaban postes decorados con los emblemas de cada cohorte. El último en presentarse fue Jacob, el portador del águila de la legión. Sujetaba un largo estandarte con absolutamente nada al final. El trabajo se suponía que era todo un honor, pero Jacob, obviamente, lo odiaba. Incluso aunque Reyna insistiera en seguir con la tradición, cada vez que el poste sin águila era alzado, Hazel pudo sentir el bochorno expandiéndose por toda la legión.

Reyna hizo que su pegaso se detuviera.

—¡Romanos! —anunció—. Probablemente habréis oído la incursión de hoy. Dos gorgonas fueron lanzadas al río por un recién llegado, Percy Jackson. Juno misma le guió hasta aquí, y le proclamó como hijo de Neptuno.

Los chicos en las filas del final estiraron sus cuellos para poder ver a Percy. Alzaron su mano para saludar a Percy.

—Desea unirse a la legión—continuó Reyna—. ¿Qué dicen los augurios?

—¡He leído las entrañas! —anunció Octavian, como si acabara de matar un león con sus manos desnudas más que haber destrozado un panda de peluche—. Los augurios dicen que será favorable. ¡Está cualificado para servir!

Los campistas pegaron un grito:

—¡AVE! ¡AVE!

Frank llegó un poco tarde con su 'ave', por lo que resonó a destiempo. Algunos legionarios rieron.

Reyna hizo una seña a los oficiales veteranos para que se adelantaran, uno por cada cohorte. Octavian, el centurión más veterano, se giró a Percy.

—Recluta—preguntó—, ¿tienes credenciales? ¿Alguna carta de referencia?

Hazel recordó el día de su llegada. Un montón de chicos traían cartas de semidioses mayores del mundo exterior, adultos que han sido veteranos en el campamento.

Algunos reclutas tienen patrocinadores ricos y famosos. Algunos eran la tercera o cuarta generación de campistas. Una buena carta podía darte una buena posición en las mejores cohortes, algunas veces incluso trabajos especiales como el mensajero de la legión, que te dejaba exento del trabajo sucio como excavar zanjas o conjugar los verbos latinos.

Percy cambió el peso de pie.

—¿Cartas? Eh... no.

Octavian se rascó la nariz.

¡Injusto! Quiso gritar Hazel. Percy había cargado a una diosa al campamento. ¿Qué mejor recomendación que aquella?

Pero la familia de Octavian habían sido chicos en el campamento durante una

centuria. Le encantaba recordar a los demás campistas que eran menos importantes que él.

—Sin cartas—Octavian dijo con pesar—. ¿Algun legionario apuesta por él?

—¡Yo lo haré! —Frank se adelantó—. ¡Me salvó la vida!

Inmediatamente hubieron gritos de protesta de otras cohortes. Reyna alzó su mano para pedir silencio y miró a Frank.

—Frank Zhang—dijo—, por segunda vez este día, te recuerdo que estás en probatio. Tu pariente divino no te ha reclamado aún. No estás en condiciones de apostar por ningún otro campistas hasta que no te hayas ganado tu primera línea.

Frank parecía a punto de morir de vergüenza.

Hazel no podía dejarle colgado. Salió de la fila y dijo:

—Lo que Frank quiere decir es que Percy salvó nuestras vidas. Soy una miembro de la legión en pleno derecho. Yo apostaré por Percy Jackson.

Frank la miró, agradecido, pero los otros campistas comenzaron a murmurar. Hazel reunía los requisitos necesarios. Había conseguido una línea unas semanas antes, y el 'acto de valor' que había conseguido había sido casi por accidente. Además, ella era hija de Plutón, y una miembro de la desgraciada Quinta Cohorte. No le hacía mucho favor a Percy apoyándole.

Reyna torció la nariz, pero se giró a Octavian. El augur sonrió y se encogió de hombros, como si la idea le impresionara. ¿Por qué no? pensó Hazel. Poniendo a Percy en la Quinta le haría algo mucho menos que una amenaza, y a Octavian le gustaba mantener a todos sus enemigos en un mismo lugar.

—Muy bien—anunció Reyna—. Hazel Levesque, deberás responder por el recluta.

¿Tu cohorte le acepta?

Frank golpeó su escudo contra el suelo. Los otros miembros de la Quina le siguieron, a pesar de que no parecían demasiado emocionados. Sus centuriones, Dakota y Gwen, intercambiaron miradas de pánico, como si dijeran: Allá vamos de nuevo.

—Mi cohorte ha hablado—dijo Dakota—. Aceptamos al recluta.

Reyna miró a Percy con lástima.

—Felicidades, Percy Jackson. Estás de probatio. Te darán una tableta con tu nombre y cohorte. En un año, o tan pronto como completes un acto de valor, te convertirás en un miembro completo de la Duodécima Legión Fulminata. Sirve a Roma, obedece las reglas de la legión, y defiende el campamento con honor. ¡Senatus Populusque Romanus!

El resto de la legión coreó el grito.

Reyna condujo a su pegaso lejos de Percy, como si estuviera orgullosa de terminar con él. Skippy extendió sus preciosas alas. Hazel no ayudó sintiendo un ataque de envidia. Daría cualquier cosa por un caballo como ese, pero eso nunca sucedería. Los caballos eran solo para oficiales, o caballería bárbara, no para los legionarios romanos.

—Centuriones—dijo Reyna—, vosotros y vuestras tropas tenéis una hora para la cena. Entonces nos encontraremos en los Campos de Marte. La Primera y la Segunda Cohorte defenderán. La Tercera, la Cuarta y la Quinta atacarán. ¡Que Fortuna os acompañe!

Una gran ovación se extendió por el campamento a causa de la cena y de los juegos bélicos. Las cohortes rompieron formación y corrieron hacia el comedor.

Hazel llamó a Percy, que se había abierto camino a través de la multitud con Nico a su lado. Para sorpresa de Hazel, Nico le sonreía.

—Buen trabajo, hermanita—dijo—. Has tenido mucho valor apostando por él. Nunca la había llamado “hermanita” antes. Se preguntó si había llamado así a Bianca. Uno de los guardias le había dado a Percy la placa con el nombre de los probatio. Percy la puso en su colgante de cuero con las extrañas cuentas.

—Gracias, Hazel—dijo—. Eh... ¿qué significa exactamente eso de apostar por mí?

—Garantizo tu buen comportamiento—le explicó Hazel—. Te enseño las normas, respondo tus preguntas, me aseguro de que no hagas caer en desgracia a la legión.

—Y... ¿si hago algo mal?

—Entonces nos matan a los dos—dijo Hazel—. ¿Hambriento? Vayamos a comer.

CAPITULO VIII

HAZEL

AL MENOS LA COMIDA DEL CAMPAMENTO ERA BUENA. Espíritus invisibles del viento, las auras, servían a los campistas y parecían saber exactamente qué querían. Soplaban los platos y copas tan rápido que el comedor parecía un huracán de delicias. Si te levantabas demasiado rápido podías chocar contra un plato de judías o golpeado por un pollo asado.

Hazel pidió un quingombó de langostino, su comida cómoda preferida. La hacía recordar aquella época de niña pequeña en Nueva Orleans, antes de que tuviera la maldición y su madre se volviera tan ácida. Percy pidió una hamburguesa con queso y un refresco extraño que era de un azul brillante. Hazel no entendió aquello, pero Percy lo probó y sonrió.

—Esto me hace feliz—dijo—, no sé por qué pero... me hace feliz.

Sólo por un momento, una de las auras se volvió visible, una chica élfica en un vestido de seda blanca. Se rió tontamente mientras servía el vaso de Percy, y desapareció con una risa.

El comedor parecía especialmente ruidoso aquella noche. La risa resonaba por entre las paredes. Estandartes bélicos crujían de las vigas de cedro del tejado se ondeaban mientras las auras soplaban de un lado a otro, manteniendo los platos de todo el mundo llenos. Los campistas cenaban al estilo romano, sentados en sillones alrededor de mesas bajas. Los chicos estaban constantemente levantándose e intercambiando lugares, extendiendo rumores sobre quién le gustaba a quién y todo tipo de cotilleos.

Como siempre, la Quinta Cohorte tenía el lugar de menos honor. Sus mesas estaban al final del comedor cerca de la cocina. La mesa de Hazel siempre estaba atestada. Aquella noche eran ella, Frank (como siempre) con Percy y Nico y su centurión, Dakota, que se sentaba allí porque, supuso Hazel, se sentía obligado a dar la bienvenida al nuevo recluta.

Dakota se reclinó con tristeza en su sillón, mezclando azúcar en su bebida y engulléndola. Era un chico robusto con el pelo negro rizado y unos ojos que no estaban del todo rectos por lo que Hazel sentía como si el mundo diera vueltas cada vez que le miraba. No era buena señal que estuviera bebiendo tanto a esas horas de la noche.

—Entonces...—eructó, moviendo su cáliz—. Bienvenido a la Percy, fiesta—frunció el ceño—. Fiesta, Percy. Lo que sea.

—Eh...gracias—dijo Percy, pero su atención estaba centrada en Nico—. Me preguntaba si pudiéramos hablar, ya sabes... sobre donde nos habríamos haber visto antes.

—Claro—dijo Nico un poco demasiado rápido—. La cosa es que me paso la mayor parte del tiempo en el Inframundo. Así que a no ser que nos hayamos encontrado de alguna manera allí...

Dakota soltó un eructo.

—Le llaman embajador de Plutón. Reyna nunca sabe qué hacer con este tipo cuando viene de visita. Deberías haber visto su cara cuando se presentó con Hazel, preguntándole a Reyna si la podría admitir. No os ofendáis.

—Tranquilo—Nico parecía aliviado de haber cambiado de tema—. Dakota fue muy amable al apostar por Hazel.

Dakota se sonrojó.

—Sí, bueno... Parecía una buena chica. Y parece ser que tenía razón. El último mes, cuando me salvó de... ya sabéis.

— ¡Oh, tío! —Frank levantó la vista de sus patatas—. Percy, ¡deberías haberla visto! Así es como Hazel consiguió su línea. Los unicornios decidieron hacer una estampida...

—No fue nada—dijo Hazel.

— ¿Nada? —protestó Frank—. ¡Dakota podría haber muerto pisoteado! Te pusiste delante de ellos, les ahuyentaste y le salvaste la vida. Nunca había visto a nadie hacer nada parecido.

Hazel se mordió el labio. No le gustaba hablar sobre ello, y se sentía incómoda con la forma en la que Frank la trataba como una heroína. En verdad, estaba más asustada de que los unicornios pudieran herirse entre ellos. Sus cuernos eran de un metal precioso, entre oro y plata, así que se las arregló para controlarlos concentrándose, llevando a los animales por los cuernos y guiándoles hasta los establos. Hubo obtenido su sitio en la legión, pero también hubo comenzado a provocar rumores sobre extraños poderes, rumores que le hacían recordar los malos días del pasado. Percy la estudió. Sus ojos de un verde mar la hacían sentirse inquieta.

— ¿Os criasteis tú y Nico juntos? —preguntó.

—No— Nico respondió por ella—. Supe que Hazel era mi hermana hace poco. Es de Nueva Orleans.

Eso era verdad, por supuesto, pero no toda la verdad. Nico dejaba a la gente creer que la había encontrado por la actual Nueva Orleans y la había traído al campamento. Era más fácil que contar la verdadera historia.

Hazel intentó hacerse pasar por una chica actual. No era fácil. Afortunadamente, los semidioses no usaban demasiada tecnología en el campamento. Sus poderes tenían a enloquecer a los aparatos electrónicos. Pero la primera vez que había visto Berkeley, casi se desmayó del susto. Televisores, ordenadores, iPods, Internet... La aliviaba volver a un mundo de fantasmas, unicornios y dioses. Todo aquello era menos fantástico que el mismo siglo XXI.

Nico seguía hablando de los hijos de Plutón.

—No hay demasiados de nosotros—dijo—, por lo que tenemos que permanecer unidos. Cuando encontré a Hazel...

— ¿Tienes otras hermanas? —preguntó Percy, como si supiera la respuesta. Hazel se preguntó cuándo se habían conocido él y Nico, y lo que su hermano escondía.

—Una—admitió Nico—. Pero murió. Vi su espíritu un par de veces en el Inframundo, excepto la última vez que bajé...

Para devolverla a la vida, pensó Hazel, pero Nico no dijo eso.

—Se ha ido—la voz de Nico se volvió ronca—. Estaba en los Elíseos, que es el paraíso del Inframundo, pero ha elegido renacer en una nueva vida. Ahora nunca la volveré a ver. Fue solo suerte que encontrara a Hazel... en Nueva Orleans, me refiero.

Dakota resopló.

—A no ser que creas los rumores que no esté diciendo que lo haga.

— ¿Rumores? —preguntó Percy.

Desde el otro lado de la habitación, el fauno Don gritó:

— ¡Hazel!

Hazel nunca se había alegrado tanto de ver al fauno. No estaba permitido que entrara en el campamento, pero siempre se las arreglaba para entrar. Mientras iba hacia la mesa, sonreía a todo el mundo, picoteaba la comida de los platos y señalaba a los campistas: ¡Eh, llámame! Una pizza voladora chocó contra su cabeza, y desapareció detrás de un sofá. Cuando llegó, aún sonriendo, puso su brazo alrededor.

— ¡Mi chica favorita! —olía como una cabra mojada atrapada en un queso. Miró los otros sofás y probó sus comidas—. Chico nuevo, ¿te vas a comer eso?

Percy frunció el ceño.

— ¿Los faunos no son vegetarianos?

— ¡Pero no con la hamburguesa con queso! ¡El plato! —olió el pelo de Percy—. Eh, ¿qué es ese olor?

— ¡Don! —dijo Hazel—. No seas maleducado.

—No, hombre, y solo...

El lar Vitellius apareció parpadeando, haciéndose visible en medio del sofá de Frank.

— ¡Faunos en el comedor! ¿A dónde vamos a llegar? Centurión Dakota, haz tu deber.

— ¡Dime! —Dakota refunfuñó con su copa—. ¡Estoy cenando!

Don seguía oliendo el pelo de Percy.

—Tío, tienes un enlace empático con un fauno.

Percy se inclinó apartándose de él.

— ¿Un qué?

— ¡Un enlace empático! Está muy difuso, como si alguien lo hubiera suprimido, pero...

— ¡Ya sé qué podríamos hacer! —dijo Nico de repente—. Hazel, ¿qué tal si orientáis a Percy entre tú y Frank? Dakota y yo podemos ir a la mesa del pretor. Don y Vitellius, podéis venir también. Podremos discutir sobre estrategias durante los juegos bélicos.

— ¿Estrategias para perder? —murmuró Dakota.

— ¡El chico de la muerte tiene razón! —dijo Vitellius—. La legión lucha peor de lo que lo hacía en Judea, y esa fue la primera vez que perdimos el águila. Porque... si yo fuera el encargado...

— ¿No puedo comer un poco de la vajilla, primero? —preguntó Don.

— ¡Vamos! —Nico se levantó y agarró a Don y a Vitellius por las orejas.

Nadie excepto Nico podía tocar a los lares. Vitellius resopló furioso mientras era arrastrado hacia la mesa del pretor.

— ¡Oh! —protestó Don—. ¡Chico, vigila con el pelo!

— ¡Vamos, Dakota! —le llamó Nico por encima del hombro.

El centurión se levantó a regañadientes. Se lavó la boca, inútilmente, porque estaba permanentemente manchado de rojo.

—Nos vemos— se removió, como si fuera un perro intentando secarse. Entonces se alejó, bebiendo de su copa.

— ¿De qué iba todo eso? —preguntó Percy—. ¿Y qué le pasa a Dakota?

Frank suspiró.

—Está bien. Es hijo de Baco, el dios del vino. Tiene un problema con la bebida.

Percy abrió los ojos.

— ¿Le dejáis beber vino?

—Por los dioses, ¡no! —dijo Hazel—. Eso podría ser un desastre. Es un adicto al Kool-Aid rojo. Se lo bebe con tres veces más de azúcar del que ya lleva de por sí y

además tiene TDAH, ya sabes, trastorno por déficit de atención con hiperactividad. Uno de estos días, su cabeza va a explotar.

Percy miró hacia la mesa del pretor. La mayor parte de los oficiales veteranos estaban entablados en una conversación con Reyna. Nico y sus dos cautivos, Don y Vitellius, estaban levantados detrás de Nico. Dakota iba y venía entre una línea de escudos, chocando su copa contra ellos como si fuera un xilófono.

—TDAH—dijo Percy—. No me digas.

Hazel intentó no reírse.

—Bueno, muchos semidioses lo son. O disléxicos. Solo por ser un semidiós significa que tu nuestros cerebros están hechos distintos. Como tú, dijiste que tenías problemas para leer.

— ¿Vosotros también sois así? —preguntó Percy.

—No lo sé—admitió Hazel—. Quizás. En mis tiempos, nos llamaban chicos vagos.

Percy frunció el ceño.

— ¿En tus tiempos?

Hazel se maldijo a sí misma.

Por suerte para ella, Frank dijo:

—Ojalá tuviera TDAH o dislexia. Todo lo que tengo es intolerancia a la lactosa.

Percy sonrió.

— ¿En serio?

Frank podría haber sido el semidiós más tonto de todos los tiempos, pero Hazel creía que era muy mono cuando hacía un mohín. Sus hombros se desplomaron.

—Y también me gusta el helado.

Percy rio. Hazel no pudo evitar unirse. Era agradable cenarse a cenar y sentirse como si estuviera entre amigos.

—Vale, ahora decidme—dijo Percy—, ¿qué hay de malo con la Quinta Cohorte? Vosotros sois geniales.

El cumplido le hizo sentir un cosquilleo en los pies.

—Es... complicado. A parte de ser un hijo de Plutón, me gusta montar caballos.

— ¿Es por eso por lo que usas una espada de caballería?

Asintió.

—Es estúpido, supongo. No debería hacerme ilusiones. Solo hay un Pegaso en este campamento, el de Reyna. Los unicornios solo se usan para la medicina, porque el quitarles el cuerno cura el veneno y eso. De todas formas, los romanos siempre han luchado a pie. La caballería... la menosprecian un poco. Es por eso por lo que me menosprecian.

—Ellos se lo pierden—dijo Percy—. ¿Y tú, Frank?

—Tiro al arco—murmuró—. Tampoco les gusta, a no ser que seas hijo de Apolo.

Entonces tienes una excusa. Espero que mi padre sea Apolo, pero no lo sé. No se me da muy bien la poesía. No estoy seguro de querer estar relacionado con Octavian.

—No te culpo—dijo Percy—. Pero eres genial con el arco. ¿Recuerdas la forma con la que abatiste a aquellas gorgonas? Olvida lo que la gente piense.

La cara de Frank se volvió igual de roja que el Kool-Aid de Dakota.

—Ojalá pudiera. Todos piensan que podría ser un buen espadachín porque soy grande y fuerte — agachó la mirada hacia su cuerpo, como si no pudiera creerse lo que veía—. Dicen que soy demasiado grandullón para ser un arquero. Quizá si mi padre pudiera reclamarme...

Comieron en silencio durante un par de minutos. Un padre que no te reclamaba...

Hazel conocía aquella sensación. Notaba que Percy también podía sentirlo.

—Has preguntado sobre la Quinta—dijo ella, al fin—. Que por qué es la peor cohorte. Eso comenzó antes de nosotros.

Señaló a la pared negra, donde los estandartes de la legión estaban colgados.

—¿Ves el hueco vacío en el centro?

—El águila—dijo Percy.

Hazel se quedó patidifuso.

Percy se encogió de hombros.

—Vitellius estaba hablando sobre cómo la legión perdió su águila tiempo atrás. La primera vez, ha dicho. Actuó como si fuera una gran desgracia. Supongo que es lo que falta. Y por la forma con la que hablabais tú y Reyna antes... supongo que es porque el águila se perdió una segunda vez, más recientemente, y tiene algo que ver con la Quinta Cohorte.

Hazel anotó mentalmente no subestimar a Percy de nuevo. Cuando acababa de llegar, creía que sería un poco tontorrón por las preguntas que hacía, sobre el Festival de la Tuna y todo eso, pero era claramente más inteligente de lo que parecía.

—Tienes razón—dijo—. Eso es exactamente lo que ha pasado.

—Pero, ¿qué es el águila? ¿Por qué es un gran problema?

Frank miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera escuchándoles.

—Es el símbolo del campamento entero, una gran águila hecha de oro. Se supone que nos protege en la batalla y hace que nuestros enemigos tengan miedo. Cada águila de legión otorgaba todo tipo de poderes, y la nuestra venía del mismo Júpiter. Se supone que Julio César nombró nuestra legión, Fulminata, armada con relámpago, por lo que podía hacer el águila.

—No me gustan los relámpagos—dijo Percy.

—Ya, sí—dijo Hazel—, no nos hacía invencibles. La Duodécima perdió su águila la primera vez en tiempos antiguos, durante la Rebelión Judía.

—Creo que he visto una película sobre eso—dijo Percy.

Hazel se encogió de hombros.

—Podría ser. Hay cientos de libros y películas sobre las legiones que pierden sus águilas. Por desgracia ha pasado unas pocas veces. El águila era tan importante... bueno, los arqueólogos nunca han recuperado una sola águila de la antigua Roma. Cada legión guarda la suya siendo protegida por el último legionario, porque está dotada de poderes de los dioses. Prefieren esconderla o derretirla que rendirse ante los enemigos. La duodécima tuvo suerte la primera vez. Recuperamos nuestra águila. Pero la segunda vez...

—¿Estabais aquí cuando pasó? —preguntó Percy.

Ambos negaron con la cabeza.

—Soy casi tan novato como tú—Frank le enseñó su placa de probatio—. Llegué el mes pasado. Pero todo el mundo ha oído la historia. Da mala suerte incluso hablar de esto. Hubo una gran expedición a Alaska durante los años ochenta...

—La profecía que viste en el templo—continuó Hazel—, ¿la que hablaba sobre los siete semidioses a las puertas de la Muerte? Nuestro pretor veterano en aquel tiempo era Michael Varus, de la Quinta Cohorte. En aquél tiempo la Quinta era la mejor del campamento. creyó que podría traer gloria a la legión si pudieran averiguar la profecía y hacerla realidad: salvar el mundo de tormentas y fuegos y todo eso. Habló con el

augur, y el augur le dijo que la respuesta estaba en Alaska. Pero advirtió a Michael que aún era pronto. La profecía no era para él.

—Pero él fue de todas maneras—supuso Percy—. ¿Qué pasó?

Frank bajó la voz.

—Es una historia muy larga. Casi toda la Quinta Cohorte fue vencida. La mayoría de las armas de oro imperial fueron destruidas, junto con el águila. Los supervivientes se volvieron locos o se negaban a hablar sobre ello cuando les preguntaban qué les había atacado.

Lo sé, pensó Hazel solemnemente. Pero se mantuvo en silencio.

—Desde que se perdió el águila—continuó Frank—, el campamento se fue debilitando. Las misiones fueron más peligrosas. Los monstruos acataban las fronteras más a menudo. La moral bajó. Durante el último mes o así, las cosas se han vuelto mucho más feas más rápido.

—Y la Quinta Cohorte se llevó la culpa—supuso Percy—. Es por eso por lo que todo el mundo cree que estoy maldito.

Hazel se dio cuenta de que su quingombó estaba frío. Bebió un sorbo, pero la comida cómoda no sabía muy confortante.

—Hemos sido la vergüenza de la legión desde... bueno desde el desastre de Alaska. Nuestra reputación mejoró cuando Jason se hizo pretor...

— ¿El que falta? —preguntó Percy.

—Sí—dijo Frank—. Nunca le he conocido. Desapareció antes de que le conociera. Pero he oído que era un buen líder. Prácticamente creció con la Quinta Cohorte. No le importaba lo que la gente pudiera pensar sobre nosotros. Comenzó a reconstruir nuestra reputación. Entonces desapareció.

—Lo que nos puso otra vez en el punto de mira—dijo Hazel, fríamente—. Nos volvió a todos malditos otra vez. Lo siento, Percy. Ahora sabes dónde te has metido.

Percy sorbió su refresco azul y observó pensativo por el comedor.

—Ni siquiera sé dónde vengo... pero tengo la sensación de que no es la primera vez que soy el novato—miró a Hazel y sonrió—. Además, unirme a la legión es mejor que ser perseguido por el mundo por monstruos. Y he encontrado amigos nuevos. Quizá podamos cambiar las cosas para la Quinta Cohorte, ¿eh?

Un cuerno resonó por el comedor. Los oficiales de la mesa del pretor se levantaron, incluso Dakota, con su boca llena de un rojo vampírico por el Kool-Aid.

— ¡Comienzan los juegos! —anunció Reyna. Los campistas exclamaron en ovaciones y corrieron a ponerse el equipo de las estanterías en las paredes.

— ¿Entonces somos el equipo atacante? —preguntó Percy por encima del ruido—.

¿Eso es bueno?

Hazel se encogió de hombros.

—Buenas noticias, tenemos al elefante. Malas noticias...

—Déjame adivinar—dijo Percy—. La Quinta Cohorte siempre pierde.

Frank agarró a Percy por el hombro.

—Me encanta este chico. Vamos, nuevo amigo. ¡Vayamos a mi decimotercera derrota consecutiva!

CAPITULO IX

FRANK

MIENTRAS IBAN HACIA LOS JUEGOS BÉLICOS, Frank revivió el día en su mente. No podía creerse lo cerca que había estado de la muerte.

Aquella mañana durante el turno de centinelas, antes de que Percy apareciera, Frank estuvo a punto de contarle a Hazel su secreto. Ambos habían estado de pie durante muchas horas expuestos ante la fría niebla, viendo el tráfico yendo y viniendo en la autopista 24. Hazel había estado quejándose sobre el frío.

—Lo daría todo por calentarme un poco—dijo ella, con los dientes castañeteando—. Ojalá tuviéramos una fogata.

Incluso con la armadura puesta, estaba genial. A Frank le gustaba la forma en la que su pelo del color de la canela tostada se rizaba alrededor de los bordes del casco, y la forma en la que su barbilla hacía un hoyuelo cuando fruncía el ceño. Era pequeña comparada con Frank, lo que le hacía sentirse como un buey torpe. Quería poner sus brazos alrededor de ella para darle calor, pero nunca lo haría. Quizás le pegaría, y perdería la única amiga que tenía en el campamento.

Podría hacer una hoguera realmente impresionante, pensó. Por supuesto, ardería durante unos minutos y entonces moriría...

Era aterrador incluso que lo considerara. Hazel tenía ese efecto en él. En cualquier momento que ella quería cualquier cosa, tenía una necesidad irracional de proporcionárselo. Quería ser el típico caballero de la edad media que cabalgaba para rescatarle, algo que era estúpido, ya que era ella más hábil en cualquier cosa que él fuera.

Se imaginó que su abuela diría: “¿Frank Zhang cabalgando al rescate? ¡Ja! Se caería del caballo y le rompería el cuello.”

Era difícil creer que hacían solo seis semanas desde que había dejado la casa de su abuela, seis semanas desde el funeral de su madre.

Todo lo que había pasado desde entonces: los lobos llegando a la puerta de su abuela, el viaje hasta el Campamento Júpiter, las semanas que había pasando en la Quinta Cohorte intentando no ser un completo error. A pesar de todo, había mantenido el leño medio quemado envuelto en una tela en el bolsillo de su abrigo.

“Mantenlo cerca”, le había advertido su abuela. “Si está seguro, tú lo estarás”.

El problema era que ardía demasiado fácilmente. Recordaba el viaje hacia el sud desde Vancouver. Cuando la temperatura cayó en picado cerca del Monte Hood, Frank había sacado el trozo de madera y lo sujeto en sus manos, imaginando lo bonito que sería tener un fuego. Inmediatamente, el lado chamuscado ardió emitiendo una pequeña llamada amarilla. Se encendió en la noche y calentó a Frank hasta los huesos, pero podía notar su vida escapándosele entre las manos, como si él fuera el que se consumía en vez del leño. Lanzó una llama a un banco de nieve. Por un momento terrorífico ardió. Cuando se extinguió, Frank mantuvo su pánico bajo control. Agarró el trozo de madera y lo puso de nuevo en el bolsillo de su abrigo, se prometió no sacarlo de nuevo. Pero no podría olvidarlo.

Era como alguien le había dicho: “¡Lo que quiera que hagas, no te preocupes por ese palo ardiendo!”

Por supuesto, aquello era todo lo que había pensado él mismo.

En el turno de centinela con Hazel, debería de habérselo quitado de la cabeza. Le encantaba pasar el tiempo con ella. Preguntó por su infancia en Nueva Orleans, pero se mostró esquiva a responder, por lo que conversaron de otros temas. Solo por diversión intentaron hablar en francés entre ellos. Hazel tenía parte de sangre criolla por parte de madre. Frank había aprendido francés en su colegio. No hablaban francés muy fluidamente, y el francés de Luisiana era muy distinto del francés canadiense por lo que era casi imposible conversar. Cuando Frank le preguntó a Hazel cómo se encontraba su cordero aquel día y le respondió que su zapato era verde, decidieron dejarlo.

Entonces Percy Jackson llegó. Frank había visto chicos luchando contra monstruos y había combatido contra muchos él mismo en su camino desde Vancouver. Pero nunca había visto gorgonas. Nunca había visto a una diosa en persona. Y de camino Percy había controlado al río Tíber. ¡Guau! Frank deseó que tuviera poderes como aquellos.

Podía seguir sintiendo las garras de las gorgonas presionándole los brazos y seguía oliendo su serpentino aliento, algo parecido entre ratón muerto y veneno. Si no hubiera sido por Percy, aquellas grotescas harpías se lo habrían llevado lejos. Sería un montón de huesos en un mercadillo de ofertas en aquel momento.

Después del incidente en el río, Reyna le había mandado a la armería, lo que le había dado mucho tiempo para pensar.

Mientras pulía las espadas, recordó a Juno, advirtiéndoles que desatarían la muerte. Desgraciadamente Frank tenía una grata idea de lo que a la diosa se refería. Había intentado ocultar su asombro cuando Juno apareció, pero era exactamente cómo su abuela la había descrito, con la misma capa de piel de cabra.

“Ella escogió tu camino años atrás”, le había dicho la abuela. “Y no será fácil.”

Frank miró a su arco en la esquina de la armería. Se sentiría mejor si Apolo le reclamara como hijo. Frank había estado seguro de que su padre divino habría aparecido en su decimosexto cumpleaños, hacía dos semanas.

Los dieciséis eran un hito para los romanos. Había sido el primer cumpleaños de Frank en el campamento. Pero no había pasado nada. Ahora Frank esperaba que fuera reclamado en el Festival de Fortuna, a pesar de lo que Juno había dicho, que entrarían en batalla por sus vidas aquel día.

Su padre tenía que ser Apolo. El arco era lo único con lo que Frank era bueno. Años atrás, su madre le había dicho que su apellido, Zhang, significaba ‘maestro del arco’ en chino. Eso debía ser una pista sobre su padre.

Frank dejó su trapo de limpieza. Miró al techo:

—Por favor, Apolo, si eres mi padre, dímelo. Quiero ser un arquero como tú.

—No, no lo serás. —resonó una voz.

Frank pegó un bote. Vitellius, el lar de la Quinta Cohorte, estaba parpadeando detrás de él. Su nombre completo era Gaius Vitellius Reticulus, pero las otras cohortes le llamaban Vitellius el Ridículo.

—Hazel Levesque me envía para echarte una mano— dijo Vitellius, alzando su espada—. Qué buen ejemplar. ¡Mira el estado de esta armadura!

Vitellius no era el mejor para hablar. Su toga era ancha, su túnica le bailaba entre los hombros, y su vaina caía de su cinturón cada tres segundos, pero a Frank no le molestaba señalar aquello.

—Y en cuanto a los arqueros...—dijo el fantasma— ¡son unos peleles! En mis tiempos, el tiro al arco era trabajo de bárbaros. ¡Un buen romano debe estar en la

refriega, destripando a sus enemigos con su lanza y su espada como un hombre civilizado! ¡Es así como lo hicimos en las Guerras Púnicas (*significado en el glosario, mira en el índice de capítulos*)! ¡Arriba Roma, chico!

Frank suspiró.

—Creía que estuviste en el ejército del César.

— ¡Lo estuve!

—Vitellius, el César fue cientos de años después de las Guerras Púnicas. No pudiste vivir tanto tiempo.

— ¿Cuestionando mi honor? —Vitellius parecía enloquecido, con su aura morada brillando. Alzó su fantasmagórica gladius y gritó—. ¡Toma esa!

Le clavó su espada, que era igual de mortal que un puntero láser, a través del pecho de Frank un par de veces.

—Au—dijo Frank, solo para ser amable.

Vitellius parecía satisfecho y bajó su espada.

— ¡Quizá lo pienses dos veces antes de poner en duda a tus mayores la próxima vez! ¿Tu decimosexto cumpleaños fue hace poco?

Frank asintió. No estaba seguro de cómo Vitellius lo sabía, porque Frank no le había contado nada a nadie excepto a Hazel, pero los fantasmas siempre tenían maneras de averiguar secretos. Cotillear siendo invisibles era probablemente una de ellas.

—Entonces es por eso por lo que eres un malhumorado gladiador—dijo el lar—.

Comprensible. ¡El decimosexto cumpleaños es tu día de llegada la madurez! Tu padre divino debería haberte reclamado, no hay duda, aunque solo fuera con un pequeño augurio. Quizá creas que eres más joven. Pareces joven, ya sabes, con esa rechoncha cara de bebé.

—Gracias por recordármelo—murmuró Frank.

—Ah, sí... Recuerdo mi decimosexto cumpleaños—dijo Vitellius con alegría—. ¡Un augurio maravilloso! ¡Un pollo en mis calzoncillos!

— ¿Perdona?

Vitellius se hinchó de orgullo.

— ¡Lo que has oído! Yo estaba en mi río cambiándome las ropas para mi Liberalia. El ritual de paso a la madurez, ya sabes. En aquellos tiempos sí que hacíamos las cosas bien. Me había quitado mi toga infantil y me estaba lavándome para ponerme la adulta. De repente, un pollo completamente blanco salió de la nada, saltó en mis ropas interiores y salió corriendo con ellas. No las llevaba puestas, por supuesto.

—Esto está bien—dijo Frank—. Sólo puedo decir: ¿demasiada información?

—Mm...—Vitellius no estaba escuchando—. Eso era símbolo de que descendía de Esculapio, el dios de la medicina. Escogí mi cognomen, mi tercer nombre, Reticulus porque significaba ropa interior, para recordarme el bendito día en el que un pollo me robó la ropa interior.

—Entonces... ¿tu nombre significaba señor Calzones?

—¡Benditos dioses! Me convertí en el cirujano de la legión, y el resto es historia—abrió los brazos amablemente—. No te rindas, chico. Quizá tu padre llega tarde. Muchos augurios no son tan dramáticos como un pollo, por supuesto. Conocí un compañero que encontró un escarabajo pelotero en...

—Gracias, Vitellius—dijo Frank—. Pero tengo que acabar de pulir esta armadura...

—¿Y la sangre de gorgona?

Frank se quedó congelado. No se lo había dicho a nadie. Que él supiera, sólo Percy le había visto guardarse los frascos en el río, y no habían tenido oportunidad de hablar sobre ello.

—Vamos—le reprendió Vitellius—. Soy un curandero. Conozco las leyendas de la sangre de gorgona. Enséñame los frascos.

A regañadientes, Frank sacó dos frascos de cerámica que había rescatado del Pequeño Tíber. Los botines de guerra eran dejados muy a menudo cuando el monstruo desaparecía... algunas veces un diente, un arma, o incluso la cabeza entera del monstruo. Frank había sabido de inmediato qué eran los dos frascos. Por tradición le pertenecían a Percy, que había matado a las gorgonas, pero Frank no pudo evitar pensar qué pasaría si los usaba.

—Sí—Vitellius estudió los frascos con aprobación—. Sangre cogida del lado derecho del cuerpo de una gorgona puede curar cualquier enfermedad, incluso traer a los muertos de la vida. La diosa Minerva una vez le dio un frasco a uno de mis ancestros divinos, Esculapio. Pero la sangre de la parte izquierda de una gorgona, es fatal instantáneamente. Pero... ¿Cuál es cual?

Frank miró a los frascos.

—No lo sé. Son idénticos.

—¡Ja! Así que esperas que el frasco correcto puede arreglar tu problema con el palo ardiente, ¿eh? ¿Quizá romper tu maldición?

Frank estaba tan sorprendido que no podía hablar.

—Oh, no te preocupes, chico—el fantasma se rió—. No se lo diré a nadie. ¡Soy un lar, protector de la cohorte! No haría nada que te pusiera en peligro.

—Me has apuñalado el pecho con tu espada.

—¡Confía en mí, chico! Siento simpatía por ti, cargando con la maldición del argonauta.

—La... ¿qué?

Vitellius apartó la pregunta de la conversación.

—No seas modesto. Tienes raíces ancestrales. Griegas y romanas. No hay que preguntarse porque Juno...—inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando una voz de arriba. Su cara se tensó. Toda su aura se volvió verde—. He dicho suficiente. De todas formas, te dejo descubrir por ti mismo quién tiene la sangre de gorgona. Supongo que el recién llegado Percy podría usarlo también, con su problema de memoria.

Frank se preguntó por qué Vitellius había estado a punto de decir y qué le había asustado tanto, pero tenía la sensación de que por una vez Vitellius iba a cerrar el pico.

Miró hacia los dos frascos. No había pensado siquiera que Percy pudiera necesitarlos. Se sintió culpable de haber intentado usar la sangre para beneficio propio.

—Sí. Por supuesto, podría usarlo él.

—Ah y si quieres mi consejo...—Vitellius miró hacia arriba, nervioso—. Deberíais esperar a usar esa sangre de gorgona. Si mis fuentes son correctas, las vais a necesitar en vuestra misión.

—¿Misión?

Las puertas de la armería se abrieron.

Reyna entró con sus perros metálicos. Vitellius se desvaneció. Podrían gustarle los pollos, pero no le gustaban los perros de la pretor.

—Frank—Reyna parecía preocupada—. Ya está bien con la armería. Ves y encuentra a Hazel. Trae a Percy Jackson. Ha estado allí demasiado tiempo. No quiero que Octavian...—vaciló—. Trae a Percy aquí.

Y Frank corrió hacia la Colina del Templo.

De vuelta, Percy preguntó miles de cuestiones sobre el hermano de Hazel, Nico, pero Frank no sabía mucho sobre él.

—Es majo—dijo Frank—, pero no es como Hazel...

—¿A qué te refieres? —preguntó Percy.

—Oh... eh...—Frank tosió. Quería decir que Hazel era más guapa y más simpática, pero decidió no decirlo—. Nico es misterioso, hace que todo el mundo se ponga nervioso, como es hijo de Plutón y todo eso...

—¿Y a ti no te pone nervioso?

Frank se encogió de hombros.

—Plutón mola. No es su culpa que controle el Inframundo. Solo tuvo mala suerte cuando los dioses dividieron el mundo, ¿sabes? Júpiter se quedó con el cielo, Neptuno el mar y Plutón lo de debajo.

—¿No te asusta la muerte?

Frank tuvo ganas de reír: “¡No demasiado! ¿Tienes una cerilla?

En vez de eso dijo:

—Tiempo atrás, como en la era de los griegos, cuando Plutón se llamaba Hades, era como un dios más de los muertos. Pero cuando se volvió romano, se volvió más... no sé, más respetable. También se convirtió en el dios de la riqueza. Todo lo que hay bajo tierra le pertenece. Por lo que no creo que sea demasiado terrorífico.

Percy se rascó la cabeza.

—¿Cómo se convierte un dios en romano? Si es griego, ¿no debería permanecer griego?

Frank dio un par de pasos pensando sobre ello. Vitellius le habría dado a Percy una clase de una hora sobre eso, probablemente ayudado de una presentación con PowerPoint, pero Frank intentó resumirlo:

—Con la forma en la que los ven los romanos, lo adoptan de los griegos y lo perfeccionan.

Percy puso una cara agria.

—¿Perfeccionarlo? ¿Cómo si hubiera algo mal?

Frank recordó lo que Vitellius había dicho: tienes raíces tanto griegas como romanas. Su abuela había dicho algo parecido.

—No lo sé—admitió—. Roma tuvo más éxito que Grecia. Hicieron este gigantesco imperio. Los dioses se convirtieron en algo más grande en tiempos romanos, más poderosos y más conocidos. Es por eso por lo que siguen hoy en día. Por eso muchas civilizaciones se basan en Roma. Los dioses cambiaron a romanos porque es donde estaba el centro del poder. Júpiter era... bueno, más responsable como dios romano que lo que había sido durante su etapa de Zeus. Marte se volvió más importante y disciplinado.

—Y Juno se convirtió en una hippie vestida con bolsas de plástico—comentó Percy—. Entonces me estás diciendo que los antiguos dioses griegos, ¿se han cambiado permanentemente a romanos? ¿No queda nada de los griegos?

—Eh...—Frank miró a su alrededor para asegurarse de que no hubieran campistas o lares cerca, pero las puertas del campamento estaban a muchos kilómetros de ellos—. Eso es un tema sensible. Algunos dicen que la influencia griega sigue en pie

hoy en día, como si siguiera siendo parte de los dioses. Apoyan el entrenamiento romano e intentan seguir el antiguo estilo griego, siendo héroes solitarios en vez de trabajar en equipo igual que hace la legión. Y en tiempos antiguos, cuando Roma cayó, la mitad oriental del imperio sobrevivió, la mitad griega.

Percy le miró seriamente.

—No sabía eso.

—Se llamaba Bizancio— a Frank le gustaba decir aquella palabra, sonaba guay—. El imperio de Occidente duró al menos otros cien años, pero siempre fue más griego que romano. Para aquellos de nosotros que seguimos el estilo romano, es algo parecido a un tema difícil. Eso es por lo que, sea el país que sea donde nos asentamos, el Campamento Júpiter está en el oeste, la parte romana del territorio. El este se considera mala suerte.

—Ah—Percy frunció el ceño.

Frank no podía culparle por sentirse confuso. Todo el tema griego/romano también le daba dolores de cabeza.

Alcanzaron las puertas.

—Te llevaré a las termas para que te laves—dijo Frank—. Pero primero... sobre aquellos frascos del río...

—Sangre de gorgona—dijo Percy—. Un frasco cura, el otro es veneno mortal.

Los ojos de Frank se abrieron.

—¿Lo sabías? Escucha, no me los iba a quedar, solo que...

—Sé por qué lo hiciste, Frank.

—¿Lo sabes?

—Sí—Percy sonrió—. Si hubiera llegado al campamento cargando un frasco de veneno, habría quedado muy mal. Intentabas protegerme.

—Ah, sí, cierto. —Frank se limpió el sudor de las palmas de las manos—. Pero si pudiéramos saber qué frasco es cuál, podría curarte la memoria.

La sonrisa de Percy desapareció. Miró por las colinas.

—Quizá... supongo. Pero deberías guardar esos frascos por el momento. Se acerca una batalla. Quizá los necesitemos para salvar vidas.

Frank le miró, un poco cohibido. Percy tenía de recuperar su memoria, y prefería esperar en caso de que alguien más pudiera necesitar el frasco. Los romanos se suponía que eran solidarios y ayudar a sus camaradas, pero Frank no estaba seguro de si alguien el campamento habría escogido aquello.

—¿Entonces no recuerdas nada? —preguntó Frank—. ¿Familia, amigos?

Percy toqueteó las cuentas de cerámica del colgante.

—Sólo fragmentos. Cosas difusas. Una novia... creía que estaría en este campamento—miró a Frank, con cuidado, como si estuviera decidiendo algo—. Se llamaba Annabeth. ¿No sabes quién es, verdad?

Frank negó con la cabeza.

—Conozco a todo el mundo en el campamento, pero a ninguna Annabeth. ¿Y tú familia? ¿Tu madre es mortal?

—Supongo... estará preocupada por mí. ¿Ves a tu madre a menudo?

Frank se detuvo en la entrada de las termas. Agarró un par de toallas de la estantería de objetos.

—Murió.

Percy alzó una ceja.

—¿Cómo?

Normalmente Frank habría mentido. Habría dicho un accidente o habría acabado la conversación. Pero sus emociones estaban fuera de control. No podía llorar en el Campamento Júpiter, no podía mostrar debilidad. Pero con Percy, Frank encontraba más fácil charlar.

—Murió en la guerra de Afganistán—dijo.

—¿Estaba en el ejército?

—En el canadiense.

—¿Canadá? No sabía...

—Muchos americanos no lo saben—suspiró Frank—. Pero sí, Canadá tiene tropas allí. Mi madre era capitana. Fue una de las primeras mujeres en morir en el combate. Salvó algunos soldados que estaban bajo las líneas enemigas. No... no pudo salir de allí. El funeral fue justo antes de que viniera aquí.

Percy asintió. No quería preguntar más detalles, algo que Frank apreció. No dijo que lo sentía, o hizo ningún comentario para animar, comentarios que Frank odiaba: Oh, pobrecito. Tiene que haber sido duro. Tienes mis más sinceras condolencias.

Era como si Percy se hubiera enfrentado a la muerte antes, como si supiera lo que era el dolor. Lo que importaba era escuchar, no decir que lo sentías. La única cosa que podía ayudar era seguir, seguir hacia delante.

—¿Qué tal si me enseñas las termas? —sugirió Percy—. Estoy hecho una porquería. Frank sonrió.

—Sí, vaya si lo estás.

Y entraron en la sala humeante. Frank recordó a su abuela, su madre y su infancia maldita, gracias a Juno y a aquel trozo de leño encendido. Deseó poder olvidar su pasado igual que Percy lo había hecho

CAPITULO X

FRANK

FRANK NO RECORDABA MUCHO del funeral en sí.

Pero recordaba las horas anteriores a él, con su abuela entrando y saliendo del patio trasero para buscarle flechas de su colección de porcelana.

La casa de su abuela era una mansión de piedra grisácea con plantas trepadoras por las paredes de doce hectáreas en el norte de Vancouver. Por el jardín trasero se accedía al Lynn Canyon Park.

La mañana era fría y lloviznaba, pero Frank no notaba el frío. Vestía un traje de lana negro y un abrigo oscuro que había pertenecido a su abuelo. Frank había comenzado a preocuparse porque comenzaba a valerle su ropa. El abrigo olía a bolas de naftalina y jazmín. La tela era picajosa pero calentita. Con su arco y su carcaj, probablemente parecía un mayordomo muy peligroso.

Había colocado algunos jarrones de porcelana de su abuela en una caja y las había bajado al jardín, donde los colocaba en una verja al final de la propiedad. Estuvo disparándoles durante mucho rato, tanto que comenzó a dejar de notar los dedos.

Con cada flecha que lanzaba notaba que los problemas desaparecían.

Francotiradores de Afganistán. ¡ZAS! Una tetera explotó con una flecha en el centro.

La medalla de sacrificio, un disco de plata con un lazo rojo y negro, que se suele dar cuando un soldado fallece, se la dieron a Frank como si fuera algo importante, algo que lo convertiría todo en correcto. ¡ZAS! Una taza explotó entre los árboles.

El oficial que vino a decirle:

—Tu madre es una heroína. La capitana Emily Zhang murió intentando salvar a sus camaradas.

¡ZAS! Un plato azul y blanco se hizo pedazos.

La reprimenda de su abuela:

—Los hombres no lloran. Y mucho menos los de la familia Zhang. Sé fuerte, Fai.

Nadie le llamaba Fai excepto su abuela.

—¿Qué tipo de nombre es Frank? —decía—. Eso no es un nombre chino.

“No soy chino” —pensaba Frank, pero no se atrevía a decir nada. Su madre le había dicho años antes: “Mejor que no intentes discutir con tu abuela. Sólo hará que sufras más.” Tenía razón. Y ahora Frank no tenía a nadie excepto a su abuela.

¡ZAS! Una cuarta flecha se clavó en la verja y se quedó allí, vibrando.

—Fai—dijo su abuela.

Frank se giró.

Tenía firmemente agarrado un cofre de caoba del tamaño de una caja de zapatos que Frank no había visto antes. Con su vestido negro de cuello alto y su mata de pelo gris, parecía una profesora del siglo XIX.

Ella vio aterrada la carnicería: la porcelana en la caja, fragmentos de sus juegos de té preferidos esparcidos por el terreno, las flechas de Frank clavadas por el suelo, los árboles y la verja y una en la cabeza de un gnomo de jardín sonriente.

Frank creía que iba a gritar o pegarle con la caja. Él nunca había hecho algo tan terrible como aquello jamás. Nunca se había sentido tan furioso.

La cara de su abuela demostraba resentimiento y desaprobación. No se parecía en nada a la madre de Frank. Se preguntaba cómo podría haberse convertido su madre

tan simpática, siempre riendo, siempre siendo amable. Frank no podía imaginársela creciendo con su abuela, igual que tampoco podía imaginársela en el campo de batalla, situaciones que, tampoco no eran tan distintas. Esperó a que su abuela explotara. Quizá le castigaría y así no tendría que ir al funeral. Quería hacerle daño por ser tan arisca todo aquel tiempo, por haber dejado a su madre ir a la guerra, por estar siempre reprendiéndole para que fuera duro. Lo único que le importaba en el mundo era su estúpida colección de porcelana.

—Detén este comportamiento estúpido—dijo su abuela. No sonaba demasiado molesta—. No te hace bien.

Para sorpresa de Frank, apartó de una patada una de sus tazas de té preferidas.

—El coche estará aquí en breve—dijo—. Debemos hablar.

Frank estaba estupefacto. Miró de cerca a la caja de caoba. Por un terrible segundo, se preguntó si contenía las cenizas de su madre, pero aquello era imposible. La abuela le había dicho que sería un entierro militar. ¿Entonces porqué la abuela sujetaba tan firmemente aquella caja, como si el contenido fuera de delicada importancia?

—Ven adentro—dijo. Sin esperar a comprobar que le seguía, se giró y entró en la casa.

En el salón, Frank se sentó en un sofá de terciopelo, rodeado de fotos de familia, jarrones de porcelana que eran demasiado grandes para su caja y cuadros con caligrafías chinas. Frank no entendía lo que ponía en ninguna. Nunca se había sentido interesado en aprender chino. Tampoco no conocía a mucha de la gente que salía en las fotos.

Siempre que su abuela comenzaba a soltarle la charla sobre sus ancestros (cómo habían venido de China y habían prosperado en el negocio de las importaciones y exportaciones, convirtiéndose en una de las familias chinas más ricas de Vancouver) se aburría. Frank era la cuarta generación canadiense. No le importaba ni China ni todas aquellas antigüedades. Las únicas letras chinas que reconocía eran el nombre de su familia: Zhang. Maestro arquero. Aquello era guay.

Su abuela se sentó a su lado, inclinada, con las manos bien firmes encima de la caja.

—Tu madre quería que tú tuvieras esto—dijo a regañadientes—. Lo guardó desde que eras un bebé. Cuando se fue a la guerra, me lo confió a mí. Pero ahora no está. Y pronto tú tendrás que partir.

El estómago de Frank le dio un vuelco.

—¿Irme? ¿Dónde?

—Soy vieja—dijo la abuela, como si fuera algo nuevo—. Tengo mi propia cita con la muerte pronto. No puedo enseñarte aquello que necesitas saber, y no puedo mantener esta carga. Si algo le pasara, no podría perdonármelo nunca. Podrías morir. Frank no estaba seguro de haberlo oído bien. Sonaba como si hubiera dicho que su vida dependía de lo que había en aquella caja. Se preguntó si la habría visto antes. Debía de haberla guardado en el ático, la única habitación prohibida para Frank. Siempre había dicho que allí guardaba sus tesoros más valiosos.

Le pasó la caja. La abrió con dedos temblorosos. Dentro, en un cojín de terciopelo y lino, había un terrorífico, importantísimo y cambia-vidas...pedazo de madera.

Parecía una tabla que viajaba a la deriva por el mar: dura y lisa, esculpida de una forma ondeada. Tenía el tamaño de un mando de televisión. Un extremo estaba calcinado. Frank tocó el punto quemado. Seguía estando caliente. Las cenizas mancharon el dedo de Frank.

—Es un palo—dijo. No podía adivinar porqué la abuela se comportaba de aquella manera tan tensa y seria con aquello.

Los ojos de la abuela brillaron.

—Fai, ¿conoces las profecías? ¿Conoces a los dioses?

Las preguntas le hacían sentir incómodo. Pensaba en las estúpidas estatuas doradas de la abuela que mostraban chinos inmortales, aquellas tontas supersticiones sobre la colocación de los muebles y evitando números que traían mala suerte. Las profecías le hacían pensar en las galletas de la fortuna, que ni siquiera eran chinas, no del todo, pero que los matones del colegio le molestaban diciéndole cosas como: Confucio dice... y así. Frank nunca había estado en China. No quería saber nada sobre ella. Pero por supuesto, la abuela no querría oír aquello.

—Algo, abuela—dijo—. No demasiado.

—Muchos se habrían mofado de la historia de tu madre—dijo—. Pero yo no. Conozco a las profecías y a los dioses. Griegos, romanos, chinos... ellos intervinieron en nuestra familia. No cuestioné lo que me dijo de tu padre.

—Espera... ¿qué?

—Tu padre era un dios—dijo, simplemente.

Si la abuela tuviera sentido del humor, Frank habría pensado que estaba bromeando. Pero la abuela no era así. ¿Estaría volviéndose senil?

—¡Deja de mirarme así de boquiabierto! —le espetó—. No me estoy volviendo loca. ¿Nunca te has preguntado por qué tu padre no ha vuelto nunca?

—Era...—dijo Frank. Perder a su madre ya era bastante doloroso, no quería pensar además en su padre—. Estaba en el ejército, como mamá. Desapareció en una misión. En Irak.

—¡Bah! Era un dios. Se enamoró de tu madre porque era una guerrera natural. Era como yo... fuerte, valiente, buena, hermosa.

Fuerte y valiente, Frank podía creérselo. Pero imaginar a su abuela siendo buena y hermosa... eso era más difícil.

Seguía sospechando que ella comenzaba a perder la cabeza, pero preguntó:

—¿Qué tipo de dios?

—Romano—dijo—. A parte de eso, no lo sé. Tu madre no me lo dijo, o quizá ni siquiera lo sabía. No es extraño que un dios se enamorara de tu madre, siendo de la familia que es. Debió saber quién era por su sangre ancestral.

—Espera...somos chinos. ¿Por qué un romano querría enrollarse con una china canadiense?

Las aletas de la nariz de la abuela se abrieron.

—Si te molestaras en aprender la historia de la familia, Fai, sabrías esto. China y Roma no se diferencian tanto, no están tan separadas como crees. Nuestra familia es de la provincia Gansu, una ciudad una vez llamada Li-Jien. Y antes de eso... como he dicho, sangre ancestral. La sangre de los príncipes y los héroes.

Frank la observó, expectante.

Ella suspiró, exasperada.

—¡Hablar contigo es gastar palabras! Sabrás la verdad cuando vayas al campamento. Quizá tu padre te reclame. Pero por ahora, tengo que explicarte lo de la madera ardiente.

Señaló al fuego de la chimenea.

—Poco después de que nacieras, una visitante apareció allí. Tu madre y yo estábamos sentadas en este sofá, justo donde tú y yo estamos sentados. Tú eras una cosa diminuta envuelta en una sábana azul, y tu madre te mecía en sus brazos. Parecía un recuerdo agradable, pero la abuela lo contaba en un tono tan seco, que parecía estar hablando con un zopenco.

—Una mujer apareció en la hoguera—continuó—. Era una mujer blanca, una gwai ph, vestida en seda azul, con una extraña capa, como si fuera una piel de cabra.

—Una cabra—dijo Frank, estúpidamente.

La abuela frunció el ceño:

—Sí, ¡lávate las orejas, Fai Zhang! Soy demasiado vieja para repetir la misma historia dos veces. La mujer con la piel de cabra era una diosa. Siempre puedo saber esas cosas. Sonrió al bebé, a ti, y le dijo a tu madre en perfecto mandarín, no menos: “Cerrará el círculo. Devolverá a tu familia a sus raíces y te traerá gran honor” —la abuela soltó una risotada—. No suelo discutir con diosas, pero quizá ésta no viera el futuro con claridad. Fuera lo que fuera, dijo: “Irá al campamento y te devolverá tu reputación. Liberará a Tánatos de sus cadenas heladas...”

—Espera, ¿quién?

—Tánatos—dijo su abuela, impacientemente—, en griego significa Muerte. ¿Puedo continuar sin interrupciones? La diosa dijo: “La sangre de Pilos es fuerte en este niño por su parte materna. Tendrá el don de la familia Zhang, pero también tendrá los poderes de su padre.

De repente la historia de la familia de Frank no parecía tan aburrida. Quería preguntar desesperadamente qué significaba todo aquello: poderes, dones, la sangre de Pilos. ¿Qué era aquél campamento o quién era su padre? Pero no quería interrumpir de nuevo a su abuela. Quería que siguiera hablando.

—Todo poder tiene su precio, Fai—dijo—. Antes de que la diosa desapareciera, señaló al fuego y dijo: “Será el más poderoso de tu clan, pero el destino ha decidido que también sea el más vulnerable. Su vida arderá brillante y cortamente. En cuanto esta rama sea consumida, tu hijo está destinado a morir”.

Frank apenas podía respirar. Miró la caja en su regazo, y el pedazo de ceniza en su dedo. La historia sonaba ridícula, pero de repente, el pedazo de madera parecía más siniestro, frío y pesado.

—Esto... esto...

—Sí, mi buey cabezota—dijo la abuela—. Ese es el Palo. La diosa desapareció, y saqué la madera del fuego de inmediato. Lo hemos guardado desde entonces.

—¿Y si arde del todo, moriré?

—No me extrañaré—dijo la abuela—. Chinos, romanos... el destino de los hombres puede ser previsto, y a veces cambiado, al menos una vez. El leño está en tu posesión. Mantenlo cerca. Cuanto más seguro esté, tú estarás seguro.

Frank negó con la cabeza. Quería protestar diciendo que aquello no tenía ningún sentido. Quizá su abuela intentaba asustarle vengándose por su porcelana rota. Pero sus ojos eran desafiantes. Parecía estar retándole: Si no lo crees, haz que arda. Frank cerró la caja.

—Si es tan peligroso, ¿por qué no lo cubrimos de algo que no arda, como plástico o acero? ¿Por qué no lo ponemos en una caja fuerte?

—¿Qué pasaría si—se preguntó la abuela—, forráramos el palo con otra substancia? ¿Te asfixiarías? No lo sé. Tu madre no quiso arriesgarse. No se atrevía a partirlo, por miedo a que algo fuera mal. Los bancos pueden ser robados. Los edificios pueden ser

quemados. Cosas extrañas conspiran cuando uno intenta engañar al destino. Tu madre pensó que el palo sólo estaría seguro bajo su protección, hasta que fue a la guerra. Entonces me lo dio a mí.

La abuela exhaló aire, amargamente.

—Emily era una tonta, yendo a la guerra, aunque supuse que era su destino.

Esperaba reencontrarse con tu padre.

—¿Creía... creía que estaría en Afganistán?

La abuela se encogió de hombros, como si estuviera más allá de su conocimiento.

—Fue. Murió valientemente. Creyó que el don de la familia la protegería. No hay duda que es así cómo salvó a esos soldados. Pero el don nunca ha mantenido a nuestra familia segura. Ni ayudó a mi padre, ni al suyo. No me ayudó a mí. Y ahora tienes que convertirte en un hombre. Seguirás tu camino.

—Pero... ¿qué camino? ¿Cuál es nuestro don? ¿El tiro al arco?

—¡Tú y tus flechas! Chico estúpido. Pronto lo sabrás. Esta noche, tras el funeral, irás al sur. Tu madre dijo que si no volvía del combate, Lupa enviaría mensajeros. Te escoltarán hasta el lugar donde los hijos de los dioses son entrenados para su destino.

Frank sintió como si hubiera sido disparado con flechas, con su corazón siendo hecho añicos. No entendía parte de lo que decía la abuela, pero una cosa estaba clara: le estaba echando.

—¿Me vas a dejar ir? —preguntó—. ¿A tú única familia?

La boca de la abuela se cerró. Sus ojos parecían angustiados. Frank se sorprendió al darse cuenta de que estaba a punto de llorar. Había perdido a su marido años atrás, entonces a su madre, y ahora estaba enviando lejos a su único nieto. Pero entonces se levantó del sofá, con la postura recta y correcta igual que siempre.

—Cuando llegues al campamento—le instruyó—, deberás hablar con la pretor en privado. Le dirás que tu bisabuelo era Shen Lun. Han pasado muchos años desde el incidente en San Francisco. Con suerte no te matarán por lo que hizo, pero quizá tengas que rogar clemencia por sus acciones.

—Cada vez suena mejor. —murmuró Frank.

—La diosa dijo que cerrarías el círculo de la familia—la voz de la abuela no tenía ningún rastro de simpatía—. Ella escogió tu camino años atrás, y no será fácil. Pero ahora es hora del funeral. Tenemos obligaciones. Ven. El coche espera.

La ceremonia estaba difusa: caras solemnes, el sonido de la lluvia en el tejado del panteón, el sonido de los rifles de la guardia de honor, el ataúd hundiéndose en la tierra...

Por la noche, los lobos vinieron. Aullaron en el porche de entrada. Frank salió a su encuentro. Llevaba su mochila de viaje, sus ropas más calientes, su arco y su carcaj. La medalla de sacrificio de su madre estaba atada a su mochila. El palo ardiente estaba envuelto con cuidado bajo tres capas de ropa en el abrigo de su bolsillo, cerca de su corazón.

Su viaje al sud comenzó: en la Casa del Lobo en Sonoma, y luego al Campamento Júpiter dónde habló con Reyna en privado tal y como la abuela le había dicho. Pidió clemencia por el bisabuelo del que no sabía nada y Reyna le dejó unirse a la legión. Nunca le dijo lo que había hecho su abuelo, pero era obvio que lo sabía. Frank podía decir que era algo malo, seguro.

—Juzgo a la gente por sus propios méritos—le había dicho Reyna—. Pero no menciones el nombre de Shen Lun a nadie más. Debe mantenerse en secreto, o serás tratado mal.

Por desgracia, Frank no tenía méritos propios. Su primer mes en el campamento se lo pasó dándose golpes con todas las armas, rompiendo carros y haciendo tropezar a cohortes enteras mientras marchaban. Su trabajo preferido era cuidar de Aníbal, el elefante, pero se las arreglaba para liarlo todo, también allí. Le provocaba indigestiones a Aníbal dándole de comer cacahuetes. ¿Quién habría dicho que los elefantes podían ser intolerantes a los cacahuetes? Frank se preguntaba si Reyna se habría arrepentido de su decisión de haberle permitido unirse.

Cada día, se levantaba preguntándose si el palo podría arder, y dejaría de existir. Todo aquello pasó por la mente de Frank mientras caminaba con Hazel y Percy hacia los juegos bélicos. Pensaba en el palo envuelto en el bolsillo de su abrigo y lo que había querido decir Juno cuando apareció en el campamento. ¿Estaría a punto de morir? Esperaba que no. Aún no había traído honor a su familia, aún no. Quizá Apolo le reclamaría aquella noche y le explicaría sus poderes y sus dones.

Una vez hubieron salido del campamento, la Quinta Cohorte formó en dos filas detrás de sus centuriones: Dakota y Gwen. Marcharon al norte, bordeando la ciudad, hacia los Campos de Marte, la parte más larga y lisa del valle. La hierba era muy corta porque era el lugar dónde todos los unicornios, toros y faunos vagabundos pastaban. La tierra estaba poblada de cráteres de explosiones y deformada con trincheras de juegos pasados. En el norte del campo se levantaba una diana. Los ingenieros habían construido una fortaleza de piedra con rastrillos de hierro, torres de vigilancia, ballestas de escorpión, cañones de agua y no había duda de que había otras sorpresas para que los defensores las usaran.

—Hoy han hecho un buen trabajo—notó Hazel—. Eso es malo para nosotros.

—Esperad—dijo Percy—, ¿me estáis diciendo que esa fortaleza la han construido hoy?

Hazel sonrió.

—Los legionarios estamos entrenados para construir. Si es necesario, podemos desmontar el campamento entero y reconstruirlo de nuevo en cualquier otro lugar. Nos llevaría quizá tres o cuatro días, pero podríamos hacerlo.

—Mejor que no—dijo Percy—. ¿Entonces atacáis un fuerte distinto cada día?

—No cada noche—dijo Frank—. Tenemos distintos ejercicios de entrenamiento. Algunas veces death-ball, eh... que es algo parecido al paint-ball, excepto porque... utilizamos, veneno, ácido y bolas de fuego. Algunas veces hacemos carreras de cuadrigas o luchas de gladiadores, y otras veces juegos bélicos.

Hazel señaló el fuerte.

—En algún lugar dentro de allí, la Primera y la Segunda Cohorte guardan sus estandartes. Nuestro trabajo es adentrarnos y capturarlos sin ser descuartizados. Si lo hacemos, ganamos.

Los ojos de Percy se encendieron.

—Como... capturar la bandera. Creo que prefiero el capturar la bandera.

Frank rió.

—Sí, bueno... es más duro de lo que suena. Tenemos que atravesar esos escorpiones y esos cañones de agua en las paredes, luchar contra soldados en la fortaleza, encontrar los estandartes, y vencer a los guardas, todo eso mientras protegemos nuestros estandartes de ser capturados. Y nuestra cohorte está rivalizada

con las otras dos cohortes atacantes. No trabajamos del todo en equipo, ya que la cohorte que capture los estandartes se lleva toda la gloria.

Percy dio un traspie, intentando mantener el ritmo con el que marchaban. Frank se sintió identificado. Se había pasado sus dos primeras semanas tropezando.

—¿Entonces porqué practicamos todo esto? —preguntó Percy—. ¿Os pasáis mucho tiempo asaltando ciudades fortificadas?

—Trabajo en equipo—dijo Hazel—. Velocidad de pensamiento. Tácticas. Técnicas de batalla. Te sorprendería lo que puedes aprender en unos juegos bélicos.

—Como por ejemplo, quién te puede clavar un puñal por la espalda—dijo Frank.

—Sobre todo eso—coincidió Hazel.

Marcharon hacia el centro de los Campos de Marte y formaron grupos. La Tercera y la Cuarta Cohorte se juntaron lo más lejos posible de la Quinta. Los centuriones del lado atacante se reunieron para una conferencia. En el cielo, por encima de ellos, Reyna daba vueltas en su pegaso, Escipión, preparados para ser los árbitros del juego.

Media docena de águilas gigantes volaban en formación detrás de ellas, preparadas para una necesidad de ambulancia de emergencia si era necesario. La única persona que no participaba en el juego era Nico di Angelo, el embajador de Plutón, que había subido a una torre de observación a unos diez kilómetros del campo de batalla y estaría observando con unos binoculares.

Frank puso su pilum contra su escudo y comprobó la armadura de Percy. Todo estaba correcto. Todas las piezas de la armadura estaban ajustadas correctamente.

—Lo has hecho bien—dijo, sorprendido—. Percy, tú has tenido que participar en unos juegos bélicos antes.

—No lo sé. Puede ser.

La única cosa que no estaba bien era la espada de bronce brillante de Percy, no era de oro imperial ni era una gladius. La hoja tenía la forma de una hoja y la escritura en el costado era griega. Mirar la espada le hacía sentir incómodo a Frank. Percy frunció el ceño.

—¿Podemos usar armas de verdad?

—Sí—dijo Frank—. Claro. Nunca había visto una espada como esa.

—¿Qué pasa si hiero a alguien?

—Les curamos—dijo Frank—. O lo intentamos. Las legiones de curadores son muy buenas con la ambrosía y el néctar, y sobre todo con el polvo de cuerno de unicornio.

—Nadie muere—dijo Hazel—. Bueno, no siempre. Y si lo hacen...

Frank imitó la voz de Vitellius:

—¡Son unos debiluchos! ¡En mis tiempos, nos moríamos todo el rato y nos gustaba!

Hazel rió.

—Mantente cerca, Percy. Con la mejor de las suertes, nos eliminan en seguida. Nos colocaran en los muros para ablandar las defensas. Entonces la Tercera y la Cuarta Cohorte marcharán y se llevarán los honores, si pueden llegar a asaltar el fuerte. Los cuernos sonaron. Dakota y Gwen llegaron de la conferencia de oficiales, parecían desalentados.

—¡Muy bien! ¡Este es el plan! —Dakota le dio un sorbo rápido a un Kool-Aid de su mochila de viaje—. Nos colocaremos en los muros para ablandar las defensas.

La cohorte entera se quejó.

—Lo sé, lo sé—dijo Gwen—. ¡Pero quizá esta vez tengamos un poco de suerte! Si querías a alguien optimista, esa era Gwen. A todo el mundo le gustaba Gwen porque cuidaba de todos e intentaba mantenerles alegres siempre. Incluso podía

controlar a Dakota en sus ataques de hiperactividad con zumo. Aún así, los campistas se quejaron y se removieron. Nadie creyó que la Quinta pudiera tener suerte.

—Primera línea con Dakota—dijo Gwen—. Bloquead los escudos y avanzad en formación tortuga hasta las puertas principales. Intentad manteneros de una pieza. Atraed el fuego. La segunda línea—Gwen se giró hacia la fila de Frank sin mucho entusiasmo—. Vosotros diecisiete, hasta Bobby, encargaos del elefante y de las escaleras de asalto. Intentad abrir un flanco de ataque en la pared oeste. Quizá podamos reducir sus defensas. Frank, Hazel, Percy... bueno, haced lo que queráis. Enseñadle a Percy las cuerdas. Intentad mantenerle con vida—se giró hacia la entera cohorte—. Si alguien pasa la primera pared, me aseguraré de que consigáis la Corona Mural. ¡Victoria para la Quinta!

La cohorte aclamó medio desanimada y apagada.

Percy frunció el ceño.

—¿Haced lo que queráis?

—Sí—suspiró Hazel—. Un gran voto de confianza...

—¿Qué es la Corona Mural? —preguntó.

—Una medalla militar—dijo Frank. Había sido obligado a memorizar todas las condecoraciones posibles—. Un gran honor para el primer soldado en irrumpir en el fuerte enemigo. Notarás que nadie en la Quinta la tiene. Normalmente ni siquiera llegamos al fuerte porque estamos en llamas o nos ahogamos o...— se detuvo, miró a Percy y dijo—. Cañones de agua.

—¿Qué? —preguntó Percy.

—Los cañones en las paredes—dijo Frank—, traen agua del acueducto. Hay un sistema de bombas. ¡Caramba! No sé cómo funciona, pero están bajo mucha presión. Si pudieras controlarlos, igual que controlaste el río...

—¡Frank! —sonrió Hazel—. ¡Eso es brillante!

Percy no estaba tan seguro.

—No sé cómo hice lo del río. No estoy seguro de poder controlar los cañones de tan lejos.

—Nos acercaremos—Frank señaló a la pared occidental del fuerte, dónde la Quinta Cohorte no atacaría—. Ahí es donde la defensa será más débil. Nunca se tomarán en serio a tres chavales solos. Creo que podremos acercarnos bastante antes de que nos vean.

—¿Acercarnos cómo? —preguntó Percy.

Frank se giró a Hazel.

—¿Podrás hacer aquello de nuevo?

Le dio un codazo en el pecho.

—¡Dijiste que no se lo contarías a nadie!

Frank se sintió mal de inmediato. Se había emocionado tanto con el plan...

Hazel murmuró muy flojito:

—No importa. Está bien... Percy, está hablando sobre las trincheras. Los Campos de Marte están plagados de túneles construidos a través de los años. Algunos están colapsados, otros enterrados, pero muchos aún son transitables. Soy muy buena encontrando esos últimos y usándolos. Incluso puedo hacerlos intransitables si es necesario.

—Como hiciste con las gorgonas—dijo Percy—, para ralentizarlas.

Frank asintió en aprobación.

—Te dije que Plutón molaba. Es el dios de todo lo que hay bajo tierra. Hazel fue de encontrar cuevas, túneles, trampillas...

—Y ése era nuestro secreto—gruñó.

Frank se sonrojó.

—Sí, lo siento. Pero si podemos acercarnos...

—Y si puedo abrir los cañones de agua...—asintió Percy, como si comenzara a gustarle la idea—. ¿Qué haremos después?

Frank comprobó su arco. Siempre tenía flechas especiales. Nunca las había usado antes, pero quizá aquella noche era la noche. Quizá pudiera hacer algo lo suficientemente bueno como para llamar la atención de Apolo.

—Lo demás cae en mi cuenta—dijo—. Vamos.

CAPITULO XI

FRANK

FRANK NUNCA SE HABÍA SENTIDO SEGURO de nada, lo que le ponía nervioso. Nada que hubiera planeado había ido bien. Siempre se las arreglaba para romper, arruinar, quemar, sentarse o golpear todo lo que fuera importante. Aunque aquella vez sabía que su estrategia sí iba a funcionar.

Hazel les encontró un túnel sin problemas. De hecho, Frank tenía una ligera sospecha de que simplemente no encontraba los túneles. Era como si los túneles se las arreglaran para satisfacer sus necesidades. Pasajes que habían estado enterrados durante años eran de repente desenterrados, cambiando de dirección llevando a Hazel dónde ella quisiera ir. Anduvieron alumbrándose con la luz que emitía la espada brillante de Percy, Contracorriente. Por encima de ellos, se oían sonidos de la batalla: chicos gritando. Aníbal el elefante barritando con furia, rayos de escorpiones sacudían la tierra y los cañones de agua irrumpían con estruendo en el campo de batalla. El túnel se sacudió de nuevo. Les cayó encima una capa de polvo.

Frank deslizó su mano dentro de su armadura. El pedazo de madera seguía sano y salvo en el bolsillo de su abrigo, aunque un buen tiro de un escorpión podría hacer arder la tela y... Frank malo, se reprendió a sí mismo. Arder es la palabra prohibida. No pienses en eso.

—Hay una abertura por encima de nosotros—anunció Hazel—. Acabaremos a diez metros de la pared occidental.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Percy.

—No lo sé—dijo—. Pero estoy segura.

—¿Podríamos atravesar la pared por un túnel? —preguntó Frank.

—No—dijo Hazel—. Los ingenieros fueron listos. Construyeron las paredes en cimientos que no se pueden atravesar. Y no preguntéis cómo puedo saberlo. Sólo lo sé.

Frank se tropezó con algo y maldijo en silencio. Percy le acercó la espada para alumbrar. La cosa con la que Frank había tropezado era un pedazo de metal brillante. Se agachó.

—¡No lo toques! —dijo Hazel.

La mano de Frank se detuvo a escasos centímetros del pedazo de metal. Parecía un Ferrero Rocher gigante, del tamaño de su puño.

—Es gigante—dijo—. ¿Plata?

—Platino—Hazel sonaba como si le temiera—. Desaparecerá en un segundo. Por favor, no lo toques. Es peligroso.

Frank no entendía cómo podía ser peligroso un cacho de metal, pero Hazel parecía seria. Mientras se levantaba, el platino se hundía en la tierra.

Miró a Hazel:

—¿Cómo lo has sabido?

A la luz de la espada de Percy, Hazel parecía igual de fantasmagórica que un lar.

—Te lo explicaré luego—le prometió.

Otra explosión hizo retumbar el túnel y siguieron caminando.

Salieron por un agujero justo donde Hazel había predicho que lo harían. Delante de ellos, se alzaba la pared occidental. A su izquierda, Frank pudo ver la línea frontal de

la Quinta Cohorte avanzando en formación tortuga: los escudos formando un caparazón por encima de sus cabezas y sus lados. Intentaban alcanzar las puertas principales, pero los defensores por encima de ellos les lanzaban rocas y les lanzaban proyectiles ardientes de los escorpiones, creando cráteres a sus pies. Un cañón de agua descargó con un rugido retumbante, y una corriente de agua inundó una trinchera justo delante de la cohorte.

Percy silbó, asombrado.

—Eso es mucha presión, está claro.

La Tercera y Cuarta Cohorte ni siquiera estaban avanzando. Estaban detrás y se reían, viendo cómo sus 'aliados' eran derrotados. Los defensores se apostaban en las paredes por encima de las puertas, soltando insultos a la formación tortuga mientras se balanceaba. Los juegos bélicos se habían convertido en un 'ver cómo cae la Quinta'.

La visión de Frank se volvió roja de furia.

—Vamos a cambiar las cosas—alcanzó su arco y sacó una flecha más pesada que el resto. La punta de hierro tenía la forma de un cohete. Una cuerda dorada ultrafina colgaba del extremo de la flecha. Dispararla con precisión hacia la pared le llevaría más fuerza y capacidad de la que tenían muchos arqueros, pero Frank tenía brazos fuertes y motivación.

Quizá Apolo esté mirando, pensó esperanzado.

—¿Qué hace eso? —preguntó Percy—. ¿Un gancho de agarre?

—Se llama flecha de hidra—dijo Frank—. ¿Puedes bloquear los cañones de agua?

Un defensa apareció en la pared por encima de ellos.

—¡Eh! —gritó a sus compañeros—. ¡Mirad esto! ¡Más víctimas!

—Percy—dijo Frank—, ahora es el momento.

Más chicos llegaron para reírse de ellos. Unos pocos corrieron hacia los cañones de agua más cercanos y los apuntaron hacia Frank. Percy cerró los ojos. Alzó su mano. Arriba, en la pared, alguien gritó:

—¡Abrir más, ineptos!

¡BUUUUUUUUM!

El cañón explotó en una amalgama de azul, verde y blanco. Los defensores gritaron mientras una onda expansiva de agua les lanzaba de sus posiciones. Chicos cayeron gritando por las paredes pero eran recogidos por las águilas gigantes y devueltos a un lugar seguro. Toda la pared occidental se balanceó mientras la explosión recorría las tuberías. Uno tras otro, los cañones de agua explotaron. Los fuegos de escorpión fueron apagados. Los defensores se esparcieron, confundidos o eran lanzados por el aire, dando a las águilas de rescate un arduo trabajo. En las puertas principales, la Quinta Cohorte olvidó su formación. Intrigados, bajaron sus escudos y observaron el caos.

Frank lanzó su flecha. Se alzó, cargando con su cuerda brillante. Cuando llegó a lo más alto, la punta de hierro se partió en una docena de ellas que se estrellaron contra todo lo que encontró: partes de la pared, un escorpión, un cañón de agua roto, una pareja de campistas defensores, que gritaron y se encontraron atados a sus posiciones como anclas. De la cuerda central, se extendieron unos pasamanos, creando una escalera de escalada.

—¡Vamos! —dijo Frank.

Percy sonrió.

—Tú primero, Frank. Es tu fiesta.

Frank vaciló. Entonces se puso el arco en la espalda y comenzó a escalar. Estaba a mitad de camino cuando los defensores recuperaron sus sentidos para hacer sonar la alarma.

Frank miró al grupo de la Quinta Cohorte. Estaban mirándole, estupefactos.

—¿Y bien? —gritó Frank—. ¡Atacad!

Gwen fue la primera en responder. Sonrió y repitió la orden. Una ovación se extendió por todo el campo de batalla. Aníbal el elefante barrió con alegría, pero Frank no pudo permitirse mirar. Llegó al final de la pared, donde tres defensores estaban intentando deshacerse de la escalera.

Una cosa buena de ser grande, musculoso y estar enfundado en metal: Frank era como una bola de bolos pesada y armada. Se lanzó a sí mismo contra los defensas que se tambalearon como bolos. Frank se puso de pie. Controló las almenas zarandeando su pilum de un lado a otro dejando KO a algunos defensores. Algunos le lanzaban flechas. Otros intentaron hacerle bajar la guardia con sus espaldas, pero Frank era imparable. Entonces Hazel apareció a su lado, zarandeando su espada de caballería como si hubiera nacido para luchar. Percy apareció por encima del muro y alzó Contracorriente.

—Mola—dijo.

Los tres juntos se deshicieron de los defensas del muro. Por debajo de ellos, las paredes se abrieron. Aníbal irrumpió en el fuerte, con flechas y rocas siendo lanzadas contra él, inofensivas, por supuesto, dado que tenía puesta su armadura Kevlar.

La Quinta Cohorte cargó detrás del elefante, y la batalla pasó a ser un mano a mano. Finalmente, al final de los Campos de Marte, un grito de batalla se oyó. La Tercera y la Cuarta Cohorte corrieron a unirse a la lucha.

—Un poco tarde—dijo Hazel.

—No podemos permitir que se hagan con los estandartes—dijo Frank.

—No—coincidió Percy—, son nuestros.

No fueron necesarias más palabras. Se movieron como un equipo, como si hubieran estado luchando juntos durante años. Corrieron por las escaleras interiores e irrumpieron en la base enemiga.

CAPITULO XII

FRANK

DESPUÉS DE AQUELLO, LA BATALLA FUE UN CAOS.

Frank, Percy y Hazel se abrieron paso a través del enemigo, dejando fuera de combate a todo aquél que se pusiera en su camino. La Primera y Segunda Cohorte, el orgullo del Campamento Júpiter, una máquina de guerra perfecta y altamente disciplinada, caía bajo el asalto y por la pura novedad de estar en el lado perdedor. En parte era por Percy. Luchaba como un demonio, abriéndose paso por entre filas de enemigos en un estilo completamente no ortodoxo, rodando por el suelo acuchillando con su espada, en vez de golpear con ella como un romano lo haría, noqueando campistas con el mango de su espada y, en general, causando un pánico masivo. Octavian soltó un chillido estridente, quizá estuviera ordenando a la Primera Cohorte de mantenerse en el sitio, quizá estuviera practicando para soprano. Pero Percy le detuvo. Dio una voltereta por encima de una fila de escudos y atacó fieramente con el mango de su espada el yelmo de Octavian. El centurión se cayó de bruces como un títere de trapo.

Frank lanzó flechas hasta que su carcaj estuvo vacío, usando misiles con la punta desafilada que no mataban pero sí dejaban unos moratones desagradables. Lanzó su pilum por encima de la cabeza de un defensor, y entonces, a regañadientes sacó su gladius.

Mientras tanto, Hazel escaló por la espalda de Aníbal. Le condujo hacia el centro del fuerte, sonriendo a sus amigos:

—¡Vamos, lentorros!

Dioses del Olimpo, es malditamente hermosa, pensó Frank.

Corrieron hacia el centro de la base. La zona interior estaba prácticamente desprotegida. Obviamente los defensores nunca hubieran soñado que un asalto llegara tan lejos. Aníbal tiró abajo las puertas de entrada.

Dentro los vigilantes de los estandartes de la Primera y la Segunda Cohorte estaban colocados en una mesa de juego de Mitomagia con cardas y figuritas. Los emblemas de las cohortes estaban tirados sin ningún cuidado contra una pared.

Hazel y Aníbal irrumpieron en la habitación y los guardas de los estandartes cayeron de espaldas. Aníbal puso un pie sobre la mesa, que se partió en dos.

Cuando el resto de la cohorte les hubo alcanzado, Percy y Frank habían desarmado al enemigo, agarrado los estandartes y escalado por la espalda de Aníbal para situarse con Hazel. Marcharon hacia el exterior luciendo, triunfantes, los colores del enemigo. La Quinta Cohorte formó a su alrededor. Juntos desfilaron fuera del fuerte, pasando enemigos asombrados y aliados igual de estupefactos.

Reyna dio vueltas a su alrededor con su pegaso.

—¡El juego ha terminado! —sonó como si intentara no reírse—. ¡Reunión para los honores!

Lentamente los campistas se reagruparon en los Campos de Marte. Frank vio daños menores, algunas quemaduras, huesos rotos, ojos morados, cortes y rascaduras, además de un montón de pelos chamuscados y cañones de agua rotos, que ninguno podría ser arreglado.

Se deslizó por la espalda del elefante. Sus camaradas le daban palmadas en la espalda, haciéndole cumplidos y dándole ánimos. Frank se preguntó si estaba soñando. Era la mejor noche de su vida... hasta que vio a Gwen.

—¡Ayuda! —gritó alguien. Un par de campistas salieron de la fortaleza, cargando a una chica en una camilla. Entonces la colocaron en el suelo, y los otros chicos comenzaron a arremolinarse a su alrededor. Incluso desde la distancia, Frank supo que era Gwen. Tenía muy mala pinta. Descansaba en la camilla con un pilum clavado en su armadura, como si lo estuviera sujetando entre su pecho y su cintura, pero había demasiada sangre.

Frank negó con la cabeza, incrédulo.

—No, no, no—murmuró mientras corría a su lado.

Los médicos les gritaban a todos para que se mantuvieran lejos y le dejaran respirar. La legión entera se mantuvo en silencio mientras los curadores trabajaban, intentando poner gasa y cuerno de unicornio pulverizado bajo la armadura de Gwen para detener la sangre, intentando meter algo de néctar dentro de su boca. Gwen no se movía. Su cara no tenía color.

Finalmente uno de los médicos miró a Reyna y negó con la cabeza.

Por un momento, no se oía nada excepto el agua de los cañones rotos cayendo por las paredes del muro. Aníbal peinaba a Gwen con su trompa.

Reyna inspeccionó a los campistas desde su pegaso. Su expresión era dura y oscura como el hierro.

—Habrá una investigación. Quienquiera que ha hecho esto, le has costado a la legión una buena oficial. La muerte honorable es una cosa, pero esto...

Frank no estaba seguro de lo que quería decir. Entonces vio las marcas grabadas en el mango de madera del pilum: CHT I LEGIO XII F. El arma pertenecía a alguien de la Primera Cohorte y el arma sobresalía por su armadura. Gwen había sido atacada por detrás, posiblemente después de que el juego hubiera terminado.

Frank miró la multitud buscando a Octavian. El centurión observaba con más interés que curiosidad, como si estuviera examinando a uno de sus estúpidos ositos de peluche descuartizados. No tenía un pilum.

La sangre hirvió en las sienes de Frank. Quería estrangular a Octavian con sus manos desnudas, pero en aquel momento, Gwen tosió.

Todo el mundo retrocedió. Gwen abrió los ojos. El color le volvió a la cara.

—¿Qué... qué ha sido eso? —parpadeó—. ¿A qué está mirando todo el mundo?

No parecía darse cuenta del arpón de dos metros que tenía a través de su cintura.

Detrás de Frank, un médico susurró.

—Es imposible. Estaba muerta. Tenía que estar muerta.

Gwen intentó reincorporarse, pero no pudo.

—Había un río, y un hombre pidiendo... ¿una moneda? Me giré y la puerta de salida estaba abierta. Y yo... salí. No entiendo nada. ¿Qué ha pasado?

Todo el mundo la miraba con horror. Nadie intentó ayudar.

—Buena pregunta—Reyna se giró hacia Nico, que observaba serio desde el borde de la multitud—. ¿Tiene algo que ver Plutón?

Nico negó con la cabeza.

—Plutón nunca permite volver a la gente de entre los muertos.

Miró a Hazel como si le estuviera diciendo que se callara. Frank se preguntó qué significaba todo aquello, pero no tuvo tiempo para pensar en ello.

Una voz retumbó por el campamento: La muerte pierde su control. Este es sólo el principio.

Los campistas agarraron las armas. Aníbal barritó, nervioso. Escipión relinchó y casi lanzó a Reyna.

—Conozco esa voz—dijo Percy. No sonaba muy contento.

En medio de la legión, una columna de fuego irrumpió en el aire. El calor quemó las pestañas de Frank. Los campistas que habían sido mojados por los cañones encontraron sus ropas secadas de inmediato. Todo el mundo se tambaleó hacia atrás mientras un soldado gigante salía de la explosión.

Frank no tenía mucho pelo, pero lo que tenía se le erizó. El soldado medía cinco metros y vestía el uniforme de camuflaje desértico del ejército canadiense. Irradiaba confianza y poder. Su pelo negro estaba cortado al estilo militar, igual que el de Frank. Su cara era angular y brutal, marcada con cicatrices de cuchillos. Sus ojos estaban cubiertos con unas gafas infrarojas que brillaban desde el interior. Vestía un cinturón de herramientas con un arma colgada del cinturón, un machete y varias granadas. En sus manos había un rifle M16 extragrande.

Lo peor de coso es que Frank se sintió llamado por él. Mientras todo el mundo retrocedía, Frank se adelantaba. Se dio cuenta de que el soldado quería que se acercara en silencio.

Frank quería salir huyendo y esconderse, pero no podía. Dio tres pasos e hincó la rodilla.

Los demás campistas siguieron su ejemplo y se arrodillaron. Incluso Reyna desmontó.

—Eso está bien—dijo el soldado—. Arrodillarse está bien. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visité el Campamento Júpiter.

Frank vio una persona que no se había arrodillado. Percy Jackson, con su espada aún en la mano, miraba al soldado gigante.

—Eres Ares—dijo Percy—. ¿Qué quieres?

Dos cientos campistas y un elefante contuvieron el aliento. Frank quiso excusarse por Percy y aplacar la furia del dios, pero no sabía qué hacer. Tenía miedo de que el dios de la guerra aplastara a su nuevo amigo con el M16 extra-grande.

En vez de eso, el dios enseñó sus brillantes dientes blancos.

—Tienes osadía, semidiós—dijo—. Ares es mi forma griega. Pero para estos seguidores, los hijos de Roma, soy Marte, patrón del imperio, padre divino de Rómulo y Remo.

—Nos conocemos—dijo Percy—. Nosotros... hemos luchado antes.

Alrededor de los pies de Marte, el suelo ardió en círculo.

—Percy—dijo Frank—, por favor.

Percy lo hizo a regañadientes, pero se arrodilló.

Marte miró a la multitud.

—Romanos, ¡prestadme vuestros oídos! —rió, un repiqueteo bueno y sobrecoger tan contagioso que casi hizo reír a Frank, a pesar de que seguía tiritando de miedo—.

Siempre he querido decir eso. Vengo del Olimpo con un mensaje. Júpiter no quiere que nos comuniquemos con los mortales directamente, especialmente hoy en día, pero me ha permitido esta excepción, ya que vosotros, romanos, siempre habéis sido mi gente predilecta. Sólo se me permite hablar durante unos minutos, así que estad atentos—señaló a Gwen—. Esta de aquí, debería estar muerta, pero no lo está. Los monstruos contra los que lucháis no vuelven al Tártaro cuando les destrozáis. Algunos mortales que murieron tiempo atrás andan sobre la tierra de nuevo.

¿Se lo imaginó Frank o el dios miró a Nico di Angelo?

—Tánatos ha sido encadenado—anunció Marte—. Las Puertas de la Muerte han sido forzadas a abrirse, y nadie las está escoltando, al menos no imparcialmente. Gea permite a nuestros enemigos salir de nuevo a la tierra, al mundo de los mortales. Sus hijos los gigantes están reuniendo ejércitos contra vosotros, ejércitos que no seréis capaces de matar. A no ser que Tánatos sea liberado para que vuelva a sus deberes, seréis destruidos. Deberéis encontrar a Tánatos y liberarle de los gigantes. Sólo él puede cambiar la situación— Marte miró a su alrededor, y se dio cuenta de que todo el mundo estaba en silencio, arrodillado—. Oh, os podéis levantar. ¿Alguna pregunta? Reyna se levantó incómoda. Se acercó al dios, seguida por Octavian, que se reverenciaba, como si fuera un esclavo servil.

—Señor Marte—dijo Reyna—, somos honrados.

—Más que honrados—dijo Octavian—. Mucho más que honrados...

—¿Y bien? —espetó Marte.

—Bien—dijo Reyna—, Tánatos es el dios de la muerte, ¿el terrateniente de Plutón?

—Correcto—dijo el dios.

—¿Y dice que ha sido capturado por los gigantes?

—Correcto.

—¿Y todo el mundo dejará de morir?

—No todos a la vez—dijo Marte—. Pero las barreras entre la vida y la muerte serán débiles. Aquellos que sepan cómo sacar ventaja de ello, volverán. Los monstruos són muy difíciles de matar. Muy pronto serán completamente imposibles de matar.

Algunos semidioses también podrán encontrar el camino de vuelta del Inframundo, como vuestra amiga, la centurión Brocheta.

Gwen hizo una mueca.

—¿Centurión Brocheta?

—Si no lo arregláis, los mortales comenzarán a darse cuenta de que les es imposible morir.—siguió Marte—. ¿Os imagináis un mundo en el que nadie muera, jamás?

Octavian levantó la mano.

—Pero, grandioso y todopoderoso señor Marte, si no podemos morir, ¿eso no es algo bueno? Si podemos vivir para siempre...

—¡No seas tonto, chico! —gritó Marte—. ¿Una carnicería sin final? ¿Guerra sin motivo? Los enemigos alzándose una y otra y otra vez y sin poder ser asesinados.

¿Es eso lo que queréis?

—Eres el dios de la guerra—dijo Percy, alzando la voz—. ¿No quieres una carnicería sin fin?

Las gafas infrarrojas de Marte brillaron más aún.

—Eres un insolente. Quizá sí que haya luchado contra ti antes. Entiendo porqué podría haber querido matarte. Soy el dios de Roma, chico. Soy el dios del ejército usado en un caso estricto. Protejo las legiones. Me gusta poner a mis enemigos bajo mis pies, pero no lucho sin razón. No quiero una guerra sin final. Lo sabrás y cuando lo hagas, me servirás.

—Me parece que no—dijo Percy.

De nuevo, Frank esperó a que el dios le destrozara, pero Marte le sonrió como si fueran dos viejos amigos hablando de temas casuales.

—¡Ordeno una misión! —anunció el dios—. Iréis al norte y encontraréis a Tánatos en la tierra más allá de los dioses. Le liberareis y frustrareis los planes de los gigantes.

¡Guardaos de Gea! ¡Guardaos de su hijo, el gigante más mayor!

Al lado de Frank, Hazel soltó un grito:

—¿La tierra más allá de los dioses?

Marte la miró, empuñando su M16.

—Eso es correcto, Hazel Levesque. Sabes a qué me refiero. ¡Todo el mundo aquí recuerda la tierra dónde la legión perdió su honor! Quizá si esta misión tenga éxito, y volvéis para el Festival de Fortuna... quizá entonces vuestro honor sea restaurado. Si no tenéis éxito, no habrá ningún campamento al que volver. Roma habrá sido destruida, y su legado perdido para siempre. Así que mi consejo es: No falléis. Octavian se las arregló de alguna manera para agacharse aún más.

—Señor Marte, sólo un pequeño detalle. ¡Una misión requiere una profecía, un poema místico que nos guíe! Acostumbrábamos a obtenerlas de los libros de las Sibilas, pero ahora recae en el augur para interpretar el deseo de los dioses. Así que si pudiera ir y obtener como unos setenta peluches y un cuchillo para...

—¿Eres el augur? —le interrumpió el dios.

—Sí... mi señor.

Marte sacó un pergamino de su cinturón.

—¿Alguien tiene un bolígrafo?

Los legionarios le observaban.

Marte suspiró.

—Dos cientos romanos y nadie tiene un bolígrafo. ¿De verdad? No importa...

Se puso el M16 en la espalda y sacó una bomba de mano. Algunos romanos chillaron. La granada se convirtió en un bolígrafo y Marte comenzó a escribir.

Frank miró a Percy con los ojos muy abiertos. Dijo sin hablar: ¿Puede hacer eso tu espada, eh? Percy le respondió: Cállate.

—¡Aquí tienes! —Marte acabó de escribir y le lanzó el pergamino a Octavian—. Una profecía. Puedes añadirla a tus libros, grabarla en el suelo, lo que quieras.

Octavian leyó el pergamino.

—Aquí dice: "Id a Alaska. Encontrad a Tánatos y liberarle. Volved antes del anochecer del veinticuatro de junio o morid".

—Sí—dijo Marte—. ¿No está claro?

—Bueno, mi señor... normalmente las profecías son inciertas. Están escritas en acertijos. Riman y...

Marte dejó caer una granada de su bolsillo.

—¿Y?

—¡La profecía es clara! —anunció Octavian—. ¡Una misión!

—Buena respuesta—Marte se guardó la granada—. Y ahora... ¿qué más? Había algo más... ¡Ah, sí!

Se giró a Frank.

—Ven aquí, chico.

No, pensó Frank. El palo ardiente en el bolsillo de su abrigo se volvió más pesado.

Sus piernas temblaron. Un sentimiento de pavor le inundó, peor que el día en el que el oficial del ejército llegó a la puerta.

Sabía lo que iba a venir, pero no podía detenerlo. Dio unos pasos adelante contra su voluntad.

Marte sonrió.

—Buen trabajo conquistando la muralla, chico. ¿Quién ha sido el árbitro de este juego?

Reyna alzó una mano.

—¿Has visto el juego, árbitro? —preguntó Marte—. Este es MI chico. Primero por encima de la pared y luego ganó el juego para su equipo. A no ser que estés ciega, esa ha sido una jugada del Mejor Jugador del partido. No estás ciega, ¿verdad? Reyna parecía como si estuviera a punto de escupir un ratón.

—No, señor Marte.

—Entonces asegúrate de que consigues la Corona Mural—pidió Marte—. ¡Este es mi chico! —gritó a la legión, por si alguien no lo había oído. Frank quiso que la tierra le tragara.

—El hijo de Emily Zhang—siguió Marte—. Era una buena soldado. Una buena mujer. Este chico, Frank, prueba su valía. Feliz cumpleaños tardío, chico. Es hora de que tengas el arma de un hombre de verdad.

Le lanzó el M16 a Frank. Por un microsegundo, Frank creyó que sería aplastado bajo el peso del rifle de asalto gigantesco, pero el arma se convirtió a mitad de camino, haciéndose más pequeño y delgado. Cuando Frank lo cogió, el arma era una lanza. Tenía el mango de oro imperial y un extraño punto de hueso blanco, parpadeando con una luz fantasmagórica.

—La punta es diente de dragón—dijo Marte—. Aún no has aprendido a usar el talento de tu madre, ¿verdad? Bueno... esa lanza te dará alguna ventaja hasta que lo hagas. Solo tienes tres oportunidades con ellas, así que úsala bien.

Frank no entendió, pero Marte actuaba como si el problema estuviera cerrado.

—Ahora, mi hijo Frank Zhang va a liderar la misión de liberar a Tánatos, ¿alguna objeción?

Por supuesto, nadie dijo nada. Pero algunos campistas miraron a Frank con envidia, celos, enfado y furia.

—Puedes llevar dos acompañantes—dijo Marte—. Esas son las reglas. Uno de ellos tiene que ser este chico.

Señaló a Percy.

—Va a aprender algo de respeto a Marte en su viaje, o morirá en el intento. Y en cuanto al tercero, no me importa. Escoge a quién quiera. Debatidlo en el senado. Sois bueno en ello.

La imagen del dios parpadeó. Un relámpago retumbó en el aire.

—Esa es mi indicación—dijo Marte—. Hasta la próxima, romanos. ¡No me decepcionéis!

El dios desapareció en llamas, y se fue.

Reyna se giró hacia Frank. Su expresión era de asombro y de náusea, como si finalmente hubiera conseguido escupir el ratón. Levantó su brazo en forma de saludo romano:

—¡Ave, Frank Zhang, hijo de Marte!

La entera legión siguió su grito, pero Frank no quería su atención. Su noche perfecta se había arruinado. Marte era su padre. El dios de la guerra le mandaba a Alaska. A Frank le habían dado más que una lanza por su cumpleaños. Le habían dado una sentencia de muerte.

CAPITULO XIII

PERCY

PERCY DURMIÓ COMO UN TRONCO.

No había estado en una cama segura y cómoda desde... bueno, ni siquiera se acordaba. A pesar de aquél día alocado con miles de pensamientos pasando por su cabeza, su cuerpo dijo: “Basta, necesitas dormir”.

Soñó, por supuesto. Siempre tenía sueños, pero pasaban como imágenes borrosas de la ventana de un tren. Vio a un fauno con el pelo rizado en ropas amplias corriendo para atraparlo.

—No tengo cambio suelto—dijo Percy.

—¿Qué? —dijo el fauno—. No, Pery, soy yo, ¡Grover! ¡Vuelve! ¡Estamos de camino! Tyson está cerca, o al menos creemos que está cerca. Intentamos localizarte pero...

—¿Qué? —preguntó Percy, pero el fauno desapareció en la niebla.

Entonces Annabeth corría detrás de él, tendiéndole la mano.

—¡Gracias a los dioses! —le llamó—. ¡Durante meses y meses te buscamos pero no te encontrábamos! ¿Estás bien?

Percy recordó lo que le había dicho Juno, durante meses había estado deambulando, pero ahora ha despertado. La diosa le había estado manteniendo oculto intencionadamente, ¿pero por qué?

—¿Eres real? —preguntó a Annabeth.

Quería creerlo con todas sus fuerzas, como si Aníbal, el elefante, estuviera en su pecho. Pero su cara comenzó a disolverse. Gritó:

—¡Quédate quieto! ¡Será más fácil para que Tyson pueda encontrarte! ¡Quédate dónde estás!

Entonces se hubo marchado. Las imágenes se aceleraron. Vio un gigantesco barco en unos astilleros, y unos trabajadores trabajando para acabar el casco del barco. Y un chico con una antorcha encendida en la mano sujetando una cabeza de un dragón de bronce colocándola en la proa. Vio al dios de la guerra persiguiéndole haciendo surf, con una espada en sus manos.

La escena cambió. Percy estaba de pie en los Campos de Marte, mirando las Colinas de Berkeley. Crecía una hierba dorada y una cara apareció en el suelo, una mujer durmiente, con sus rasgos formados por sombras y huecos en el terreno. Sus ojos permanecieron cerrados, pero su voz sonó en la cabeza de Percy:

“Así que es este es el semidiós que destruyó a mi hijo de Crono. No pareces mucho, Percy Jackson, pero eres valioso para mí. Ve al norte. Encuentra a Alcioneo. Juno puede jugar al tú la llevas con los griegos y los romanos, pero al final, serás mi peón. Serás la llave para la derrota de los dioses.”

La visión de Percy se oscureció. Estaba de pie en una versión en miniatura de los cuarteles generales del campamento: un principia con las paredes de hielo y niebla heladora flotando en el aire. El suelo estaba repleto de esqueletos vestidos con armaduras romanas y armas doradas incrustadas en el hielo. Al final de la habitación se erigía una enorme figura sombría. Su piel brillaba de oro y plata, como si fuera un autómatas como los perros de Reyna. Detrás de él había una colección de emblemas en ruinas, estandartes deshilachados, y una gigantesca águila dorada en un palo de acero.

La voz del gigante resonó en la amplia sala.

—Esto va a ser divertido, hijo de Neptuno. Han pasado eones desde que destruí a un semidiós de tu calibre. Te esperaré en el lugar helado.

Percy se despertó, temblando. Durante un instante no supo dónde estaba. Entonces lo recordó: en el Campamento Júpiter, en las barracas de la Quinta Cohorte. Estaba estirado en su litera, contemplando el techo e intentando controlar su pulso cardíaco. Un gigante dorado le esperaba para destruirle. Maravilloso. Pero lo que le inquietaba más era la cara de la mujer durmiente en las colinas. Serás mi peón. Percy no sabía jugar al ajedrez, pero estaba seguro de que ser un peón era algo malo. Morían siempre.

Incluso las partes más amigables de su sueño eran inquietantes. Un fauno llamado Grover le estaba buscando. Quizá por eso Don había detectado una... ¿cómo la había llamado? Una conexión empática. Alguien llamado Tyson también le estaba buscando y Annabeth le había advertido que se quedara allí dónde estuviera.

Se sentó en su litera. Sus compañeros de habitación iban y venían, vistiéndose y lavándose los dientes. Dakota se estaba enfundando en un pedazo de tela roja: una toga. Uno de los lares le estaba señalando cómo ponérsela.

—¿Hora de desayunar? —preguntó Percy, esperanzado.

La cabeza de Frank salió de la litera más cercana. Tenía ojeras bajo sus párpados como si no hubiera dormido bien.

—Tendrá que ser uno rápido. Hemos de ir a la reunión del senado.

La cabeza de Dakota se había quedado atascada en la toga. Movía los brazos como si fuera un fantasma enfundado en una sábana del color del Kool-Aid.

—Eh...—dijo Percy—, ¿tendré que llevar mis sábanas?
Frank bufó.

—Eso es sólo para los senadores. Hay diez de ellos, elegidos cada año. Tienes que llevar en el campamento más de cinco años para poder acceder.

—¿Entonces por qué estamos invitados a la reunión?

—Porque... ya sabes, la misión. —Frank sonaba preocupado, como si tuviera miedo de que Percy se echara atrás—. Hemos de estar en la reunión, tú, yo y Hazel. Me refiero, si queréis...

Probablemente Frank no quería culparle, pero el corazón de Percy sintió como si lo acabaran de pegarle un mordisco en el corazón. Sentía empatía con Frank. Ser reclamada por el dios de la guerra en medio de todo el campamento... menuda pesadilla. Además, ¿cómo podía decir que no a aquella gigantesca y rechoncha cara de bebé? Frank le había dado una tarea que probablemente le mataría. Tenía miedo. Necesitaba su ayuda.

Y los tres habían formado un buen equipo la noche anterior. Hazel y Frank eran gente sólida y dependiente. Habían aceptado a Percy como parte de la familia. Además no le gustaba la idea de la misión, más que nada porque venía de Marte mismo, mucho menos entonces tras soñar con todo aquello.

—Será mejor que me prepare—salió de la cama y se vistió. Estuvo todo el tiempo pensando en Annabeth. La ayuda estaba en camino. Podría volver a su vida anterior. Todo lo que tenía que hacer era quedarse allí.

En el desayuno, Percy era consciente de que todo el mundo le estaba mirando.

Susurraban sobre lo sucedido la noche anterior:

—Dios dioses en el mismo día...

—No luchaba como un romano...

—El cañón de agua me explotó en la nariz...

Tenía demasiada hambre como para preocuparse. Se llenó el estómago con tortitas, huevos, bacón, galletas, manzanas y varios vasos de zumo de naranja. Habría comido más de no ser porque Reyna anunció que el senado se reuniría en la ciudad, y todos los tipos con las togas se levantaron para marchar.

—Nosotros también vamos. —Hazel jugueteaba con una piedra que parecía un rubí de dos quilates.

El lar Vitellius apareció a su lado con un brillo púrpura.

—¡Bona fortuna a los tres! Ah, las reuniones del senado... Recuerdo la que se celebró tras el asesinato de César. Vaya, recuerdo la cantidad de sangre en su toga que...

—Gracias, Vitellius—le interrumpió Frank—. Deberíamos irnos.

Reyna y Octavian abrían la procesión de senadores fuera del campamento, con los galgos metálicos de ésta acompañándoles por la carretera. Hazel, Frank y Percy cerraban la comisión.

Percy vio a Nico di Angelo en el grupo, vistiendo una toga negra y hablando con Gwen, que parecía muy pálida pero sorprendentemente bien teniendo en cuenta que había estado muerta la noche anterior. Nico miró a Percy y se giró de nuevo a la conversación, dejando a Percy una sensación de que el hermano de Hazel le estaba intentando evitar.

Dakota dio un traspié con su toga roja. Los demás senadores tampoco parecían ir muy cómodos en sus togas, haciéndose los dobladillos, intentando hacer que la toga no se les cayera por los hombros... Percy estaba orgulloso de vestir su camiseta púrpura normal del campamento y sus tejanos igual de normales.

—¿Cómo podían moverse los romanos dentro de esas cosas? —se preguntó.

—Eran para ocasiones formales—dijo Hazel—. Como los trajes. Me apuesto lo que queráis a que los romanos odiaban las togas igual que nosotros. De todas formas, no has traído ningún arma, ¿verdad?

La mano de Percy se deslizó hacia su bolsillo, donde estaba su bolígrafo.

—¿Por qué? ¿Se supone que no debemos?

—No se permiten armas en el pomerium. —dijo.

—¿En el qué?

—Pomerium—dijo Frank—. El límite de la ciudad. El interior es una zona sagrada y segura. Las legiones no pueden marchar a través. No se permiten armas. Es por eso por lo que las reuniones senatoriales no son tan sangrientas.

—¿Por lo del asesinato de Julio César? —preguntó Percy.

Frank asintió.

—No te preocupes. No ha pasado nada como eso desde hace meses.

Percy esperó que estuviera bromeando.

Mientras se acercaban a la ciudad, Percy pudo apreciar lo bonita que era. Los tejados de color rojo y cúpulas doradas que brillaban con el sol. Se olían jardines con madreselvas y rosales. El fórum estaba pavimentado con piedras blancas y grises, decorado con estatuas, fuentes y columnas que no sujetaban nada. En los barrios adyacentes, calles adoquinadas estaban alineadas con edificios de colores vivos, tiendas, cafeterías y parques. En la lejanía se alzaban un anfiteatro y un circo romano. Percy no se dio cuenta de que estaban en los límites de la ciudad hasta que los senadores delante de él comenzaron a ir más lentamente. A un lado de la carretera había una estatua de mármol: un musculoso hombre a tamaño real con pelo rizado,

sin brazos y una cara irritada. Quizá parecía tan extraño porque sólo había sido esculpido de cintura para arriba. Debajo de la cintura tenía un gran bloque de mármol. —¡Fila india, por favor! —dijo la estatua—. Tengan sus identificaciones preparadas. Percy miró a su izquierda y a su derecha. No se había dado cuenta hasta entonces, pero una línea de estatuas idénticas rodeaba la ciudad a intervalos. Los senadores comenzaron a avanzar. La estatua comprobaba los tatuajes en sus antebrazos y llamaba a cada senador por su nombre.

—Gwendolyn, senador, Quinta Cohorte. Nico di Angelo, embajador de Plutón, muy bien. Reyna, pretor, por supuesto. Hank, senador, Tercera Cohorte, ¡bonitos zapatos, Hank! ¿Y a quién tenemos aquí?

Hazel, Frank y Percy eran los últimos.

—Término—dijo Hazel—, este es Percy Jackson. Percy, este es Término, dios de las fronteras.

—Nuevo, ¿verdad? —dijo el dios—. Sí, la tableta de probatio, es verdad. Muy bien.

Ah, ¿arma en tu bolsillo? ¡Sácala! ¡Sácala!

Percy no supo cómo Término lo habría adivinado, pero sacó su bolígrafo.

—Peligrosa—dijo Término—. Dejala en la bandeja. Espera, ¿y mi asistente? ¿Lulia. Una pequeña niña de unos seis años salió de detrás de la base de la estatua. Tenía coletas, vestía un vestido rosa y tenía una sonrisa impoluta con dos dientes ausentes. —¿Lulia? —Término la buscó, y Lulia se iba a la dirección contraria de la que el dios la buscaba. La niña reía, divertida.

—Oh, aquí estás—dijo la estatua—. Delante y al centro. Trae la bandeja.

Lulia se limpió el vestido. Vino con una bandeja y se la presentó a Percy. En la bandeja había navajas, sacacorchos, una botella de loción solar de tamaño desmesurado y una botella de agua.

—Podrás recoger el arma al salir—dijo Término—. Lulia se encargará de cuidarla. Es una profesional entrenada.

La niña asintió.

—Pro-fe-sio-nal.

Dijo cada sílaba con cuidado, como si hubiera estado practicando.

Percy miró a Hazel y a Frank, que no parecían encontrar nada raro en aquello. No estaba muy seguro de querer entregarle un arma mortífera a una niña.

—El problema es...—dijo—, que el bolígrafo vuelve a mi bolsillo automáticamente, por lo que si lo encuentro en...

—No te preocupes—le aseguró Término—. Nos aseguraremos de que no suceda.

¿Verdad, Lulia?

—Sí, señor Término.

A regañadientes, Percy puso el bolígrafo en la bandeja.

—Ahora, unas pocas normas, ya que eres nuevo—dijo Término—. Estás entrando en las fronteras de la ciudad. Mantén la paz en el interior. Cede el paso al tráfico de carruajes mientras camines por las calzadas públicas. Cuando entres en la Casa del Senado, siéntate en el ala izquierda. Y, allí, ¿ves dónde estoy señalando?

—Eh—dijo Percy—, no tiene manos.

Al parecer aquél era un tema peligroso para Término. Su cara marmórea se volvió de un gris oscuro.

—Chico listo, ¿eh? Bueno, Don DespreciaNormas, allí junto al fórum, Lulia, señala por mí...

Lulia dejó la bandeja en el suelo y señaló a la plaza central de la ciudad.

—La tienda con el toldo azul—siguió Término—, es la taberna general. Venden cintas métricas. ¡Compra una! Quiero esos pantalones dos centímetros exactos por encima de los tobillos y ese pelo cortado correctamente. Y metete la camiseta dentro de los pantalones.

Hazel dijo:

—Gracias, Término. Debemos irnos.

—De acuerdo, de acuerdo, podéis pasar—dijo el dios—. Pero manteneos en el lado derecho de la vía. Y aquella roca de allí, no Hazel, esa no. Mira dónde estoy señalando. Esa roca está demasiado cerca de aquel árbol. Muevdl a dos centímetros a la izquierda.

Hazel hizo lo que le dijo, y siguieron por su camino mientras Término les seguía gritando órdenes y Lulia hacia la croqueta en la hierba.

—¿Es así siempre? —preguntó Percy.

—No—admitió Hazel—. Hoy estaba de buenas. Normalmente es más obsesivo-compulsivo.

—Habita cada piedra fronteriza de la ciudad—dijo Frank—. Es como la última defensa de la ciudad si es atacada.

—Término no es tan malo—añadió Hazel—. No le hagas enfadar, o te obligará a medir cada brizna de hierba en el valle.

Percy recopiló información.

—¿Y la chica? ¿Lulia?

Hazel sonrió.

—Sí, es muy mona. Sus padres viven en la ciudad. Vamos, será mejor que alcancemos a los senadores.

Mientras se acercaban al fórum, Percy se quedó sorprendido de la cantidad de gente que había por allí. Gente en edad escolar sentada cerca de la fuente. Varios de ellos saludaron a los senadores al pasar. Un chico en sus veinte estaba de pie ante el aparador de una panadería, flirteando con una mujer que estaba comprando su café. Una pareja más mayor observaban un chico pequeño en pañales y una camiseta en miniatura del Campamento Júpiter gateando tras una gaviota. Los mercantes abrían sus tiendas, colocando los carteles en latín que hacían publicidad de cerámica, joyería y entradas a mitad de precio para el Circo.

—¿Toda esta gente son semidioses? —preguntó Percy.

—O descienden de semidioses—dijo Hazel—. Como te he dicho, es un buen lugar para estudiar o formar una familia sin preocupaciones de que te ataquen los monstruos cada día. Aquí viven... ¿unas doscientas, trescientas personas? Los veteranos hacen de consejeros y fuerzas de reserva si fueran necesarias, pero la mayor parte del tiempo son ciudadanos viviendo sus vidas.

Percy se imaginó cómo sería todo aquello: comprando un apartamento en aquella pequeña réplica de Roma, protegida por la legión y por el dios chalado Término. Se imaginó agarrado de la mano a Annabeth sentados en una cafetería. Y cuando fueran mayores, observarían a su hijo persiguiendo gaviotas por el fórum...

Se quitó la idea de la cabeza. No podía permitirse aquel tipo de pensamientos. Parte de sus recuerdos habían desaparecido, pero sabía que aquel lugar no era su hogar. Perteneecía a otro lugar, con sus otros amigos.

Además, el Campamento Júpiter estaba en peligro. Si Juno tenía razón, un ataque estaba al caer en cinco días. Percy se imaginó la cara de la mujer durmiente,

presumiblemente Gea, creándose en las colinas alrededor del campamento. Se imaginó hordas de monstruos descendiendo por el valle.

—Si no tenéis éxito—les había advertido Marte—, no habrá ningún campamento al que volver. Roma será destruida y su legado perdido para siempre.

Pensó en la chica llamada Iulia, en las familias con los otros niños, en sus nuevos amigos de la Quinta Cohorte, incluso en los estúpidos faunos. No quería imaginarse qué podría pasar si aquél lugar era destruido.

Los senadores se abrieron paso hasta un edificio con una gran cúpula blanca en la punta oeste del fórum. Percy se detuvo en la entrada, intentando no pensar en Julio César siendo acuchillado hasta la muerte en una reunión senatorial. Respiró hondo y siguió a Hazel y a Frank al interior.

CAPITULO XIV

PERCY

EL INTERIOR DEL EDIFICIO DEL **SENADO** parecía como el vestíbulo de la biblioteca de un instituto de secundaria. Un semicírculo de graderías encaradas a una tarima con un podio y dos sillas. Las sillas estaban vacías, pero una tenía un pequeño paquete de terciopelo.

Percy, Hazel y Frank se sentaron en el lado izquierdo del semicírculo. Los diez senadores y Nico di Angelo ocuparon el resto de los asientos de la fila delantera. Las filas superiores estaban repletas de docenas de anfitriones y unos pocos veteranos de la ciudad, todos en togas formales. Octavian estaba de pie en el centro con un cuchillo y un pequeño peluche de león, solo por si se necesitara una consulta a los dioses.

Reyna se acercó al podio y alzó su mano reclamando atención.

—De acuerdo, esta es una reunión de emergencia—dijo—. No podemos mantener las formalidades.

—¡Me encantan las formalidades! —se quejó un lar.

Reyna le lanzó una mirada de enfado.

—Lo primero de todo—dijo—, no estamos aquí para cuestionar la misión en sí. La misión ha sido impuesta por Marte Ultor, patrón de Roma. Obedeceremos sus deseos. Tampoco estamos aquí para debatir la elección de los acompañantes de Frank Zhang.

—¿Todos de la Quinta Cohorte? —llamó Hank de la Tercera—. No es justo.

—Ni inteligente—dijo el chico a su lado—. Sabemos que la Quinta suele liarla.

Deberían llevarse a alguien bueno.

Dakota se levantó tan rápido que derramó un poco de Kool-Aid.

—¿No fuimos lo suficientemente buenos cuando te quitamos el podex en tus narices, Larry?

—Basta, Dakota—dijo Reyna—. Dejemos fuera al podex de Larry. Como líder de la misión, Frank tiene el derecho de escoger a sus acompañantes. Ha escogido a Percy Jackson y a Hazel Levesque.

Un lar de la segunda fila gritó:

—¡Absurdus! ¡Frank Zhang ni siquiera es un miembro completo de la legión! ¡Es un probatio! ¡Una misión debe de estar liderada por alguien con el rango de centurión o superior! ¡Esto está completamente fuera de...!

—Cato—le espetó Reyna—, debemos obedecer los deseos de Marte Ultor. Eso significa ciertos... ajustes.

Reyna aplaudió, y Octavian se adelantó. Dejó su cuchillo y el peluche en la mesa y cogió el paquete de terciopelo del asiento.

—Frank Zhang—dijo—, acércate.

Frank miró nervioso a Percy. Entonces se levantó y se acercó al augur.

—Es un... placer—dijo Octavian, forzando su última palabra—, de otorgarte la Corona Mural por ser el primero en traspasar las murallas en el asedio bélico— Octavian le dio una insignia dorada como una corona de laurel—. También, por orden de la Pretor Reyna, te ascendemos al rango de centurión.

Le dio otra insignia, una media luna de bronce, y el senado explotó en protestas.

—¡Pero si es un probatio! —gritó uno.

—¡Imposible! —dijo otro.

—¡El cañón de agua me explotó en la nariz! —gritó un tercero.

—¡Silencio! —la voz de Octavian sonó mucho más imperiosa que la noche anterior en el campo de batalla—. Nuestra pretor reconoce que nadie por debajo del rango de centurión pueda liderar una batalla. Por bien o por mal, Frank debe liderar esta misión, por lo que nuestra pretor ha decretado que Frank Zhang debe ser hecho centurión.

De repente Percy entendió lo buen parlanchín que Octavian estaba hecho. Sonó razonable y compasivo, pero su expresión era dolorida. Escogió con cuidado sus palabras para darle toda la responsabilidad a Reyna. Ha sido idea suya, parecía querer decir.

Si algo fuera mal, Reyna tendría la culpa. Si solo Octavian hubiera sido el único al cargo, las cosas habrían sido hechas más sensatamente. Pero por desgracia, no tenía ninguna elección sino que apoyar a Reyna, porque Octavian era un leal soldado de Roma.

Octavian se las arregló para comunicar todo aquello sin decirlo, y al mismo tiempo calmaba al senado y simpatizaba con ellos. Por primera vez, Percy se dio cuenta de aquel chaval con pinta de espantapájaros gracioso y escuálido podía ser un peligroso enemigo.

Reyna también se había dado cuenta de aquello. Una mirada de irritación cruzó su expresión.

—Hay una vacante para ser centurión—dijo ella—. Una de nuestras oficiales, también senadora, ha decidido retirarse. Después de diez años en la legión, se retirará a la ciudad y estudiará en el colegio. Gwen de la Quinta Cohorte, te agradecemos tu servicio.

Todo el mundo se giró a Gwen, que se las arregló para sonreír. Parecía cansada de la terrible experiencia de la noche anterior, pero también aliviada. Percy no podía culparla. Comparado con ser atravesada por una pilum, ir al colegio sonaba muy bien.

—Como pretor—continuó Reyna—, tengo el derecho de sustituir a mis oficiales.

Admito que no es normal para un campista en probatio de ascender directamente al rango de centurión, pero creo que podemos coincidir... que la noche anterior no fue normal. Frank Zhang, tu tarjeta de identificación, por favor.

Frank se sacó la tableta de alrededor de su cuello y se la dio a Octavian.

—Tu brazo—dijo Octavian.

Frank alzó su antebrazo. Octavian alzó sus manos a los cielos.

—Aceptamos a Frank Zhang, hijo de Marte, a la Duodécima Legión Fulminata por su primer año de servicio. ¿Entregarás tu vida al servicio del senado y la gente de Roma?

Frank murmuró algo como “Se...”. Entonces se aclaró la garganta y dijo:

—Sí.

Los senadores gritaron:

—¡SENATUS POPULUSQUE ROMANUS!

El fuego brilló en el brazo de Frank. Por un momento sus ojos brillaron con terror, y Percy tuvo miedo de que su amigo pudiera perder el conocimiento. Entonces el humo y la llama murieron, y unas marcas habían aparecido en la piel de Frank: SPQR, una imagen de lanzas cruzadas y una raya sola, representando su primer año de servicio.

—Debes volver a tu sitio—Octavian miró al público como diciendo “No ha sido idea mía, amigos”.

—Ahora—dijo Reyna—, debemos discutir esta misión.

Los senadores se removieron y murmuraron mientras Frank volvía a su sitio.

—¿Te ha dolido? —le susurró Percy.

Frank miró su antebrazo, que seguía humeante.

—Sí, mucho. —parecía confundido por las insignias en su mano, la marca de centurión y la Corona Mural, como si no estuviera seguro qué hacer con ellas.

—Aquí—los ojos de Hazel brillaban con orgullo—. Déjame.

Le clavó las medallas en la camiseta de Frank.

Percy sonrió. Solo conocía a Frank desde hacía un día, pero también se sintió orgulloso de él.

—Te lo mereces, tío—dijo—. ¿Qué hiciste anoche? Liderazgo natural.

Frank se encogió de hombros.

—Pero centurión...

—Centurión Zhang—le llamó Octavian—. ¿Has oído la pregunta?

Frank parpadeó.

—Eh... perdón. ¿Qué?

Octavian se giró al senado y sonrió, como si dijera “¿Qué os he dicho?”

—Estaba preguntando—dijo Octavian como si estuviera hablando a un niño de tres años—, si teníais un plan para la misión. ¿Sabes si quiera a dónde os dirigís?

—Eh...

Hazel puso su mano en el hombro de Frank y se levantó.

—¿No escuchabas la noche anterior? Marte fue preciso. Debemos ir a la tierra más allá de los dioses: Alaska.

Los senadores se retorcieron en sus togas. Algunos lares parpadearon y desaparecieron. Incluso los perros metálicos de Reyna se retorcieron.

Finalmente el senador Larry se levantó.

—Sé lo que dijo Marte, pero es una locura. ¡Alaska está maldita! La llaman la tierra más allá de los dioses por una razón. Está más allá del norte, los dioses romanos no tienen poder allí. El lugar está repleto de monstruos. Ningún semidiós ha vuelto de allí vivo desde...

—Desde que perdisteis vuestra águila—dijo Percy.

Larry estaba tan patidifuso que se volvió a sentarse sobre su podex.

—Mirad—continuó Percy—, sé que soy nuevo aquí. Sé que no os gusta mencionar la masacre de los noventa pero...

—¡La ha mencionado! —gritó uno de los lares.

—...¿Pero no lo entendéis? —siguió Percy—. La Quinta Cohorte guió aquella expedición. Fallamos, y ahora somos los responsables de hacer las cosas bien hechas. Es por eso por lo que Marte nos manda a nosotros. Este gigante, el hijo de Gea, el que se enfrentó a vuestras fuerzas hace treinta años. Estoy seguro de que está sentado allí en Alaska esperándonos con un dios de la muerte encadenado. Está reuniendo su ejército y enviándolos al sud para atacar este campamento.

—¿En serio? —dijo Octavian—. Pareces saber mucho de los planes enemigos, Percy Jackson.

Percy podía pasar muchos insultos, tales como débil, estúpido o lo que fuera. Pero le molestó especialmente que Octavian le llamara espía, traidor. Aquél era un término extranjero al que Percy no estaba acostumbrado, pero no le sentó bien. Cuando entendió a qué se refería, sus hombros se tensaron. Estuvo a punto de ir a patearle la

cara a Octavian, pero se dio cuenta de que éste le estaba retando, intentando hacerle parecer inestable.

Percy respiró hondo.

—Vamos a enfrentarnos a este hijo de Gea—dijo, intentando mantener su compostura—. Devolveremos el águila y desencadenaremos al dios...—miró a Hazel—. ... ¿Tánatos?

Hazel asintió.

—Morts, en latín. Pero su antiguo nombre griego es Tánatos. Cuando hablamos de la Muerte... preferimos nombrearle en griego.

Octavian suspiró exasperado.

—Bueno, sea como sea que le llaméis... ¿cómo esperáis hacer todo eso y volver para el Festival de Fortuna? Es al anochecer del 24. Hoy es 20. ¿Sabéis si quiera dónde ir? ¿Sabéis siquiera quién es el hijo de Gea?

—Sí—Hazel habló con tal rapidez que Percy se quedó sorprendido—. No sé exactamente dónde ir, pero tengo una idea. El nombre del gigante es Alcioneo.

El nombre pareció bajar la temperatura de la sala. Los senadores tiritaron.

Reyna estaba agarrada fuertemente al podio.

—¿Cómo sabes eso, Hazel? ¿Porque eres hija de Plutón?

Nico di Angelo había estado tan callado que Percy casi se había olvidado de él. Ahora estaba de pie con su toga negra.

—Pretor, si me permites—dijo—. Hazel y yo... hemos aprendido algo sobre gigantes de nuestro padre. Cada gigante fue creado específicamente para plantar cara a uno de los doce dioses olímpicos, para usurpar el dominio de los dioses. El rey de los gigantes fue Porfirión, el anti-Júpiter. Pero el gigante mayor fue Alcioneo. Nació para enfrentarse a Plutón. Eso es porque sabemos sobre él en especial.

Reyna frunció el ceño.

—¿De verdad? Suena como si le conocierais bien.

Nico agarró la punta de su toga.

—De todas maneras... los gigantes son duros de matar. De acuerdo con la profecía, solo pueden ser vencidos por un dios y un semidiós trabajando juntos.

Dakota eructó.

—Perdón, ¿habéis dicho dioses y semidioses... luchando hombro a hombro? ¡Eso nunca podrá suceder!

—¡Ha sucedido! —dijo Nico—. En la primera Gigantomaquia, los dioses llamaron a los héroes a unírseles, y salieron victoriosos. Si puede volver a suceder, no lo sé. Pero Alcioneo... él era distinto. Era completamente inmortal, imposible de matar por un dios o semidiós mientras siguiera en su tierra natal, el lugar donde nació.

Nico se detuvo para que lo asimilaran.

—Y si Alcioneo ha renacido en Alaska...

—No puede ser vencido allí—finalizó Hazel—. Jamás. De ninguna de las maneras. Es por eso por lo que la expedición de los noventa fracasó.

Otra ronda de quejas y gritos explotó.

—¡La misión es imposible de realizar! —gritó un lar.

—¡Más Kool-Aid! —gritó Dakota.

—¡Estamos acabados!" —gritó un senador.

—¡Silencio! —gritó Reyna—. Senadores, debemos actuar como romanos. Marte nos ha dado esta misión, y debemos creer que es posible. Estos tres semidioses deben partir a Alaska. Deben liberar a Tánatos y volver antes del Festival de Fortuna. Si

pueden encontrar el águila perdida por el camino, mucho mejor. Todo lo que podemos hacer es aconsejarles y asegurarnos de que tienen un plan—Reyna miró a Percy esperanzada—. ¿Tenéis un plan?

Percy quiso adelantarse con valor y decir: ¡No! Era la verdad, pero mirando a aquellas caras nerviosas, Percy supo que no podría decirlo.

—Primero, necesito entender algo— se giró a Nico—. Creí que Plutón era el dios de la muerte. Ahora me entero de que este otro tipo, Tánatos y las Puertas de la Muerte de la profecía, la Profecía de los Siete. ¿Qué significa todo eso?

Nico respiró hondo.

—De acuerdo. Plutón es el dios del Inframundo, pero el dios de la muerte en sí, el que es responsable de hacer que las almas lleguen al otro lado y se queden allí, ese es el terrateniente de Plutón, Tánatos. Es como... bueno, imagina que la Muerte y la Vida son dos países distintos. Todo el mundo querría estar en la Vida, ¿verdad? Por lo que hay una frontera protegida que detiene a la gente de cruzarla sin permiso. Pero es una frontera importante con muchos agujeros. Plutón intenta mantener sellados esas roturas, pero siguen apareciendo nuevas continuamente. Es por eso por lo que depende de Tánatos, que es el patrulla de frontera, el policía.

—Tánatos atrapa las almas—dijo Percy—, y las devuelve al Inframundo.

—Exacto—dijo Nico—. Pero ahora Tánatos ha sido atrapado, encadenado.

Fran levantó la mano.

—¿Cómo encadenas a la Muerte?

—Ya lo hicieron antes—dijo Nico—. En tiempos antiguos, un tipo llamado Sísifo engañó a la Muerte y la encadenó. En otra ocasión, Hércules luchó contra él y le venció.

—Y ahora un gigante le ha atrapado—dijo Percy—. Por lo que si podemos liberar a Tánatos... ¿entonces los muertos volverían a la muerte? —miró a Gwen—. No te ofendas.

—Es más complicado que eso—dijo Nico.

Octavian puso los ojos en blanco.

—¿Por qué todo no me sorprende?

—Te refieres a las Puertas de la Muerte—dijo Reyna, ignorando a Octavian—. Están mencionadas en la Profecía de los Siete, lo que motivó la primera expedición a Alaska...

El Iar Cato gruñó:

—¡Todos sabemos cómo terminó! ¡Los lares lo recordamos!

Los otros fantasmas se agitaron mostrando su apoyo.

Nico puso un dedo sobre sus labios. De repente todos los lares se callaron. Algunos parecían alarmados, como si sus bocas hubieran sido pegadas. Percy deseó tener aquel poder sobre cierta gente como por ejemplo... Octavian.

—Tánatos es solo parte de la solución—explicó Nico—. Las Puertas de la Muerte...bueno, ese es un concepto que ni siquiera yo entiendo. Hay varios caminos al Inframundo: el río Estigio, la Puerta de Orfeo, además de otras pequeñas vías de escape que han sido abiertas a través de los tiempos. Con Tánatos aprisionado, todas esas salidas serán más fáciles de usar. Algunas veces pueden usarse como ventaja y dejar que un alma amable vuelva... como Gwen. Más a menudo, beneficiará a las almas malvadas y a los monstruos, las más ávidas de escapar. Ahora, las Puertas de la Muerte, esas son las puertas personales de Tánatos, es su vía rápida entre Vida y Muerte. Sólo Tánatos debe saber dónde se encuentran, y la localización ha variado a

través de los tiempos. Si lo entiendo todo correctamente, las Puertas de la Muerte han sido forzadas a abrirse. Los ejércitos de Gea han tomado control de ellas...

—Lo que significa que Gea controla todo aquél que vuelve de la muerte...—supuso Percy.

Nico asintió.

—Puede escoger quién dejar fuera, a los peores monstruos y a las almas más crueles. Si rescatamos a Tánatos, significará que al menos podremos capturar esas almas de nuevo y devolverlas de allí de dónde salieron. Los monstruos morirán cuando les matemos, como acostumbraban y podremos respirar otra vez tranquilos. Pero a menos que seamos capaces de recuperar las Puertas de la Muerte, nuestros enemigos no esperarán demasiado. Serán capaces de volver con facilidad al mundo de los vivos.

—Entonces podemos capturarles y devolverles allí—resumió Percy—, pero seguirán volviendo.

—En unas deprimentes pocas palabras, sí. —dijo Nico.

Frank se rascó la cabeza.

—Pero Tánatos sabe dónde están las puertas, ¿verdad? Si le liberamos, podrá recuperarlas.

—No lo creo—dijo Nico—. Al menos, no solo. No es enemigo para Gea. Eso correspondería a una misión masiva... un ejército de los mejores semidioses.

—“Los enemigos portar armas a las Puertas de la Muerte” —dijo Reyna—. Esa es la Profecía de los Siete...

Miró a Percy, por un momento él pudo ver cuán asustada estaba. Lo hacía bien ocultándolo, pero Percy se preguntó si también tenía pesadillas sobre Gea, si había tenido visiones sobre lo que le sucedería al campamento cuando fuera invadido por monstruos que no podían ser matados.

—Si esto pertenece a la Antigua Profecía, no tenemos refuerzos para enviar un ejército a las Puertas de la Muerte y, al mismo tiempo, proteger el campamento. ni siquiera puedo imaginarme prescindir de siete semidioses...

—Primero de todo—Percy intentó sonar confiado, a pesar de que podía sentir el nivel de pánico aumentando en la sala—. No sé quiénes son esos siete, o lo que significa la vieja profecía. Pero primero tenemos que liberar a Tánatos. Marte nos ha dicho que solo necesitamos a tres personas para la misión de Alaska. Concentrémonos en tener éxito con eso y volviendo para el Festival de Fortuna. Entonces nos preocuparemos en las Puertas de la Muerte.

—Sí—dijo Frank en voz baja—. Es bastante para una semana.

—¿Entonces tenéis un plan? —dijo Octavian, con escepticismo.

Percy miró a sus compañeros.

—Tenemos que ir a Alaska cuanto antes mejor...

—E improvisar—dijo Hazel.

—Mucho—añadió Frank.

Reyna les observó con detenimiento. Parecía que estuviera escribiendo mentalmente su propia esquila.

—Muy bien—dijo—. No podemos hacer nada más que votar qué les podemos proporcionar: transporte, dinero, magia, armas...

—Pretor, si se me permite...—dijo Octavian.

—Oh, genial—murmuró Percy—, allá vamos.

—El campamento está en grave peligro—dijo Octavian—. Dos dioses nos han advertido que podemos ser atacados en menos de cuatro días. No podemos gastar nuestros recursos a la ligera, especialmente en proyectos que tienen un escaso margen de éxito— Octavian les miró a los tres con lástima, como si dijera “Pobres chiquillos” —. Marte ha escogido claramente a los menos adecuados para la misión. Quizá es porque los considera los menos valiosos. Quizá Marte está jugando a la baja probabilidad. Sea lo que sea, no ha ordenado una expedición masiva, ni nos ha pedido que les proporcionemos nada. Digo que mantengamos nuestros recursos aquí para defender el campamento. Aquí es donde la batalla puede ser ganada o perdida. Si estos tres tienen éxito, ¡maravilloso! Pero deben hacerlo por sus propios medios. Un murmullo incómodo recorrió la multitud. Frank se levantó de golpe. Antes de que empezara una batalla, Percy dijo:

—¡De acuerdo! Ningún problema. Pero al menos proporcionadnos transporte. Gea es la diosa de la tierra, ¿no es así? Hay que ir fuera de la tierra para poder evitarla. Además yendo campo a través nos ralentizaría.

Octavian rió.

—¿Quieres que te proporcionemos un pequeño avión?

La idea le provocó náuseas a Percy.

—No. Viajar por el aire... supongo que eso también sería malo. Pero un barco... ¿Nos podéis dar al menos un barco?

Hazel soltó un bufido. Percy la miró. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Estoy bien, tranquilo.

—¡Un barco! —Octavian se giró a los senadores—. ¡El hijo de Neptuno requiere un barco! El viaje marítimo nunca ha estado hecho para los romanos, pero claro, todos sabemos que él no es demasiado romano, que digamos.

—Octavian—dijo Reyna severamente—, un barco es demasiado poco para entregarles. Y no proveerles de nada más es muy...

—¡Tradicional! —exclamó Octavian—. Es muy tradicional. Veamos si estos semidioses tienen la fuerza de sobrevivir sin ayuda, como verdaderos romanos. Más murmullos llenaron la sala. Los ojos de los senadores iban cambiando de Reyna a Octavian, como probando ambas voluntades.

Reyna se irguió en la silla.

—Muy bien—dijo Reyna con severidad—. Lo someteremos a votación. Senadores, el problema es el siguiente: La misión debe ir a Alaska. El senado debe proveer de completo acceso a la marina romana atracada en Alameda. Ninguna otra ayuda les será provista. Estos tres aventureros sobrevivirán o perecerán por sus propios méritos. ¿Todos a favor?

Todos los senadores alzaron la mano.

—La moción ha sido aprobada—Reyna se giró a Frank—. Centurión, podéis partir. El senado tiene otras cuestiones que discutir. Y, Octavian, ¿podría tener una charla contigo, por favor?

Percy estuvo increíblemente agradecido al ver la luz del sol. En aquél oscuro vestíbulo, con todos aquellos ojos puestos en él, se sintió como si tuviera que soportar el peso del mundo a sus espaldas, y estaba completamente seguro de que había experimentado aquello antes. Llenó sus pulmones con aire fresco.

Hazel cogió una gran esmeralda del suelo y se la metió en el bolsillo.

—Entonces... ¿brindamos por ello?

Frank les miró a ambos.

—Si alguno de los dos quiere echarse atrás, no os culpo.

—¿Bromeas? —dijo Hazel—. ¿Y perderme esta fiesta durante todo lo que queda de la semana?

Frank sonrió. Se giró a Percy.

Percy caminó por el fórum. Quédate ahí, le había dicho Annabeth en sus sueños. Pero si se quedaba ahí, el campamento sería destruido. Miró las colinas, y se imaginó la cara de Gea sonriendo en las sombras y en los pliegues de las colinas. No puedes ganar, pequeño semidiós, parecía decir. Sírvenme quedándote, o sírvenme yéndote. Percy hizo un juramento silencioso: después del Festival de Fortuna, encontraría a Annabeth. Pero por ahora, debía actuar. No podía dejar que Gea ganara.

—Estoy contigo—le dijo a Frank—. Además, quiero ver qué tal es esa marina romana. Estaban en el medio del fórum cuando alguien llamó:

—¡Jackson!

Percy se giró y vio a Octavian corriendo hacia ellos.

—¿Qué quieres? —preguntó Percy.

Octavian sonrió.

—¿Ya has decidido que soy tu enemigo? Esa es una elección difícil, Percy. Soy un romano leal.

Frank gruñó.

—Tú que apuñalas a la gente por detrás, maldito...

Percy y Hazel tuvieron que contenerle.

—Oh, tío—dijo Octavian—. No es un buen comportamiento para alguien que acaba de ser nombrado centurión. Jackson, sólo te he seguido porque Reyna me ha encargado que te dé un mensaje de su parte. Reyna se encontrará contigo tras la sesión del senado. Quiere tener una charla privada contigo antes de que partáis.

—¿Sobre qué? —dijo Percy.

—No me lo ha contado—la sonrisa de Octavian era misteriosa—. La última persona con la que tuvo una charla privada fue con Jason Grace. Y esa fue la última vez que le vimos. Buena suerte y adiós, Percy Jackson.

CAPITULO XV

PERCY

PERCY SE SINTIÓ AGRADECIDO AL TENER A CONTRACORRIENTE DE NUEVO en su bolsillo. Juzgando la expresión de Reyna, pensó que le haría falta defenderse.

Entró en el principia con su capa púrpura ondeando, y sus galgos siguiéndola de cerca. Percy estaba sentado en una de las sillas de los pretores que había movido al lado de los visitantes, algo que quizá no fuera adecuado. Al verla entrar, comenzó a levantarse.

—Quédate sentado—gruñó Reyna—. Partirás después de almorzar. Tenemos mucho de lo que hablar.

Dejó caer sobre la mesa su daga tan fuerte, que el bol de las gominolas se tambaleó. Aurum y Argentum retomaron sus puestos a izquierda y derecha y fijaron sus ojos de rubí en Percy.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó Percy—. Si es por la silla...

—No eres tú—gritó Reyna—. Odio las reuniones del senado. Cuando Octavian comienza a hablar...

Percy asintió.

—Eres una guerrera. Octavian es más de hablar. Ponle delante del senado y de repente se convertirá en el poderoso.

Reyna entrecerró los ojos.

—Eres más listo de lo que creía.

—Vaya, gracias. He oído que Octavia puede ser elegido pretor, si asumimos que el campamento sobrevive hasta entonces.

—Lo que me lleva al tema del día del Juicio Final—dijo Reyna—, y cómo puedo ayudar para prevenirlo. Pero antes de que ponga en tus manos el destino del Campamento Júpiter, necesitamos poner en orden ciertas cosas.

Se sentó y puso un anillo sobre la mesa, un anillo de plata con una espada cruzada con una antorcha grabadas en él, como el tatuaje de Reyna.

—¿Sabes qué es esto?

—El signo de tu madre—dijo Percy—. La... eh... diosa de la guerra—intentó recordar el nombre pero no quería decirlo mal... era algo como Boloña o... ¿Malota?

—Belona, sí. —Reyna le observó con detenimiento—. ¿No recuerdas dónde has visto este anillo antes? ¿No te acuerdas de mí ni de mi hermana, Hylla?

Percy negó con la cabeza.

—Lo lamento.

—Han pasado unos cuatro años...

—Antes de que llegaras al campamento.

Reyna frunció el ceño.

—¿Cómo lo...?

—Tienes cuatro rayas en el tatuaje. Cuatro años.

Reyna miró su antebrazo.

—Por supuesto. Ha pasado tanto tiempo. Supongo que no me podrías recordar tan siquiera con tu memoria normal. Yo era una niña pequeña, una asistente entre tantas

otras en el spa. Pero tú hablaste con mi hermana, justo antes de que tú y la otra, Annabeth, destruyerais nuestro hogar.

Percy intentó recordar. Lo hizo. Por alguna razón, Annabeth y él habían estado en un spa y habían decidido destruirlo. No pudo imaginarse porqué. ¿Quizá era porque no les hubo gustado el masaje? ¿Quizá les habían hecho mal la manicura?

—Está en blanco—dijo—. Ya que tus perros no me han atacado aún, espero que me creas. Estoy diciendo la verdad.

Aurum y Argentum gruñeron. Percy tuvo el presentimiento de que estaban pensando: Miente, por favor. Miente para que te podamos atacar.

Reyna toqueteó el anillo de plata.

—Creo que dices la verdad—dijo—. Pero no todo el mundo en este campamento lo cree así. Octavian piensa que eres un espía. Cree que has sido enviado aquí por Gea para encontrar nuestras debilidades y distraernos. Cree en las antiguas leyendas sobre los griegos.

—¿Viejas leyendas?

La mano de Reyna estaba entre la daga y las gominolas. Percy tuvo el sentimiento de que si hacía un movimiento repentino, no agarraría los caramelos.

—Algunos creen que los semidioses griegos siguen existiendo—dijo—, héroes que siguen las antiguas formas de los dioses. Hay leyendas de batallas entre héroes griegos y romanos en tiempos modernos, como la Guerra Civil Estadounidense, por ejemplo. No tengo ninguna prueba de ello, pero si nuestros lares saben algo, se niegan a contarlo. Pero Octavian cree que los griegos siguen por ahí, preparando nuestra caída, trabajando con las fuerzas de Gea. Cree que tú eres uno de ellos.

—¿Eso es lo que tú crees?

—Creo que tú vienes de algún otro lugar—dijo—. Eres importante y peligroso. Dos dioses se han tomado un interés especial en ti desde que has llegado, por lo que no creo que trabajes contra el Olimpo... ni contra Roma—se retorció por un escalofrío—. Por supuesto, me podría equivocar. Quizá los dioses te manden para ponerme a prueba. Pero creo... creo que has sido enviado para sustituir la pérdida de Jason. Jason... Percy no podía andar demasiado en aquél campamento sin oír aquel nombre.

—La forma en la que hablas de él...—dijo Percy—. ¿Erais pareja?

Los ojos de Reyna le fulminaron, como los ojos de un lobo hambriento. Percy había visto aquellos ojos bastante como para saberlo.

—Podríamos haberlo sido—dijo Reyna—, en su tiempo. Los pretores trabajan juntos. Es normal para ellos involucrarse emocionalmente. Pero Jason solo fue pretor durante unos pocos meses antes de que desapareciera. Desde entonces, Octavian ha estado molestando, removiendo las cosas para hacer nuevas elecciones. Me he resistido. Necesito un compañero en el poder, pero prefiero alguien como Jason. Un guerrero, no un parlanchín.

Aguardó. Percy se dio cuenta de que le estaba enviando una invitación silenciosa. Se le secó la garganta.

—Ah... te refieres a que...

—Creo que los dioses te han enviado para ayudarme—dijo Reyna—. No entiendo de dónde vienes, igual que no lo entendí hace cuatro años. Pero creo que tu llegada es algún tipo de recompensa. Destruiste mi hogar una vez. Ahora has venido para salvar mi nuevo hogar. No te guardo rencor por lo que hiciste en el pasado, Percy. Mi hermana aún te odia, es cierto, pero el destino me trajo al Campamento Júpiter. He

estado bien. Todo lo que te pido es que trabajes conmigo en el futuro. Intento salvar este campamento.

Los perros metálicos le miraron fijamente, con las bocas congeladas en una pose de mordisco. Percy encontró que los ojos de Reyna eran ahora más difíciles de mirar.

—Mira, ayudaré—le prometió—. Pero soy nuevo aquí. Tienes muy buena gente que conoce el campamento mejor que yo. Si tengo éxito en esta misión, Hazel y Frank serán héroes. Puedes preguntarles a uno de ellos...

—Por favor—dijo Reyna—. Nadie seguirá a una hija de Plutón. Hay algo sobre esa chica... rumores sobre el lugar del que ha venido... no, ella no. Y en cuanto a Frank Zhang, tiene buen corazón, pero es un inocentón e inexperto. Además, si los demás se enteran de su pasado familiar en el campamento...

—¿Pasado familiar?

—El tema es, Percy, que eres el poder verdadero en esta misión. Ya eres un veterano experimentado. He visto lo que puedes hacer. Un hijo de Neptuno no sería mi primera elección, pero si vuelves exitoso de la misión, la legión será salvada. El pretoriado será tuyo. Juntos, tú y yo podremos expandir el poder de Roma. Podremos levantar un ejército y encontrar las Puertas de la Muerte, vencer las fuerzas de Gea de una vez por todas. Podrás hallar en mí una... amiga.

Dijo cada palabra como si tuvieran distintos significados, y él pudo saber cuáles eran. Los pies de Percy comenzaron a dar golpecitos contra el suelo, deseosos de salir corriendo.

—Reyna... me siento honrado, y todo eso. En serio. Pero tengo novia. Y no quiero ni poder ni el pretoriado.

Percy tuvo miedo que se volviera loca. En vez de eso, alzó las cejas.

—¿Un hombre que no quiere poder? —dijo—. Eso no es muy romano. Piénsatelo, en cuatro días, me dices qué tal. Si vamos a combatir la invasión, debemos tener dos pretores fuertes. Te prefiero a ti, pero si no tienes éxito en la misión, o no vuelves, o declinas mi oferta... Bueno, trabajaré con Octavian. Mi único objetivo es salvar este campamento, Percy Jackson. Las cosas están mucho peor de lo que parecen.

Percy recordó que Frank había dicho que los monstruos atacaban más últimamente.

—¿Cómo de mal?

Las uñas de Reyna se hundieron en la mesa.

—Ni tan solo el senado conoce toda la verdad. Le he pedido a Octavian que no muestre los augurios, o cundirá el pánico. Ha visto un gigantesco ejército marchando hacia el sud, más de lo que podamos combatir. Están guiados por un gigante...

—¿Alcioneo?

—No lo creo. Si es invulnerable en Alaska, sería de idiotas venir aquí. Debe ser uno de sus hermanos.

—Genial—dijo Percy—. Entonces tenemos dos gigantes de los que preocuparnos. La pretor asintió.

—Lupa y sus lobos están intentando ralentizarles, pero esta fuerza es demasiado para ellos. El enemigo estará muy pronto aquí, por el Festival de Fortuna como mucho. Percy tuvo un escalofrío. Había visto a Lupa en acción. Sabía todo de lo que eran capaces la diosa loba y su manada. Si el enemigo era demasiado para Lupa, el Campamento Júpiter no tenía ninguna oportunidad. Reyna supo lo que estaba pensando:

—Sí, así de mal, pero no lo hemos perdido todo. Si vuelves y traes nuestra águila, si liberas la Muerte para que podamos matar a nuestros enemigos, entonces tendremos una oportunidad. Y hay otra posibilidad...

Reyna dejó caer de nuevo el anillo de plata sobre la mesa y se lo pasó a Percy.

—No puedo ayudarte demasiado, pero tu viaje te llevará cerca de Seattle. Te pido un favor, que quizá también te ayude. Encuentra a mi hermana Hylla.

—¿Tu hermana? ¿La que quiere matarme?

—Sí—dijo Reyna—. Estaría encantada de hacerlo, créeme. Pero enséñale este anillo como señal de que vienes de mi parte, y quizá te ayude.

—¿Quizá?

—No puedo hablar por ella. Pero de hecho...—Reyna frunció el ceño—... de hecho no he hablado con ella durante semanas. Ha callado. Con estos ejércitos yendo y viniendo...

—Quieres que vaya y compruebe qué tal está—supuso Percy—. Asegurarme de que está bien.

—EN parte, sí. No me imagino que haya sido vencida. Mi hermana es una fuerza poderosa. Su territorio está bien defendido. Pero si la encuentras, podrá ofrecerte una ayuda muy valiosa. Puede significar una diferencia entre el éxito y el fracaso en tu misión. Y si le cuentas lo que está pasando aquí...

—¿Es posible que mande ayuda? —preguntó Percy.

Reyna no respondió, pero Percy pudo ver desesperación en sus ojos. Estaba aterrorizada, buscando cualquier ayuda para salvar su campamento. No había que preguntarse por qué necesitaba la ayuda de Percy, era la única pretor. La defensa del campamento recaía sobre sus espaldas.

Percy cogió el anillo.

—La encontraré. ¿Dónde debo buscar? ¿Qué tipo de fuerzas tiene?

—No te preocupes. Ve a Seattle. Te encontrarán.

No sonaba alentador, pero Percy puso el anillo en el colgante de cuero con sus cuentas y la tableta de probatio.

—Deséame suerte.

—Combate bien, Percy Jackson—dijo Reyna—. Y gracias.

La audiencia había terminado. Reyna tenía problemas de mantener la figura de jefa segura de sí misma. Necesitaba tiempo para ella misma. Pero en la puerta del principia, Percy no pudo evitar girarse.

—¿Cómo destruí tu hogar, es decir, el spa en el que vivías?

Los galgos de metal aullaron. Reyna chasqueó los dedos para acallarlos.

—Destruiste el poder de nuestra señora—dijo—. Liberaste algunos prisioneros que se vengaron de las que vivíamos en la isla. Mi hermana y yo... bueno, sobrevivimos. Fue difícil. Pero mirándolo fríamente, creo que estamos mejor fuera de aquel lugar.

—Lo siento, de todas maneras—dijo Percy—. Si te dolió, lo siento de veras.

Reyna le observó durante un tiempo, como si intentara traducir sus palabras.

—¿Una disculpa? No es muy romano, Percy Jackson. Serás un interesante pretor. Espero que pienses en mi oferta

CAPITULO XVI

PERCY

EL ALMUERZO TRANSCURRIÓ COMO UN FUNERAL. Todo el mundo comía. La gente hablaba en susurros. Nadie parecía especialmente feliz. Los otros campistas seguían mirando a Percy como si fuera un cadáver.

Reyna hizo un breve discurso deseándoles suerte. Octavian deshilachó un peluche y pronunció unos augurios con voz grave, pero que describían un campamento salvado por un héroe inesperado (que tenía las iniciales OCTAVIAN). Entonces los demás campistas continuaron con sus clases vespertinas: lucha de gladiadores, clases de latín, paintball con lares, entrenamiento en águila, y otras docenas de actividades que sonaban mejor que una misión suicida. Percy siguió a Hazel y a Frank a los barracones para hacer las mochilas.

Percy no tenía demasiado. Limpió su mochila de su anterior viaje dónde había guardado parte de las cosas del supermercado de las gorgonas. En su lugar metió un par de tejanos limpios y una camiseta morada del campamento extra, además de un poco de néctar, ambrosía, gominolas, un poco de dinero mortal y cosas para acampar. Durante la comida, Reyna le había dado un pergamino de presentación de la pretor y el senado del campamento. Se suponía, que cualquier legionario retirado que se encontraran por el viaje les ayudaría si se les enseñaba la carta.

De la mochila sacó su camiseta naranja hecha jirones y la dejó en su armario del barracón.

—Volveré—dijo. Se sentía como un estúpido hablándole a una camiseta, pero estaba pensando en Annabeth, y en su antigua vida—. No me voy para siempre. Tengo que ayudar a estos chicos, me han acogido. Se merecen sobrevivir.

La camiseta no le respondió, gracias a los dioses.

Uno de sus compañeros de habitación, Bobby, les llevó en elefante por el valle. Desde lo alto de las colinas, Percy pudo ver todo a sus pies. El Pequeño Tíber serpenteando a través de los campos dorados donde los unicornios pastaban. Los templos y el fórum de la Nueva Roma brillando con la luz del sol. En los campos de Marte, los ingenieros trabajaban duro, derruyendo los vestigios de la fortaleza de la noche anterior y construyendo barracas para planear el siguiente juego. Un día normal en el Campamento Júpiter, pero en el horizonte unas nubes negras se estaban reuniendo. Las sombras se movían a través de las colinas, y Percy se imaginó la cara de Gea acercándose poco a poco.

“Trabaja conmigo el futuro” le había dicho Reyna, “Intento salvar este campamento.”

Mirando hacia el valle, Percy entendió porqué le importaba tanto. A pesar de ser nuevo en el Campamento Júpiter, sintió un fiero deseo de proteger aquel lugar. Un paraíso seguro donde los semidioses podían construir sus vidas, quería formar parte de aquel futuro. Quizá no de la forma en la que Reyna se imaginaba, pero si pudiera compartir aquel lugar con Annabeth...

Se bajaron del elefante. Bobby les deseó un viaje seguro. Aníbal, el elefante, les acarició con la trompa. Entonces marchó hacia el valle.

Percy suspiró. Se giró a Hazel y a Frank e intentó pensar en algo para animarles.

Una voz familiar dijo:

—Identificación por favor.

Una estatua de Término apareció en la cresta de la colina. La cara de mármol del dios frunció el cejo, irritado.

—¿Y bien? ¡Acercaos!

—¿Tú otra vez? —preguntó Percy—. Creía que sólo protegías la ciudad.

Término bufó.

—Encantado de verle de nuevo, Don DespreciaNormas. Normalmente, sí, protejo la ciudad, pero para asuntos internacionales, me gusta proveer de seguridad extra las fronteras del campamento. Ahora, acércate, para que pueda cachearte.

—Pero si no tienes...—Percy se detuvo—. Ah, claro.

Se colocó delante de la estatua. Término le hizo un cacheo mental.

—Pareces estar limpio—decidió Término—. ¿Algo que declarar?

—Sí—dijo Percy—. Declaro que esto es estúpido.

—¡Jum! Tabla de probatio: Percy Jackson, Quinta Cohorte, hijo de Neptuno. De acuerdo, ve. Hazel Levesque, hija de Plutón. De acuerdo. ¿Alguna incidencia que declarar? ¿Piedras preciosas o algo?

—No—murmuró.

—¿Estás segura? —preguntó Término—. Porque la última vez...

—¡No!

—De acuerdo, de acuerdo—dijo el dios—. ¡Héroes! Siempre van con prisa. Ahora, veamos. Frank Zhang. ¡Anda! ¡Centurión! Bien hecho, Frank. Y ese corte de pelo es reglamentariamente perfecto. ¡Lo apruebo! Puedes marchar, Centurión Zhang.

¿Alguna ayuda que pueda proporcionaros?

—No, supongo que no.

—Id a la BART*—dijo Término, ignorándoles—. Cambiad de tren en la Duodécima Calle de Oakland. Id a la Estación Fruitvale. Desde allí, podéis ir caminando o coger un autobús hasta Alameda.

—¿No tenéis ningún tipo de tren mágico o algo? —preguntó Percy.

—¡Trenes mágicos! —gruñó Término—. Lo próximo será tu propia pista de seguridad y un pase a la zona de primera clase. Lo único que tenéis que hacer para viajar cómodamente es apartaros de Polibotes, hablando de saltanormas. Ojalá pudiera destrozarle con mis manos desnudas.

—¿Quién? —preguntó Percy.

Términos puso una expresión de tensión, como si estuviera flexionando sus bíceps inexistentes.

—Bueno, id con cuidado. Creo que puede oler a un hijo de Neptuno a kilómetros.

Ahora, iros. ¡Buena suerte!

Percy miró a sus amigos.

Una fuerza invisible les hizo cruzar la frontera. Cuando Percy miró a su espalda, Término había desaparecido. De hecho, el valle entero había desaparecido. Las Colinas Berkeley no tenían ningún campamento romano en ellas.

Percy miró a sus amigos.

—¿Alguna idea de lo que hablaba Término? Vigila con... ¿Político?

—Po-li-bo-tes... —Hazel pronunció el nombre con cuidado—. Nunca había oído hablar de él.

—Suena griego—dijo Frank.

—Eso lo aclara todo—suspiró Percy—. Bueno, probablemente hayamos aparecido en el radar olfativo de cualquier monstruo cercano. Será mejor que nos movamos.

Tardaron dos horas en llegar a los muelles de Alameda. Comparado con el viaje de los últimos meses, el de entonces fue fácil. No les atacaron los monstruos. Nadie miraba a Percy como si fuera un vagabundo.

Frank había traído su lanza, su carcaj y su arco en una bolsa de esquíes. La espada de Hazel estaba enrollada en un saco de dormir a su espalda. Los tres parecían unos estudiantes normales de camino a unas convivencias con el colegio. Caminaron por la Estación Rockridge, compraron sus billetes con dinero mortal y se metieron en el tren. Salieron de Oakland. Tuvieron que caminar por algunos barrios bajos, pero nadie les molestó. Cuando las bandas locales estaban lo suficientemente cerca como para mirar a los ojos de Percy, se alejaban rápidamente. Había perfeccionado su mirada lobuna los últimos meses, una mirada que decía: Si crees que soy malo, soy peor que eso. Después de monstruos marinos y unas gorgonas peleonas, Percy no tenía miedo de bandas. Casi nada en el mundo mortal le asustaba.

Al anochecer, llegaron a los muelles en Alameda. Percy echó un vistazo a la Bahía de San Francisco y respiró el salitre marino. Se sintió mejor de inmediato. Aquél era el dominio de su padre. Fuera lo que fuera a lo que se enfrentaban, tenían ventaja mientras estuvieran cerca del mar.

Docenas de barcos estaban atracados en los muelles, yates y barcas de pesca. Oteó los muelles en busca de un tipo de embarcación mágica, un trirreme, quizá, o un barco de guerra con forma de dragón como el que había visto en sus sueños.

—Eh... chicos, ¿qué estamos buscando?

Hazel y Frank ladearon la cabeza.

—Ni siquiera sabía que tuviéramos barcos—Hazel lo dijo como si deseara que no hubiera ninguna.

—Oh...—Frank señaló—. ¿No es eso...?

Al final del muelle había una pequeña barca, una lancha a motor, cubierta con una lona morada. Bordada con oro por la lona había las letras SPQR.

La confianza de Percy desapareció.

—Imposible.

Descubrió el barco, con sus manos desatando los cabos como si lo hubiera estado haciendo durante toda la vida. Debajo de la lona había una pequeña lancha metálica sin remos. El barco había sido pintado de azul oscuro a un lado, pero el casco estaba tan oxidado de alquitrán y sal que parecía un naufragio.

En proa, el nombre Pax aún era legible, pintado con oro. Unos ojos pintados miraban con expresión triste desde el nivel del mar, como si el barco estuviera a punto de dormirse. A bordo había dos bancos, algunos taburetes metálicos, un viejo refrigerador y un montón de cabo con un extremo atado al muelle. Al final del barco, una bolsa de plástico y un par de latas de Cola flotaban en varios charcos de agua putrefacta.

—He aquí—dijo Frank—, la grandiosa marina romana.

—Tiene que haber un error—dijo Hazel—, esto es un cascarón.

Percy se imaginó a Octavian riéndose de ellos, pero decidió que aquello no le desanimaría. El Pax seguía siendo un barco. Se subió a bordo y el casco se hundió bajo sus pies, respondiendo a su presencia. Reunió la basura en el refrigerador y lo puso en el muelle. Ordenó que el agua putrefacta fluyera fuera del barco. Entonces señaló al taburete metálico y éste voló por el suelo, fregándose y limpiándose tan rápido, que el metal comenzó a humear. Cuando estuvo listo, el barco estaba impoluto. Percy señaló la cuerda, y se desató del muelle por sí sola.

No había remos, pero no importaba. Percy sabía que el barco estaba listo para moverse, esperando sus órdenes.

—Esto es todo mío—dijo—. Subid.

Hazel y Frank parecían un poco aturridos, pero se subieron a bordo. Hazel parecía especialmente nerviosa. Cuando se hubieron sentado en sus asientos, Percy se concentró, y el barco salió del muelle.

—Juno tenía razón—susurró la durmiente voz de Gea en la oreja de Percy, molestándole tanto que el barco zozobró—. Pudiste haber escogido una vida nueva en el mar. Habrías estado seguro allí. Ahora es demasiado tarde. Has escogido dolor y miseria. Eres parte de mi plan, mi pequeño e importante peón.

—Sal de mi barco—gruñó Percy.

—¿Qué? —preguntó Frank.

Percy esperó, pero la voz de Gea había callado.

—Nada—dijo—. Veamos qué puede hacer esta cáscara de nuez.

Dirigió el barco al norte, y en poco tiempo estuvieron navegando a quince nudos, yendo hacia el puente del Golden Gate.

CAPITULO XVII

HAZEL

HAZEL ODIABA LOS BARCOS.

Se mareaba con las olas tan fácilmente, que era casi como una plaga marítima. No se lo había mencionado a Percy. No quería entorpecer la misión, pero recordaba lo horrible que había sido su vida cuando ella y su madre vivían en Alaska, sin ninguna carretera. Allí donde fueran, tenían que coger un tren o un barco.

Esperó que aquello hubiera mejorado desde que había vuelto de entre los muertos. Pero estaba claro que no. Y aquél pequeño bote, el Pax, se parecía demasiado a aquél que tenían en Alaska. Le había traído malos recuerdos...

Tan pronto como abandonaron el muelle, el estómago de Hazel se revolvió. Cuando hubieron pasado los embarcaderos de San Francisco, se sintió tan mareada que creía estar alucinando. Pasaron cerca de un grupo de leones marinos que holgazaneaban en los muelles, y juraría que vio a un vagabundo sentado a su alrededor. A través del agua, el anciano señaló con un huesudo dedo a Percy y dijo algo así como: Ni lo pienses.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Hazel.

La cara de Percy era roja por el atardecer.

—Sí. He estado aquí antes. No... no lo sé. Creo que estaba buscando a mi novia.

—Annabeth—dijo Frank—. Te refieres... ¿de camino al Campamento Júpiter?

Percy frunció el ceño.

—No, antes de eso.

Escaneó la ciudad como si siguiera buscando a Annabeth hasta que pasaron por debajo del Puente Golden Gate y fueron al norte.

Hazel intentó asentar su estómago pensando en cosas placenteras: la euforia que había sentido la noche anterior en los juegos bélicos, montar a Aníbal, la repentina transformación de Frank en líder. Pareció una persona distinta cuando escaló las murallas, llamando a la Quinta Cohorte para atacar. La forma en la que barrió a los defensores de sus puestos... Hazel nunca le había visto así antes. Estuvo muy orgullosa de ponerle las medallas en la camiseta.

Entonces sus pensamientos viraron a Nico. Antes de que partieran, su hermano la había llevado a parte para desearle suerte. Hazel esperaba que se quedara en el Campamento Júpiter para ayudar a defenderlo, pero le dijo que él también se marchaba, él al Inframundo.

—Papá necesita toda la ayuda que pueda obtener—dijo—. Los Campos de Castigo parecen una cárcel de mentira. Las Furias pueden a duras penas mantener el orden. Además... voy a intentar atrapar algunas armas fugitivas. Quizá pueda encontrar las Puertas de la Muerte desde otro lado.

—Ten cuidado—dijo Hazel—. Si Gea está guardando esas puertas...

—No te preocupes—sonrió Nico—. Sé cómo mantenerme escondido. Ten cuidado de ti misma. Cuanto más te acerques a Alaska... no estoy seguro de si esos desmayos mejorarán o empeorarán.

Tener cuidado de mí misma, pensó Hazel resentida. Como si fuera la única forma de que aquella misión acabara bien para ella.

—Si liberamos a Tánatos—le dijo a Nico—. Puede que nunca te vuelva a ver. Tánatos me devolverá al Inframundo.

Nico la cogió de la mano. Sus dedos eran tan pálidos, que era difícil de creer que ella y él tuvieran el mismo padre divino.

—Te di una oportunidad en el Elíseo—dijo—. Era lo mejor que pude hacer por ti. Pero ahora, me gustaría que hubiera otra forma. No quiero perder a mi hermana.

No dijo la palabra 'otra vez', pero Hazel supo que la pensó. Por primera vez, no sintió celos de Bianca di Angelo. Deseó que hubiera podido tener más tiempo con Nico y con sus amigos en el campamento. No quería morir por segunda vez.

—Buena suerte, Hazel—dijo. Entonces se fundió con las sombras, igual que su padre setenta años antes.

El barco se tambaleó, devolviendo a Hazel al presente. Entraron en las corrientes del Pacífico y varearon la costa rocosa del condado de Marin.

Frank agarró su bolsa de esquís por encima de su regazo. Se lo puso a Hazel por encima de las rodillas como si fuera la barra de seguridad de una atracción de feria, lo que le hizo recordar la forma en la que Sammy la había llevado al carnaval en el Mardi Gras... Se sacó de la cabeza rápidamente aquel pensamiento, no podía arriesgarse a otro desvanecimiento.

—¿Estás bien? —preguntó Frank—. Pareces intranquila.

—Mareada—confesó—. No pensé que esto fuera tan horrible.

Frank hizo un mohín como si fuera de alguna manera culpa suya. Comenzó a rebuscar entre su mochila.

—He traído un poco de néctar. Y algunas galletas. Eh... mi abuela dice que el jengibre suele ayudar... vaya, no tengo de eso, pero...

—Está bien—Hazel esbozó una sonrisa—. Aún así, muy bonito por tu parte.

Frank sacó una galletita salada. Lo agarró con sus grandes dedos. La galletita explotó en mil pedazos.

Hazel rió.

—Dioses, Frank... Perdón. No debería reírme.

—No pasa nada—dijo tímidamente—. Supongo que no querrías aquella.

Percy no prestaba mucha atención. Tenía los ojos fijos en la costa. Cuando pasaron Stinson Beach, señaló hacia tierra, donde una montaña solitaria se alzaba por encima de las colinas verdes.

—Me es familiar—dijo.

—El Monte Tam—dijo Frank—. Los chicos del campamento siempre están hablando de ello. Una gran batalla sucedió en la cima, en la vieja base del titán.

Percy frunció el ceño.

—¿Estuvisteis alguno de los dos allí?

—No—dijo Hazel—. Eso fue en agosto, antes de que... eh... llegara al campamento. Jason me habló de ello. La legión destruyó el palacio enemigo y como a un millón de monstruos. Jason tuvo que luchar contra Críos, mano a mano combatiendo contra un titán, ya te imaginas...

—Sí, ya me imagino, ya—murmuró Percy.

Hazel no estuvo segura de lo que quería decir, pero Percy le recordaba a Jason, a pesar de que no se parecieran. Tenían la misma aura de poder silencioso, además de un ápice de tristeza, como si hubieran visto su futuro y supieran que era solo cuestión de tiempo antes de que se encontraran con un monstruo que no pudieran combatir.

Hazel comprendió el sentimiento. Vio el sol ponerse el sol en el océano, y sabía que tenía menos de una semana que vivir. Tuvieran o no éxito en la misión, su viaje terminaría en el Festival de Fortuna.

Pensó en su primera muerte, y en los meses que la precedieron, en su casa en Seward, en aquellos seis meses que pasó en Alaska, llevando aquella barca por Bahía Resurrección de noche, visitando aquella maldita isla.

Se dio cuenta de su error demasiado tarde. Su visión se volvió negra, y se deslizó hacia atrás en el tiempo.

Su casa de alquiler era una caja de zapados aguantada por pilares por la bahía. Cuando el tren que venía desde Anchorage pasaba cerca, el mobiliario temblaba y los cuadros se torcían. De noche, Hazel se quedaba dormida con el sonido del agua helada chocando contra las rocas bajo las tablas del suelo. El viento hacía crujir el edificio.

Tenían una habitación, con un hornillo y un congelador como cocina. Una esquina pertenecía a Hazel, donde guardaba su colchón y su baúl de pertenencias. Había colgado en las paredes sus dibujos y sus fotos antiguas de Nueva Orleans, pero aquello sólo le hacía echar más de menos su ciudad.

Su madre raramente estaba en casa. No volvió a ser la Reina Marie nunca más. Sólo era Marie, la mujer que limpia. Cocinaba y limpiaba todo el día en el restaurante de la Tercera Avenida para los pescadores, trabajadores de carretera y en ocasiones, para la tripulación de la marina. Venía a casa oliendo a pescado frito y a limpia-suelos.

De noche, Marie Levesque se transformaba. Su voz se volvía grave, dándole órdenes a Hazel, haciéndola trabajar para aquél proyecto terrible.

El invierno fue peor. La voz se quedaba más por la oscuridad constante. El frío era tan intenso, que Hazel creía que nunca más podría volver a sentir calor.

Cuando el verano llegó, Hazel no tenía suficiente sol. Cada día de sus vacaciones de verano, se quedaba lo más lejos de casa el mayor tiempo posible, pero no podía andar por la ciudad. Era una pequeña población. Los otros chicos susurraban sobre ella: la niña bruja que vivía en la cabaña de los muelles. Si se acercaba demasiado, los chicos saldrían gritando y le lanzarían piedras y botellas. No podía culparles.

Se pasaba el día paseando por las colinas. Atraía a los cuervos. Le graznaban desde los árboles y esperaban a que las cosas brillantes aparecieran tras sus pisadas. La maldición no parecía afectarles. También vio osos pardos, pero mantuvieron la distancia. Cuando Hazel tenía sed, se encontraba con una cascada desheliéndose, bebía agua fría y limpia hasta que le dolía la garganta. Escalaba lo más alto que pudiera y dejaba que los rayos del sol le calentaran la cara. No era una mala forma de pasar el tiempo, pero sabía que al final tendría que volver a casa.

Algunas veces pensaba en su padre, el extraño hombre pálido que vestía aquél traje gris y negro. Hazel deseaba que volviera y la protegiera de su madre, quizá usaría sus poderes para hacer desaparecer a aquella horrible voz. Si él fuera un dios, sería capaz de hacerlo.

Miró a los cuervos y se imaginó que aquellos eran sus mensajeros. Sus ojos eran oscuros y maniáticos, como los suyos. Se preguntó si le informarían sobre sus movimientos a su padre.

Pero Plutón le había advertido a su madre sobre Alaska. Era una tierra más allá de los dioses. No podría protegerla allí. Si estaba observando a Hazel, no se lo dijo. A veces se preguntaba si se lo había imaginado todo. Su antigua vida parecía tan lejana como los programas de radio que escuchaba, o el presidente Roosevelt hablando sobre la

guerra. En ocasiones los locales discutían sobre los japoneses y alguien más luchando en las islas lejanas de Alaska, pero incluso aquello parecía demasiado lejos, no tan cercanos como los problemas de Hazel.

Un día a mediados de verano, se quedó fuera de casa más tarde de lo normal, persiguiendo a un caballo.

Le había visto por primera vez cuando había oído un crujido en el suelo tras de ella. Se giró y vio un hermoso caballo ruano de color canela con una crin oscura, como aquél sobre el que había cabalgado en su último día en Nueva Orleans, cuando Sammy la había llevado a los establos. Podría haber sido el mismo caballo, pero era imposible. Estaba pastando algo del camino, y durante un segundo, Hazel tuvo la sensación de que estaba mascando una de las piedras doradas que aparecían tras su paso.

—Ey, tío—le llamó.

El caballo la miró con cautela.

Hazel se preguntó si pertenecía a alguien. Estaba demasiado cepillado, su pelo demasiado acicalado. Si se pudiera acercarlo... ¿qué? ¿Debería encontrar a su dueño? ¿Devolverlo?

No, pensó, sólo quiero volver a cabalgar. Se acercó un poco más y el caballo se desbocó. Se pasó el resto del día intentando atraparlo, acercándose demasiado y justo cuando estaba a punto de atraparlo, éste salía corriendo.

Perdió la noción del tiempo, algo que era muy normal con el sol veraniego en el cielo estando en el cielo tanto tiempo. Finalmente se detuvo en un riachuelo para beber y miró el cielo, pensando en que serían las tres de la tarde. Entonces oyó un pitido del tren desde el valle. Entonces se dio cuenta de que era el tren de la tarde que venía de Anchorage, lo que significaba que serían las diez de la noche.

Miró al caballo, pastando tranquilamente por el riachuelo.

—¿Estás intentando ponerme en un apuro?

El caballo relinchó. Entonces... Hazel tuvo que habérselo imaginado. El caballo se alejó en un borrón color canela y negro, más rápido que un relámpago, demasiado rápido para que sus ojos distinguieran las formas. Hazel no entendió cómo pero el caballo se había ido para siempre.

Miró hacia el lugar dónde había estado el caballo. Una espiral de niebla se retorció en el suelo.

El silbido del tren resonó por las colinas de nuevo, se dio cuenta de la cantidad de problemas en los que estaba metida. Corrió a casa.

Su madre no estaba allí. Por un segundo, Hazel lo agradeció. Quizá su madre se quedara trabajando hasta tarde. Quizá aquella noche no tendría que hacer el viaje. Entonces vio los escombros. Las cortinas de Hazel estaban en el suelo. Su baúl de pertenencias estaba abierto y sus pocas ropas estaban por todo el suelo. Su colchón había estado desgarrado como si lo hubiera atacado un león. Y lo peor de todo era que su panel de dibujos había sido convertido en piezas. Sus lápices de colores estaban todos rotos. El regalo de cumpleaños de Plutón, el valor máspreciado de Hazel, había sido destruido. Puesta en la pared había una nota escrita en rojo con el último pedazo de dibujo que quedaba en la pared, en una letra que no era la de su madre: Maldita niña. Te espero en la isla. No me decepciones.

Hazel sollozó desesperada. Quería ignorar las llamadas. Quería huir, pero no tenía ningún lugar al que ir. Además, su madre estaba atrapada. La Voz le había prometido

que ya estaban a punto de terminar su tarea. Si Hazel seguía colaborando, su madre sería liberada. Hazel no confiaba en la voz, pero no había ninguna otra opción. Cogió la barca, la pequeña embarcación que su madre había comprado con unas pocas piezas de oro de un pescador, que había tenido un trágico accidente con sus redes el día siguiente. Sólo tenían un bote, pero la madre de Hazel había demostrado ser capaz de llegar a la isla sin embarcación. Hazel había aprendido a no preguntar sobre ello.

Incluso a mediados de verano, los cachos de hielo flotaban en Bahía Resurrección. Las gaviotas graznaban por encima de su barco, mirando a Hazel esperanzados, olisqueando en busca de pescado fresco. En el medio de la bahía, la brillante espalda de una ballena surcó la superficie.

Como siempre, el zarandeo del barco la hizo marearse. Se detuvo una vez para vomitar. El sol acababa de ponerse tras las montañas, haciendo el cielo de un color rojo sangre.

Remó hasta la boca de la bahía. Tras unos largos minutos, se giró y miró a su alrededor. Justo delante de ella, salida de entre la nivela, la isla se materializó, una hectárea de pinos, pedruscos y nieve con una isla de arena oscura.

Si la isla tenía nombre, no lo sabía. Una vez Hazel había cometido el error de preguntar a la gente del lugar, pero se la habían quedado mirando como si estuviera loca.

—No hay ninguna isla allí—dijo un anciano pescador—, o si no mi barco se habría estrellado contra ella cientos de veces.

Hazel estaba a veinte metros de la playa cuando un cuervo aterrizó en el lado del barco. Era un pájaro negro tan grande como un águila, y un pico puntiagudo como un cuchillo de obsidiana.

Sus ojos brillaban con inteligencia, por lo que Hazel no se sorprendió cuando habló.

—Esta noche—graznó—. La última noche.

Hazel dejó caer los remos. Intentó decidir si el cuervo la estaba advirtiendo, avisándola o haciéndole una promesa.

—¿Vienes de parte de mi padre? —preguntó.

El cuervo movió la cabeza.

—La última noche. Esta noche.

Se acercó a la proa del barco y salió volando hacia la isla.

La última noche, se dijo Hazel a sí misma. Decidió tomárselo como una promesa. No importa, lo que me diga, haré que esta noche sea la última.

Eso le dio la suficiente fuerza como para seguir remando. El barco se chocó contra la costa, rompiendo una fina capa de hielo.

Durante meses, Hazel y su madre habían usado un camino desde la playa hasta los bosques. Se bajó del barco, con cuidado de seguir el camino. La isla estaba llena de peligros, ambos naturales y mágicos. Los osos susurraban por entre los árboles.

Espíritus blancos brillantes con forma de personas, vagabundeaban por entre los árboles. Hazel no sabía lo que eran, pero sabía que la observaban, esperando que cayera en sus trampas.

En el centro de la isla, dos gigantescas piedras negras formaban la entrada a un túnel. Hazel entró en la caverna a la que llamaba Corazón de la Tierra.

Era el único lugar caliente que Hazel había encontrado desde que llegó a Alaska. El aire olía a petróleo. El dulce y pegajoso calor hacía adormecer a Hazel, pero luchó

para mantenerse despierta. Supuso que si se quedaba dormida allí su cuerpo se hundiría en la tierra y se convertiría en polvo.

La cueva era tan grande como una iglesia, como la Catedral de St Louis en Nueva Orleans. Las paredes brillaban con musgos luminiscentes: verdes, rojos y morados. La sala entera se sacudía con energía, un estruendoso bum, bum, bum, bum que le recordaba al latido de un corazón. Quizá sólo fueran las olas del mar chocando contra la isla, pero Hazel no creía que así fuera. El lugar estaba vivo. La tierra estaba dormida, pero irradiaba poder. Sus sueños eran tan oscuros, tan irregulares, que Hazel sintió perder el sentido de la realidad.

Gea quería consumir su identidad, igual que lo había hecho con la madre de Hazel. Quería consumir cada ser humano, dios y semidiós que osará caminar por su superficie.

Todos me pertenecéis, murmuraba Gea como una nana. Rendíos, volved a la Tierra. No, pensó Hazel. Soy Hazel Levesque. No puedes tenerme.

Marie Levesque estaba pie ante una fosa. En seis meses, su pelo se había convertido tan gris como el humo. Había perdido peso. Sus manos estaban destrozadas por el trabajo. Vestía botas de nieve y zancudas y una camiseta blanca manchada del restaurante. Nunca habría sido tomada por una reina.

—Es demasiado tarde—la frágil voz de su madre resonó por toda la caverna. Hazel se dio cuenta, estupefacta, que era su voz, no la de Gea.

—¿Mamá?

Marie se giró. Sus ojos estaban abiertos. Estaba despierta y consciente. Aquello debería haber hecho que Hazel se sintiera calmada, pero la puso nerviosa. La Voz nunca había dejado de tomar control cuando estaban en la isla.

—¿Qué he hecho? —preguntó su madre—. Oh, Hazel, ¿qué te he hecho?

Miró con terror la cosa en la fosa.

Durante meses habían estado viniendo allí, cuatro o cinco noches a la semana, según la Voz les obligaba. Hazel había llorado, se había caído al suelo exhausta, había suplicado, había perdido toda esperanza. Pero la Voz que controlaba su madre, la había apremiado sin descanso. “Tráeme cosas valiosas de la tierra. Usa tus poderes, niña. Tráeme mis mayores posesiones a mí.”

Durante un tiempo, sus esfuerzos solo habían traído desdén. La fisura en la tierra se había llenado con oro y piedras preciosas, burbujeando en una espesa pasta de petróleo. Parecía el tesoro de un dragón hundiéndose en un pozo de petróleo. Entonces, poco a poco, una torre en forma de espiral comenzó a crecer como un gigantesco bulbo de tulipán. Emergió tan gradualmente noche tras noche, que Hazel no sabía cómo definir su progreso. Muchas veces estaba tan concentrada en hacerla crecer que su mente y su alma quedaban exhaustas, pero no notaba ninguna diferencia. Aún así, la espiral crecía. Ahora Hazel podía ver lo mucho que había avanzado. Era tan alta como un edificio de dos plantas, una espiral de raíces rocosas sobresaliendo como una lanza de la mezcla de minerales. En su interior, algo brillaba con calor. Hazel no podía verlo con claridad pero sabía lo que estaba pasando. Un cuerpo estaba formándose con oro y plata, con petróleo por sangre y diamantes por corazón. Hazel estaba resucitando al hijo de Gea. Y éste estaba a punto de despertar. Su madre cayó de rodillas y lloró.

—Lo siento tanto, Hazel. Lo siento muchísimo. —parecía desamparada y muy apenada. Hazel debería haber estado furiosa: ¿”Lo siento”? Había vivido atemorizada por su madre durante años. Había estado regañada y culpada por la desafortunada

vida de su madre. Había sido tratada como un bicho raro, arrebatada de su hogar en Nueva Orleans a aquél páramo helado, y trabajado como una esclava por una diosa malvada. “Lo siento” no lo arreglaba. Debería haber despreciado a su madre. Pero no podía sentirse enfadada.

Hazel se arrodilló y puso su brazo alrededor de su madre. Ya no quedaba demasiado de la mujer que había sido, ahora sólo quedaba una maraña de pellejo, huesos y ropas de trabajo humeantes. Incluso en aquella cueva cálida, tiritaba de frío.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Hazel—. Dime cómo detenerlo.

Su madre negó con la cabeza.

—Me ha dejado ir. Sabe que es demasiado tarde. No hay nada que podamos hacer.

—Ella... ¿la voz? —Hazel tenía miedo de esperanzarse, pero si su madre era libre de verdad, entonces no importaba nada más. Tenían que salir de allí. Podrían huir, volver a Nueva Orleans—. ¿Se ha ido?

Su madre miró con miedo por la cueva.

—No, ella está aquí. Sólo hay una cosa más por la que me necesita. Para eso, necesita mi libre voluntad.

A Hazel no le gustó cómo sonaba aquello.

—Salgamos de aquí—la urgió—. Esa cosa de ahí... va a explotar.

—Sí, pronto—coincidió su madre. Miraba a Hazel tan tiernamente... Hazel no podía acordarse de la última vez que su madre la había mirado con aquél tipo de afecto. Estuvo a punto de sollozar.

—Plutón me advirtió—dijo su madre—. Me dijo que mi deseo era demasiado peligroso.

—¿Tu deseo...?

—Toda la riqueza bajo la tierra—dijo—. Él la controlaba. Yo la quería. Estaba tan cansada de ser pobre, Hazel. Demasiado cansada. Primero le invoqué... sólo para ver si podía. Nunca creí que aquél viejo hechizo grisgrís funcionara en un dios. Pero me cortejó, me dijo que era valiente y hermosa...—miró a sus cansadas y delgadas manos—. Cuando naciste, se sintió muy orgulloso y satisfecho. Me prometió cualquier cosa. Me lo juró sobre el río Estigio. Le pedí todas las riquezas que tenía. Me advirtió que los mayores deseos traen las mayores penas. Pero insistí. Me imaginé viviendo como una reina, ¡la esposa de un dios! Y tú... tú recibiste la maldición.

Hazel se sintió como si estuviera a punto de explotar, como la espiral en el pozo. Su sufrimiento acabaría por salir, y su cuerpo no resistiría mucho más.

—¿Es por eso por lo que puedo encontrar las cosas bajo tierra?

—Y es por eso por lo que sólo traen pena. —su madre miró lánguidamente por la caverna—. Es por eso por lo que me encontró, por lo que fue capaz de controlarme. Estaba furiosa con tu padre. Le culpé de todos mis problemas. Te culpe a ti. Fui muy egoísta. Escuché la voz de Gea, fui una tonta.

—Hay algo que podemos hacer—dijo Hazel—. Dime cómo detenerla.

El suelo tembló. La voz incorpórea de Gea resonó por la caverna.

—El mayor se alza—dijo—, lo máspreciado de toda la tierra, y le has devuelto de las profundidades, Hazel Levesque. Le has hecho de nuevo. Su despertar no puede ser detenido. Sólo queda una única cosa.

Hazel apretó los puños. Estaba aterrorizada, pero ahora que su madre era libre, se sentía con poder para enfrentarse a su enemiga al fin. Aquella criatura, la diosa malvada, les había arruinado sus vidas. Hazel no iba a dejarla ganar.

—¡No pienso ayudarte nunca más! —gritó.

—Pero ahora ya he terminado contigo, niña. Te he traído aquí por una única razón. Tu madre necesitaba... un incentivo.

La garganta de Hazel se secó.

—¿Mamá?

—Lo siento, Hazel. Si pudieras perdonarme, por favor debes saber que lo hice porque te quería. Prometió que te dejaría vivir si...

—Si te sacrificabas a ti misma—dijo Hazel, dándose cuenta de la verdad—. Te necesita para que ofrezcas tu vida para hacer despertar esa... esa cosa.

—Alcioneo—dijo Gea—. El mayor de los gigantes. Debe alzarse el primero, y esta será su tierra, más allá de los dioses. Caminará por estas montañas y bosques helados. Alzará un ejército de monstruos. Mientras los dioses estén divididos, luchando unos contra otros en esta Guerra Mundial mortal, enviará sus ejércitos para destruir el Olimpo.

Los sueños de la diosa de la tierra eran tan poderosos, que se formaban sombras por las paredes de la cueva, imágenes fantasmagóricas de ejércitos nazis corriendo por Europa, aviones japoneses destruyendo ciudades americanas. Hazel lo entendió al fin. Los dioses del Olimpo se habían dividido en dos bandos, como siempre lo hacían en las guerras mortales. Mientras los dioses combatieran entre ellos en una continua masacre sangrienta, un ejército de monstruos se alzaría en el norte. Alcioneo reviviría a sus hermanos gigantes y los enviaría a conquistar el mundo. Entonces los dioses debilitados caerían. El conflicto mortal se alargaría durante décadas hasta que la civilización fuera barrida del todo, y la diosa de la tierra se despertara con todo el poder. Gea gobernaría para siempre.

—Todo esto—siguió la diosa—, porque tu madre fue codiciosa y te maldijo con el don de encontrar riquezas. En mi estado dormitivo, habría necesitado décadas, quizá incluso siglos, hasta que hubiera tenido poder para resucitar a Alcioneo por mí misma. Pero ahora despertará, y pronto lo haré yo.

Con una terrible certeza, Hazel sabía lo que iba a suceder entonces. La única cosa que Gea necesitaba era un sacrificio voluntario, un alma debía de ser consumida para que Alcioneo despertara. Su madre se adentraría en la masa pastosa y entonces sería absorbida.

—Hazel, vete—su madre se levantó sin equilibrio—. Te dejará vivir, pero debes darte prisa.

Hazel lo creyó. Aquello era horrible. Gea tendría el honor de dejar vivir a Hazel. Hazel sobreviviría para ver el fin del mundo, sabiendo que lo había causado ella.

—No—Hazel tomó una decisión—. No viviré, no para eso.

Rebuscó en lo más profundo de su alma. Encontró a su padre, el Señor del Inframundo e invocó todas las riquezas en aquél devastado reino. La caverna tembló. Alrededor de la espiral de Alcioneo, el petróleo burbujeó, entonces se agitó y entró en erupción como un caldero hirviente.

—¡No seas tonta! —dijo Gea, pero Hazel detectó dudas en su tono de voz, quizá incluso miedo—. ¡Te destruirás para nada! ¡Tu madre morirá de todas formas!

Hazel estuvo a perder el conocimiento. Recordó la promesa de su padre, que algún día su maldición desaparecería, un descendiente de Neptuno le traería paz. Incluso había dicho que encontraría un caballo para ella. Quizá aquél extraño caballo de las colinas era para ella. Pero nada de aquello pasaría si moría entonces. Nunca volvería a ver a Sammy de nuevo, ni volvería a Nueva Orleans. Su vida acabaría con trece cortos y duros años con un final infeliz.

Buscó los ojos de su madre. Por primera vez, su madre no parecía triste o enfadada. Sus ojos mostraban orgullo.

—Fuiste mi regalo, Hazel—dijo—. Mi máspreciado regalo. Fui una tonta por pensar que necesitaba algo más.

Besó la frente de Hazel y la acercó a ella. Su calor le dio a Hazel el valor de seguir. Morirían, pero no como sacrificios para Gea. Instintivamente Hazel supo que su final podría hacer retroceder el poder de Gea. Sus almas irían al Inframundo, y Alcioneo no se alzaría, al menos aún no.

Hazel invocó todo lo que pudo con su fuerza de voluntad restante. El aire se calentó rápidamente. La espiral comenzó a hundirse. Piedras preciosas y lingotes de oro salían de la fisura con tanta fuerza, que se estamparon contra las paredes de la cueva y ametrallaron la chaqueta de Hazel, llegándole a la piel.

—¡DETÉN ESTO! —pidió Gea—. ¡No puedes prevenir su alzamiento! ¡Como mucho le retrasarás unas pocas décadas! ¡Medio siglo! ¡¿Sacrificarás vuestras vidas por eso?!

Hazel le respondió.

“La última noche” había dicho el cuervo.

La fisura explotó. El techo se derrumbó. Hazel se hundió en los brazos de su madre, en la oscuridad, mientras el petróleo llenaba sus pulmones y la isla chocaba contra la bahía.

CAPITULO XVIII

HAZEL

—¡HAZEL! — FRANK LA COGIÓ POR LOS BRAZOS, aterrorizado—. ¡Vamos, por favor! ¡Levántate!

Abrió los ojos. El cielo nocturno brillaba con las estrellas. El zarandeo del barco había desaparecido. Estaba descansando en tierra sólida, con su espada enfundada y su mochila tras ella.

Se incorporó con dificultad mientras su cabeza daba vueltas. Estaban en un acantilado por encima de una playa. A unos cincuenta metros por debajo el océano brillaba con la luz de la luna. Las olas golpeaban contra el casco de su barco en la playa. A su derecha, pegado al borde del precipicio, había un edificio parecido a una pequeña iglesia con una luz de búsqueda en el tejado. Un faro, supuso Hazel. Detrás de ellos, unos campos de hierba alta ondeaban con el viento.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Frank suspiró.

—¡Gracias a los dioses que te has despertado! Estamos en Mendocino, alrededor de unas ciento cincuenta millas al norte del Golden Gate.

—¿Unas ciento cincuenta millas? —gimió Hazel—. ¿He estado así tanto rato?

Percy se arrodilló detrás de ella, con el aire marino haciendo ondear su pelo. Puso su mano en su frente como si estuviera comprobando su temperatura.

—No podíamos despertarte. Finalmente decidimos traerte a la costa. Creímos que estarías mareada...

—No estaba mareada—respiró hondo. No podía esconder la verdad mucho más. Recordó lo que le había dicho Nico: si un flashback como ese sucede cuando estás en combate...

—No he sido sincera con vosotros—dijo—. Lo que me ha pasado ha sido un desvanecimiento. Tengo uno cada equis tiempo.

—¿Un desvanecimiento? —Frank cogió la mano de Hazel, lo que ella agradeció demasiado—. ¿Es médico? ¿Porqué no lo he notado hasta ahora?

—He intentado esconderlo—confesó—. He tenido mucha suerte, pero se está poniendo peor. No es médico... no del todo. Nico dice que es un efecto secundario de mi pasado, del lugar en el que me encontré.

Los ojos verdes intensos de Percy eran difíciles de leer. No pudo saber si estaba preocupado o precavido.

—¿Dónde te encontró exactamente Nico? —preguntó.

La lengua de Hazel estaba completamente seca. Tenía miedo de que cuando comenzara a hablar, se deslizaría hasta el pasado, pero merecían saberlo. Si les fallaba en aquella misión, se quedara fuera de combate justo cuando más la necesitaban... no podía imaginárselo.

—Os lo explicaré—les prometió. Arañó su mochila. Estúpidamente, se había olvidado de traer una botella de agua—. ¿Hay algo de beber aquí?

—Sí—. Percy murmuró una maldición en griego—. Dioses, qué tonto he sido. Me he dejado las cosas en el barco.

Hazel se sintió mal al pedir que se encargara de ella, pero se había levantado seca y exhausta, como si hubiera estado viviendo las últimas horas entre el pasado y el presente. Se puso la mochila y la espada en los hombros.

—No importa. Puedo andar...

—No digas nada más—dijo Frank—. No hasta que tengamos agua y comida. Te traeré agua.

—No, ya voy yo—Percy miró la mano de Frank sobre la de Hazel. Entonces escaneó el horizonte como si percibiera problemas, pero no había nada que ver: sólo el faro y el campo de hierba extendiéndose hacia el interior—. Vosotros dos os quedáis aquí. Vuelvo enseguida.

—¿Estás seguro? —dijo Hazel débilmente—. No quiero que...

—Está bien—dijo Percy—. Frank, abre los ojos. Hay algo sobre esta paz... no sé.

—La mantendré segura—le prometió Frank.

Percy salió corriendo. Una vez estuvieron solos, Frank pareció darse cuenta de que seguía sujetando la mano de Hazel. Se aclaró la garganta y la soltó.

—Eh... yo... creo que entiendo tus desvanecimientos—dijo—. Y de dónde vienen. Se le disparó el pulso.

—¿Ah, sí?

—Eres tan distinta de las demás chicas que he conocido—parpadeó, y siguió—. No de una forma extraña, sino que por la forma con la que hablas. Las cosas que te sorprenden, como las canciones o los programas de televisión, o la forma en la que la gente habla. Hablas sobre tu vida como si hubiera sucedido mucho tiempo atrás. Naciste en una época distinta, ¿no es cierto? Vienes del Inframundo.

Hazel quería llorar, no porque estuviera triste, sino porque era un gran descanso oír un poco de verdad. Frank no actuó como si fuera a defenderse o como si estuviera asustado. No parecía mirarla como si fuera un fantasma o un horrible zombie no-muerto.

—Frank, yo...

—Ya nos haremos a la idea—le prometió—. Estás viva. Vamos a mantenerte así.

La hierba a su alrededor crujió. Los ojos de Hazel se volvieron llorosos con el aire frío.

—No me merezco un amigo como tú—dijo—. No sabes lo que... lo que he hecho.

—Para—dijo Frank—. ¡Eres genial! Además, no eres la única que tienes secretos. Hazel le miró.

—¿Cómo?

Frank iba a decir algo cuando se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

—El viento se ha parado.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era cierto. El aire se había quedado estático.

—¿Y? —preguntó.

Frank tragó saliva.

—¿Entonces... por qué la hierba se sigue moviendo?

Por el rabillo del ojo, Hazel vio formas oscuras tensándose en el campo.

—¡Hazel! —Frank intentó agarrarla por los brazos, pero era demasiado tarde.

Algo chocó contra él por detrás. Entonces una fuerza parecida a un huracán de hierba envolvió a Hazel y la llevó por los aires arrastrándola por el campo.

CAPITULO XIX

HAZEL

HAZEL ERA UNA EXPERTA EN COSAS RARAS. Había visto a su madre poseída por la diosa de la tierra. Había creado un gigante con oro. Había destruido una isla, había muerto y había vuelto del Inframundo. Pero ser secuestrada por un campo de hierba... Eso era nuevo.

Se sintió como si estuviera atrapada en una densa nube de plantas. Había oído hablar sobre los cantantes actuales lanzándose a multitudes de fans y siendo ondeados por centenares de manos. Se imaginaba que aquello era familiar, sólo que se movía cien veces más rápido, y las briznas de hierba no eran fans adoradores.

No podía incorporarse. No podía tocar el suelo. Su espada seguía en su saco de dormir, agarrado en su mochila, pero no podía alcanzarla. Las plantas no dejaban que se equilibrara, haciéndola rodar, agarrándola por la cara y los brazos. A duras penas podía ver las estrellas a través de una maraña de verde, amarillo y negro.

El ahogado grito de Frank sonó en la distancia.

Era difícil pensar con claridad, pero Hazel sabía algo: se estaba moviendo muy rápido. Dónde fuera que estaba siendo llevada, muy pronto dejaría de estar en un lugar en el que sus amigos pudieran encontrarla.

Cerró los ojos e intentó ignorar el movimiento que la rodeaba. Concentró sus pensamientos a la tierra por debajo de ella. Oro, plata, escaneaba el subsuelo en busca de cualquier mineral que interrumpiera a sus secuestradores.

No notaba nada. Cero riquezas bajo el suelo. Estaba a punto de abandonar cuando sintió un grandioso punto por debajo de ella. Fijó sus pensamientos en aquél punto con toda su concentración, creando un ancla mental. De repente el suelo rugió. La maleza de plantas la soltó y fue lanzada hacia arriba como el proyectil de una catapulta.

Momentáneamente ingrávida, abrió sus ojos. Giró su cuerpo en medio del aire. El suelo estaba a unos diez metros bajo ella. Entonces comenzó a caer y su entrenamiento de combate entró en acción: había practicado cientos de veces caídas desde las águilas gigantes. Se encogió y al llegar al suelo rodó convirtiendo la caída en una voltereta de la que se levantó rápidamente.

Se quitó la mochila y agarró su espada por el mango. A unos metros a su izquierda, una roca del tamaño de un garaje sobresalía del mar de hierba. Hazel se dio cuenta de que aquella había sido su ancla. Había hecho que la roca apareciera.

La hierba se agitaba a su alrededor. Voces furiosas siseaban consternados desde el terrón que había interrumpido su camino. Antes de que pudieran reagruparse, Hazel corrió hacia la roca y se subió a ella. La hierba se mecía y susurraba a su alrededor como si fueran los tentáculos de una gigantesca anémona submarina. Hazel pudo notar la frustración de sus secuestradores.

—No podéis crecer aquí, ¿verdad? —gritó—. ¡Largaos, puñado de semillas! ¡Dejadme en paz!

—Esquisto—dijo una voz enfadada desde la hierba.

Hazel alzó las cejas.

—¿Perdón?

—¡Esquisto! ¡Grandioso montón de esquisto!

Una monja en la Academia Santa Agnes le había lavado una vez la boca a Hazel con jabón por decir algo muy parecido, así que no estaba muy segura de qué responder. Entonces, alrededor de su isla de roca, los secuestradores se materializaron desde la hierba. A primera vista parecían angelitos de san Valentín, una docena de unos pequeños cupidos regordetes. Mientras se acercaban, Hazel se dio cuenta de que ni eran monos ni angelicales.

Eran del tamaño de niños pequeños, con trazos de bebé gordo, pero su piel tenía un extraño tono verdoso como si la clorofila corriera por sus venas. Tenían unas secas y pequeñas alas como mazorcas de maíz, y matas de pelo blanco iguales que la seda del maíz. Sus caras estaban demacradas, picadas con granos de maíz. Sus ojos eran de un verde sólido, y sus dientes eran colmillos puntiagudos.

La criatura más grande se adelantó. Vestía un taparrabos amarillo, y su pelo estaba de punta, como las briznas de un tallo de trigo. Sisó a Hazel y caminó balanceándose tan deprisa que ésta tuvo miedo de que se le cayera el taparrabos.

—¡Odiar este esquisto! —se quejó la criatura—. ¡Trigo no puede crecer!

—¡Sorgo no puede crecer! —se quejó otro.

—¡Cebada! —gritó un tercero—. Cebada no puede crecer. ¡Maldito esquisto!

Las rodillas de Hazel se tambalearon. Las pequeñas criaturas habrían sido divertidas de no ser porque la estaban rodeando, mirándola fijamente con aquellos dientes puntiagudos y aquellos hambrientos ojos verdes. Eran como pirañas con forma de cupidos.

—¿Habláis de la roca? —se las arregló para decir—. ¿Esta roca se llama esquisto?

—¡Sí, piedra verde! ¡Esquisto! —gritó la primera criatura—. Piedra traviesa.

Hazel comenzó a entender porqué la había podido convocar.

—Es una piedra preciosa. ¿Es valiosa?

—¡Bah! —dijo el del taparrabos amarillo—. Los nativos estúpidos hacen joyas de esto, sí. ¿Valiosa? Quizá. No igual de buena que el trigo.

—¡O el sorgo!

—¡O la cebada!

Los otros dijeron lo mismo, pero diciendo distintos tipos de cereales. Rodearon la roca, sin hacer ningún esfuerzo en escalarla, al menos no aún. Si habían decidido arremolinarse a su alrededor, no había manera de poderse defender de todos ellos.

—Servís a Gea—supuso, sólo para seguir hablando. Quizá Percy y Frank no estuvieran demasiado lejos. Quizá fueran capaces de verla, tan alta como estaba.

Deseó que su espada brillara como la de Percy.

El Cupido del taparrabos amarillo gruñó.

—Somos los karpoi, espíritus del grano. ¡Hijos de la madre Tierra, sí! Hemos sido sus sirvientes desde siempre. Antes de que los humanos traviesos nos cultivaran, éramos salvajes. Y lo seremos de nuevo. ¡Trigo os destruirá!

—No, ¡sorgo os mandará!

—¡Cebada os dominará!

Los otros se unieron, cada karpos gritando por su propia variedad.

—Correcto—Hazel tragó su repulsión—. Entonces tú eres Trigo, tú... con los eh... ropajes amarillos.

—Mmmmm—dijo Trigo—. Baja de tu esquisto, semidiosa. ¡Te llevaremos con el ejército de nuestra señora! Nos recompensarán. ¡Te matarán lentamente!

—Tentador—dijo Hazel—, pero no, gracias.

—¡Te daré trigo! —dijo Trigo, como si fuera una oferta mucho mejor a cambio de su vida—. ¡Muchísimo trigo!

Hazel intentó pensar. ¿Cuánto tiempo había sido llevada a rastras? ¿Cuánto tiempo tardarían sus amigos en aparecer? Los karpoi se iban acercando poco a poco, acercándose a la roca de dos en dos y de tres en tres, rascando el esquisto para ver si les hacía daño.

—Antes de que baje...—alzó la voz, esperando que llegara más allá de los campos—. Eh... explicadme algo, ¿me haréis el favor? Si sois espíritus del grano, ¿no deberíais estar de parte de los dioses? ¿No es Ceres diosa de la agricultura...?

—¡Nombre malvado! —gritó Cebada.

—¡Nos cultivó! —espetó Sorgo—. Nos hizo crecer de formas desagradables. Dejó que los humanos nos cultivaron. ¡Bah! Cuando la señora Gea sea la dueña del mundo, creceremos libremente, ¡oh sí!

—Bueno, naturalmente—dijo Hazel—. Así que su ejército, dónde me llevaréis a cambio de trigo...

—O cebada—ofreció Cebada.

—Sí—coincidió Hazel—. ¿Dónde está este ejército ahora?

—¡Justo al pasar esas colinas! —Sorgo aplaudió emocionado—. La madre Tierra, oh sí, nos dijo: “Buscad la hija de Plutón que vive de nuevo. ¡Encontradla! ¡Traedla con vida! Tengo muchas torturas planeadas para ella.” El gigante Polibotes nos recompensará por tu vida. Entonces podremos ir al sur a destruir a los romanos. No podemos ser matados, ya sabes. Pero tú, sí.

—Eso es maravilloso—Hazel intentó sonar entusiasmada. No era fácil, sabiendo que Gea tenía una venganza especial para ella—. Así que... no podéis ser matados porque Alcioneo ha capturado la Muerte, ¿verdad?

—¡Exacto! —dijo Cebada.

—Y le tiene encadenado en Alaska—dijo Hazel— en... veamos, ¿cómo se llamaba el sitio?

Sorgo comenzó a responder, pero Trigo voló hasta él y le golpeó. Los karpoi comenzaron a luchar, disolviéndose en densas nubes de cereal. Hazel consideró una huida, pero entonces Trigo se materializó de nuevo, agarrando a Sorgo con una llave de karate.

—¡Basta! —gritó a los otros—. ¡La lucha multicereal no está permitida!

Los karpoi se solidificaron en las pirañas con forma de Cupido de nuevo.

Trigo empujó a Sorgo.

—Oh, lista semidiosa—dijo—. Intentando engañarnos para contarte secretos. No, nunca encontrarás la morada de Alcioneo.

—Ya sé dónde está—dijo con una falsa confianza—. Está en la isla de Bahía Resurrección.

—¡Ja! —rió Trigo—. Ese lugar se hundió bajo las olas del mar tiempo atrás. ¡Deberías saberlo! ¡Gea te odia por ello! Cuando torciste sus planes tiempo atrás, fue forzada a dormir de nuevo. ¡Décadas y décadas! Alcioneo no fue capaz de alzarse hasta tiempos oscuros.

—Entre los noventa y los ochenta—dijo Cebada—. ¡Terrible! ¡Terrible!

—Sí—dijo Trigo—. Y nuestra señora sigue durmiendo. Alcioneo fue forzado a aguardar mucho tiempo en el norte, planeando, esperando. Ahora Gea comienza a despertar. Oh, pero te recuerda, y su hijo también.

Sorgo sonrió socarronamente.

—Nunca encontrarás la prisión de Tánatos. Toda Alaska es el hogar del gigante. ¡Podría estar guardando la Muerte en cualquier lugar! ¡Años llevaría encontrarle, y tu patético campamento sólo tiene unos pocos días! Mejor que te rindas. Te daremos cereales, muchos cereales.

La espada de Hazel comenzó a pesarle demasiado. Estaba recelosa de volver a Alaska, pero al menos tenía una idea de dónde comenzar a buscar a Tánatos. Había asumido que aquella isla donde había muerto no había sido completamente destruida, o posiblemente había sido devuelta a su sitio tras el despertar de Alcioneo. Había esperado que aquella fuera su base. Pero si la isla había desaparecido, no tenía ni idea de dónde buscar al gigante. Alaska era enorme, podrían estar buscando durante décadas y nunca le encontrarían.

—Sí—dijo Trigo, sintiendo su ansiedad—. Ríndete.

Hazel agarró su spatha.

—¡Nunca! —alzó la voz de nuevo, esperando que de alguna manera les llegara a sus amigos—. Si os tengo que destruir a todos, lo haré. ¡Soy la hija de Plutón!

Los karpoi avanzaron. Agarraron la roca, sisando como si fuera acero ardiendo, pero comenzaron a subir.

—Ahora morirás—le prometió Trigo, mostrando sus dientes—. ¡Sentirás la ira de los cereales!

Entonces hubo un sonido silbante. La sonrisa de Trigo se congeló. Miró abajo hacia la flecha dorada que había aparecido en su pecho. Entonces se disolvió en Kellogg's.

CAPITULO XX

HAZEL

DURANTE UN LATIDO DE CORAZÓN, HAZEL ESTABA tan anonadada como el karpós. Entonces Frank y Percy irrumpieron en el claro y comenzaron a masacrar cada karpós que encontraron en su camino. Frank disparó una flecha a Cebada que se convirtió en semillas. Percy clavó a Contracorriente a través de Sorgo que se convirtió en un montón de semillas de mijo. Hazel saltó y se unió a la batalla. En unos minutos, los karpói habían sido reducidos a montones de semillas y distintos cereales de desayuno. Trigo comenzó a reagruparse, pero Percy sacó un mechero de su mochila y encendió una llama.

—¡Intentadlo! —les advirtió—, y reduciré este campo a cenizas. Quedaos muertos.

¡Alejaos de nosotros, o la hierba cargará con la culpa!

Frank miró la llama como si le aterrorizara. Hazel no entendía por qué, pero de todas maneras gritó a los montones de cereales.

—¡Hacedlo! ¡Está muy loco!

Los restos de los karpói se fueron con el viento. Frank subió a la roca y les vio marcharse. Percy extinguió el mechero y sonrió a Hazel.

—Gracias por gritar. No podríamos haberte encontrado si no lo hubieras hecho.

¿Cómo has podido mantenerlos a raya tanto tiempo?

Señaló la roca.

—Un grandioso montón de esquisto*.

—¿Perdón?

—Chicos—les llamó Frank desde la roca—. Tenéis que ver esto.

Percy y Hazel subieron para reunirse con él. En cuanto Hazel vio lo que estaba viendo su amigo, contuvo el aliento.

—Percy, sin luz. ¡Baja tu espada!

—¡Esquisto*! —tocó la punta de su espada, y Contracorriente se convirtió en un bolígrafo.

Por debajo de ellos, un ejército se movía. El campo acababa en un barranco poco profundo, dónde una carretera comarcal iba de norte a sur. En el lado opuesto a la carretera, unas colinas llenas de hierba decoraban el horizonte, vacías de civilización excepto por una pequeña tienda en la cima de la colina más cercana.

El barranco entero estaba lleno de monstruos, columna tras columna marchando hacia el sur, tantos y tan cerca, que Hazel se asombró de que no la hubieran oído gritar.

Ella, Frank y Percy se agacharon contra la roca. Vieron expectantes como una docena de gigantescos y peludos humanoides pasaban, vestidos con partes de despedazadas armaduras y piel animal. Las criaturas tenían seis brazos cada uno, tres sobresaliendo de cada lado, por lo que parecían hombres de las cavernas evolucionados de insectos.

—Gegenes—susurró Hazel—. Nacidos de la Tierra.

—¿Habéis luchado contra ellos antes? —preguntó Percy.

Hazel negó con la cabeza.

—Sólo he oído hablar de ellos en las clases de monstruos en el campamento—nunca le había gustado la clase de monstruos, leyendo a Plinio el Viejo y todos aquellos

amargados autores describiendo monstruos legendarios de los bordes del Imperio Romano. Hazel creía en los monstruos, pero las descripciones eran tan bárbaras, que había creído que eran rumores ridículos. Sólo que entonces, un ejército entero de ellos estaba pasando por debajo de ella.

—Los nacidos de la Tierra lucharon contra los argonautas—murmuró—. Y esas cosas detrás de ellos...

—Centauros—dijo Percy—. Pero esto no está bien. Los centauros son buenos tipos. Frank hizo un sonido asfixiante.

—Eso no es lo que nos han enseñado en el campamento. Los centauros están locos y siempre se emborrachan y matan héroes.

Hazel vio a los hombres equinos cabalgar. Eran humanos de cintura para arriba, pero de cintura para abajo tenían cuerpo de caballo. Estaban vestidos con armaduras bárbaras de cuero y bronce, armados con lanzas y hondas. A primera vista, Hazel creyó que llevaban cascos vikingos, pero entonces se dio cuenta de que tenían cuernos saliendo de sus cabezas peludas.

—¿Se supone que deben tener cuernos? —preguntó.

—Quizá sea una raza especial—dijo Frank—. No vamos a preguntarles.

Percy miró más allá de la carretera y su cara se volvió aún más blanca.

—Dioses... cíclopes.

Efectivamente, avanzando pesadamente detrás de los centauros había un batallón de ogros uni-ojos, ambos machos y hembras de unos cinco metros de alto, vistiendo armaduras improvisadas con metales de una chatarrería. Seis de los monstruos eran tan grandes como unos bueyes, arrastrando una torre de abordaje con una gigantesca ballesta de escorpión.

Percy se agarró los lados de la cabeza.

—Cíclopes y centauros. Esto está mal, muy mal.

El ejército de monstruos era demasiado grande para hacer que cualquiera perdiera las esperanzas, pero Hazel se dio cuenta de que algo más pasaba con Percy. Estaba pálido y parecía mareado a la luz de la luna, como si sus recuerdos intentaran volver, escalando con dificultad por su mente.

Hazel miró a Frank.

—Necesitamos devolverle al barco. El mar le hará sentirse mejor.

—Por supuesto—dijo Frank—. Hay demasiados de ellos. El campamento... tenemos que advertirles.

—Lo saben—gimió Percy—. Reyna lo sabe.

A Hazel se le formó un nudo en la garganta. No había ninguna manera por la que la legión pudiera luchar contra tantos. Si estaban a tan solo cien millas al norte del campamento Júpiter, su misión ya estaba finiquitada. Nunca podrían llegar hasta Alaska y volver a tiempo.

—Vamos—les urgió—. Vamos a...

Entonces vio al gigante.

Cuando apareció por el barranco, Hazel no pudo creer lo que sus ojos veían. Era más alto que la torre de asedio, veinte metros por lo menos, con unas verdes piernas escamosas como un dragón de Komodo de cintura para abajo y una armadura de un azul verdoso de cintura para arriba. Su coraza tenía la forma de distintas caras monstruosas hambrientas, con las bocas abiertas como si pidieran comida. Su cara era humana, pero su pelo era salvaje y verde, como un puñado de algas. Cuando giraba la cabeza de lado a lado, unas serpientes caían de sus trenzas. Caspa

viperina, asqueroso. Iba armado con un tridente gigantesco y una red pesada. Solo con ver las armas hacía que Hazel tuviera dolor de estómago. Se había enfrentado a aquél tipo de lucha en el entrenamiento para gladiador muchas veces. Era el más difícil, furtivo y cruel tipo de combate que conocía. El gigante era un retiarius de tamaño extragrande.

—¿Quién es él? —la voz de Frank sonaba resquebrajada—. Ese no será...

—No es Alcioneo—dijo Hazel débilmenet—. Uno de sus hermanos, creo. El que mencionó Término y los espíritus del grano. Es Polibotes.

No estaba segura de cómo lo sabía, pero pudo sentir el aura de poder del gigante incluso desde allí. Recordó el sentimiento en el Corazón de la Tierra mientras hacía a Alcioneo, como si estuviera cerca de un imán poderoso, y todo el hierro en su sangre fuera atraído a él. Aquél gigante era otro hijo de Gea, una criatura de la tierra tan malvada y poderosa que irradiaba su propio campo gravitacional.

Hazel sabía que debían salir de allí. Su escondite en lo alto de la roca hubiera sido descubierto cuando el gigante pasara si decidiera mirar en aquella dirección. Pero notaba que algo más importante estaba a punto de pasar. Ella y sus amigos bajaron un poco más abajo por el esquisto y siguieron observando.

Mientras el gigante se acercaba, una cíclope rompió filas y fue a hablar con él. Era enorme, gorda y horriblemente fea, vistiendo un vestido de cadenas como un delantal, pero junto al gigante parecía una niña.

Señaló a la tienda en lo alto de la colina más cercana y murmuró algo sobre comida.

El gigante le espetó una respuesta, como si estuviera preocupado. La cíclope ladró una orden a sus compañeros de especie, y tres de ellos la siguieron a lo alto de la colina. Cuando estaban a medio camino de la tienda, una luz cegadora convirtió la noche en día. Hazel quedó cegada. Por debajo de ella, el ejército enemigo se dispersó en caos, con los monstruos gritando de dolor y furia. Hazel miró con los ojos entrecerrados. Parecía que hubiera salido de un teatro oscuro en una tarde soleada.

—¡Demasiado bonito! —aullaron los cíclopes—. ¡Nos quema los ojos!

La tienda en la colina estaba recubierta de un arcoíris, el más cercano y brillante que Hazel había visto jamás. La luz estaba anclada en la tienda, saliendo disparado hacia los cielos, bañando el campo con un extraño brillo caleidoscópico.

La señora Cíclope alzó su vara y cargó contra la tienda. Cuando golpeó el arcoíris, su cuerpo entero comenzó a humear. Se sacudió agónicamente y dejó caer su vara, retrocediendo con heridas multicolores por su cuerpo y su cara.

—¡Diosa horrible! —rugió a la tienda— ¡Danos comida!

Los otros monstruos enloquecieron, cargando contra la tienda y huyendo por que la luz del arcoíris les quemaba. Algunos lanzaban rocas, lanzas, espadas e incluso partes de sus armaduras, y todo ardía en llamas de múltiples colores.

Finalmente el líder gigante pareció darse cuenta de que sus tropas estaban derrochando materiales en perfecto estado.

—¡BASTA! —rugió.

Con dificultad, se las arregló para gritar sus tropas y conseguir que se sometiesen a su voluntad. Cuando se hubieron calmado, se acercó a la tienda con el escudo arcoíris él mismo y observó los bordes de la luz.

—¡Diosa! —gritó—. ¡Ven y ríndete!

No hubo respuesta de la tienda. El arcoíris siguió brillando.

El gigante alzó su tridente y su red.

—¡Soy Polibotes! ¡Arrodíllate ante mí y quizá te destruya rápidamente!

Aparentemente, nadie en la tienda se quiso rendir. Un pequeño objeto oscuro salió de una ventana y aterrizó en los pies del gigante. Polibotes gritó:

—¡Granada!

Se cubrió la cara con las manos. Sus tropas se agacharon al suelo. Cuando la cosa no explotó, Polibotes se agachó con cuidado y lo sujetó. Rugió furioso.

—¿Un Phoskitos? ¿Osas insultarme con un Phoskitos?

Lanzó el bizcocho a la tienda, y se vaporizó con la luz.

Los monstruos se incorporaron. Varios gritaron hambrientos:

—¿Phoskitos? ¿Dónde hay Phoskitos?

—¡Ataquemos! —dijo la cíclope—. ¡Estoy hambrienta! ¡Mis chicos quieren aperitivos!

—¡No! —dijo Polibotes—. Llegamos tarde. Alcioneo quiere que ataquemos el campamento en cuatro días. Vosotros los cíclopes os movéis inexcusablemente lentos. ¡No tenemos tiempo para diosas menores!

Lanzó aquél último comentario hacia la tienda, pero no hubo respuesta.

La cíclope aulló.

—¡El campamento, sí! ¡Venganza! ¡Los naranjas y el morado destruyeron mi hogar!

¡Ahora Mamá Tuercas destruirá la suya! ¡¿Me oís Leo, Jason y Piper?! ¡Venimos a aniquilaros!

Los otros cíclopes bramaron en aprobación. Los otros monstruos se les unieron.

A Hazel le recorrió un escalofrío. Miró a sus amigos.

—Jason—susurró—. Ha luchado contra Jason. Está vivo.

Frank asintió.

—¿Y esos otros nombres significan algo para vosotros?

Hazel negó con la cabeza. No conocía ningún Leo o Piper en el campamento. Percy seguía pareciendo mareado y atontado. Si los nombres significaban algo para él, no lo dijo. Hazel pensó en lo que había dicho la Cíclope: los naranjas y el morado. Morado, obviamente el color del Campamento Júpiter. Pero naranjas... Percy había traído una camiseta naranja deshilachada. No podía ser coincidencia.

Por debajo de ellos, el ejército comenzó a marchar al sur de nuevo, pero el gigante Polibotes se detuvo a un lado, frunciendo el ceño y olisqueando el aire.

—Dios del mar—murmuró. Para el horror de Hazel, se giró en su dirección—. Huelo al dios del mar.

Percy temblaba. Hazel puso sus manos en sus hombros y le intentó apretar contra la roca.

La cíclope Mamá Tuerca gruñó.

—¡Por supuesto que hueles al dios del mar! ¡El mar está aquí al lado!

—Más que eso—insistió Polibotes—. Fui nacido para destruir a Neptuno. Puedo notar...—frunció el ceño, girando su cabeza mientras dejaba caer más serpientes.

—¿Seguimos o nos detenemos a olisquear el aire? —le reprendió Mamá Tuerca—.

¡Si yo no tengo Phoskitos, tú no tienes al dios del mar!

Polibotes gruñó.

—Muy bien. ¡Marchad! ¡Marchad! —dio una última mirada a la tienda protegida por el arcoíris, y se pasó los dedos por entre el pelo. Sacó tres serpientes que parecían más grandes que el resto con marcas blancas alrededor del cuello.

—¡Un regalo, diosa! Mi nombre, Polibotes, significa 'Demasiados a los que alimentar'! Aquí tienes unas cuantas bocas hambrientas para ti. ¡Veamos si tu tienda consigue muchos clientes con esos tres centinelas en la puerta!

CAPITULO XXI

FRANK

FRANK ODIABA LOS PHOSKITOS. Odiaba las serpientes. Y odiaba su vida. No necesariamente en ese orden.

Mientras subían por la colina, deseó que pudiera desmayarse como Hazel, entrar en trance y experimentar cualquier otro tiempo, como antes de que se metiera en aquella alocada misión, antes de que supiera que su padre era un Sargento Taladro divino con un problema de ego.

Su arco y su lanza iban atados a su mochila. También odiaba la lanza. En el momento en el que la consiguió, juró en silencio que nunca la iba a usar. “El arma de un hombre verdadero”, Marte era un imbécil. Quizá hubiera habido un error. ¿No había ningún tipo de test de ADN para los hijos de los dioses? Quizá la niñera divina había cambiado accidentalmente a Frank por uno de los atontados hijos de Marte. No había explicación para que la madre de Frank hubiera tenido algo que ver con aquél egocéntrico dios de la guerra.

“Era una guerrera por naturaleza” le discutió la voz de la abuela. “No me llevé ninguna sorpresa al saber que un dios pudiera enamorarse de ella, dado nuestra familia.

Sangre ancestral, la sangre de los príncipes y los héroes”.

Frank se sacó el pensamiento de la cabeza. No era ni un príncipe ni un héroe. Era un torpe con intolerancia a la lactosa, que ni siquiera podía proteger a sus amigos de ser secuestrados por el trigo.

Sus nuevas medallas estaban frías contra su pecho: la media luna de centurión y la Corona Mural. Habría estado orgulloso de ellas, pero sentía que sólo las había conseguido por que su padre había obligado a Reyna a otorgárselas.

Frank no sabía cómo sus amigos podían seguir soportándole. Percy había dejado claro que odiaba a Marte y Frank no podía culparle. Hazel seguía mirando a Frank por el rabllo del ojos, como si tuviera miedo de que se convirtiera en un bicho raro musculado.

Frank miró a su cuerpo y suspiró. Corrección: a un tipo aún más musculado. Si Alaska era realmente la tierra más allá de los dioses, Frank podría quedarse allí. No estaba seguro de tener un lugar al que volver.

“No lloriquees”, le habría dicho su abuela, “Los Zhang no lloriquean”.

Tenía razón. Frank tenía un trabajo que hacer. Tenía que completar aquella misión imposible, lo que significa, por el momento, llegar a aquella tienda con vida.

Mientras se acercaban, Frank se preocupó de que la tienda pudiera evaporarse con la luz arcoíris pero al aproximarse la tienda seguía intacta. Las serpientes que Polibotes había lanzado parecían haber desaparecido. Estaban a unos veinte metros del porcho de entrada cuando algo siseó detrás de ellos.

—¡Largaos! —gritó Frank.

Percy dio un traspié y mientras Hazel le ayudaba a levantarse, Frank se giró y lanzó una flecha. Disparó a ciegas, creyendo que había lanzado una flecha explosiva, pero sólo era una señal de fuego. Pasó por entre la hierba, convirtiéndose en una llama naranja silbante.

Al menos iluminó al monstruo. Sentado en una mata de hierba amarilla estaba una serpiente de color verde lima gorda y larga como el brazo de Frank. Su cabeza estaba

anillada con una crin de aletas blancas punzantes. La criatura miraba la flecha que se deslizaba como si estuviera asombrada diciendo: “¿Qué demonios es esto?”.

Entonces fijó sus grandiosos y amarillos ojos hacia Frank. Avanzó como un gusano de tierra, arrastrándose con el centro del cuerpo. Allí dónde tocará, la hierba moría. Frank escuchaba los pasos de sus amigos escalando la colina. No tuvo el valor de girarse y correr. Él y la serpiente se estudiaron el uno al otro. La serpiente siseó, con unas llamas sobresaliendo de sus mandíbulas.

—Buen reptil—dijo Frank, atento a la madera en el bolsillo de su abrigo—. Buen réptil venenoso escupefuegos.

—¡Frank! —gritó Hazel detrás de él—¡Vamos!

La serpiente se lanzó hacia él. Fue tan rápida por el aire, que no le dio tiempo a preparar una flecha. Frank la golpeó con su arco y lanzó al monstruo colina abajo.

Salió de su alcance visual haciendo un sonoro: “¡Ssssssssss!”

Frank se sintió orgulloso de sí mismo y miró a su arco, que estaba humeando allí dónde había tocado la serpiente. Miró incrédulo como la madera se convertía en polvo. Escuchó un furioso siseó, respondido por otros dos siseos colina abajo. Dejó su arco desintegrándose en el suelo y corrió al porcho. Percy y Hazel le ayudaron a subir los escalones. Cuando Frank se giró, vio los tres monstruos haciendo círculos en la hierba, respirando fuego y haciendo que toda la colina se muriera con su toque venenoso. No parecían ser capaces ni querían acercarse a la tienda, pero no hizo que Frank se relajara demasiado. Acababa de perder a su arco.

—Nunca saldremos de aquí—dijo miserablemente.

—Entonces será mejor que entremos—Hazel señaló al cartel hecho a mano de la puerta: COMIDA ORGÁNICA Y VIDA ECOLÓGICA DEL ARCOÍRIS.

Frank no tenía ni idea de lo que significaba aquello, pero sonaba mejor que unas serpientes venenosas llameantes. Siguió a sus amigos al interior.

Cuando entraron por la puerta, las luces se encendieron. Una música de flauta comenzó a sonar como si estuvieran entrando en escena. Las amplias estanterías estaban alineadas con cuencos de nueces y fruta seca, cestas de manzanas y perchas con ropa con camisetas teñidas en círculos y mallas de purpurina. El tejado estaba cubierto con campanillas de viento. Por las paredes, unas cajas de cristal mostraban bolas de cristal, geodas, cazadores de sueños y montones de otros materiales extraños. Debía de haber incienso ardiendo en algún lugar. Olía como si un ramo de flores estuviera ardiendo.

—¿Una tienda de esoterismo? —supuso Frank.

—Espero que no—murmuró Hazel.

Percy se apoyó en ella. No tenía buena pinta, como si hubiera sido atacado de una repentina gripe. Su cara brillaba de sudor.

—Sentarme...—murmuró—. Quizá un poco de agua...

—Sí—dijo Frank—. Vamos a encontrarte un lugar para descansar.

Las tablas del suelo crujían bajo sus pies. Frank pasó por entre dos fuentes con estatuas de Neptuno.

Una chica salió de detrás de dos potes de muesli.

—¿Puedo ayudaros?

Frank retrocedió asustado, golpeando una de las fuentes. Un Neptuno de piedra cayó contra el suelo. La cabeza del dios del mar salió disparada mientras un chorro de agua salía por su cuello, mojando unas camisetas teñidas a su paso.

—¡Lo siento! —Frank se agachó para limpiar el embrollo. Casi atravesó a la chica con su lanza.

—¡Eh! —dijo ella—¡Tranquilo! ¡Está bien!

Frank se levantó lentamente, intentando no causar ningún otro estropicio. Hazel parecía avergonzada. Percy pasó a tener un extraño tono verdoso en la piel mientras miraba la decapitada estatua de su padre.

La chica aplaudió dos veces. La estatua se disolvió en niebla. El agua se evaporó. Se giró hacia Frank:

—En serio, no hay ningún problema. Esas fuentes de Neptuno eran muy pesadas, me sacaban de quicio constantemente.

Aquella chica le recordaba a Frank a las colegialas que a veces veía en el Parque Lynn Canyon detrás de la casa de su abuela. Era bajita y musculada, con botas acordonadas, unos shorts militares y una brillante camiseta amarilla que leía: COVEA: Comida Orgánica y Vida Ecológica del Arcoíris. Parecía joven, pero su pelo era blanco, cayendo a cada lado de su cabeza como la clara de un gigantesco huevo frito. Frank intentó recordar cómo hablar. Los ojos de la chica eran realmente molestos. Los iris cambiaban de color del gris al negro y del negro al blanco.

—Eh... lo siento por la fuente—llegó a decir—. Solo estábamos...

—¡Oh, lo sé! —dijo la chica—¡Estabais echando un vistazo! Está todo bien. Los semidioses son bienvenidos. Tomaos vuestro tiempo. No sois como esos horribles monstruos. ¡Solo quieren usar nuestra sala de descanso sin comprar nada!

Soltó un bufido. Sus ojos brillaron con un relámpago. Frank miró a Hazel para ver si se lo había imaginado, pero Hazel estaba igual de sorprendida que él.

Desde dentro de la tienda, la voz de una mujer habló:

—¿Fleecy? No asustes a los clientes. Tráelos aquí, ¿quieres?

—¿Te llamas Fleecy? —preguntó Hazel.

Fleecy soltó una risita.

—Bueno en la lengua de las nebulae es...—hizo una serie de sonidos retumbantes y suaves que recordaban a una tormenta pasando por un frente frío—. Pero me podéis llamar Fleecy.

—Nebulae...—murmuró Percy en trance...—. Ninfas de las nubes....

Fleecy sonrió.

—¡Oh, me gusta este chico! Normalmente nadie sabe nada sobre las ninfas de las nubes. Pero, oh dioses, no parece encontrarse bien. Ven aquí. Mi jefa quiere conoceros. Curaremos a vuestro amigo.

Fleecy les llevó a través de estanterías de productos, entre cajas de berenjenas, kiwis, fruta de loto y granadas. Al final de la tienda, tras de un mostrador con una anticuada caja registradora había una mujer de mediana edad con la piel olivácea, un largo pelo negro, unas gafas sin montura, y una camiseta que leía: “¡La diosa está viva!”.

Llevaba unas pulseras de ámbar y unos anillos de turquesas. Olía a pétalos de rosa. Parecía muy simpática, pero había algo en ella que hacía a Frank temblar y que le daban ganas de llorar. Le llevó un segundo en darse cuenta, entonces se dio cuenta de lo que era: la forma en la que sonreía, con sólo un lado de la boca, el color marrón de sus ojos, la posa de su cabeza, como si estuviera considerando una pregunta. Le recordaba a su madre.

—¡Hola! —salió fuera del mostrador, el cual estaba poblado con docenas de estatuas: gatos chinos que saludaban, budas que meditaban, cabezones que asentían y esas

figuritas de pájaros que no dejaban de subir y bajar—. Me alegro de que estéis aquí.
¡Soy Iris!

Los ojos de Hazel se abrieron.

—¿Iris? ¿La diosa del arcoíris?

Iris puso mala cara.

—Bueno, sí, ese es mi trabajo oficial. Pero no me defino a mi misma por mi identidad corporativa. ¡En mi tiempo libre llevo esto! —hizo un ademán de señalar toda la tienda, con orgullo—. La cooperativa C.O.V.E.A. Una cooperativa de trabajadores que promovemos las alternativas de vivir una vida ecológica comiendo comida orgánica. Frank la miró.

—Pero si le lanzaste Phoskitos a los monstruos.

Iris puso una cara de horror.

—Oh, no son Phoskitos—rebuscó por entre el mirador y sacó un paquete de unos bizcochitos de chocolate que parecían exactamente a los Phoskitos—. Son sin gluten, ni azúcares añadidos, enriquecidos con vitaminas, sin soja y simulaciones de bizcochitos hechos con leche de cabra y algas.

—¡Todo natural! —sonrió Fleecy.

—Admito mi error—Frank se sintió tan mareado como Percy.

Iris sonrió:

—Deberías probar uno, Frank. Eres intolerante a la lactosa, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo has...?

—Sé esas cosas. Siendo la mensajera de los dioses... bueno, aprendo muchas cosas, oyendo todas las comunicaciones de los dioses y esas cosas—guardó los pasteles tras el mostrador—. Además, todos esos monstruos deberían aprender a comer estos bizcochos saludables. Siempre comiendo comida rápida y héroes. Eso es tan in-progresista. No podía tenerlos por mi tienda dando golpes, rompiendo cosas y molestando nuestro feng shui.

Percy se apoyó contra el mostrador. Parecía que iba a echar toda la comida por encima del feng shui de la diosa.

—Los monstruos van hacia el sud—dijo con dificultad—. Van a destruir nuestro campamento. ¿No puedes detenerles?

—Oh, soy estrictamente no-violenta—dijo Iris—. Puedo actuar en defensa propia, pero no seré llevada en ninguna otra acción violenta olímpica, muchas gracias. He estado leyendo acerca del budismo y el taoísmo. No me decido entre ellos.

—Pero...—dijo Hazel asombrada—. ¿No eres una diosa griega?

Iris cruzó los brazos.

—¡No intentes encasillarme, semidiosa! Mi pasado no me define.

—Ah, vale—dijo Hazel—. ¿Podrías al menos ayudar a nuestro amigo? Creo que está mareado.

Percy rodeó el mostrador. Durante un segundo, Frank tuvo miedo de que quisiera los bizcochos.

—¿Mensajes Iris? —dijo—. ¿No podrías enviar uno?

Frank no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Mensajes Iris?

—Es...—dudó Percy—. ¿No es algo que tú puedes hacer?

Iris estudió a Percy más de cerca.

—Interesante. Eres del Campamento Júpiter y aún así... Ah, ya veo. Juno está haciendo de las suyas.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

Iris miró a su asistente, Fleecy. Parecían tener una conversación silenciosa. Entonces la diosa sacó un frasco de detrás del mostrador y extendió un aceite con olor a miel de eucalipto por la cara de Percy.

—Esto, debería equilibrarte el chakra. Y en cuanto a los mensajes Iris... es una forma de comunicación muy antigua. Los griegos lo usaban. Los romanos nunca lo hicieron, siempre confiando en sus carreteras y sus águilas gigantes y yo qué sé. Pero sí, me imagino... Fleecy, ¿puedes intentarlo?

—Claro, jefa.

Iris le guiñó el ojo a Frank.

—No se lo digáis a los otros dioses, pero Fleecy lleva la mayor parte de los mensajes hoy en día. Es genial haciéndolo, en serio, porque es que no tengo tiempo de responder a todas esas cosas personalmente. Me revuelve el wa.

—¿Tu wa? —preguntó Frank.

—Mmm... Fleecy, ¿por qué no te llevas a Percy y a Hazel al cuarto trastero? Puedes darles algo de comer mientras haces el mensaje. Y en cuanto a Percy, sí... pérdida de memoria. Imagino que ese viejo Polibotes... bueno, encontrarle en ese estado no debe de ser bueno para un hijo de Po...digo... Neptuno. Fleecy, dale una taza de té verde con miel orgánica y gérmenes de trigo con un poco de mi ungüento médico número cinco. Eso debería ayudarle.

Hazel frunció el ceño.

—¿Y Frank?

Iris se giró hacia él. Giró su cabeza, juguetona, igual que la madre de Frank solía hacer, como si Frank fuera la mayor pregunta en toda la habitación.

—Oh, no te preocupes—dijo Iris—. Frank y yo tenemos mucho de lo que hablar.

CAPITULO XXII

FRANK

FRANK HUBIERA PREFERIDO ir con sus amigos, aunque eso significara tener que tragar una taza de té verde con gérmenes de trigo. Pero Iris le cogió por el brazo y le llevó a una mesa de café junto a una ventana abierta. Frank dejó su lanza en el suelo. Se sentó junto a Iris. Fuera, en la oscuridad, las monstruosas serpientes patrullaban sin descanso la colina, soltando fuego y envenenando la hierba.

—Frank, sé cómo te sientes—dijo Iris—. Me imagino que ese pedazo de madera ardiendo en tu bolsillo pesa cada día más.

Frank no podía respirar. Su mano fue instintivamente a su bolsillo.

—¿Cómo has...?

—Te lo he dicho. Sé cosas. Fui la mensajera de Juno durante siglos. Sé por qué te dio un indulto.

—¿Un indulto? —Frank sacó el pedazo de madera y lo desenvolvió del pedazo de tela. Tan pesada y difícil de manejar como era la lanza de Marte, el pedazo de madera era peor. Iris tenía razón. Pesaba más que antes.

—Juno te salvó por una razón—dijo la diosa—. Quería que sirvieras para su plan. Si no hubiera aparecido aquél día cuando eras un bebé y advertido a tu madre sobre la madera, habrías muerto. Naciste con demasiados dones. Ese tipo de poderes tiende a hacer arder una vida mortal.

—¿Demasiados dones? —Frank notó como sus orejas se enrojecían de furia—. ¡No tengo ningún don!

—Eso no es cierto, Frank—Iris sacudió su mano delante de ella como si estuviera limpiando un escudo invisible. Un arcoíris en miniatura apareció—. Piensa un poco. Una imagen parpadeó en el arcoíris. Frank se vio a sí mismo cuando tenía cuatro años, corriendo por el patio trasero de la Abuela. Su madre le llamaba desde la ventana en el ático reclamando su atención. Se suponía que Frank no debía estar solo por el patio. No sabía por qué su madre estaba arriba en el ático, pero le había dicho que se quedara en la casa, que no fuera demasiado lejos. Frank hizo exactamente lo contrario. Sonreía con deleite mientras corría por el borde de los bosques cuando se encontró cara a cara con un oso pardo.

Hasta que Frank no vio la escena en el arcoíris, el recuerdo había estado difuso, a pesar de que había soñado con aquella escena. Ahora podía apreciar lo irreal que había sido la experiencia. El oso contemplaba el niño pequeño y era difícil saber cuál de los dos estaba más asustado. Entonces la madre de Frank apareció a su lado. No había forma posible de ser capaz de haber bajado tan rápido del ático. Se puso entre Frank y el oso y le dijo a éste que corriera a la casa. Esta vez, Frank obedeció. Cuando se giró una vez en el porcho, vio a su madre salir del bosque. El oso se había ido. Frank preguntó qué había pasado. Su madre sonrió. “Mamá Oso sólo necesitaba saber una dirección”, le dijo.

La escena en el arcoíris cambió. Frank se vio a sí mismo con seis años, arropado en el regazo de su madre aunque fuera demasiado grande para ello. El negro cabello largo de su madre estaba echado para atrás, sus brazos a su alrededor. Vestía unas gafas sin montura que Frank siempre quería robar, y su jersey de suave lana gris que olía a canela. Le contaba historias sobre héroes, diciendo que todos estaban

emparentados con Frank: uno era Xu Fu, que había navegado en busca del elixir de la vida. La imagen en el arcoíris no tenía sonido, pero Frank recordaba las palabras de su madre: él fue tu tatarata-tatarata-tatarata... Le daba un golpecito a Frank en la barriga cada vez que decía "tatarata", y hubo docenas de golpecitos, hasta que éste se reía incontrolablemente.

También estaba Sung Guo, también llamado Seneca Gracchus, que había luchado contra doce dragones romanos y dieciséis dragones chinos en los desiertos occidentales de China. "Él fue el dragón más fuerte de todos, ya ves" dijo su madre, "¡Así es cómo él pudo luchar contra ellos!" Frank no sabía qué quería decir, pero sonaba emocionante.

Entonces golpeó dulcemente su barriga con tantos 'tatarata's que Frank rodó por el suelo huyendo de las cosquillas: "¡Y tu más antiguo ancestro del que se tiene consciencia fue el Príncipe de Pilos! Hércules luchó una vez contra él. ¡Fue una lucha muy encarnizada!"

"¿Ganó?" preguntó Frank.

Su madre rió, pero no hubo tristeza en su voz: "No, nuestro ancestro perdió. Pero no fue fácil para Hércules. Imagínate intentare luchar contra un enjambre de abejas. Así es cómo fue. ¡Incluso Hércules tuvo problemas!"

Aquéel comentario no tuvo sentido para Frank, ni entonces ni aquél momento. ¿Su ancestro había sido apicultor?

Frank no había pensado en aquellas historias, pero ahora que las veía las recordaba tan claramente como la cara de su madre. Era duro volverla a ver. Frank quería volver a aquél tiempo. Quería ser otra vez un niño pequeño y enroscarse en su regazo.

En la imagen del arcoíris, el pequeño Frank preguntaba de dónde venía su familia. ¡Demasiados héroes! ¿Venían de Pilos, Roma, China o Canadá?

Su madre sonrió, moviendo su cabeza a los lados como pensándose la pregunta.

"Li-Jien", dijo finalmente. "Nuestra familia es de muchos lugares, pero nuestro hogar es Li-Jien. Siempre recuérdalo, Frank, tienes un don especial. Puedes ser cualquier cosa"

El arcoíris se disolvió, volviendo de nuevo a Iris y a Frank.

—No lo entiendo—su voz sonó entrecortada.

—Tu madre de lo explicó—dijo Iris—. Puedes ser cualquier cosa.

Sonaba como una de esas estúpidas cosas que decían los padres para animar a sus hijos, o un eslogan barato que podría estar imprimido en una de las camisetas de Iris, junto a las camisetas de "¡La diosa está viva" o "¡Mi otro coche es una alfombra mágica!". Pero con el tono en el que lo dijo, sonaba como un desafío.

Frank apretó la mano contra el bolsillo de su pantalón, dónde guardaba la medalla de sacrificio de su madre. El medallón de plata era tan frío como el hielo.

—Yo no puedo ser cualquier cosa—insistió Frank—. No tengo ninguna habilidad.

—¿Lo has intentado? —preguntó Iris—. Quisiste ser un arquero. Te las arreglaste bastante bien. Aunque solo has descubierto la superficie. Tus amigos Hazel y Percy ambos conviven entre dos mundos: griego y romano, el pasado y el presente. Pero tú estás conviviendo en muchos más. Tú familia es antigua: la sangre de Pilos que viene del lado de tu madre, y tu padre siendo Marte. No me extraña que Juno quiera que seas uno de los siete héroes. Quiere que luches contra los gigantes y contra Gea. Pero piensa esto: ¿Qué quieres?

—No tengo elección—dijo Frank—. Soy el hijo de un estúpido dios de la guerra.

Tengo que ir en esta misión y...

—Tengo que—dijo Iris—. No quiero. Yo pensaba igual que tú. Entonces me cansé de ser la sirviente de todo el mundo. Repartir cálices de vino para Júpiter. Repartir cartas para Juno. Enviar mensajes de un lado de para el otro del arcoíris con un dracma de oro.

—¿Un qué de oro?

—Nada importante. Pero aprendí a liberarme. Fundé el COVEA, y ahora soy libre de tanta cosa. Tú también puedes liberarte. Quizá no puedas huir del destino. Algún día ese pedazo de madera arderá. Preveo que lo tendrás tú cuando eso suceda, y tu vida terminará...

—Gracias—murmuró Frank.

—...lo que hace tu vida más preciada. No tienes que ser tus padres ni lo que espere tu abuela. No tienes que seguir ni las órdenes del dios de la guerra, ni las de Juno. Controla tu vida. ¡Frank, encuentra tu camino!

Frank reflexionó sobre aquello. La idea era tentadora: desafiar los dioses, huir de su destino, de su padre. No quería ser el hijo del dios bélico. Su madre había muerto en la guerra. Frank había perdido todo lo que quería por una guerra. Estaba claro que Marte no sabía lo primero sobre él, Frank no quería ser un héroe.

—¿Por qué me estás contando esto? —preguntó—. ¿Quieres que abandone esta misión? ¿Qué deje que el Campamento Júpiter sea destruido? Mis amigos cuentan conmigo.

Iris extendió las manos.

—No puedo decirte qué hacer, Frank. Pero haz lo que quieres, no lo que debes.

¿Pero quién me iba a hacer caso a mí? Me he pasado cinco milenios sirviendo a todo el mundo, pero nunca me descubrí a mí misma. ¿Cuál es mi animal sagrado? Nadie se ha molestado a darme uno. ¿Dónde están mis templos? Nunca nadie ha hecho uno. Bueno, da igual. He encontrado paz aquí en la cooperativa. Podrías quedarte aquí, si quieres. Ser un COVEAdor.

—¿Un qué?

—El hecho es que tienes opciones. Si continúas esta misión... ¿qué pasará cuando liberes a Tánatos? ¿Será bueno para tus amigos? ¿Para tu familia?

Frank recordó lo que su abuela le había dicho: tenía un encuentro con la Muerte. La abuela le enfurecía muchas veces, pero aún así, era su única familia viva, la única persona viva que le había querido. Si Tánatos seguía encadenado, Frank no la perdería. Y Hazel, de alguna manera tendría que volver al Inframundo. Si la Muerte se la llevaba de nuevo, Frank no podría soportarlo. No hacía falta mencionar el propio problema de Frank: según Iris, podría haber muerto cuando fue un bebé. Todo lo que le quedaba entre Muerte y él era un pedazo de leño. ¿Se lo llevaría a él también?

Frank intentó imaginarse si se quedara con Iris, llevando una camiseta del COVEA, vendiendo cristales y cazadores de sueños a semidioses viajeros y lanzando simulaciones de pasteles libres de gluten a los monstruos que pasaran. Mientras tanto, un ejército increíble destruiría el Campamento Júpiter.

Puedes ser cualquier cosa, le había dicho su madre.

No, pensó, no puedo ser tan egoísta.

—Tengo que ir—dijo—. Es mi trabajo.

Iris suspiró.

—Me lo esperaba, pero tenía que intentarlo. La tarea que te espera... Bueno, no se la desearía a nadie, especialmente a un chico tan majo como tú. Si debes irte, te puedo ofrecer algún consejo. Necesitas ayuda para encontrar a Tánatos.

—¿Sabías que los gigantes le perseguían? —preguntó Frank.

Iris miró pensativa a las campanillas de viento tintineando en el techo.

—No, Alaska está más allá de la esfera de control de los dioses. Buscar al vidente Fineo. Está ciego, pero puede ver el pasado, el presente y el futuro. Sabe muchas cosas. Puede decirte dónde está atrapado Tánatos.

—Fineo...—dijo Frank—. ¿No había una historia sobre él?

Iris asintió, reacia.

—En los viejos tiempos, cometió crímenes horribles. Usó su don de vista para el mal. Júpiter le envió las harpías para perseguirle. Los argonautas, incluyendo a tu ancestro, por supuesto...

—¿El príncipe de Pilos?

Iris vaciló.

—Sí, Frank. Aunque su don, su historia... eso lo debes descubrir por ti mismo. Es suficiente decir, que los argonautas se deshicieron de las harpías para obtener la ayuda de Fineo. Eso fue hace eones, pero entiendo porqué Fineo ha vuelto al mundo de los vivos. Le encontraréis en Portland, Oregón, que está hacia el norte. Pero me debes prometer una cosa. Aunque esté perseguido por las harpías, no las matéis, no importa lo que Fineo os prometa. Ganaos su ayuda de otra forma. Las harpías no son malvadas. Son mis hermanas.

—¿Tus hermanas?

—Lo sé. No parezco demasiado a hermana de las harpías, pero es cierto. Y Frank... hay otro problema. Si vas a salir, tendrás que librarte de los basiliscos de la colina.

—¿Hablas de las serpientes?

—Sí—dijo Iris—. Basilisco, significa “pequeña corona”, lo que es un nombre bastante mono para algo que no es mono. No me gusta tener que matarlos. Son criaturas vivas, después de todo. Pero no seréis capaces de irlos de aquí, hasta que se hayan ido. Si tus amigos intentan luchar contra ellos, bueno, preveo que ocurrirán cosas terribles. Solo tú tienes la habilidad de matar a los monstruos.

—¿Pero cómo?

Miró al suelo. Frank se dio cuenta de que estaba mirando su lanza.

—Ojalá hubiera otra forma—dijo—. Si tuvieras unas comadreja, por ejemplo. Las comadreas son mortales para los basiliscos.

—No llevo comadreas encima—admitió Frank.

—Entonces tendrás que hacer servir el regalo de tu padre. ¿Estás seguro de que no quieres vivir aquí? Hacemos un arroz con leche libre de lactosa excelente.

Frank se levantó.

—¿Cómo puedo hacer servir la lanza?

—Eso tienes que averiguarlo tú. No puedo involucrarme en la violencia. Mientras luches, me encargaré de tus amigos. Espero que Fleecy haya encontrado las medicinas herbales adecuadas. La última vez, mezcló cosas sin querer... Bueno, no creo que aquellos héroes quisieran ser margaritas.

La diosa se levantó. Sus gafas brillaron, y Frank vio su propio reflejo en las lentes. Parecía serio y sombrío, nada que ver con el niño pequeño que había visto en el arcoíris.

—Un último consejo, Frank—dijo—. Estás destinado a morir sujetando ese pedazo de madera, viéndole arder. Pero quizá si no lo mantuvieras tú mismo. Quizá si se lo confiaras a alguien lo suficiente apegado a ti...

Los dedos de Frank se cerraron alrededor de la madera.

—¿Te estás ofreciendo?

Iris rió, con gracia.

—Oh, cielo, no. Lo perdería entre la colección. Lo mezclaría con los cristales o lo vendería como un pisapapeles por accidente. No, me refiero a un amigo semidiós. Alguno cercano a tu corazón.

Hazel, pensó Frank de inmediato. No había nadie en quien confiara más. ¿Pero podría confesarle su secreto? Si le admitía lo débil que era, que su vida entera dependía de un palo medio quemado... Hazel nunca le volvería a ver como un héroe. Nunca había sido su caballero andante. ¿Cómo esperar que ella pudiera soportar aquella responsabilidad?

Envolvió el pedazo de madera y lo guardó de nuevo en su bolsillo.

—Gracias... gracias, Iris.

Le dio un apretón de manos.

—No pierdas la esperanza, Frank. El arcoíris siempre tiene sitio para la esperanza. Volvió hacia el interior de la tienda, dejando a Frank solo.

—Esperanza—refunfuñó Frank—. Ojalá tuviera unas pocas comadrejas.

Agarró la lanza de su padre y salió para enfrentarse a los basiliscos.

CAPITULO XXIII

FRANK

FRANK ECHABA DE MENOS SU ARCO. Se puso donde el porche y disparó una flecha a los basiliscos desde lejos. Unas pocas flechas explosivas bien colocadas, unos pocos cráteres en la colina... problema resuelto.

Desafortunadamente, un carcaj lleno de flechas no ayudaría demasiado a Frank si no las pudiera disparar. Además, no tenía ni idea de dónde estaban los basiliscos.

Deberían haber dejado de escupir fuego tan pronto como salió al exterior.

Salió por el porche y alzó su lanza dorada. No le gustaba luchar de cerca. Era demasiado lento y demasiado corpulento. Lo había hecho bien en los juegos bélicos, pero aquello era real. No había águilas gigantes preparadas para atraparlo y llevarlo ante los médicos si cometía un error.

“Puedes ser cualquier cosa”. La voz de su madre resonó en su mente.

De acuerdo, pensó. Quiero ser bueno con la lanza. E inmune al veneno, y al fuego. Algo que le decía a Frank que su deseo no estaba concedido. La lanza parecía inestable en sus manos.

Había marcas de fuego aún moldeadas en el lado de la colina. El acre ardía en las fosas nasales de Frank. La hierba seca crujía bajo los pies de Frank,

Pensó en todas las historias que su madre acostumbraba a contarle: generaciones de héroes que habían luchado contra Hércules, contra dragones y mares infestados de monstruos. Frank no entendía cómo podría haber nacido en aquella familia, o cómo su familia había emigrado de Grecia por el Imperio Romano a China, pero algunas ideas inquietantes comenzaban a venírsele a la cabeza. Por primera vez, comenzó a preguntarse sobre aquél Príncipe Pilos, y sobre la desgracia de su tatarabuelo Shen Lun en el Campamento Júpiter, y sobre qué podrían ser aquellos poderes familiares. “El don nunca ha mantenido a nuestra familia a salvo” le había advertido la abuela.

Un pensamiento alentador mientras Frank estaba de caza de unas serpientes malignas que escupían fuego y eran venenosas.

La noche era tranquila excepto por el chisporroteo de las llamas. Cada vez que una brisa hacía moverse las hojas, Frank pensó en los espíritus del grano que habían capturado a Hazel. Con suerte, se habrían ido al sur con el gigante Polibotes. Frank no necesitaba más problemas.

Bajó colina abajo, con ardor de ojos por el humo. Entonces, a unos diez metros, vio una llama encenderse.

Se planteó lanzar la lanza, algo estúpido por supuesto. Entonces se quedaría sin arma. En vez de eso avanzó hacia el fuego. Deseó que tuviera los frascos de sangre de gorgona, pero se habían quedado en el barco. Se preguntó si la sangre de gorgona podría curar el veneno de basilisco... Pero aún con los frascos y eligiendo el correcto dudaba que hubiera tenido tiempo para tomarlo antes de convertirse en polvo como su arco. Llegó a un claro de hierba quemada y se encontró a sí mismo cara a cara frente a un basilisco.

La serpiente se irguió en su cola. Siseó, y expandió su collar de púas blancas alrededor de su cuello. Pequeña corona, recordó Frank. Es lo que significa “basilisco”. Había pensado que los basiliscos eran dragones enormes como monstruos que podían petrificar con la mirada. De alguna manera los basiliscos reales eran aún más

horribles. Tan finos como eran y el añadido de que escupían fuego, veneno y maldad haría que fueran más difíciles de matar que un gran y voluminoso lagarto. Frank había visto lo rápido que podían moverse.

El monstruo fijó sus pálidos ojos amarillos en Frank. ¿Por qué no atacaba?

La lanza dorada de Frank estaba fría y pesaba. Los dientes de punta señalaban hacia el suelo, como el anzuelo de una caña de pescar.

—Para ya—le reprendió Frank a su lanza. Ya tenía bastantes problemas enfrentándose al monstruo como para que tuviera que luchar contra su lanza.

Entonces escuchó ruido de movimiento a cada uno de sus lados. Los otros dos basiliscos se deslizaron hasta el claro.

Frank había ido directo a una emboscada.

CAPITULO XXIV

FRANK

FRANK SACUDIÓ SU LANZA A TODOS LADOS.

—¡Alejáos! —su voz sonaba temblorosa—. Tengo... eh... ¡poderes increíbles y esas cosas!

Los basiliscos hicieron un trío de siseos. Quizá se estuvieran riendo. La punta de la lanza pesaba demasiado como para alzarla, como si el afilado triangulo blanco hecho de hueso estuviera intentando tocar la tierra. Entonces algo encajó en la mente de Frank: Marte había dicho que la punta era el diente de un dragón. ¿No había oído alguna historia acerca de dientes de dragón plantados en el suelo? ¿Algo que había leído en la clase de Monstruos en el campamento?...

Los basiliscos le rodearon, tomándose su tiempo. Quizá estaban vacilando por la lanza. Quizá no podían creerse lo estúpido que era Frank.

Parecía una locura, pero Frank dejó que la lanza tocara el suelo con la monta. Lo plantó en el suelo. Crac.

Cuando la sacó, la punta había desaparecido, se había roto en el suelo. Maravilloso. Ahora tenía un palo dorado.

Una parte alocada de su interior quería sacar el pedazo de leño. Si iba a morir de todas formas, quizá pudiera crear una gigantesca llamarada, incinerar a los basiliscos y dar una oportunidad a sus amigos de escapar.

Antes de que pudiera armarse de valor, el suelo comenzó a temblar a sus pies.

Comenzó a crearse un pequeño agujero en el suelo, y una mano esquelética salió del suelo. Los basiliscos sisearon y retrocedieron.

Frank no podía culparles. Miró con horror como un esqueleto humano emergía del suelo. Fue poco a poco formándose como si alguien estuviera juntándolo hueso a hueso, cubriéndolos con una piel gris brillante y transparente. Todo lo de la criatura era gris: ropas grises sobre carne gris en huesos grises.

Se giró hacia Frank. Su calavera sonrió bajo su inexpresiva cara gris. Frank gimoteó como un cachorrito. Sus piernas le temblaban tanto que tuvo que ayudarse de la lanza para mantenerse de pie. El guerrero esquelético aguardaba. Aguardaba órdenes, se dio cuenta Frank.

—¡Mata a los basiliscos! —gritó—. ¡Pero a mí no!

El guerrero esqueleto entró en acción. Agarró la serpiente más cercana, y a pesar de que su carne gris comenzó a humear al contacto, estranguló al basilisco con una mano y lanzó su cuerpo inerte a un lado. Los otros dos basiliscos sisearon, furiosos.

Uno se dirigió a Frank, pero lo apartó a un lado con la punta de su lanza.

La otra serpiente escupió fuego directamente a la cara del guerrero. El esqueleto avanzó y aplastó la cabeza del basilisco bajo su bota.

Frank se giró al último basilisco, que estaba enroscado al borde del claro estudiándoles. La lanza de oro imperial de Frank estaba humeando pero, a diferencia de su arco, no parecía estar deshaciéndose al tacto del basilisco. La mano y el pie derechos del guerrero esqueleto se estaban disolviendo lentamente por el veneno. Su cabeza estaba en llamas, pero aún así parecía estar bien. El basilisco hizo algo inteligente: entró en retirada. En un borrón de movimiento, el esqueleto agarró algo de su camiseta y esto voló a través del claro, empalando al basilisco en el suelo. Frank

creyó que era un cuchillo, y entonces se dio cuenta de que era una de las costillas del esqueleto. Frank agradeció que su estómago estuviera vacío.

—Eso... eso ha sido increíble.

El esqueleto se arrodilló ante el basilisco. Le arrancó la costilla y la usó para cortar la cabeza de la criatura. El basilisco se disolvió en cenizas. Entonces el esqueleto decapitó los otros dos animales y pateó las cenizas hasta que se disolvieron. Frank recordó las dos gorgonas en el Pequeño Tíber: la forma en la que las que el río las había diseminado para contenerlas de rematerializarse.

—Te estás asegurando de que no puedan volver—se dio cuenta Frank—. O al menos, intentando retrasarles.

El guerrero esqueleto se puso delante de Frank. Su pie y su mano envenenadas habían casi desaparecido del todo. Su cabeza seguía ardiendo.

—¿Qué...? ¿Qué eres...?—preguntó Frank. Quiso añadir: por favor, no me mates.

El esqueleto saludó con el muñón de la mano al estilo militar. Entonces comenzó a derrumbarse, hundiéndose de nuevo en el suelo.

—¡Espera! —dijo Frank—. Ni siquiera sé cómo llamarte... ¿Hombre del diente?

¿Huesos? ¿Gris?

Mientras su cara desaparecía entre el suelo, el guerrero pareció haber sonreído al oír el último nombre, o quizá era que solo enseñaba sus esqueléticos dientes. Y se hubo ido, dejando a Frank solo con su lanza sin punta.

—Gris—murmuró—. De acuerdo, pero...

Examinó la punta de su lanza. Lentamente, se iba formando un nuevo diente de dragón encima de la vara dorada.

“Tienes tres oportunidades”, le había dicho Marte, “úsalo bien”.

Frank oyó pisadas detrás de él, Percy y Hazel corrieron hacia el claro. Percy parecía estar mejor, a pesar de que llevaba un bolso teñido de muchos colores del COVEA, que definitivamente no era su estilo. Contracorriente estaba en su mano. Hazel había sacado su spatha.

—¿Estás bien? —preguntó.

Percy giró en círculo, buscando enemigos.

—Iris nos ha dicho que estabas aquí fuera luchando contra los enemigos tú solo y nos hemos quedado un poco como “¿Qué?”. Hemos salido lo más rápido que hemos podido. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro—murmuró Frank.

Hazel tocó el punto en el suelo dónde había desaparecido Gris.

—Puedo sentir muerte. O mi hermano ha estado aquí o... ¿los basiliscos están muertos?

Percy le miró, sorprendido.

—¿Los has matado a todos?

Frank tragó saliva. Ya se había sentido bastante bicho raro sin tener que explicar su nuevo subalterno no-muerto.

“Tres oportunidades”. Frank podría llamar a Gris dos veces más. Pero había sentido malevolencia en aquél esqueleto. No era una mascota. Era una sanguinaria y no muerta fuerza de matar, controlada con dificultad por el poder de Marte. Frank tenía el sentimiento que haría lo que le pidiese, pero si sus amigos estaban en la línea de fuego... oh, bueno... Y si Frank era un poco lento dándole órdenes, podría comenzar a matar todo lo que encontrara en su camino, incluyendo a su jefe.

Marte le había dicho que la lanza le ayudaría a seguir con vida hasta que aprendiera a usar el talento de su madre. Lo que significaba que Frank tenía que aprender a usar aquel talento, lo más rápido posible.

—Muchas gracias, papá—murmuró.

—¿Qué? —preguntó Hazel—. Frank, ¿te encuentras bien?

—Os lo explicaré después—dijo—. Ahora mismo, tenemos a un ciego al que visitar en Portland.

CAPITULO XXV

PERCY

PERCY YA SE SENTÍA el semidiós más patético de la historia de lo patético. El bolsito era la gota que colmaba el vaso.

Habían dejado el COVEA a toda prisa, por lo que Iris no había querido supuesto el bolso como una crítica. Lo había llenado a toda prisa con pasteles enriquecidos con vitaminas, pieles de frutas secas, cecina de ternera macrobiótica y unos pocos cristales de buena suerte. Entonces se la había colgado a Percy y había dicho.

—Aquí, necesitaréis esto. Oh, qué bien te queda.

El bolso, perdón, el accesorio masculino tenía los colores del arco-iris y un símbolo de la paz pegado con cuentas de madera y el eslogan “Abraza a todo el mundo”. Percy quiso que pusiera “Abraza al inodoro”. Lo habría tomado como un comentario a su masiva e increíble inutilidad. Mientras navegaban hacia el norte, puso el bolso masculino tan lejos de él como pudo, pero el bote era pequeño.

No podía creerse cómo se había venido abajo cuando sus amigos más le necesitaban. Primero, había sido lo suficientemente inútil como para dejarles solos cuando había vuelto al barco y entonces Hazel había acabado secuestrada. Entonces había visto el ejército yendo al sur y había tenido algún tipo de ataque nervioso.

¿Vergonzoso? Sí. Pero no pudo evitarlo. Cuando había visto aquellos centauros malvados y los cíclopes, le había parecido tan mal, tan incómodo, que había creído que su cabeza explotaría. Y el gigante Polibotes... aquél gigante le había causado una sensación contraria a cuando estaba en el océano. La energía de Percy había sido sustraída, dejándole débil y febril, como si su interior estuviera mermando.

El té medicinal de Iris le había ayudado a sentirse mejor, pero su mente seguía dañada. Había oído historias de amputaciones que tenían dolores fantasmas cuando perdían las piernas y los brazos. Así es como se sentía su mente, como si los recuerdos perdidos siguieran ahí.

Lo peor de todo, cuanto más lejos fuera Percy, esos recuerdos más perdían intensidad. Había comenzado a sentirse bien en el Campamento Júpiter, recordando nombres aleatorios y caras. Pero incluso ahora la cara de Annabeth parecía difusa. En el COVEA, cuando había intentado enviar el mensaje Iris a Annabeth, Fleecy había negado con la cabeza, triste.

“Es como si estuvieras marcando el número de alguien” había dicho “pero has olvidado el número. O alguien está interfiriendo en la señal. Lo siento, cielo. No puedo conectarte.

Percy tenía miedo de dejar de recordar la cara de Annabeth por completo cuando llegara a Alaska. Quizá se levantara un día y ni siquiera recordase su nombre.

Aún así, tenía que concentrarse en la misión. El ver al ejército enemigo le había mostrado a lo que se enfrentaban. Era temprano en la mañana del 21 de junio. Tenían que llegar a Alaska, encontrar a Tánatos, localizar el estandarte de la legión y tenían que llegar al Campamento Júpiter en el atardecer del 24. Cuatro días. Mientras tanto, el ejército enemigo estaba a unas pocas millas de distancia del campamento.

Percy guió el barco a través de fuertes corrientes en la costa norte de California. El viento era frío, pero iba bien, aclarando algunas confusiones en su mente. Doblegó su

voluntad para hacer que el barco fuera lo más rápido posible. El casco vibraba mientras el Pax seguía adelante hacia el norte.

Mientras tanto, Hazel y Frank habían intercambiado historias sobre lo acontecido en la tienda de Iris. Frank les había hablado sobre el profeta ciego Fineo en Portland, y cómo Iris le había dicho que sería capaz de decirles dónde estaba Tánatos. Frank no había dicho cómo se las había arreglado para deshacerse de los basiliscos, pero Percy tenía la sensación de que tenía algo que ver con la punta rota de su lanza. Fuera lo que fuera lo que había sucedido, Frank sonaba más asustado de la lanza que de los basiliscos.

Cuando hubo terminado, Hazel le contó a Frank lo que había pasado estando con Fleecy.

—¿Entonces funcionó el mensaje Iris? —preguntó Frank.

Hazel le lanzó a Percy una mirada de simpatía. No mencionó el hecho de que no habían podido contactar con Annabeth.

—Me puse en contacto con Reyna—dijo—. Tienes que lanzar una moneda a un arcoíris y decir un encantamiento como: Oh, Iris, diosa del arcoíris, acepta mi ofrenda. Aunque Fleecy lo ha cambiado un poco. Nos ha dado algo así como su teléfono directo. Así que hay que decir: Oh, Fleecy, hazme un favor. Muéstrame a Reyna en el Campamento Júpiter. Me sentí un poco estúpida, pero funcionó. La imagen de Reyna apareció en el arcoíris, como en una videoconferencia. Estaba en el lavabo. Se asustó muchísimo.

—Habría pagado por verlo—dijo Frank—. Me refiero... su cara. No, ya sabes, a ella en el lavabo.

—¡Frank! —Hazel hizo una cara como si necesitara aire. Era un gesto anticuado, pero mono, de alguna manera—. Bueno, le dijimos a Reyna lo del ejército, pero como dijo Percy, lo sabía más o menos. No cambia nada. Va a hacer lo que pueda para mantener las defensas. A menos de que desatemos la Muerte, y devolvamos el águila...

—El Campamento no podrá contener un ejército—acabó Frank—. No, sin ayuda. Después de aquello, navegaron en silencio.

Percy seguía pensando en los cíclopes y los centauros. Pensó en Annabeth, el sátiro Grover y su sueño de un gigantesco barco de guerra en construcción.

“Vienes de algún lugar” le había dicho Reyna.

Percy deseó poder recordar. Podría pedir ayuda. El campamento Júpiter no podría luchar solo contra los gigantes. Debían de haber aliados en algún lugar.

Toqueteó su colgante, sintiendo las cuentas, la tabla de probatio y el anillo de plata que le había dado Reyna. Quizá en Seattle pudieran hablar con su hermana Hylla. Podría enviar ayuda, si no es que mataba a Percy nada más verlo.

Después de unas horas de navegar, Percy comenzó a cabecear. Tenía miedo de caerse exhausto. Entonces encontró algo en lo que concentrarse. Una orca pasó cerca del barco y Percy mantuvo una conversación mental con él. No fue como hablar, fue algo así:

“¿Puedes llevarnos al norte, lo más cerca de Portland?” preguntó Percy.

“Como focas. ¿Sois focas?” preguntó la orca.

“No. Tengo un bolso masculino lleno de cecina de ternera macrobiótica, si quieres”.

Admitió Percy.

La orca se estremeció. “Promete no darme de comer eso y os llevaré al norte”.

“Trato hecho”

En poco tiempo, Percy hizo un arnés de cuerdas y lo puso alrededor de la orca. Fueron mucho más rápido hacia el norte bajo el poder de la orca, y bajo la insistencia de Frank y Hazel, Percy se acomodó para una pequeña siesta. Sus sueños fueron disociados y de miedo como siempre. Se imaginó a sí mismo en el Monte Tamalpais, al norte de San Francisco, luchando en la antigua fortaleza de los titanes. No tenía ningún sentido. No había estado con los romanos cuando atacaron, pero lo vio con claridad: un titán con una armadura. Annabeth y otras dos chicas luchando al lado de Percy. Una de las chicas murió en la batalla, Percy se arrodilló ante ella mientras la veía disolverse en estrellas. Entonces vio el barco de guerra gigante en un embarcadero seco. La cabeza del dragón de bronce brillaba con la luz de la mañana. Las jarcias y el armamento ya estaban listos, pero algo estaba mal. Una trampilla en cubierta estaba abierta, y un humo salía de algo parecido a un motor. Un chico con el pelo rizado negro estaba maldiciendo mientras toqueteaba el motor con una llave inglesa. Otros dos semidioses estaban agachados detrás de él, mirándole, preocupados. Él era un adolescente con el pelo rubio y corto. Ella era una chica con el pelo largo y oscuro, con trenzas.

—¿Sabes que hoy es el solsticio? —dijo la chica—. Se supone que debemos ir hoy.

—¡Lo sé! —el mecánico del pelo rizado aporreó el motor unas pocas veces más—. Podrían ser los motores de propulsión, podrían ser las tuercas del motor, podría ser Gea liándola otra vez. ¡No estoy seguro!

—¿Cuánto tiempo te llevará? —preguntó el chico rubio.

—¿Dos, tres días?

—Puede que no tengan tanto tiempo—les advirtió la chica.

Algo le decía a Percy que se refería al Campamento Júpiter. Entonces la escena cambió.

Vio un chico y su perro corriendo por las colinas amarillas de California. Pero mientras la imagen se enfocaba, Percy se dio cuenta de que no era un chico. Era un cíclope en unos andrajosos tejanos y una camiseta de franela. El perro era una montaña desgarrada de pelaje negro, que bien podría haber sido igual de grande que un rinoceronte. El cíclope llevaba un gigantesco garrote por encima de su hombro, pero Percy no lo vio como un enemigo. Llamó el nombre de Percy... ¿le llamaba hermano?

—Huele aún más lejos—le dijo el cíclope al perro—. ¿Por qué huele aún más lejos?

—¡GUAU! —ladró el perro, y el sueño de Percy cambió.

Vio una cadena de montañas nevadas, tan altas que rompían el cielo. La cara durmiente de Gea apareció en las sombras de las montañas.

“Mi peón valioso”, dijo suavemente, “no temas, Percy Jackson. ¡Ven al norte! Tus amigos morirán, sí. Pero yo te preservaré por ahora. Tengo grandes planes para ti”

En el valle entre las montañas se extendía un gigantesco campo de hielo. El borde del valle caía al mar, con pedazos de hielo constantemente cayendo al agua. En lo alto del campo de hielo se erguía un campamento legionario: murallas, fosos, torres, barracones, como el Campamento Júpiter pero tres veces más grande. En los caminos fuera del principia, una figura vestida con ropas oscuras estaba encadenada en el hielo. La visión de Percy le llevó por detrás de él, al cuartel general del campamento. Allí, en la penumbra, estaba sentado un gigante incluso más grande que Polibotes. Su piel era dorada. Detrás de él estaban expuestos los destrozados y congelados estandartes romanos de una legión, incluyendo una gigantesca y dorada águila con las alas extendidas.

“Te esperamos”, dijo la voz del gigante, “mientras buscáis a tientas en el norte, intentando encontrarme, mis ejércitos destrozarán vuestros preciados campamentos, primero el romano y luego el otro. No podéis ganar, pequeño semidiós. Percy se despertó dando bandazos a la luz de una mañana gris, con la lluvia cayendo por su cara.

—Y yo creía que dormía profundamente—dijo Hazel—. Bienvenido a Portland. Percy se incorporó y parpadeó. El escenario a su alrededor era muy distinto al de su sueño, no estaba seguro de si era real. El Pax flotaba en un río oscuro a través de una ciudad. Unas nubes oscuras cruzaban el cielo por encima de ellos. La lluvia fría era tan fina, que parecía estar suspendida en el aire. A la izquierda de Percy se alzaban distintos almacenes industriales y una vía de tren. A su derecha había un pequeño barrio: un grupo de acogedoras chimeneas por la orilla del río y una línea de colinas pobladas de bosque con niebla. Percy se restregó los ojos para despertarse del todo.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

Frank le echó una mirada como diciendo: “no te lo vas a creer”:

—La orca nos llevo hasta el río Columbia. Entonces pasó el arnés a una pareja de esturiones de dos metros.

Percy creyó que Frank había dicho centuriones. Se había imaginado a unos soldados romanos con sus cascos y su armadura llevándoles el barco por el agua a nado. Entonces se dio cuenta de que Frank se refería a los esturiones, los peces. Se alegró de no haber dicho nada. Habría sido embarazoso, por que era el hijo del dios del mar y esas cosas.

—De todas formas—siguió Frank—, los esturiones nos llevaron durante un tiempo. Hazel y yo nos turnamos para dormir. Entonces entramos en este río...

—El Willamette—dijo Hazel.

—Correcto—dijo Frank—. Después de eso, el barco comenzó a moverse por sí mismo hasta aquí. ¿Has dormido bien?

Mientras el Pax iba hacia el sur, Percy les habló sobre sus sueños. Intentó concentrarse en lo positivo: el barco de guerra podría llegar para ayudar al Campamento Júpiter. Un cíclope simpático y un perro gigante le estaban buscando. No mencionó lo que dijo Gea de: “Tus amigos morirán”.

Cuando Percy describió el campamento romano en el hielo. Hazel parecía preocupada.

—Entonces Alcioneo está en un glaciar—dijo—. Eso no nos deja las cosas más claras. Alaska tiene cientos de glaciares.

Percy asintió.

—Quizá el tal profeta Fineo nos pueda decir cuál...

El barco se atracó solo en un muelle. Los tres semidioses observaron los edificios del centro de Portland.

Frank se sacudió la lluvia del pelo.

—Así que ahora tenemos que encontrar a un hombre ciego bajo la lluvia—dijo Frank—. Yuju

CAPITULO XXVI

PERCY

NO FUE TAN DURO COMO CREÍAN. El griterío y el látigo de algas ayudaron. Llevaban chaquetas polares ligeras con sus provisiones, por lo que se adentraron en la fría lluvia y caminaron delante de unos pocos bloques a través de unas calles casi desérticas. Aquella vez Percy fue listo y se había llevado la mayoría de las provisiones del barco. Incluso llevaba la cecina macrobiótica en el bolsillo de su abrigo, en caso de que si necesitaba tratar con alguna que otra orca más.

Vieron algún que otro ciclista y unos cuantos vagabundos apostados en los portales, pero la mayoría de los habitantes de aquella ciudad parecían estar en el interior de sus casas.

Mientras bajaban por Glisan Street, Percy miró con nostalgia a los tipos de un café disfrutando de una bebida caliente y unas pastas. Estaba a punto de sugerir que se pararan para desayunar cuando oyó una voz calle abajo gritando:

—¡JA! ¡CHÚPAOS ESA, ESTÚPIDOS POLLOS! —seguido del ruido de un látigo y muchos graznidos.

Percy miró a sus amigos:

—¿Creéis que...?

—Probablemente. —coincidió Frank.

Corrieron hacia el ruido. En el siguiente bloque, encontraron un aparcamiento abierto con tres aceras y filas de camiones-restaurante llenando las calles por los cuatro costados. Percy había visto camiones-restaurante antes, pero nunca había visto tantos en el mismo lugar. Algunos eran simples cajas blancas metálicas sobre ruedas, con toldos y cajas registradoras. Otros estaban pintados de azul o de morado o a lunares, con grandes carteles y coloridos menús y mesas como si fueran unos restaurantes self-service. Uno anunciaba tacos coreanos y brasileños, lo que sonaba algo como una cocina altamente secreta y radioactiva. Otro ofrecía sushi en un palo. Un tercero vendía bocadillos de helado frito. El olor era increíble, docenas de cocinas distintas cocinando al mismo tiempo.

El estómago de Percy rugió. La mayoría de los camiones estaban abiertos al público, pero no había casi nadie por allí. ¡Podrían coger lo que quisieran! ¿Bocadillos de helado frito? Oh, tío, eso sonaba mejor que la ternera macrobiótica.

Por desgracia, había más cosas que cocinas abiertas. En el centro del aparcamiento, detrás de todos los camiones-restaurante, un anciano en un albornoz corría con un látigo de algas, gritándole a un grupo de mujeres-pájaro que intentaban robar comida de una mesa de picnic.

—Harpías—dijo Hazel—. Eso significa...

—Ese es Fineo—supuso Frank.

Corrieron por la calle y se escondieron entre el camión coreano-brasileño y otro que vendía burritos de huevo chino.

La parte trasera de los camiones no era tan apetecible como la parte frontal. Estaba poblada con envoltorios de plástico, containers de basura de los que sobresalía la basura, y un tendedero de ropa casero en el que colgaban delantales y toallas húmedas.

El tío del albornoz era viejo y gordo, estaba casi del todo calvo y tenía cicatrices por su frente y una mata de un grasiento pelo blanco. Su albornoz estaba manchado de ketchup y estaba correteando por ahí con unas suaves zapatillas de conejitos rosas, agitando su látigo de algas a la media docena de harpías que estaban planeando por encima de su mesa de picnic. Era del todo ciego. Sus ojos eran del color de la leche, y fallaba la mitad de las veces dándoles a las harpías, pero aún así lo hacía bastante bien.

—¡Atrás, pollos sucios! —gritó.

Percy no estuvo seguro del porqué, pero tenía una vaga sensación de que las harpías deberían estar regordetas. Estas parecían hambrientas. Sus caras humanas tenían ojos hundidos y tenían huecos en las mejillas. Sus cuerpos estaban mudando las plumas, porque tenían huecos sin ellas y sus alas eran dotadas de unas pequeñas y secas manos. Vestían sacos de estopa por vestidos. Mientras atacaban por comida, parecían más desesperadas que furiosas. Percy lo lamentó por ellas.

¡CHAAAAAAS! El anciano zarandeó su látigo otra vez. Le dio a una de las alas de una harpía. Ésta gritó de dolor y se alejó aleteando, dejando caer plumas amarillas mientras volaba.

Otra harpía daba círculos más alta que los demás. Parecía más joven y más pequeñas que las otras, con plumas de un rojo brillante.

Miraba con cuidado buscando una apertura, y cuando el anciano se giró, hizo una caída rápida hacia la mesa. Agarró un burrito con las garras del pie, pero antes de que pudiera escapar, el hombre ciego movió su látigo de algas y la azotó en la espalda tan fuerte que Percy tembló. La harpía gritó, dejando caer el burrito y salió volando.

—¡Eh, basta! —gritó Percy.

Las harpías lo entendieron mal y al ver a los tres semidioses, salieron volando. Muchas de ellas aletearon hasta unos árboles cercanos, mirando con nostalgia la mesa de picnic. La de las plumas rojas con la espalda dolida voló sin descanso por Glisan Street y se perdió de vista.

—¡Ja! —el hombre ciego gritó triunfal y dejó caer su látigo de algas. Sonrió en la dirección de Percy—. ¡Gracias, extraños! ¡Vuestra ayuda es apreciada!

Percy tuvo que contener su furia. No había querido ayudar al anciano, pero recordó que necesitaban información de él.

—Eh, bueno—se acercó al anciano, manteniendo un ojo en su látigo de algas—. Soy Percy Jackson, y estos son...

—¡Semidioses! —dijo el anciano—. Siempre puedo oler a los semidioses.

Hazel frunció el ceño.

—¿De verdad que olemos tan mal?

El anciano rió.

—Por supuesto que no, cielo. Pero te sorprendería saber lo agudos que son mis otros sentidos cuando me volví ciego. Soy Fineo. Y vosotros... esperad, no me lo digáis... Alcanzó la cara de Percy y le tocó los ojos.

—¡Au! —se quejó Percy.

—¡Hijo de Neptuno! —exclamó Fineo—. Creía haber olido el océano en ti, Percy Jackson. También soy hijo de Neptuno, ya sabes.

—Eh, sí. De acuerdo—Percy se rascó los ojos. Como si suerte estuviera relacionada con aquél tipo regordete. Primero, comienzas llevando un bolso masculino. Y antes de que te des cuenta, comienzas a correr en albornoz con unas zapatillas de conejitos rosas agitando un látigo de algas...

Fineo se giró a Hazel.

—Y aquí... ¡Oh, dioses! El olor del oro y de la tierra profunda. Hazel Levesque, hija de Plutón. Y a tu lado... el hijo de Marte. Pero hay mucho más en tu historia, Frank Zhang...

—Sangre ancestral—murmuró Frank—. El príncipe de Pilos, bla, bla, bla.

—¡Periclimeno, exacto! Fue un tipo muy majo. ¡Me encantaban los argonautas! Frank se quedó boquiabierto.

—Espera, Peri... ¿qué?

Fineo sonrió.

—No te preocupes. Sé todo sobre tu familia. ¿Esa historia sobre tu tatarabuelo? No destrozó tu campamento. Eso sí, qué grupo más interesante formáis. ¿Tenéis hambre?

Frank parecía que hubiera sido atropellado por un camión, pero Fineo pasó a otros asuntos. Señaló con la mano su mesa de picnic. En los árboles cercanos, las harpías graznaban, miserablemente. Con lo hambriento que estaba Percy, no pudo evitar pensar en aquellas pobres mujeres-pájaro mirándole.

—Mira, estoy confuso—dijo Percy—. Necesitamos información. Nos dijeron que...

—... que esas harpías me quitaban la comida. —acabó Fineo—, y que si me ayudáis, os ayudaría.

—Algo así—admitió Percy.

Fineo rió.

—Eso son noticias viejas. ¿Parezco saltarme alguna comida?

Se tocó la barriga, que era del tamaño de una pelota de baloncesto hinchada más de lo normal.

—Eh... no—dijo Percy.

Fineo sacudió su látigo de algas con un gesto amplio. Los tres chicos pegaron un bote.

—¡Las cosas han cambiado, amigos míos! —dijo—. Cuando conseguí el don de la profecía, eones atrás, es cierto que Júpiter me maldijo. Me envió las harpías para que me robaran la comida. Ya veis, tuve la boca un poco grande. Relaté demasiados secretos que los dioses querían mantener—se giró a Hazel—. Por ejemplo, tú deberías estar muerta. Y tú...—se giró a Frank—... tu vida depende de un leño ardiendo.

Percy frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Hazel parpadeó como si la hubieran abofeteado. Frank parecía que le hubiera acabado de atropellar un camión, otra vez.

—Y tú—Fineo se giró a Percy—, bueno, por ahora, ni siquiera sabes quién eres. Te lo podría decir, por supuesto, pero... ¡ja! ¿Qué tendría de divertido? Y que Brigid O'Shaughnessy disparó a Miles Archer en El Halcón maltés de 1941. Y que Darth Vader es el padre de Luke. Y que el ganador de la próxima Super Bowl será...

—¡Lo hemos pillado! —dijo Frank.

Hazel agarró su espada como si tuviera la tentación de partir en dos al anciano.

—Entonces, hablaste demasiado y los dioses te maldijeron. ¿Por qué han parado?

—¡Oh, no lo han hecho! —el anciano arqueó las cejas como diciendo “¿Os lo podéis creer?”—. Hice un trato con los argonautas. También querían información, ya veis.

Les dije de matar a las harpías y cooperaron. Bueno, se deshicieron de esas

estúpidas criaturas, pero Iris no les dejó matarlas. ¡Un insulto! Así que esta vez, cuando mi patrona me trajo a la vida...

—¿Tu patrona? —preguntó Frank.

Fineo le lanzó una sonrisa brillante.

—Gea, por supuesto. ¿Quién crees que ha abierto las Puertas de la Muerte? Tu chica aquí al lado, lo sabe. ¿No es Gea tu patrona también?

Hazel alzó su espada.

—¡Ya no soy... no soy su... Gea no es mi patrona!

Fineo parecía sorprendido. Si había oído la espada siendo desenfundada, hizo como si no lo hubiera oído.

—Bueno, si quieres ser noble y leal al bando perdedor, tú misma. Pero Gea está despertando y ya reescrito las reglas de la vida y la muerte. Estoy vivo de nuevo, y a cambio de mi ayuda, una profecía aquí, otra allí, puedo conseguir mi deseo más preciado. Se han girado los turnos, digamos. Ahora puedo comer todo lo que quiera, durante todo el día, y las harpías tienen que pasar hambre y mirarme.

Hizo un chasquido con el látigo y las harpías se estremecieron en los árboles.

—¡Están malditas! —dijo el anciano—. Solo pueden comer de mi mesa, y no pueden abandonar Portland. Desde que las Puertas de la Muerte han sido abiertas, ni siquiera pueden morir. ¿No es magnífico?

—¿Magnífico? —protestó Frank—. Son criaturas vivientes. ¿Por qué eres tan malo con ellas?

—¡Son monstruos! —dijo Fineo—. ¿Y “malo”? ¡Esos demonios emplumados me han atormentado durante años!

—Pero era su deber—dijo Percy, intentando controlarse—. Júpiter se lo ordenó.

—Oh, no me importa Júpiter—dijo Fineo—. A su debido tiempo, Gea hará que los dioses sean condescendentemente castigados. Han hecho un trabajo terrible controlando el mundo. Pero por ahora, disfruto de Portland. Los mortales no se dan cuenta de mí. Creen que soy un anciano loco espantando palomas.

Hazel se adelantó hacia el profeta.

—¡Eres horrible! —le dijo a Fineo—. ¡Pertenece a los Campos de Castigo!

Fineo rió.

—¿Y me lo dice una muerta, niña? No deberías decir nada. ¡Tú comenzaste todo!

¡Gracias a ti, Alcioneo está vivo!

Hazel dio un paso atrás.

—¿Hazel? —los ojos de Frank se habían abierto como platos—. ¿De qué está hablando?

—¡Ja! —dijo Fineo—. Lo descubrirás pronto, Frank Zhang. Entonces veremos si sigues siendo igual de dulce con tu amiguita. Pero no es por eso por lo que estáis aquí, ¿verdad? Queréis encontrar a Tánatos. Está siendo cautivo por Alcioneo en su morada. Puedo deciros dónde es. Por supuesto que puedo. Pero tendréis que hacerme un favor.

—¡Olvídalo! —le espetó Hazel—. ¡Trabajas para el enemigo! Deberíamos enviarte nosotros mismos al Inframundo!

—Intentadlo—sonrió Fineo—. Pero dudo que permanezca muerto mucho tiempo. Ya veis, Gea me ha enseñado la forma rápida de volver. Y con Tánatos encadenado, no hay nadie quién me mantenga allí abajo. Además, si me matáis no tendréis mis secretos.

Percy estuvo tentado de dejar a Hazel usar su espada. De hecho quería matar al anciano él mismo.

“Campamento Júpiter” se dijo a sí mismo. “Salvar el campamento es lo más importante”. Recordó a Alcioneo riendo en sus sueños. Si gastaban su tiempo buscando por Alaska, buscando la morada del gigante, los ejércitos de Gea destrozaban a los romanos y a los otros amigos de Percy, dondequiera que estuvieran.

Hizo sonar sus dientes.

—¿Qué favor?

Fineo se humedeció los labios, emocionado.

—Hay una harpía más rápida que el resto.

—La roja—supuso Percy.

—¡Estoy ciego! ¡No distingo los colores! —gritó el anciano—. De todas formas, es la única con la que tengo problemas. Es astuta, la maldita. Siempre va a la suya, nunca hace caso de las demás. Ella me hizo esto.

Señaló sus cicatrices en la frente.

—Capturad esa harpía—dijo—. Traédmela. La quiero atada delante de mí para que pueda echarle un ojo y para... eh... hablar con ella. Las harpías odian ser atadas, les causa un extremo dolor. Sí, disfrutaré mucho. Quizá incluso pueda alimentarla para que dure más.

Percy miró a sus amigos. Llegaron a un acuerdo silencioso: nunca ayudarían a aquel viejo loco. Por otra parte, necesitaban aquella información. Necesitaban un plan B.

—Oh, de acuerdo. Id y hablad entre vosotros—dijo Fineo, suavemente—. No me importa. Solo recordad que sin mi ayuda, vuestra misión fracasará. Y todo el mundo al que queréis en este mundo morirá. Ahora, ¡largaos! ¡Traedme esa harpía!

CAPITULO XXVII

PERCY

—NECESITAREMOS UN POCO DE TU COMIDA—Percy cogió un poco de la mesa de picnic: un bol cubierto de fideos thai con macarrones con queso y una pasta con forma de tubo que parecía una mezcla de burrito con canela.

Antes de que perdiera el control y le estampara el burrito en la cara a Fineo, Percy dijo:

—Vámonos, chicos— y salieron del aparcamiento.

Se detuvieron a mitad de calle. Percy respiró hondo, intentando calmarse. La lluvia había amainado a una ligera cortinilla de agua. La niebla fría se agradecía.

—Ese hombre...—Hazel dio un golpe a una parada de autobús—. Tiene que morir. Otra vez.

Era difícil de decir con la lluvia, pero parecía que había estado llorando. Su largo pelo rizado estaba pegado a los lados de su cara. Y con la luz gris, sus ojos parecían más pequeños. Percy recordó lo segura que había estado cuando se encontraron por primera vez: tomando el control de la situación con las gorgonas y llevándolo a un lugar seguro. Le había apoyado en el altar de Neptuno y le había hecho sentirse bienvenido al campamento.

Ahora quería devolverle el favor, pero no sabía cómo. Parecía perdida, desaliñada y deprimida. Percy no se sorprendió al oír que había vuelto del Inframundo. Lo había estado sospechando: la forma en la que evitaba hablar de su pasado, la forma en la que Nico di Angelo había sido tan secreto y cauto...

Pero eso no cambiaba la forma en la que la veía. Parecía... bueno, viva, como una chica normal con un buen corazón que se merecía crecer y tener un futuro. No era un loco como Fineo.

—Se la devolveremos—le prometió Percy—. No es como tú, Hazel. No me importa lo que diga.

Negó con la cabeza.

—No sabes la historia entera. Debería haber sido enviada a los Campos de Castigo. Soy igual de...

—¡NO! —Frank apretó los puños. Parecía que estuviera buscando a alguien que no estuviera de acuerdo con él: enemigos que pudieran atacar el honor de Hazel—. ¡Eres una buena persona! —gritó por la calle. Unas cuantas harpías salieron volando en los árboles cercanos, pero nadie les prestó atención.

Hazel miró a Frank. Se acercó con calma, como si estuviera tentada de darle la mano pero como si tuviera miedo de que fuera a evaporarse.

—Frank...—parpadeó—. Yo no...

Por desgracia, Frank parecía estar enfrascado en sus propios pensamientos.

—Podría intimidar al viejo—se ofreció—, quizá si le asuste...

—Frank, está bien—dijo Percy—. Sigamos con nuestro plan, pero no creo que Fineo pueda cooperar si le hacemos eso. Además, solo puedes usar dos veces más esa lanza, ¿no es cierto?

Frank miró el diente de dragón en la lanza, que había crecido del todo la noche anterior.

—Sí, supongo...

Percy no estaba seguro de lo que había dicho el profeta sobre la historia de la familia de Frank: su tatarabuelo destrozando el campamento, su ancestro argonauta, y no sé qué sobre un palo quemado controlando la vida de Frank. Pero aquello había dejado destrozado a Frank. Percy decidió no preguntar, no quería que el grandullón comenzara a llorar, y mucho menos delante de Hazel.

—Tengo una idea—Percy señaló hacia la calle—. La harpía de las plumas rojas se ha ido por ahí. Veamos si podemos hacer que hable con nosotros.

Hazel miró la comida en sus manos.

—¿Vas a usar eso como cebo?

—Más bien como un ofrecimiento de paz—dijo Percy—. Vamos. Sólo debemos intentar evitar que las harpías nos roben esto, ¿de acuerdo?

Percy destapó los fideos thai y abrió el burrito de canela. Un humo que olía realmente bien salió de ambos envoltorios. Caminaron por la calle, Hazel y Frank con sus armas desenfundadas. Las harpías les seguían de cerca, yendo de árbol en árbol, escondiéndose tras buzones y estaciones de autobús, siguiendo el olor de la comida.

Percy se preguntó qué verían los mortales a través de la Niebla. Quizá creían que las harpías eran palomas y que las armas eran palos de golf o algo. Quizá creían que los fideos thai con macarrones y queso estaban tan buenos que necesitaban escolta.

Percy no dejó de mirar la comida. Había visto lo rápidas que eran las harpías y no quería perder su ofrecimiento de paz antes de que encontraran la harpía roja.

Finalmente, la avistaron, dando vueltas encima de un aparcamiento entre varios edificios antiguos. El camino se estrechó a través de un parque bajo unos enormes olmos y arces, pasando por esculturas y parques infantiles con bancos de madera. El lugar le recordaba a Percy a... algún otro parque. ¿Su hogar? No podía recordarlo, pero le hizo añorar su hogar.

Cruzaron la calle y encontraron un banco en el que sentarse, cerca de una gigantesca escultura de bronce de un elefante.

—Parece Aníbal, el del campamento—dijo Hazel.

—Pero este es chino—dijo Frank—. Mi abuela tiene uno de estos—parpadeó—. Me refiero, el suyo no es tan grande. Pero importa objetos de... bueno, de China. Somos chinos. —miró a Percy y a Hazel que intentaban no reírse—. ¿Me puedo morir de vergüenza ya, por favor? —preguntó.

—No te preocupes, tío—dijo Percy—. Veamos si nos podemos hacer amigos de esa harpía.

Levantó los fideos thai y ondeó el olor: especias picantes y queso recién fundido. La harpía roja voló más bajo.

—No te haremos daño—le llamó Percy—. Solo queremos hablar. Los fideos thai a cambio de una charla, ¿de acuerdo?

La harpía aterrizó en un destello rojo y se posó en la estatua del elefante.

Era terriblemente delgada. Sus piernas emplumadas eran como palos. Su cara podría haber sido bella si no fuera por las mejillas hundidas. Se movía con movimientos rápidos, como los de un pájaro, y sus ojos del color del café no dejaban de moverse, con sus dedos tocándose el plumaje, las orejas y su enmarañado pelo rojo.

—Queso—murmuró, mirando a todas partes—. A Ella no le gusta el queso.

Percy vaciló:

—¿Te llamas Ella?

—Ella en inglés, pronunciado “e/a”. Aella, en latín “harpía”. A Ella no le gusta el queso.
—lo dijo todo sin respirar o establecer contacto visual. Sus manos tocaron el aire, su vestido de estopa, las gotas de lluvia, todo lo que se moviera.

Más rápida que un parpadeo de Percy, bajó, agarró el burrito de canela y apareció en la espalda del elefante de nuevo.

—¡Dioses, es rápida! —dijo Hazel.

—Y sobrecargada de cafeína—dijo Frank.

Ella olió el burrito. Apretó por el borde y lo olisqueó mejor. Comenzó a graznar como si se muriera.

—¡La canela es buena! —pronunció—. ¡Buena para harpías! Ñam.

Comenzó a comer, pero unas harpías más grandes aparecieron. Antes de que Percy pudiera reaccionar, comenzaron a zarandear a Ella con sus alas, agarrando el burrito.

—¡NOOOOOOOOOO! —Ella intentó esconderse con sus alas mientras sus hermanas la golpeaban, arañándola con sus garras—. ¡NO! —gritó—. ¡NOOO!

—¡BASTA! —gritó Percy. Él y sus amigos corrieron en su ayuda, pero llegaron demasiado tarde. Una harpía más grande y amarilla cogió el burrito y se fue volando, dejando a Ella graznando y temblando en la espalda del elefante.

Hazel tocó el pie de la harpía.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien?

Ella sacó su cabeza por entre las alas. Seguía temblando. Con sus hombros arqueados, Percy pudo ver la herida que le había dejado el látigo de Fineo. Se sacudió las plumas, sacándose las plumas amarillas.

—Pe...pequeña Ella—tartamudeó con furia—. Dé...débil Ella. No hay canela para Ella. Sólo queso.

Frank miró por la calle, allí donde las otras harpías estaban sentadas en un olmo, repartiéndose el burrito:

—Te traeremos otra cosa—le prometió.

Percy sacó los fideos thai. Se dio cuenta de que Ella era distinta, incluso para ser una harpía. Pero después de verla siendo atacada, estaba seguro de algo: fuera lo que fuera lo que había pasado, iba a ayudarla.

—Ella—dijo—, queremos ser tus amigos. Podemos traerte más comida, pero...

—Amigos. Friends, en inglés. Diez temporadas. Del 1994 al 2004—miró a los lados de Percy, entonces miró al cielo y comenzó a recitarle a las nubes—. “Un hijo de los Tres Grandes tendrá el poder de destruir o salvar el Olimpo para siempre”. Olimpo, Monte Olimpo, Grecia. Altura 2917. Diecisiete. Página diecisiete. “Aprendiendo a cocinar a la francesa”. Ingredientes. Bacón, mantequilla...

Las orejas de Percy pitaron. Se sintió mareado, como si le acabara de pasar una tonelada de agua por encima una y otra vez.

—Ella, ¿qué acabas de decir?

—Bacón—atrapó una gota de lluvia—. Mantequilla.

—No, antes de eso. Esos versos. Los conozco.

A su lado, Hazel tembló.

—Suenan familiares, también... No sé, es como una profecía. Quizá sea algo que ha oído de Fineo, ¿no?

Al oír “Fineo”, Ella tembló de terror y salió volando.

—¡Espera! —la llamó Hazel—. No quería decir... ¡Oh, dioses, soy estúpida!

—Está bien—señaló Frank—. Mirad.

Ella no se movía tan rápido como antes. Se hizo camino a través de la lluvia hacia un edificio de tres pisos con un tejado rojo y se metió por una trampilla hacia el interior. Una pluma roja descendió del tejado.

—¿Creéis que ese es su nido? —Frank leyó el cartel del edificio—. Biblioteca del Condado de Multnomah.

Percy asintió.

—Veamos si está abierta.

Corrieron por la calle y llegaron al vestíbulo del edificio.

Una biblioteca no habría sido la primera opción de Percy para visitar en una ciudad. Con su dislexia, ya tenía bastantes problemas leyendo carteles. ¿Un edificio lleno de libros? Eso sonaba tan divertido como una tortura china o que le sacaran los dientes. Mientras paseaban por el vestíbulo, Percy supuso que a Annabeth le encantaría aquel lugar. Era espacioso y con mucha luz, con grandes ventanas abovedadas. Libros y arquitectura, eso era definitivamente su...

Sus pensamientos se detuvieron.

—¿Percy? —preguntó Frank—. ¿Pasa algo?

Percy intentó concentrarse desesperadamente. ¿De dónde habían venido aquellos pensamientos? Arquitectura, libros... Annabeth le había llevado a una librería una vez, en su casa... allí en... en... La memoria le falló. Percy pegó un puñetazo a una estantería.

—¿Percy? —preguntó Hazel con amabilidad.

Estaba tan enfadado, tan frustrado con sus recuerdos perdidos que quería golpear a otra estantería, pero las caras preocupadas de sus amigos le trajeron de vuelta al presente.

—Estoy... estoy bien—mintió—. Sólo me he mareado por un segundo. Encontremos un camino al tejado.

Les llevó un momento, pero finalmente encontraron una escalera al tejado. En lo alto había una puerta con una alarma, pero alguien la había dejado abierta con una copia de Guerra y Paz.

A fuera, la harpía Ella estaba acurrucada en un montón de libros bajo una estructura de estanterías.

Percy y sus amigos avanzaron lentamente, intentando no asustarla. Ella no les prestó atención. Recogía sus plumas y murmuraba mientras respiraba fuertemente, como si estuviera ensayando un guión para una obra de teatro. Percy se puso a dos metros y se arrodilló.

—Hola. Sentimos haberte asustado. Mira, no tengo comida, pero...

Sacó un poco de la ternera macrobiótica de su bolsillo. Ella la olfateó y la atrapó inmediatamente. Se acurrucó de nuevo en su guarida, olisqueando la ternera, pero suspiró y la tiró a un lado.

—No... no... es de su mesa. Ella no puede comérselo. Vaya. La ternera iría bien para las harpías.

—No de su... ah, sí. Ya. —dijo Percy—. Es parte de la maldición. Sólo puedes comer su comida.

—Tiene que haber una forma—dijo Hazel.

—Fotosíntesis—murmuró Ella—. Sustantivo. Biología. La síntesis de los materiales orgánicos complejos. “Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría y también de la locura, la época de las creencias y de la incredulidad...”

—¿Qué está diciendo? —susurró Frank.

Percy miró el montón de libros a su alrededor. Todos parecían viejos y humedecidos. Algunos tenían los precios escritos en sus cubiertas, como si la biblioteca los hubiera encontrado en un mercadillo.

—Está citando libros—supuso Percy.

—Almanaque del granjero de 1965—dijo Ella—. “Hay que comenzar por dar de comer a los animales”. Veintiséis de enero.

—Ella—dijo Percy—, ¿te los has leído todos?

Ella parpadeó.

—Más. Muchos más abajo. Palabras. Las palabras calman a Ella. Palabras, palabras, palabras, palabras.

Percy recogió un libro al azar, una demacrada copia de “Historia de los caballos de carreras”.

—Ella... ¿recuerdas el tercer párrafo de la página sesenta y dos?

—“Secretariado” —dijo ella al instante—. “favorecidas tres a dos en el derbi de Kentucky de 1973, finalizada con el record de uno cincuenta y nueve y dos quintos”.

Percy cerró el libro. Sus manos temblaban.

—Palabra a palabra.

—Es increíble—dijo Hazel.

—Es un pollo inteligente—coincidió Frank.

Percy se sintió incómodo. Comenzaba a tener una terrible idea de por qué Fineo la quería capturada, y no era porque le molestara. Percy recordó el verso que había recitado: “Un hijo de los Tres Grandes”. Estaba seguro que se refería a él.

—Ella—dijo—, vamos a encontrar la manera de romper la maldición. ¿Te gustaría eso?

—Imposible—dijo—, canción grabada por Melocos en 2011.

—Nada es imposible—dijo Percy—. Ahora, mira, vamos a decir su nombre. No tienes que correr. Vamos a salvarte de la maldición. Solo tenemos que saber cómo vencer a... Fineo.

Esperó a que saliera corriendo, pero negó con la cabeza.

—¡NO! Fineo no. Ella es rápida. Demasiado rápida para él. Pero él quiere encadenarme. Él hiere a Ella.

La harpía intentó alcanzar la herida en su espalda.

—Frank—dijo Percy—, ¿tienes primeros auxilios?

—Claro—Frank sacó un termo lleno de néctar y le explicó sus propiedades curativas por Ella. Cuando se acercó, ella retrocedió y comenzó a tiritar. Entonces Hazel lo intentó y Ella le dejó poner un poco de néctar en su espalda. La herida comenzó a cerrarse.

Hazel sonrió.

—¿Ves? Está mejor.

—Fineo es malo—insistió Ella—. Y los látigos de algas. Y el queso.

—Por supuesto—coincidió Percy—. No dejaremos que te hiera otra vez. Tenemos que saber cómo vencerle. Las harpías debéis saber cómo mejor que nadie. ¿Hay alguna manera de cómo engañarle?

—No...—dijo Ella—. Los trucos son para niños. “50 trucos para enseñar a tu perro” por Sophie Collins, llamar al 636...

—De acuerdo, Ella—Hazel le habló en una extraña voz, como si intentara calmar un caballo—. ¿Pero tiene Fineo alguna debilidad?

—Ciego. Está ciego.

Frank puso los ojos en blanco, pero Hazel continuó con paciencia.

—De acuerdo. ¿Además de eso?

—Azar—dijo—, los juegos de azar. Dos a uno. Cara o cruz.

El ánimo de Percy comenzó a subir.

—¿Te refieres a que es un jugador?

—Fineo ve cosas grandes. Profecías. Destino. Cosas buenas. No cosas pequeñas.

Azar. Cosas emocionantes. Y es ciego.

Frank se rascó la barbilla.

—¿Alguien tiene idea de lo que habla?

Percy vio a la harpía agarrar su vestido de esparto. Lo sintió increíblemente mucho por ella, pero comenzaba a darse cuenta de lo lista que era.

—Creo que lo entiendo—dijo—. Fineo ve el futuro. Sabe muchísimas cosas importantes, pero no puede ver cosas pequeñas como casualidades o juegos de azar espontáneos. Eso hace que las apuestas sean emocionantes para él. Si le podemos tentar a hacer una apuesta...

Hazel asintió lentamente.

—Te refieres a que si pierde, nos contaría dónde está Tánatos. ¿Pero qué tenemos que apostar? ¿A qué juego podemos jugar?

—Algo simple, con altas apuestas—dijo Percy—. Como dos opciones. Una ganas, otra mueres. Y el precio es algo que Fineo quiera... a parte de Ella.

—La vista—murmuró Ella—. La vista es buena para los ciegos. La curación... no, no. Gea no quiere eso para Fineo. Gea mantiene a Fineo ciego, dependiente de Gea. Sí. Frank y Percy intercambiaron una mirada.

—La sangre de gorgona—dijeron al mismo tiempo.

—¿Qué? —preguntó Hazel.

Frank sacó uno de los dos frascos de cristal que había sacado del Pequeño Tíber.

—Ella es un genio—dijo—. A no ser que muramos.

—No te preocupes por eso—dijo Percy—. Tengo un plan.

CAPITULO XXVIII

PERCY

EL ANCIANO ESTABA JUSTO dónde lo habían dejado, en el centro del aparcamiento de restaurantes sobre ruedas. Estaba sentado en su mesa de picnic con sus zapatillas de conejos rosas puestas, comiendo un plato de un grasiento kebab. Su látigo de algas estaba a su lado. Su albornoz estaba manchado de salsa barbacoa.

—¡Bienvenidos de vuelta! —les llamó con alegría—. Oigo el aleteo nervioso de un par de alas. ¿Habéis traído a mi harpía?

—Está aquí—dijo Percy—. Pero no es tuya.

Fineo se chupó la grasa de los dedos. Sus ojos lechosos se fijaron en un punto por encima de la cabeza de Percy.

—Ya veo... bueno, de hecho, soy ciego, así que no lo veo. ¿Habéis venido a matarme, entonces? Si es así, buena suerte completando vuestra misión.

—Hemos venido a apostar.

La boca del anciano se cerró. Dejó el kebab en el plato y se giró a Percy.

—Una apuesta... interesante. Información interesante a cambio de una harpía. ¿El ganador se lo lleva todo?

—No—dijo Percy—. La harpía no entra en el trato.

Fineo rió.

—¿De verdad? Quizá no entendáis su valor.

—Es una persona—dijo Percy—. No está en venta.

—¡Por favor! Sois del campamento romano, ¿no? Roma fue construida en el esclavismo. No me echéis todas las culpas a mí. Además, ella ni siquiera es humana. Es un monstruo, un espíritu del viento, una subalterna de Júpiter.

Ella puso mala cara. Haberla metido en el aparcamiento ya había sido bastante difícil, pero ahora comenzaba a retroceder, temblando.

—“Júpiter. Hidrógeno y helio. Sesenta y tres satélites.” No tiene subalternos, no.

Hazel rodeó a Ella con uno de sus brazos. Parecía ser la única que podía tocar a la harpía sin causar griterío y aleteo. Frank estaba al lado de Percy, sujetando la lanza, preparado, como si el anciano fuera a atacar. Percy sacó los frascos de cristal.

—Tenemos una apuesta distinta. Tenemos dos frascos de sangre de gorgona. Uno mata, el otro sana. Son exactamente iguales. No sabemos cuál es cuál. Si escoges el correcto, podrías curarte la ceguera.

Fineo extendió las manos con avidez.

—Déjame sentirlos. Déjame olerlos.

—No tan rápido—dijo Percy—. Primero acepta el trato.

—Trato—Fineo respiraba con dificultad. Percy diría que estaba deseoso de aceptar la oferta—. Con el don de la profecía y la vista... sería imparable. Podría controlar la ciudad. Me construiría el palacio aquí, rodeado de restaurantes sobre ruedas. Podría capturar la harpía yo mismo...

—No...—dijo Ella nerviosa—. No, no y no.

Una risa malévolamente es difícil de hacer vestido con unas zapatillas de conejitos rosas, pero Fineo hizo lo que pudo.

—Muy buena esa, semidiós. ¿Cuál es tu trato?

—Tú eliges el frasco—dijo Percy—. Sin abrirlos, sin olerlos antes de decidir.

—¡Eso no es justo! Soy ciego.

—Y no tengo tu sentido del olfato. —dijo Percy—. Puedes agarrar los frascos. Juro sobre el río Estigio que son idénticos. Son exactamente lo que te hemos dicho: sangre de gorgona, un frasco del lado izquierdo del monstruo y uno del derecho. Y juro que ninguno de nosotros sabe cuál es cuál.

Percy miró a Hazel.

—Eh... tú eres una experta en el Inframundo. ¿Con todo este jaleo con la Muerte, jurar sobre el río Estigio sigue valiendo lo mismo que antes?

—Sí—dijo, sin vacilar—. Romper un voto como ese... bueno, no lo hagas. Hay cosas peores que la muerte.

Fineo se rascó la barba.

—Así que elijo el frasco que beber. Tú bebes el otro. Juramos beber al mismo tiempo.

—Correcto—dijo Percy.

—El perdedor muere, por supuesto—dijo Fineo—. Ese tipo de veneno me mantendría encerrado mucho tiempo en el Inframundo, al menos. Mi esencia sería destrozada y degradada. Así que estoy arriesgando mucho.

—Pero si ganas, lo tienes todo—dijo Percy—. Si yo muero, mis amigos juran dejarte en paz y no vengarse. Tendrás tu vista de vuelta, algo que Gea ni siquiera puede darte.

La expresión del anciano se puso más seria. Percy diría que se mantuvo tenso. Fineo quería ver. Por mucho que Gea le diera, él lo que quería era tener su vista de vuelta.

—Si yo pierdo—dijo el anciano—, estaría muerto, y sería incapaz de darte información. ¿Cómo os ayuda eso?

Percy se alegró de que le preguntara aquello que habían estado hablando de camino con sus amigos. Frank sugirió la solución.

—Anotas la localización de la morada de Alcioneo ahora—dijo Percy—. Guárdatelo, pero jura sobre el río Estigio que es ajustada y precisa. También tienes que jurar que si pierdes y mueres, las harpías serán liberadas de su maldición.

—Eso son palabras mayores—gruñó Fineo—. Te enfrentas a la muerte, Percy Jackson. ¿No sería más fácil entregarme a la harpía?

—Eso no es una opción.

Fineo sonrió con calma.

—Así que comienzas a darte cuenta de lo valiosa que es la harpía. Una vez tenga mi vista de vuelta, la capturaré yo mismo. Aquel que la controle... bueno, fui rey tiempo atrás. Esta apuesta podría hacerme rey de nuevo.

—Te estás saliendo del tema—dijo Percy—. ¿Tenemos trato?

Fineo se tocó la nariz, dubitativo.

—No puedo prever el resultado. Es preocupante cómo funciona todo. Un completo e inesperado juego de azar... hace que el futuro se nuble. Pero puedo decirte algo, Percy Jackson, un pequeño consejo. Si sobrevives hoy, no te va a gustar tu futuro. Un gran sacrificio se acerca, y no tendrás el valor de hacerlo. Te costará muchísimo. Le costará al mundo muchísimo. Sería más fácil que elijas el veneno.

La boca de Percy sabía como el agrio té verde de Iris. Quería pensar que el anciano quería volverle loco, pero algo le decía que la predicción era cierta. Recordó la advertencia de Juno cuando llegaron al Campamento Júpiter: sentirás dolor, miseria y

pérdida más allá de todo lo que has sentido nunca. Pero tendrás una oportunidad de salvar a tus amigos y a tu familia.

En los árboles del aparcamiento, las harpías se reunían para observar como si pudieran sentir el precio de la apuesta. Frank y Hazel estudiaban la cara de Percy con preocupación. Les había asegurado que las apuestas no eran cincuenta por ciento del todo. Tenía un plan. Por supuesto, el plan podía fracasar. Su oportunidad de sobrevivir debería ser o un cien por cien o un zero... No lo había mencionado.

—¿Hay trato? —preguntó de nuevo.

Fineo sonrió.

—Juro sobre el Río Estigio que acepto el acuerdo, tal y como los habéis descrito.

Frank Zhang, tú eres descendiente de un argonauta. Confío en tu palabra. Si gano, tú y tu amiga Hazel jurad que iréis en paz y no buscareis venganza.

Las manos de Frank se cerraron tan fuertemente que Percy creyó que rompería su lanza dorada, pero se las arregló para murmurar:

—Lo juro sobre el Río Estigio.

—Lo juro también—dijo Hazel.

—Te juro—murmuró Ella—, “te juro que no, que nunca me volverá a pasar...”

Fineo rió.

—En ese caso, encontradme algo para escribir. Comencemos.

Frank sacó una servilleta y un bolígrafo y Fineo escribió algo en la servilleta y la puso en el bolsillo de su albornoz.

—Juro que esta es la localización de la morada de Alcioneo. Pero no creo que vivas lo suficiente como para leerlo.

Percy alzó su espada y quitó toda la comida de la mesa. Fineo se sentó a un lado y Percy en el otro. Fineo alzó las manos.

—Déjame sentir los frascos.

Percy miró las colinas en la distancia. Se imaginó la cara de la mujer durmiente.

concentró los pensamientos hacia el suelo y esperó que la diosa le escuchara.

“De acuerdo, Gea” pensó, “te estoy llamando. Dijiste que eras mi peón valioso. Dijiste que tenías planes para mí, y que ibas a mantener hasta llegar al norte. ¿Quién es más valioso para ti, yo o este anciano? Porque uno de nosotros va a morir”

Fineo cerró sus dedos en un movimiento exasperante.

—¿Perdiendo tu valor, Percy Jackson? Déjame tenerlos.

Percy le pasó los frascos.

El anciano comparó su peso. Correteó sus dedos por la superficie de cristal. Entonces los puso en la mesa y luego cogió uno con cada mano. Un rumor pasó por el suelo, un pequeño terremoto, lo suficientemente fuerte como para que los dientes de Percy temblaran. Ella se movió, inquieta.

El frasco de la izquierda parecía más ligero que el derecho.

Fineo sonrió, malévolamente. Cerró sus dedos alrededor del frasco de la izquierda.

—Eres tonto, Percy Jackson. Escojo este. Ahora bebamos.

Percy cogió el frasco de la derecha. Sus dientes temblaban. El anciano alzó el frasco.

—Un brindis por los hijos de Neptuno.

Destaponaron los frascos y bebieron.

De inmediato, Percy se dobló, su garganta le ardía. Su boca sabía a gasolina.

—Oh, dioses—dijo Hazel detrás de él.

—¡NO! —dijo Ella—. No, no y no.

La visión de Percy se nubló. Podía ver a Fineo sonriendo triunfal, sentando erguido, parpadeando.

—¡Sí! —gritó—. ¡En cualquier momento, me volverá la memoria!

Percy había escogido el equivocado. Había sido estúpido de tomar tal riesgo. Sintió como si tuviera cristal roto en el estómago, yendo a sus intestinos.

—¡Percy! —Frank le agarró por los hombros—. ¡Percy, no puedes morir! Tosió para respirar... y de repente su visión se ajustó.

En el mismo momento, Fineo se dobló como si hubiera sido golpeado.

—¡No! No puedes...—el anciano se encorvó—. ¡Gea! ¡Tú! ¡Tú...!

Se puso a cuclillas y se alejó de la mesa, temblando.

—¡Soy demasiado valioso!

Le salía humo de la boca. Un ligero vapor amarillo salía de sus orejas, de su barba y de sus ojos ciegos.

—¡Es injusto! —gritó— ¡Me habéis engañado!

Intentó agarrarse al trozo de papel de su albornoz, pero sus manos temblaron, y sus dedos se convirtieron en arena.

Percy se levantó. No se sentía curado ni nada en particular. Su memoria no había sido devuelta mágicamente. Pero el dolor se había detenido.

—Nadie te ha engañado—dijo Percy—. Has escogido libremente, y te has mantenido en tu juramento— el rey ciego se sacudió agónicamente. Se convirtió en una masa desintegrándose y humeando hasta que no quedó nada de él. Sólo un viejo albornoz y un par de zapatillas rosas.

—Eso—dijo Frank—, son los peores botines de guerra de la historia.

La voz de una mujer sonó en la mente de Percy.

“Una apuesta, Percy Jackson” era un susurro durmiente, con un ligero tono de admiración. “Me has forzado a escoger, y tú eres más importante para mis planes que el viejo profeta. Pero no fuerces tu suerte. Cuando la muerte se acerca, prometo ser más dolorosa que la sangre de las gorgonas”

Hazel tocó el albornoz con la espada. No había nada debajo: ninguna señal de que Fineo intentara re-formarse. Miró a Percy, sorprendida.

—Ha sido lo más valiente que he visto nunca, o lo más estúpido.

Frank negó con la cabeza, incrédulo.

—Percy, ¿cómo lo has sabido? Confiabas demasiado que él escogería el veneno.

—Gea—dijo Percy—. Ella quiere que llegue a Alaska. Cree... no lo estoy seguro.

Cree que puede usarme como parte de su plan. Ha influido a Fineo de que escogiera el frasco equivocado.

Frank miró con horror los restos del anciano.

—¿Gea mataría a su propio sirviente antes que a ti? ¿Es eso lo que has apostado?

—Planes—murmuró Ella—. Planes y tramas. Grandes planes para Percy. Ternera macrobiótica para Ella.

Percy le pasó la bolsa de ternera y ella lo agarró con alegría.

—No, no y no—murmuró, medio cantando—. Fineo, no. Comida y palabras para Ella, sí.

Percy rebuscó por el albornoz y sacó la nota del bolsillo. Ponía “Glaciar Hubbard”.

Todo aquello por dos palabras. Se la pasó a Hazel.

—Sé dónde es. —dijo—. Es muy famoso. Hay mucho, mucho camino por delante.

En los árboles del aparcamiento, las otras harpías salieron de su shock. Graznaron emocionadas y volaron a los restaurantes sobre ruedas más cercanos, entrando por

las ventanas de servicio a las cocinas. Los cocineros gritaban en distintos idiomas. Los camiones se removieron hacia los lados. Plumas y comida volaron por todas partes.

—Será mejor que volvamos al barco—dijo Percy—. No tenemos tiempo que perder.

CAPITULO XXIX

HAZEL

INCLUSO ANTES DE SUBIRSE EN EL BARCO, Hazel se sintió mareada. Seguía pensando en Fineo y cómo el humo le salía de los ojos, con sus manos convirtiéndose en polvo. Percy le había asegurado que ella no era igual que Fineo. Pero sí que lo era. Había hecho algo peor que atormentar a unas pobres harpías. “¡Tú comenzaste todo esto!” había dicho Fineo, “Si no fuera por ti, Alcioneo no estaría vivo”

Mientras el barco iba por el río Columbia, Hazel intentó olvidarlo. Había ayudado a Ella a hacer un montón de libros viejos y revistas que habían liberado de la papelera de reciclaje de la biblioteca. No lo habían planeado del todo, el llevarse la harpía con ellos, pero Ella actuó como si lo hubieran acordado.

—“Amigos para siempre” —murmuraba—. Canción interpretada por José Carreras y Sarah Brightman escrita para los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. Amigos derritieron a Fineo y le dieron a Ella ternera. Ella irá con sus amigos.

Ahora estaba acomodada en el barco, mordiendo pedacitos de ternera y recitando citas de Charles Dickens y “50 Trucos para Enseñar a tu perro”.

Percy se arrodilló en proa, guiándoles por el océano con sus raros poderes que controlan el agua. Hazel se sentó al lado de Frank en el banco central, con sus hombros tocándose, lo que le hacía sentirse más nerviosa que una harpía con sobredosis de cafeína. Recordó cómo había estado Frank en Portland, gritando: —¡ES UNA BUENA PERSONA! —, como si estuviera listo para desafiar a cualquiera que lo negara.

Recordó lo apuesto que parecía en la colina de Mendocino, solo en el claro de hierba envenenada con su lanza en la mano, con hogueras ardiendo a su alrededor y las cenizas de tres basiliscos a sus pies.

Una semana atrás, si alguien le habría dicho que Frank era hijo de Marte, Hazel se habría reído. Frank era demasiado dulce y amable para eso, siempre había sentido un espíritu protector por él por su manía de meterse en líos. Pero desde que habían dejado el campamento, le veía de una forma distinta. Era más valiente de lo que parecía, ahora era él el que cuidaba de ella. Tenía que admitir que el cambio no estaba nada mal. El río se abrió en el océano. El Pax giró hacia el norte. Mientras navegaban, Frank les animó contándoles chistes como “¿Por qué el minotauro cruzó la carretera?” o “¿Cuántos faunos hacen falta para cambiar una bombilla?”. Señalaba los edificios de la costa que le recordaban lugares en Vancouver. El cielo comenzaba a oscurecerse, y el mar se puso del mismo color que las alas de Ella. El 21 de junio estaba terminando. El Festival de Fortuna tendría lugar al atardecer, exactamente en setenta y dos horas desde entonces.

Finalmente Frank sacó un poco de comida de su mochila, refrescos y magdalenas que había cogido de la mesa de Fineo. Los pasó a todo el mundo.

—Está bien, Hazel—dijo con calma—. Mi madre decía que no debes de cargar con un problema tú solo. Pero si no quieres hablar de ellos, está bien.

Hazel respiró hondo. Tenía miedo de hablar, no solo porque estuviera avergonzada, sino porque no quería desmayarse y volver al pasado.

—Tenías razón—dijo—, cuando supiste que había vuelto del Inframundo. Soy... una fugada. No debería estar viva.

Sintió como un nudo se rompía. La historia salió sola. Explicó cómo su madre había convocado a Plutón y se había enamorado del dios. Explicó el deseo de su madre de tener todas las riquezas del mundo, y cómo se había convertido en la maldición de Hazel. Describió su vida en Nueva Orleans, omitiendo a su novio Sammy. Mirando a Frank, no podría describir qué sentía él.

Describió la Voz, y cómo Gea había barrido la mente de su madre poco a poco.

Explicó cómo se habían mudado a Alaska, cómo Hazel había ayudado a alzarse al gigante Alcioneo, y cómo ella había muerto, hundiéndose en la isla de la Bahía de la Resurrección.

Sabía que Percy y Ella estaban escuchando, pero se lo dijo directamente a Frank.

Cuando hubo terminado, tenía miedo de mirarle. Esperó a que se moviera hacia ella, quizá le dijera finalmente que era un monstruo.

En vez de eso, le cogió la mano.

—Te sacrificaste a ti misma para detener al gigante de su despertar. Yo nunca podría haber sido así de valiente.

Sintió su pulso golpeándole las sienes.

—No fue valor. Dejé a mi madre morir, cooperé con Gea demasiado y ella casi ganó.

—Hazel—dijo Percy—, has detenido a una diosa por ti misma. Hiciste lo correcto...— su voz se quebró, como si hubiera tenido un pensamiento incómodo—. ¿Qué te paso en el Inframundo? Quiero decir, ¿después de que murieras? ¿No deberías haber ido al Eliseo? Pero si Nico te trajo de vuelta...

—No fui al Eliseo—notó la boca seca—. Por favor no preguntes...

Pero fue demasiado tarde. Recordó su descenso a la oscuridad, su llegada a la orilla del Río Estigio y su consciencia comenzó a descender.

—¿Hazel? —preguntó Frank.

—Deslizándose colina abajo—murmuró Ella—. Número cinco de los éxitos en Estados Unidos. Paul Simon. Frank, ve con ella. Simon dice: Frank, ve con ella.

Hazel no tenía ni idea de lo que estaba hablando Ella, pero su visión se oscureció mientras agarraba la mano de Frank. Se encontró a sí misma de nuevo en el Inframundo, y esta vez Frank estaba a su lado.

Estaban de pie en el barco de Caronte, cruzando el Estigio. Los escombros surcaban las oscuras aguas, un deshinchado globo de cumpleaños, un sonajero de bebé, unos pequeños muñecos de novio y novia de un pastel de boda, los restos de los deseos de los seres humanos.

—¿Dónde estamos? —Frank estaba de pie a su lado, parpadeando con una luz morada fantasmagórica, como si se hubiera convertido en un lar.

—Es mi pasado—Hazel se sintió increíblemente tranquila—. Es solo un eco, no te preocupes.

El barquero se giró y sonrió. En un instante era un apuesto hombre africano con un traje de seda caro, al otro un esqueleto con una túnica negra.

—Por supuesto que no te debes preocupar—dijo con un acento británico. Se dirigió a Hazel, como si no pudiera ver a Frank—. Te dije que te llevaría al otro lado, ¿verdad? Vale que no tengas una moneda, pero siendo la hija de Plutón, no estaría bien dejarte al otro lado.

El barco atracó en una playa oscura. Hazel llevó a Frank por las puertas oscuras del Erebo. Los espíritus se apartaban a su camino, sintiendo que era una hija de Plutón. El gigantesco perro de tres cabezas Cerbero gruñó en la oscuridad, pero les dejó pasar. En las puertas, caminaron por el largo pabellón y se situaron delante de la mesa de los jueces. Tres siluetas con túnicas negras y máscaras doradas miraban a Hazel.

Frank gimoteó.

—¿Quién...?

—Ellos decidirán mi destino—dijo—. Mira.

Igual que la otra vez, los jueces no le preguntaron nada. Simplemente miraron en el interior de su mente, sacando recuerdos de su cabeza y examinándolos como una colección de fotos antiguas.

—Frustró a Gea—dijo el primer juez—. Previno a Alcioneo de despertarse.

—Pero alzó al gigante en primer lugar—discutió el segundo juez—. Culpable de cobardía y debilidad.

—Ella es joven—dijo el tercer juez—. La vida de su madre cuelga en la balanza.

—Mi madre—Hazel encontró el valor para hablar—. ¿Dónde está ella? ¿Cuál ha sido su destino?

Los jueces la miraron, con sus máscaras doradas congeladas en unas sonrisas espeluznantes.

—Tu madre...

La imagen de Marie Levesque parpadeó por encima de los jueces. Estaba congelada en el tiempo, abrazando a Hazel mientras la cueva se destruía, con sus ojos cerrados fuertemente.

—Una pregunta interesante—dijo el segundo juez—. La división de la culpa.

—Sí—dijo el primer juez—. La hija murió por una causa noble. Previno muchas muertes por retrasar el alzamiento del gigante. Tuvo el valor de enfrentarse a la voluntad de Gea.

—Pero actuó demasiado tarde—el tercer juez dijo con tristeza—. Es culpable de instigar y asistir a la enemiga de los dioses.

—Su madre la influyó—dijo el primer juez—. La hija puede tener el Eliseo. Pero Marie Levesque tendrá un castigo eterno.

—¡No! —gritó Hazel—. ¡No, por favor! Eso no es justo.

Los jueces ladearon la cabeza al unísono. "Máscaras doradas" pensó Hazel, "el oro siempre ha estado maldito para mí". Se preguntó si el oro envenenaría sus pensamientos de alguna manera, por lo que nunca podría darle un juicio justo.

—Cuidado, Hazel Levesque—le advirtió el primer juez—. ¿Tomarás toda la responsabilidad? Podrías recaer tu culpa en el alma de tu madre. Eso sería razonable. Estabas destinada a grandes cosas. Tu madre separó tu camino. Mira lo que podrías haber sido...

Otra imagen apareció por encima de los jueces. Hazel se vio a sí misma como una niña pequeña, sonriendo con sus manos cubiertas de pintura. La imagen creció. Hazel se vio a sí misma más mayor, cómo su pelo se hacía más largo y sus ojos más tristes. Se vio a sí misma en su decimo tercer cumpleaños, cabalgando por los campos con su caballo alquilado. Sammy reía mientras corría detrás de ella: "¿De qué huyes? No soy tan feo, ¿verdad?". Se vio a sí misma en Alaska, bajando por la Tercera Calle en la nieve y en la oscuridad de camino a casa viniendo del colegio.

Entonces la imagen se volvió más vieja. Hazel se vio a sí misma con veinte años. Se parecía mucho a su madre, con su pelo peinado en trenzas, y sus ojos dorados brillando con asombro. Vestía un vestido blanco... ¿un vestido de bodas? Su sonrisa era tan afectuosa que Hazel supo instintivamente que debía estar mirando a alguien especial, alguien a quien amaba. Aquella visión no la hizo sentir mejor. Ni siquiera se preguntó con quién se habría casado. En vez de eso pensó: "Mi madre habría sido así si no hubiera sido manipulada por Gea".

—Tú has perdido esta vida—dijo el primer juez—. Por circunstancias especiales el Eliseo es para ti y el castigo para tu madre.

—No—dijo Hazel—. No fue todo su culpa. Fue manipulada. Ella me quería. Al final, intentó protegerme.

—Hazel—susurró Frank—. ¿Qué estás haciendo?

Ella apretó su mano, haciéndole callar. Los jueces no le prestaron atención.

Finalmente el segundo juez suspiró.

—No hay solución. Sin ser lo suficientemente buena, ni lo suficientemente malvada.

—El castigo debe ser dividido—decidió el primer juez—. Ambas almas serán confinadas a los campos de Asfódelo. Lo siento, Hazel Levesque. Podrías haber sido una heroína.

Pasó por el pabellón, hacia los campos amarillos que no acababan nunca. Llevó a Frank por entre una multitud de espíritus a un huerto de unos álamos negros.

—Has dejado el Eliseo—dijo Frank, asombrado—, para que tu madre no sufra.

—No se merece un castigo eterno—dijo Hazel.

—¿Pero... qué pasa ahora?

—Nada—dijo Hazel—. Nada... para toda la eternidad.

Fueron a la deriva sin rumbo. Los espíritus a su alrededor se movían como murciélagos, perdidos y confundidos, sin recordar su pasado o ni siquiera sus nombres. Hazel recordaba todo. Quizá porque era hija de Plutón, pero nunca olvidó quién era, o por qué estaba allí.

—Recordar hizo mi vida después de la muerte más dura—le dijo Frank, que seguía a su lado como un lar morado—. Y por muchas veces que intentara llegar al palacio de mi padre...—señaló al grandioso castillo negro que se alzaba en la distancia—. Nunca pude alcanzarlo. No podía dejar los Campos de Asfódelo.

—¿Viste a tu madre otra vez?

Hazel negó con la cabeza.

—No habría sabido quién soy. Estos espíritus... es como un sueño eterno para ellos, un trance infinito. Esto es lo mejor que pude hacer para ella.

El tiempo perdió su sentido, pero después de una eternidad, ella y Frank se sentaron juntos bajo un álamo negro, escuchando los gritos de los Campos de Castigo. En la distancia, bajo la luz artificial del Eliseo, las Islas de los Bienaventurados brillaban como esmeraldas en un refulgente lago azul. Barcos blancos cortaban el agua y las almas de los grandes héroes disfrutaban de la luz en las playas en una perpetua dicha.

—No te mereces los Campos de Asfódelo—protestó Frank—. Deberías estar con los héroes.

—Esto es sólo un eco—dijo Hazel—. Nos levantaremos, Frank. Solo parece que sea para siempre.

—Eso no importa—protestó—. Te han quitado todo en la vida, ibas a crecer convirtiéndote en una mujer hermosa y...—su cara se volvió de un morado oscuro—

... te ibas a casar con alguien—dijo con calma—, podrías haber tenido una buena vida. Lo has perdido todo.

Hazel tragó saliva. No había sido tan duro en los Asfódelos la primera vez, cuando había estado sola. Teniendo a Frank con ella la hacía sentir mucho más triste. Se había fijado no enfadarse por su destino. Hazel recordó la imagen de ella siendo adulta, sonriendo y enamorada. Sabía que no necesitaría demasiada amargura estropear su expresión y hacerla parecer igual que la Reina Marie. “Me merezco algo mejor” decía siempre su madre. Hazel no podía permitirse a sí misma sentir aquello. —Lo siento, Frank—dijo—. Creo que tu madre se equivocaba. Hay veces que compartir un problema no hace sobrellevarlo mejor.

—De hecho sí que lo hace—Frank deslizó su mano hacia el bolsillo de su abrigo—. Creo que tenemos toda una eternidad para hablar, por lo que tengo algo que decirte. Sacó un objeto envuelto en una tela, del mismo tamaño que un par de gafas. Cuando lo desenvolvió, Hazel vio un pedazo de leño medio quemado, brillando con una luz morada. Hazel frunció el ceño.

—¿Qué es...?—entonces la verdad la atravesó, fría y dura como un soplo de aire frío—. Fineo dijo que tu vida dependía de un leño quemado.

—Es cierto—dijo Frank—. Esta es mi línea de la vida, literalmente.

Le explicó cómo la diosa Juno había aparecido cuando era un bebé, cómo su abuela había cogido la madera de la hoguera.

—La Abuela dijo que tenía dones, algunos talentos que tenemos nuestro ancestro, el argonauta. Eso y que mi padre es Marte...—se encogió de hombros—. Se supone que tengo que ser poderoso o algo. Eso es por lo que mi vida puede arder tan fácilmente. Iris dijo que moriría sujetando esto, viéndolo arder.

Frank giró el pedazo de leño en sus dedos. Incluso en su forma fantasmagórica, parecía grande y robusto. Hazel adivinó que sería enorme cuando creciera, tan fuerte y sano como un buey. No podía creer que su vida dependiera de algo tan pequeño como un palo.

—Fran, ¿cómo puedes llevarlo tan tranquilo? —preguntó—. ¿No tienes miedo de lo que le pueda pasar?

—Eso es por lo que te lo estoy contando—le ofreció el leño—. Sé que es demasiado pedir, ¿pero podrías guardármelo tú?

A Hazel le dio vueltas la cabeza. Hasta entonces, había aceptado la presencia de Frank en su desmayo. Le había dejado acompañarla en su pasado, porque parecía justo enseñarle la verdad. Pero se preguntaba si Frank estaba experimentando aquello de verdad, o si solo se estaba imaginando su presencia. ¿Por qué le confiaría a ella su vida?

—Frank—dijo—, sabes quién soy. Soy la hija de Plutón. Todo lo que toco se destroza. ¿Por qué confiarías en mí?

—Eres mi mejor amiga—puso el leño en sus manos—. Confío en ti más que en nadie. Quería decirle que era un error, quería devolvérselo, pero antes de que pudiera decir nada más una sombra se cernió sobre ellos.

—Nuestro tren está aquí—supuso Frank.

Hazel casi había olvidado que estaba reviviendo su pasado. Nico di Angelo estaba de pie detrás de ella en su abrigo negro, con su espada de acero estigio a su lado. No vio a Frank, pero miró a Hazel y pareció poder ver su vida entera.

—Eres distinta—dijo—. Eres una hija de Plutón, recuerdas tu pasado.

—Sí—dijo Hazel—. Y tú estás vivo.

Nico la estudió como si estuviera leyendo un menú, decidiendo si pedir o no.
—Soy Nico di Angelo—dijo—. Estoy buscando a mi hermana. La muerte se ha ido, así que creo... creo... que podría devolverla a la vida y nadie se daría cuenta.
—¿De vuelta a la vida? —preguntó Hazel—. ¿Eso es posible?
—Debería serlo—suspiró Nico—. Pero ella se ha ido. Ha elegido renacer en una nueva vida. Llego tarde.
—Lo siento.
Él sujetó su mano.
—Tú también eres mi hermana. Te mereces otra oportunidad, ven conmigo

CAPITULO XXX

HAZEL

—HAZEL— PERCY LE ESTABA SACUDIENDO EL HOMBRO—. Despertad, estamos llegando a Seattle.

Se incorporó mareada, mientras la cegaba la luz de la mañana.

—¿Frank?

Frank gruñó, fregándose los ojos.

—¿Acabamos de... acabamos de...?

—Os habéis desmayados los dos—dijo Percy—. No sé por qué, pero Ella me dijo que no me preocupara. Me dijo que estabais... ¿compartiendo?

—Compartiendo—repitió Ella. Se agachó en popa, arreglándose las plumas de las alas con los dientes, algo que no parecía una forma muy efectiva de higiene personal. Escupió un par de plumas rojas—. Compartir es bueno. No más desmayos. Hazel ha compartido. No más desmayos.

Percy se rascó la cabeza.

—Sí... hemos estado teniendo conversaciones de ese tipo toda la noche. Sigo sin saber de qué está hablando.

Hazel puso la mano en su bolsillo, pudo sentir el pedazo de leño envuelto en una tela. Miró a Frank.

—Estabas allí.

Asintió. No dijo nada, pero su expresión era clara: sabía a lo que se refería. Quería que ella mantuviera el pedazo de leño seguro. No estaba segura de sentirse honrada o asustada. Nadie le había confiado algo tan importante.

—Esperad—dijo Percy—, ¿queréis decir que habéis compartido un desmayo? ¿Vais a desmayaros juntos a partir de ahora?

—No—dijo Ella—. No, no y no. no hay más desmayos. Más libros para Ella. Libros en Seattle.

Hazel miró por el agua. Estaban navegando por una gran bahía, haciéndose camino por una cosa vadeada de edificios bajos. Vecindarios poblaban unas colinas. De las más alta se alzaba una torre blanca con un platillo en lo más alto, como una nave espacial de las viejas películas de Flash Gordon a las que Sammy le encantaba ver.

“¿No habrán más desmayos?” pensó Hazel. Después de sufrirlos tanto, la idea parecía buena. ¿Cómo podía estar tan segura Ella? Aún así, Hazel se sentía distinta... más arraigada, como si no intentara vivir entre dos mundos nunca más.

Cada músculo de su cuerpo comenzó a relajarse. Se sintió como si finalmente se hubiera deshecho de una chaqueta que llevaba meses vistiendo. De alguna manera, teniendo a Frank con ella durante los desmayos había ayudado. Había revivido todo su pasado hasta donde comenzaba el presente. Ahora tenía que centrarse en el futuro, suponiendo que tuviera alguno. Percy guió el barco hacia los muelles de la ciudad. Mientras se acercaba, Ella rascaba nerviosa el montón de libros.

Hazel también comenzó a sentirse nerviosa. No estaba segura del por qué. Era un claro y soleado día en Seattle y éste parecía un bonito lugar, con sus calles y sus puentes, sus manzanas de edificios brillando en la bahía, y sus montañas coronadas con nieve alzándose en la distancia. Aún así, se sintió observada.

—Eh... ¿por qué nos paramos aquí? —preguntó.

Percy les mostró el anillo plateado en su colgante.

—Reyna tiene una hermana aquí. Me pidió que la encontrara y le enseñara esto.

—¿Reyna tiene una hermana? —preguntó Frank, como si la idea le aterrorizara. Percy asintió.

—Aparentemente Reyna cree que su hermana podría enviar ayuda al campamento.

—Amazonas—murmuró Ella—. Territorio de Amazonas. Hmm. Ella encontrará bibliotecas. No me gustan Amazonas. Fieras. Escudos. Espadas. Puntagudas. Au. Frank alzó su lanza.

—¿Amazonas? Como... ¿chicas guerreras?

—Eso tendría sentido—dijo Hazel—. Si la hermana de Reyna también es hija de Belona, ya veo por qué se ha unido a las Amazonas. Pero... ¿es seguro para nosotros estar aquí?

—No, no y no—dijo Ella—. Conseguir libros en vez de eso. No Amazonas.

—Tenemos que intentarlo—dijo Percy—. Se lo prometí a Reyna. Además, el Pax no lo llevaba bien. Le he estado empujando durante mucho tiempo.

Hazel miró sus pies. Había agua por entre las tablas del suelo.

—Oh.

—Sí—coincidió Percy—. O bien podemos arreglarlo o encontrar uno nuevo. Ya me he esforzado demasiado trayéndolo aquí con mi fuerza de voluntad. Ella, ¿tienes alguna idea de dónde podemos encontrar a las Amazonas?

—Y... eh...—dijo Frank, nervioso—, ¿no matan a los hombres al verlos o algo así?

Ella miró los muelles de la ciudad, a unos cuantos metros.

—Ella verá a sus amigos luego. Ella se irá volando ahora.

Y así lo hizo.

—Bueno...—Frank recogió una pluma que volaba en el aire—. Eso es alentador. Atracaron en el muelle. Tuvieron el tiempo justo para descargar las provisiones antes de que el Pax se rompiera en mil pedazos. Se hundió, dejando una única tabla con un ojo pintado y otro con la letra P flotando entre las olas.

—Creo que no se puede arreglar—dijo Hazel—. ¿Y ahora qué?

Percy miró las colinas empinadas del centro de Seattle.

—Esperemos que las Amazonas ayuden.

Estuvieron explorando durante horas. Encontraron unos caramelos de chocolate en una tienda de dulces. También compraron un par de cafés tan fuertes que a Hazel le dio vueltas la cabeza. Se detuvieron en una cafetería al aire libre y comieron unos bocadillos de salmón delicioso.

En una ocasión vieron a Ella sobrevolando entre unas altas torres, con un libro en cada pata. Pero no encontraron a las Amazonas. Durante todo el tiempo, Hazel estuvo alerta del tiempo. Ahora era 22 de junio, y Alaska seguía muy lejos. Finalmente vagaron por el sur de la ciudad y entraron en una plaza rodeada por unos pequeños edificios de ladrillos y cristal. Los nervios de Hazel comenzaron a hormiguearle. Miró a su alrededor, segura de ser observada.

—Allí—dijo.

Unas oficinas a su izquierda tenían una sola palabra grabada en las puertas de cristal: AMAZON.

—Oh—dijo Frank—. Eh... no, Hazel. Eso es algo moderno. Aunque Amazon sea una compañía con el nombre de las Amazonas en inglés, no tienen nada que ver. Ellos venden cosas en Internet, no son Amazonas...

—A no ser que...—Percy entró por las puertas. Hazel tenía una extraña sensación, pero ella y Frank le siguieron.

El vestíbulo era como una pecera: paredes de cristal, un brillante suelo negro, unas cuantas plantas de plástico y casi nada más. Contra la pared de detrás, unas escaleras de piedra negras iban arriba y abajo. En el medio de la habitación estaba una mujer joven vestida con un traje negro, tenía el pelo de un color castaño rojizo y con un auricular de vigilante de seguridad. Su tarjeta identificadora decía "Kinzie". Su sonrisa era amistosa, pero sus ojos le recordaban a Hazel a un policía en Nueva Orleans que patrullaba su barrio de noche. Siempre parecía que podía verte el alma, como si estuviera pensando cómo poder matarte lo más rápido posible.

Kinzie asintió a Hazel, ignorando a los chicos.

—¿Puedo ayudarte?

—Eh... eso espero—dijo Hazel—. Estamos buscando a las Amazonas.

Kinzie miró la espada de Hazel y entonces la lanza de Frank aunque nunca habrían podido ser visible a través de la Niebla.

—Esta es la central de Amazon—dijo con cautela—, ¿tienes alguna cita o...?

—Hylla— le interrumpió Percy—. Estamos buscando a una chica llamada...

Kinzie se movió tan rápido que los ojos de Hazel a penas la pudieron seguir. Le pegó una patada en el pecho a Frank y le envió volando hacia atrás por el vestíbulo. Sacó una espada del aire, y golpeó a Percy con el mango de su espada, y le pegó un puñetazo bajo su barbilla.

Hazel alcanzó su espada demasiado tarde. Una docena de chicas de negro bajaron de las escaleras, con las espadas en la mano y la rodearon.

Kinzie miró a Percy.

—Primera regla: los hombres no hablan sin permiso. Segunda regla: traspasar nuestro territorio es castigado con la muerte. Os encontraréis con la Reina Hylla, está bien. Será la que decida vuestro destino.

Las Amazonas confiscaron las armas del trío y les hicieron bajar tantas escaleras que Hazel perdió la cuenta.

Finalmente aparecieron en una caverna tan grande que se podrían haber acomodado diez colegios con sus canchas de deportes y todo. Unas luces fluorescentes brillaban por todo el techo de roca. Unas cintas transportadoras recorrían la sala como ríos de agua, cargando cajas en todas las direcciones. Estantes de metal se extendían hasta el infinito, llenos de cajas de objetos. Las grúas zumbaban y unos brazos robóticos runruneaban, cargando cajas de cartón, empacando envíos y llevando y trayendo cosas de las cintas transportadoras. Algunos de los estantes eran tan altos que solo eran accesibles con escaleras o pasarelas, que se extendían por el techo como los andamios de un teatro.

Hazel recordó los noticiarios que había visto cuando era niña. Siempre se había impresionado por las escenas de las fábricas construyendo aviones y armas para la guerra: cientos y cientos de armas construyéndose en cadena cada día. Pero no era nada comparado con aquello, y casi todo el trabajo era hecho por ordenadores y robots. Los únicos humanos que podía ver Hazel eran unas vigilantes de seguridad vestidas de negro patrullando las pasarelas, y algunos hombres vestidos en monos naranjas, como uniformes de prisión, conduciendo unas carretillas elevadoras, repartiendo paletas de cajas. Los hombres vestían collares de hierro alrededor de sus cuellos.

—¿Tenéis esclavos? —Hazel supo que podría ser peligroso hablar, pero estaba tan furiosa que no pudo detenerse.

—¿Los hombres? —Kinzie soltó una risotada—. No son esclavos. Están en su lugar. Ahora, moveos.

Caminaron tanto que los pies de Hazel comenzaron a doler. Pensó que habían llegado al final del almacén cuando Kinzie abrió unas puertas dobles y les llevó a otra caverna, igual de grande que la anterior.

—Ni el Inframundo es así de grande—Hazel se quejó, lo que probablemente no era verdad, pero así lo sentían sus pies.

Kinzie sonrió con aire de suficiencia.

—¿Admiras nuestra base de operaciones? Sí, nuestro sistema de distribución se extiende por todo el mundo. Nos ha llevado muchos años y la mayor parte de nuestra fortuna construirlo. Ahora, finalmente, estamos obteniendo nuestro provecho. Los mortales no se dan cuenta de que están fundando el reino de las Amazonas. Pronto, seremos más ricos que cualquier nación mortal. Entonces, cuando los débiles mortales dependan en nosotras para todo, la revolución habrá comenzado.

—¿Qué vais a hacer? —se quejó Frank—. ¿Cancelar las embarcaciones gratuitas? Una guarda dio un porrazo con el mango de su espada en su barriga. Percy intentó ayudarlo, pero dos guardas más le empujaron con los mangos de sus espadas.

—Aprenderéis respeto—dijo Kinzie—. Hombres como vosotros habéis destruido el mundo mortal. La única sociedad en armonía está controlada por mujeres. Somos más fuertes, más listas...

—... más humildes...—dijo Percy. Unas guardas intentaron golpearle, pero Percy se agachó.

—¡Basta! —dijo Hazel. Sorprendentemente, las guardas escucharon.

—Hylla va a juzgarnos, ¿no es cierto? —preguntó Hazel—. Pues llévanos ante ella. Estamos gastando el tiempo.

Kinzie asintió.

—Quizá tengas razón. Tenemos problemas más importantes. Y tiempo... el tiempo es definitivamente un problema.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hazel.

Una guarda resopló:

—Podríamos llevarlos ante Otrera. Quizá consigamos ganarnos su favor así.

—¡No! —le espetó Kinzie—. Preferiría vestir un collar de hierro y conducir una carretilla elevadora. Hylla es la reina.

—Hasta esta noche—murmuró otra guarda. Kinzie alzó su espada. Por un segundo Hazel pensó que las Amazonas iban a comenzar a luchar entre ellas, pero Kinzie parecía tener el enfado bajo control.

—Suficiente—dijo—. Vámonos.

Cruzaron un pasillo de tráfico de carretillas, deambularon por un laberinto de cintas transportadoras y se agacharon bajo un montón de brazos mecánicos que estaban empacando cajas.

La mayor parte de los productos parecía alucinantemente ordinaria: libros, aparatos electrónicos, pañales de bebé, etc. Pero contra una pared había un carro de guerra con un gran código de barras a un lado. Colgando de un yugo había un cartel que se leía: SOLO UNO EN STOCK. ¡PEDIR MÁS! (MÁS EN CAMINO).

Finalmente entraron en una caverna más pequeña que parecía una combinación de una zona de carga y una sala del trono. Las paredes estaban alineadas con seis pisos

de estanterías metálicas decorados con estandartes de guerra, escudos pintados y decapitadas cabezas de dragones, hidras, leones gigantes y osos salvajes. En guardia a cada lado había docenas de carretillas modificadas para la guerra. Un hombre con collar de hierro conducía cada máquina, pero una guerrera amazona estaba de pie en una plataforma detrás, tripulando una ballesta gigantesca. Los dientes de cada carretilla habían estado afilados y convertidos en hojas de espada gigantescas.

Las estanterías de la habitación de aquella habitación tenían amontonados jaulas que contenían animales vivos. Hazel no podía creer lo que estaba viendo: mastines negros, águilas gigantes, un híbrido entre un águila y un león que podría ser un grifo, y una hormiga roja del tamaño de un coche.

Vio con horror una carretilla entrando en la habitación, cargando una jaula con un hermoso pegaso blanco, y se alejó mientras el caballo relinchaba en protesta.

—¿Qué le estáis haciendo al pobre animal? —pidió Hazel.

Kinzie frunció el ceño.

—¿El pegaso? Estará bien. Alguien debe de haber pedido uno. El transporte y el manejo son bruscos, pero...

—¿Se puede comprar un pegaso on-line? —preguntó Percy.

Kinzie le miró.

—Es obvio que no, hombre. Pero las amazonas sí podemos. Tenemos seguidores por todo el mundo. Necesitan suministros de esta manera.

Al final del almacén había una tarima construida con paletas de libros: pilas de novelas vampíricas, paredes de novelas de suspense de James Patterson, y un trono hecho de cientos de copias de algo llamado “Cinco costumbres de las mujeres altamente agresivas”.

En la base de las escaleras, había unas amazonas vestidas de camuflaje que estaban teniendo una fuerte discusión con una mujer joven, la reina Hylla, supuso Hazel, que observaba y escuchaba desde su trono.

Hylla tenía unos veinte años, ágil y delgada como un tigre. Vestía un jersey de cuero negro y unas botas negras. No tenía corona, pero alrededor de su cintura había un extraño cinturón hecho de cables dorados que se entrelazaban, como el diseño de un laberinto. Hazel no podía creerse lo mucho que se parecía a Reyna: un poco más mayor, quizá, pero con el mismo pelo largo y negro, los mismos ojos oscuros y la misma expresión dura, como si intentara decidir cuál de las amazonas que estaban delante de ella merecía más la muerte.

Kinzie echó una mirada a la discusión y gruñó de disgusto:

—Agentes de Otrera, expandiendo sus mentiras.

—¿Qué? —preguntó Frank.

Entonces Hazel se detuvo tan en seco, que las guardas detrás de ella se tropezaron.

A unos metros del trono de la reina, dos amazonas custodiaban una jaula. Dentro había un caballo hermoso, no uno alado, sino un majestuoso y poderoso semental con una piel del color de la miel y una crin negra. Sus fieros ojos marrones miraban a Hazel, y él habría jurado que parecía impaciente, como si pensara: Por fin, después de tanto tiempo, has venido.

—Es él—murmuró Hazel.

—Él, ¿quién? —preguntó Percy.

Kinzie frunció el ceño con preocupación, pero cuando vio a lo que Hazel estaba mirando, su expresión de suavizó:

—Ah, sí. Hermoso, ¿verdad?

Hazel parpadeó para asegurarse de que no estaba alucinando. Era el mismo caballo que había perseguido en Alaska. Estaba segura de ello, pero era imposible. Ningún caballo podía vivir tanto.

—Está...—Hazel apenas podía controlar su voz—.... ¿Está en venta?

Las guardas rieron.

—Es Arión—dijo Kinzie, paciente, como si entendiera la fascinación de Hazel—. Es un tesoro real de las amazonas, debe de ser reclamado por la más valerosa de nuestras guerreras, si haces caso de la profecía.

—¿Profecía? —preguntó Hazel.

La expresión de Kinzie se volvió dolorosa, casi avergonzada.

—No importa. Pero no, no está en venta.

—¿Entonces por qué está en una jaula?

Kinzie hizo una mueca.

—Porque... es difícil.

Como para escenificarlo, el caballo pegó un golpe con su cabeza contra la puerta de la jaula. Las barras de metal temblaron, y las guardas retrocedieron, nerviosas.

Hazel quería liberar aquel caballo. Lo quería más que cualquier cosa que hubiera querido antes. Pero Percy, Frank y una docena de guardas amazonas la estaban mirando, por lo que intentó esconder sus emociones.

—Sólo preguntaba—se las ingenió—, vayamos a ver a la reina.

La discusión en la habitación se hizo más fuerte. Finalmente la reina se dio cuenta del grupo de Hazel aproximándose y espetó:

—Suficiente.

Las amazonas que discutían callaron de inmediato. La reina las apartó con un ademán e hizo una seña para que Kinzie se adelantara.

Kinzie guió a Hazel y a sus amigos hacia el trono.

—Mi reina, estos semidioses...

La reina se puso en pie.

—¡TÚ!

Miró a Percy Jackson con una furia desmesurada.

Percy murmuró algo en griego antiguo que las monjas que Hazel tenía de profesoras en Santa Agnes habrían encontrado insultante, de eso Hazel estaba segura.

—Sujetapapeles—dijo—. Spa. Piratas.

Aquello no tenía sentido para Hazel, pero la reina asintió. Bajó de su trono de best-sellers y sacó una daga de su cinturón.

—Has sido increíblemente estúpido al venir aquí—dijo—. Destruiste mi hogar. Nos hiciste a mí y a mi hermana exiliadas y prisioneras.

—Percy—dijo Frank, incómodo—, ¿de qué está hablando la mujer aterrizante?

—La Isla de Circe—dijo Percy—. Lo acabo de recordar. La sangre de gorgona, quizá esté comenzando a curar mi mente. El Mar de los Monstruos... Hylla... nos dios la bienvenida en los muelles, y nos llevo a ver a su jefa. Hylla trabajaba para la hechicera.

Hylla sonrió con sus perfectos dientes blancos.

—¿Me estás diciendo que tienes amnesia? Ya sabes, casi te creo. ¿Qué otra cosa podría traerte a cometer tal estupidez?

—Venimos en son de paz—insistió Hazel—. ¿Qué te hizo Percy?

—¿Paz? —la reina alzó sus cejas mirando a Hazel—. ¿Que qué me hizo? ¡Este hombre destruyó la escuela de magia de Circe!

—¡Circe me convirtió en un conejillo de indias! —protestó Percy.

—¡No hay excusas! —dijo Hylla—. Circe era una mujer sabia y generosa. Tenía una habitación y una mesa, un buen plan de salud, leopardos de mascotas, pociones gratis, ¡todo! Y este semidios con su amiga, la rubia...

—Annabeth—Percy se golpeó la frente como si intentara que sus recuerdos volvieran más rápido—. Eso es. Estuve ahí con Annabeth.

—Tu liberaste a nuestros captivos: Barbanegra y sus piratas—se giró hacia Hazel—. ¿Has sido secuestrada alguna vez por piratas? No es divertido. Redujeron nuestro spa a cenizas. Mi hermana y yo fuimos prisioneras durante meses. Afortunadamente somos hijas de Belona. Aprendemos a luchar rápidamente. Si no hubiéramos...—se estremeció—. Bueno, los piratas aprendieron a respetarnos. Poco a poco llegamos a California dónde...—vaciló como si los recuerdos fueran dolorosos—, dónde mi hermana y yo partimos hacia caminos distintos.

Caminó hacia Percy hasta que estuvieron nariz con nariz. Puso su daga bajo su barbilla.

—Por supuesto, sobreviví y prosperé. He llegado a ser reina de las amazonas y quizá deba agradeceréte.

—Las gracias son bienvenidas—dijo Percy.

La reina clavó su cuchillo un poco más.

—No importa. Creo que te mataré.

—¡Espera! —gritó Hazel—. ¡Reyna nos ha enviado! ¡Tu hermana! ¡Mira el anillo de su colgante!

Hylla frunció el ceño. Bajó el cuchillo hasta el colgante de Percy hasta que señalaba el anillo plateado. Su cara empalideció.

—Explica esto—miró a Hazel—. Rápido.

Hazel lo intentó. Describió el Campamento Júpiter. Les habló a las amazonas sobre Reyna que era pretor y el ejército de monstruos que marchaba hacia el sur. Les habló de su misión de liberar a Tánatos en Alaska.

Mientras Hazel hablaba, otro grupo de amazonas entraron en la habitación. Una era más alta que la resta, con un pelo plateado trenzado y vestida con unas finas ropas de seda como una matrona romana. Las otras amazonas la seguían, tratándola con tanto respeto que Hazel se preguntó si era la madre de Hylla, hasta que se dio cuenta de cómo Hylla y la anciana miraban las dagas de la otra.

—Así que necesitamos vuestra ayuda—Hazel acabó la historia—. Reyna necesita tu ayuda.

Hylla agarró el colgante de cuero de Percy y se lo arrancó, tirándolo al suelo con las cuentas, el anillo y la tableta de probatio.

—Reyna, esa chica tonta...

—¡Bueno! —la anciana la interrumpió—. ¿Los romanos necesitan nuestra ayuda? —rió, y las amazonas a su alrededor se le unieron.

—¿Cuántas veces luchamos contra los romanos en mis tiempos? —preguntó la mujer—. ¿Cuántas veces han matado a nuestras hermanas en la batalla? Cuando yo era la reina...

—Otrera, — la interrumpió Hylla—, eres nuestra huésped. Ya no eres la reina nunca más.

La anciana alzó sus manos e hizo un gesto de mofa.

—Cómo tú has dicho, al menos hasta esta noche. Pero yo digo la verdad, Reina Hylla—dijo “reina” como si se burlara—. ¡Me ha traído la Madre Tierra en persona! Traigo noticias de una nueva guerra. ¿Por qué deberíamos las amazonas seguir a Júpiter, ese estúpido rey del Olimpo, cuando podemos seguir a una reina? Cuando tome el mando...

—Si tomas el mando—dijo Hylla—, pero por ahora, soy la reina. Mi palabra es la ley. —Ya veo—Otrera miró a las amazonas reunidas, que estaban de pie muy rectas, como si se encontraran en una batalla entre dos tigres—. ¿Nos hemos vuelto tan débiles como para escuchar a unos semidioses hombres? ¿Le perdonarás la vida a este hijo de Neptuno, aunque destrozó tu hogar? ¡Quizá le dejes destrozarse tu nuevo hogar, también!

Hazel aguantó la respiración. Las amazonas miraron entre Hylla y Otrera mirando cualquier signo de debilidad.

—Pasaré el juicio—dijo Hylla en un tono helado—, una vez tenga todos los hechos. Es así como mando, por la razón, no por el miedo. Primero, hablaré con esta—estiró un dedo hacia Hazel—. Es mi deber de oír a una guerrera antes de sentenciarla a ella o a sus aliados. Es mi forma de amazona. ¿O el Inframundo ha taponado tus oídos, Otrera?

La anciana adoptó un aire despectivo, pero no intentó discutir.

Hylla se giró hacia Kinzie.

—Lleva a estos hombres a los calabozos. Las demás, dejadnos.

Otrera alzó una mano hacia la multitud.

—Como su reina ordene. ¡Pero cualquiera que quiera oír más sobre Gea, y nuestro glorioso futuro con ella, venid conmigo!

La mitad de las amazonas la siguió fuera de la habitación. Kinzie gruñó con indignación, entonces ella y las otras guardas arrastraron a Percy y a Frank.

En poco tiempo, Hylla y Hazel estaban solas excepto las guardas personales de la reina. A una señal de Hylla, se moverían sin que lo percibieran sus oídos.

La reina se giró hacia Hazel. Su furia se disolvió y Hazel vio la desesperación en sus ojos. La reina parecía uno de sus animales atrapados abatida en una cinta transportadora.

—Debemos hablar—dijo Hylla—. No tenemos mucho tiempo. A medianoche, seguramente esté muerta.

CAPITULO XXXI

HAZEL

HAZEL SE PLANTEÓ HUIR. No confiaba en la reina Hylla, y mucho menos en la otra señora, Otrera. Solo tres guardas quedaban en la habitación. Todas se mantenían en la distancia. Hylla estaba armada con una sola daga. A tanta profundidad, Hazel podría ser capaz de crear un terremoto en la sala del trono, o convocar un gran montón de esquisto u oro. Si pudiera causar una gran distracción, podría ser capaz de escapar y encontrar a sus amigos.

Desafortunadamente, había visto a las Amazonas combatir. Aunque la reina solo tuviera una daga, Hazel sospechaba que podría usarlo muy bien. Y Hazel estaba desarmada. No la habían cacheado, lo que significaba gracias a los dioses, que no se habían llevado el leño de Frank de su bolsillo del abrigo, pero se habían llevado su *spatha*.

La reina parecía leer sus pensamientos.

—Olvídate de escapar. Por supuesto, ya hemos supuesto que lo intentarías, pero te habríamos matado.

—Gracias por la advertencia.

Hylla se encogió de hombros.

—Es lo menos que puedo hacer. Me creo que habéis venido en son de paz, me creo que Reyna os ha enviado.

—¿Pero no vas a ayudar?

La reina estudió el colgante que había cogido de Percy.

—Es complicado—dijo—. Las Amazonas siempre han tenido una relación inestable con los demás semidioses, especialmente con los hombres semidioses. Combatimos para el Rey Príamo en la Guerra de Troya, pero Aquiles mató a nuestra reina, Pentesilea. Años después de eso, Hércules robó el cinturón de la reina Hipólita, este cinturón que estoy vistiendo. Nos llevó siglos recobrarlo. Mucho antes de eso, en el inicio de la nación Amazona, un héroe llamado Belerofonte mató a nuestra primera reina, Otrera.

—¿Te refieres a la mujer...?

—... que se acaba de ir, sí. Otrera, nuestra primera hija, reina de Ares.

—¿Marte?

Hylla puso mala cara.

—No, definitivamente Ares. Otrera vivió mucho antes de Roma, en un tiempo en el que todos los semidioses eran griegos. Desafortunadamente, muchas de nuestras guerreras prefieren las antiguas formas. Hijos de Ares... siempre son las peores.

—Las antiguas formas...—Hazel había oído rumores sobre semidioses griegos Octavian creían que existían y que estaban tramando en contra de Roma en secreto. Pero nunca lo había creído del todo, incluso cuando Percy llegó al campamento. Él simplemente no la había golpeado como un malvado y maquinador griego—. ¿Te refieres a que las Amazonas son una mezcla entre griegas y romanas?

Hylla siguió examinando el colgante: las cuentas de barro, la tableta de probatio... Deslizó el anillo de plata de Reyna de la cuerda y lo puso en su propio dedo.

—Supongo que no os lo enseñan en el Campamento Júpiter. Los dioses tienen muchos aspectos: Marte y Ares, Plutón y Hades. Cuando se es inmortal, tienden a

acumular personalidades. Son griegos, romanos, americanos... una combinación de todas las culturas que les han influenciado a través de los eones. ¿Lo entiendes?

—No estoy segura. ¿Son todas las Amazonas semidiosas?

La reina se encogió de hombros.

—Todas tenemos algo de sangre inmortal, pero muchas de nuestras guerreras descienden de otros semidioses. Algunas han sido Amazonas durante generaciones incontables. Otras son hijas de deidades menores. Kinzie, la que os ha guiado hasta aquí, es la hija de una ninfa. Y... aquí está ella.

La chica con el pelo castaño rojizo se acercó a la reina y se inclinó.

—Los prisioneros están seguros encerrados—informó Kinzie—. Pero...

—¿Sí? —preguntó la reina.

Kinzie tragó saliva como si tuviera un mal sabor en la boca.

—Otrera se ha asegurado de que sus seguidoras guarden las celdas. Lo siento, mi reina.

Hylla apretó sus labios.

—No importa. Quédate con nosotras, Kinzie. Estábamos hablando de tu situación.

—Otrera—supuso Hazel—, Gea la ha traído de vuelta de la muerte para organizar una guerra civil entre las Amazonas.

La reina suspiró.

—Si ese es su plan, está funcionando. Otrera es una leyenda entre nuestra gente. Planea volver a conseguir el trono y guiarnos a una guerra contra los romanos.

Muchas de mis hermanas la seguirán.

—No todas—gruñó Kinzie.

—¡Pero Otrera es un espíritu! —dijo Hazel—. ¡Ella ni siquiera...!

—¿...es real? —la reina estudió a Hazel con cuidado—. Trabajé con la hechicera Circe durante muchos años. Reconozco un alma que ha vuelto a la vida cuando la veo. Cuando moriste, ¿Hazel? ¿En 1920? ¿1930?

—1942—dijo Hazel—. Pero... no me ha enviado Gea. He vuelto para detenerla. Es mi segunda oportunidad.

—Tu segunda oportunidad...—Hylla observó las filas de caretilas armadas, ahora vacías—. Sé lo que son las segundas oportunidades. Ese chico, Percy Jackson, destruyó mi antigua vida. No me reconocerías si me hubieras visto. Vestía vestidos y me maquillaba. Era una glorificada secretaria, una muñeca Barbie maldita.

Kinzie hizo un gesto de una garra con tres dedos encima de su corazón, como los gestos de vudú que hacía la madre de Hazel para protegerse del mal.

—La isla de Circe era un lugar seguro para Reyna y para mí—prosiguió la reina—.

Éramos hijas de la diosa de la guerra, Belona. Quería proteger a Reyna de toda violencia. Entonces Percy Jackson liberó a los piratas. Nos secuestraron y Reyna yo aprendimos a luchar. Descubrimos que éramos buenas con las armas. Durante los cuatro años pasados, quise matar a Percy Jackson por hacer endurecernos.

—Pero Reyna es la pretor del Campamento Júpiter—dijo Hazel—. Tú eres reina de las Amazonas. Quizá fuera vuestro destino.

Hylla jugueteó con el collar en su mano.

—Quizá no sea reina mucho tiempo más.

—¡Prevalecerás! —insistió Kinzie.

—Si el destino lo decide así—dijo Hylla sin entusiasmo.

—Ya ves, Hazel, Otrera me ha desafiado a un duelo. Cada Amazona tiene ese derecho. Hoy a medianoche, lucharemos por el trono.

—Pero... tú eres buena, ¿no es cierto? —preguntó Hazel.

Hylla intentó sonreír.

—Buena, sí... pero Otrera es la fundadora de las amazonas.

—Es mucho más mayor. Quizá esté fuera de práctica, estando muerta tanto tiempo.

—Espero que tengas razón, Hazel. Ya ves, es una batalla a muerte.

Esperó que lo comprendiera. Hazel recordó lo que Fineo le había dicho en Portland: cómo había conseguido una forma rápida de volver de la muerte, gracias a Gea.

Recordó cómo las gorgonas habían intentado re-convertirse en el Tíber.

—Incluso aunque la mataras—dijo Hazel—, ella volvería. Mientras Tánatos esté encadenado, no seguiré muerta durante mucho tiempo.

—Exacto—dijo Hylla—. Otrera ya nos ha dicho que ella no puede morir. Así que aunque la venza esta noche, volverá y me desafiará de nuevo al día siguiente. No hay ninguna ley contra el desafiar a la reina tantas veces cuantas se quiera. Puede insistir en luchar contra mí cada noche, hasta que finalmente me venza. No puedo ganar. Hazel miró el trono. Se imaginó a Otrera sentada allí con sus finas ropas y su pelo plateado, ordenando a sus guerreras que atacaran Roma. Se imaginó la voz de Gea resonando aquella caverna.

—Tiene que haber una manera—dijo—. ¿No tienen las amazonas... poderes especiales o algo?

—No más que los demás semidioses—dijo Hylla—. Podemos morir, como cualquier otro mortal. Hay un grupo de arqueras que siguen a la diosa Artemisa. Hay veces que son confundidas con las amazonas, pero las Cazadoras renuncian la compañía de los hombres a cambio de una vida casi infinita. Nosotras las amazonas, preferimos una vida entera al máximo. Amamos, luchamos y morimos.

—Creía que odiabais a los hombres.

Hylla y Kinzie rieron al mismo tiempo.

—¿Odiar a los hombres? —dijo la reina—. No, no, nos gustan los hombres. Solo queremos mostrarles quién está al mando. Pero está fuera de contexto. Si pudiera, congregaría mis tropas e iría en ayuda de mi hermana. Por desgracia, mi poder es tenue. Cuando sea asesinada en combate, lo que es cuestión de tiempo, Otrera será la reina. Irá hacia el Campamento Júpiter con nuestras fuerzas, pero no irá en ayuda de mi hermana. Se unirá al ejército del gigante.

—Hay que detenerla—dijo Hazel—. Mis amigos y yo matamos a Fineo, uno de los otros sirvientes de Gea en Portland. ¡Quizá podamos ayudarte!

La reina negó con la cabeza.

—No podemos interferir. Como reina, debo luchar mis propias batallas. Además, tus amigos están encarcelados. Si les dejo marchar, pareceré débil. O bien os ejecuto a los tres por intrusos o Otrera lo hará cuando sea reina.

El corazón de Hazel dio un vuelco.

—Así que supongo que estamos las dos muertas. Yo por segunda vez.

En la esquina, desde su jaula, el caballo Arión relinchó con furia, pegó coces y estampó sus pezuñas contra las barras.

—El caballo parece sentir tu desdicha—dijo la reina—. Interesante. Es inmortal, ya sabes, el hijo de Neptuno y Ceres.

Hazel parpadeó.

—¿Dos dioses tuvieron a un caballo por hijo?

—Es una historia muy larga.

—Oh—la cara de Hazel se volvió roja, avergonzada.

—Es el caballo más rápido del mundo—dijo Hylla—. Pegaso es más famoso, con sus alas, pero Arión corre como el viento sobre el mar o sobre la tierra. No hay criatura más rápida. Nos llevó años capturarlo, uno de nuestros grandes premios. Pero no nos hace bien. Este caballo no permite a nadie que le monte. Creo que odia a las amazonas. Y es demasiado caro de mantener. Se come cualquier cosa, pero prefiere el oro.

A Hazel le recorrió un escalofrío.

—¿Come oro?

Recordó al caballo siguiéndola por Alaska años atrás. Había creído verle comiendo pedazos de oro que aparecían tras sus huellas. Se arrodilló y presionó su mano contra el suelo. De inmediato, la piedra apareció. Un pedazo de oro del tamaño de un puño salió de la tierra. Hazel se levantó, examinando su valor.

Hylla y Kinzie la miraron.

—¿Cómo has...?— la reina tomó aliento—. Hazel, ¡cuidado!

Hazel se acercó a la caja del semental. Puso su mano entre las barras y Arión comió el pedazo de oro de la palma de su mano.

—Increíble—dijo Kinzie—. La última chica que intentó eso...

—Ahora tiene un brazo metálico—finalizó la reina. Estudió a Hazel con un nuevo interés, como si estuviera decidiendo si decirlo o no—. Hazel... hemos pasado años cazando este caballo. Nos dijeron que la más valerosa guerrera algún día domaría a Arión y lo cabalgaría hacia la victoria, dándonos una nueva era de prosperidad para las amazonas. Aún ninguna amazona ha podido tocarle, mucho menos controlarle. Incluso Otrera lo ha intentado y fracasó. Otras dos murieron intentando cabalgarle. Eso probablemente habría preocupado a Hazel, pero no podía imaginarse a aquél hermoso caballo hiriéndola. Puso su mano a través de las barras de nuevo y acarició el hocico de Arión. Oisqueó su brazo, esnifando con curiosidad, como si estuviera preguntando “¿Más oro? Ñam.”

—Te daría más, Arión—Hazel señaló a la reina con la cabeza—. Pero creo que estoy citada para una ejecución.

La reina Hylla miraba a Hazel y al caballo una y otra vez.

—Increíble.

—La profecía—dijo Kinzie—. ¿Es posible...?

Hazel podía ver las ideas de la reina, formándose en su cabeza, urdiendo un plan.

—Tienes valor, Hazel Levesque. Y parece que Arión te ha escogido. ¿Kinzie?

—¿Sí, mi reina?

—¿Has dicho que las guardas de Otrera están custodiando las celdas?

Kinzie asintió.

—Debería de haber previsto eso. Lo siento...

—No, está bien.

Los ojos de la reina brillaron, igual que Aníbal, el elefante lo hacía cada vez que era liberado para destruir un fuerte—. Debería ser embarazoso para Otrera si sus seguidoras fallasen en sus tareas, si, por ejemplo, son vencidas por una extraña y sucede un escape en una prisión.

Kinzie comenzó a sonreír.

—Sí, mi reina. Muy vergonzoso.

—Por supuesto—continuó Hylla—, ninguna de mis guardas sabrá nada de esto.

Kinzie no dirá nada de haber permitido un escape.

—Por supuesto que no—coincidió Kinzie.

—Y no te podríamos ayudar—la reina alzó sus cejas mirando a Hazel—. Pero si tú, de alguna manera, vencieras a las guardas y liberaras a tus amigos... sí, por ejemplo, cogieras una de las tarjetas de las guardas Amazonas...

—Y con un pequeño movimiento abrieras—dijo Kinzie—, las jaulas que están cerradas.

—Si... ¡los dioses no lo quieran!, algo así pasara—siguió la reina—, encontrarías las armas de tus amigos y vuestros suministros en la estación de guardas al lado de las celdas. Y, ¿quién sabe? Si pudieras volver a la sala del trono mientras yo esté fuera preparándome para el duelo, bueno, como he mencionado, Arión es un caballo muy rápido. Sería una lástima si alguien lo robara y lo usara para escapar...

Hazel se sintió como si hubiera sido enchufada en un enchufe. Le recorrió un calambre por todo el cuerpo. Arión... Arión podría ser suyo. Todo lo que tenía que hacer era rescatar a sus amigos y hacerse camino por entre una nación entera de guerreras altamente entrenadas.

—Reina Hylla—dijo—, no soy una guerrera...

—Oh, hay muchas formas de luchar, Hazel. Tengo la sensación de que eres emprendedora. Y si la profecía es correcta, ayudarás a la nación Amazona a conseguir la prosperidad. Si tenéis éxito en esta misión y liberáis a Tánatos, por ejemplo...

—...entonces Otrera no podría volver si fuera matada—dijo Hazel—. Solo tendrías que vencerla... eh... cada noche hasta que tengamos éxito.

La reina asintió, forzosamente.

—Parece que tenemos tareas imposibles pendientes.

—Pero estás confiando en mí—dijo Hazel—. Y confío en ti. Ganarás todas las veces que tengas que luchar.

Hylla le dio el collar de Percy a Hazel.

—Espero que tengas razón—dijo la reina—. Pero date prisa en tener éxito, ¿vale?

Hazel se puso el colgante en el bolsillo. Le dio la mano a la reina, preguntándose si era posible entablar una amistad tan rápida con alguien, especialmente con alguien que ha estado a punto de mandarte a la cárcel.

—Esta conversación no ha tenido lugar—le dijo Hylla a Kinzie—. Lleva a nuestra prisionera a las celdas y déjala en manos de las guardas de Otrera. Y, Kinzie, asegúrate de que te vas antes de que algo desafortunado suceda. No quiero que mis leales seguidoras sean inculpadas de una fuga en la prisión.

La reina sonrió con picardía, y por primera vez, Hazel se sintió celosa de Reyna. Deseó tener una hermana como aquella.

—Adiós, Hazel Levesque—dijo la reina—. Si ambas morimos esta noche... bueno, me alegro de haberte conocido.

CAPITULO XXXII

HAZEL

LA CÁRCEL AMAZONA ESTABA EN LO ALTO de una estantería de almacenaje, a veinte metros en el aire.

Kinzie la guió por tres escaleras de mano hasta una pasarela metálica, entonces ató las manos de Hazel sin mucho cuidado a su espalda y la empujó pasando por unas cajas de joyas.

A unos treinta metros por encima de ellas, bajo el brillo chillón de los fluorescentes, una hilera de jaulas colgaban suspendidas por unos cables. Percy y Frank estaban en una de esas jaulas hablando el uno al otro en murmullos. A su lado, en la pasarela, había tres guardas amazonas que parecían aburridas se apoyaban en sus lanzas y miraban a unas tabletas negras que tenían en las manos como si las estuvieran leyendo.

Hazel pensó que las tabletas eran demasiado finas para ser libros. Entonces se le ocurrió que quizá fueran esas cosas... ¿cómo las llamaban las personas modernas? Tabletillas electrónicas. Quizá fueran parte de la tecnología secreta de las amazonas. Hazel encontró la idea igual de perturbadora que los montacargas preparados para la guerra de abajo.

—Muévete, chica. —le ordenó Kinzie, lo suficientemente alto como para que las guardas la oyeran. Le dio un golpecito con el mango de la espada a Hazel en la espalda.

Hazel caminó todo lo lento que pudo, pero su mente iba mucho más rápida. Necesitaba ingeniarse un brillante plan de rescate, pero no tenía nada. Kinzie se había asegurado de que pudiera romper las cuerdas fácilmente, pero aún así estaría maniatada contra tres guerreras entrenadas, y tenía que actuar antes de ser metida en una jaula.

Pasó una paleta de cajas con carteles que ponía: “Anillos de topacio azul de 24 quilates”, entonces otra etiquetada “Brazaletes plateados de la amistad”. Un expositor electrónico al lado de los brazaletes de amistad ponía: “Gente que ha comprado este producto también ha comprado: luz de jardín para gnomos y lanza llameante de la muerte. ¡Compra los tres y ahorra un 12%! ”.

Hazel se quedó helada. Dioses del Olimpo, era estúpida.

Plata, topacio. Envió sus sentidos, buscando metales preciosos, y su cerebro casi explota de la respuesta. Estaba de pie frente a una montaña de seis pisos de joyas. Pero delante de ella, de allí a los guardas, no había nada excepto las jaulas de prisioneros.

—¿Qué pasa? —le susurró Kinzie—. ¡Muévete! Sospecharán.

—Hazlas venir. —murmuró Hazel por encima de su hombro.

—¿Por qué...?

—Por favor.

Las guardas fruncieron el ceño en su dirección.

—¿Qué estáis mirando? —les gritó Kinzie—. Aquí está la tercera prisionera. Venid a por ella.

La guarda más cerca dejó de leer su tableta electrónica.

—¿Por qué no puedes dar otros treinta pasos, Kinzie?

—Eh... por qué...

—¡Uf! —Hazel se arrodilló e intentó poner su cara más enfermiza—. ¡Me dan náuseas! ¡No puedo... caminar...! ¡Las... amazonas... me dan mucho... miedo!

—Aquí la tenéis—les dijo Kinzie a las guardas—. Ahora, ¿vais a venir a por la prisionera o le debería decir a la Reina Hylla que no estáis haciendo vuestras tareas? La guarda más cercana puso los ojos en blanco y caminó con dificultad. Hazel esperaba que las otras dos guardas se acercaran, pero tenía que preocuparse por ellas luego.

La primera guarda agarró el brazo de Hazel.

—Vale. Yo custodiaré la prisionera, pero si yo fuera tú no me preocuparía por Hylla. No será la reina por mucho más.

—Ya veremos, Doris—. Kinzie se giró para irse. Hazel esperó hasta que sus pasos resonaron por debajo de la pasarela.

La guarda Doris arrastró a Hazel del brazo.

—¿Y bien? ¿Vamos?

Hazel se concentró en la pared de joyas que tenía a su lado: cuarenta cajas gigantescas de brazaletes de plata.

—No... me encuentro bien...

—No me eches la pota encima de mí—gruñó Doris. Intentó tirar de Hazel y ponerla de pie, pero Hazel se cayó en redondo, como un niño teniendo convulsiones en una tienda. A su lado, las cajas comenzaron a temblar.

—¡Lulu! —gritó Doris a una de sus compañeras—. Ayúdame con esta pobre niña.

“¿Doris y Lulu son nombres de amazonas? Vaaaale...” pensó Hazel.

La segunda guarda se acercó. Hazel supuso que era su mejor opción. Antes de que pudiera ponerla de pie, gritó:

—¡OOOOOOOOH! —y se pegó bien a la pasarela.

Doris comenzó a decir:

—Oh, por los dioses, no me...

La paleta entera de joyas explotó con un sonido como cientos de máquinas de juego sacando el premio gordo. Un maremoto de brazaletes de plata de la amistad recorrió la pasarela, sobrepasando a Doris y a Lulu por encima de la verja.

Habrían caído de la pasarela, pero Hazel no era así de mezquina. Convocó unos pocos cientos más de brazaletes, que saltaron hacia las guardas y arremetieron contra los tobillos de las guardas, dejándolas colgando boca abajo por la pasarela, gritando como unas pobres niñas.

Hazel se giró hacia la tercera guarda. Rompió sus cuerdas, que eran igual de resistentes que el papel del váter. Cogió una de las lanzas de las guardas que se habían caído. Era terrible con las lanzas, pero esperó que la tercera amazona no lo supiera.

—¿Te mato desde aquí? —le espetó Hazel—. ¿O me vas a hacer ir ahí?

La guarda se giró y salió corriendo.

Hazel gritó a Doris y a Lulu.

—¡Las tarjetas de amazona! ¡Pasádmelas a no ser que queráis que esos brazaletes de la amistad os vuelvan a visitar!

Pasados cuatro segundos y medio, Hazel tenía ya las dos tarjetas. Corrió hacia las jaulas y pasó la tarjeta. Las puertas se abrieron.

Frank la miraba, asombrado.

—Hazel... eso ha sido... asombroso.

Percy asintió.

—Nunca volverá a vestir joyas.

—Excepto esto—Hazel le pasó su colgante—. Nuestras armas y nuestros suministros están al final de la pasarela. Deberíamos darnos prisa. Seguro que las alarmas... Las alarmas comenzaron a sonar por toda la caverna.

—Sí—dijo—, gracias por escenificar lo que iba a decir. ¡Vámonos!

La primera parte del escape fue fácil. Consiguieron sus cosas sin ningún problema y comenzaron a bajar por las escaleras. Cada vez que un enjambre de amazonas aparecían detrás de ellos, exigiendo su rendición, Hazel hacía una caja de joyerías explotar, enterrando a sus enemigas bajo una cascada de oro y plata. Cuando llegaron al final de la escalera, encontraron una escena que parecía un macro-Mardi Gras: amazonas enterradas hasta el cuello en colgantes de cuentas, muchas de ellas boca abajo en una montaña de pendientes de amatista y una carretilla de guerra enterrada en unas pulseras plateadas de hechizos.

—Tú, Hazel Levesque—dijo Frank—, eres completa e increíblemente increíble. Quería besarle allí mismo, pero no tenían tiempo. Corrieron hacia la sala del trono. Se cruzaron con una amazona que debía de ser leal a Hylla. En cuanto les vio escaparse, se giró y dio la vuelta como si fueran invisibles.

Percy comenzó a preguntar:

—¿Pero qué...?

—Algunas de ellas quieren que nos escapemos—dijo Hazel—. Os lo explicaré luego. La segunda amazona que se encontraron no fue tan simpática. Estaba vestida con la armadura completa, bloqueando la entrada de la sala del trono. Hizo girar su lanza a la velocidad de la luz, pero esta vez Percy estaba listo. Desenfundó Contracorriente y comenzó a batalla. Mientras la amazona le asestaba un golpe, él retrocedió, cortó su lanza por la mitad y le golpeó el yelmo con el mango de su espada.

La guarda cayó al suelo, inconsciente.

—Marte Todopoderoso—dijo Frank—. ¿Cómo has...? ¡Eso no ha sido una técnica romana!

Percy sonrió.

—El graecus tiene algunas técnicas propias, amigo mío. Después de ti. Corrieron hacia la sala del trono. Tal y cómo prometió, Hylla y sus guardas no estaban. Hazel corrió hacia la jaula de Arión y pasó la tarjeta de amazona por la cerradura. Al instante, el semental salió de la jaula, relinchando triunfante.

Percy y Frank tropezaron hacia atrás.

—Eh... ¿esa cosa está domesticada? —preguntó Frank.

El caballo relinchó, furioso.

—No lo creo—supuso Percy—. Acaba de decir: “Te pisotearé hasta la muerte, estúpido hombre bebé chino canadiense.

—¿Hablas caballo? —preguntó Hazel.

—¿Hombre bebé? —resopló Frank.

—Hablar con caballos es un don de los hijos de Poseidón—dijo Percy—. Eh... quiero decir, Neptuno.

—Entonces tú y Arión os llevaréis bien—dijo Percy—. También es hijo de Neptuno.

Percy empalideció.

—¿Perdón?

Si no hubieran estado en una situación tan mala, la expresión de Percy le habría hecho gracia.

—El caso es... que es rápido. Nos puede sacar de aquí.

Frank no parecía ilusionado con la idea.

—El caballo no puede llevarnos a nosotros tres, ¿o sí? Nos caeríamos, o iríamos muy lentos o...

Arión relinchó de nuevo.

—Au—dijo Percy—. Frank, el caballo dice que tú eres un... bueno, vale. No pienso traducir eso. De todas formas, dice que hay un carro en el almacén y puede llevarnos con él.

—¡Ahí! —gritó alguien detrás de ellos en la sala del trono. Una docena de amazonas irrumpieron en la sala, seguidas de unos hombres con monos naranjas. Cuando vieron a Arión, retrocedieron rápidamente y fueron hacia los montacargas de batalla. Hazel se montó en la espalda de Arión.

Sonrió a sus amigos desde arriba.

—Recuerdo haber visto el carro. ¡Seguidme, chicos!

Galopó por la caverna y dispersó una multitud de hombres. Percy dejó sin conocimiento a una amazona. Frank barrió a otras dos con su lanza. Hazel podía sentir a Arión deseoso de correr. Quería ir a toda velocidad, pero necesitaba más espacio. Tenían que hacerlo en el exterior.

Hazel tiró al suelo una patrulla de amazonas, que cayeron al suelo de terror al ver el caballo. Por primera vez, la spatha de Hazel era del tamaño preciso. La usó para todo aquel que se acercara. Ninguna amazona osó desafiarla.

Percy y Frank corrían detrás de ella. Finalmente alcanzaron el carruaje. Arión se paró ante el yugo, y Percy colocó las riendas y los arneses.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntó Frank.

Percy no necesitó responder. Sus manos volaron. En poco tiempo el carruaje estaba preparado. Saltó a bordo y gritó:

—¡Frank, vamos! ¡Venga, Hazel!

Se oyó un grito de guerra detrás de ellas. Un ejército entero de amazonas irrumpió en el almacén. Otrera misma estaba al mando de una carretilla de batalla, con su pelo plateado flotando mientras dirigía su ballesta hacia el carruaje.

—¡Detenedlos! —gritó.

Hazel espoleó a Arión. Corrieron por la caverna, pasando paletas y carretillas. Una flecha silbó cerca de la cabeza de Hazel. Algo explotó detrás de ella, pero no miró atrás.

—¡Las escaleras! —gritó Frank—. ¡Es imposible que este caballo pueda subir tantos pisos de... ¡POR LOS DIOSES!!

Afortunadamente las escaleras eran lo bastante amplias como para el carruaje, porque Arión ni siquiera frenó. Subió por los escalones con el carruaje traqueteando y gruñendo. Hazel miró un par de veces a Frank y a Hazel para asegurarse de que no se habían caído. Sus nudillos estaban blancos apretados a los lados del carro y sus dientes castañeteaban como unas calaveras de Halloween.

Finalmente alcanzaron el vestíbulo. Arión atravesó las puertas principales y llegó a la plaza y tiró al suelo a unos hombres de negocios.

Hazel sintió la presión de las costillas de Arión: el aire fresco le hacía volverse loco y le entraban ganas de correr, pero Hazel apretó las riendas.

—¡Ella! —gritó Hazel hacia el cielo—. ¿Dónde estás? ¡Tenemos que marcharnos!

Durante un terrible segundo, tuvo miedo de que la harpía estuviera demasiado lejos para oírla. Estaría perdida o habría sido capturada por las amazonas. Detrás de ellas una carretilla de batalla traqueteó por las escaleras y rugió al llegar al vestíbulo, con un montón de amazonas siguiéndola.

—¡Rendíos! —gritó Otrera.

La carretilla alzó sus cuchillas afiladas.

—¡Ella! —gritó Hazel, desesperada.

En un brillo de plumas rojas, Ella aterrizó en el carro.

—Ella está aquí. Las Amazonas pinchan. Vámonos.

—¡Agarraos! —les advirtió Hazel. Se inclinó hacia delante y dijo—. ¡Arión, corre!

El mundo pareció alargarse. La luz del sol se fundió a su alrededor. Arión se alejó de las Amazonas y corrió por el centro de Seattle. Hazel miró hacia atrás y vio una línea de acera humeante por donde las pezuñas de Arión habían tocado el suelo. Tronó hacia los muelles, pasando coches, ignorando intersecciones. Hazel gritó hasta que le fallaron los pulmones, pero era un grito de placer. Por primera vez en su vida, en sus dos vidas, se sintió absolutamente imparable. Arión alcanzó el agua y pasó directamente los muelles.

Se le taponaron las orejas a Hazel. Oyó un rugido que luego se dio cuenta que era un sonido sónico, y Arión rompió la barrera del sonido, con el agua del mar convirtiéndose en vapor a su paso mientras Seattle se convertía en una línea difusa detrás de ellos.

CAPITULO XXXIII

FRANK

FRANK LO AGRADECIÓ CUANDO FRENARON.

Ya había vomitado dos veces desde el carro, algo que no era divertido a la velocidad del sonido. El caballo parecía doblar el tiempo y el espacio mientras corría, fundiendo el paisaje y haciendo a Frank sentirse como si acabara de beber una taza de leche sin su medicina para la intolerancia a la lactosa. Ella no ayudaba. No dejaba de murmurar:

—1200 km por hora. 1300. 1312. Rápido. Muy rápido.

El caballo siguió hacia el norte rompiendo la barrera del sonido, pasando por islas y barcos de pesca y unas ballenas muy sorprendidas. El paisaje comenzó a parecer familiar: Crescent Beach, Boundary Bay, etc. Frank había ido a navegar por allí una vez en una excursión. Habían cruzado a Canadá.

El caballo galopó en tierra seca. Siguió la Highway 99 al norte, corriendo tan deprisa, que los coches parecían no moverse.

Finalmente, cuando llegaron a Vancouver, las ruedas del carro comenzaron a arder.

—¡Hazel! —gritó Frank—. ¡Nos rompemos!

Ella lo entendió y agarró las riendas. El caballo no pareció alegrarse por ello, pero él ralentizó a una velocidad por debajo de la velocidad del sonido y se adentraron en las calles de la ciudad. Cruzaron el puente Ironworker hacia el Vancouver norte, y el carro comenzó a sacudirse peligrosamente. Al fin, Arión se detuvo en la cima de una colina arbolada. El caballo resopló con satisfacción, como si dijera: “Así es como corro, tíos”. El carruaje humeante se desmontó, dejando a Percy, Frank y Ella en el terreno húmedo y musgoso.

Frank se incorporó. Intentó quitarse las manchas amarillas de sus pupilas. Percy se removió y comenzó a desatar a Arión del carro en ruinas. Ella revoloteó en círculos difusos, golpeando los árboles y murmurando:

—Árbol, árbol, árbol.

Sólo Hazel parecía no estar afectada por el viaje. Sonriendo de placer, se bajó del aballo y exclamó:

—¡Qué divertido!

—Sí—Frank se tragó la náusea—. Mucho.

Arión relinchó.

—Dice que necesita comer—tradujo Percy—. No me extraña, probablemente ha quemado unas seis millones de calorías.

Hazel estudió el suelo a sus pies y frunció el ceño.

—No noto oro cerca... No te preocupes, Arión. Te encontraré un poco. Mientras tanto, ¿por qué no pastas un poco? Nos encontraremos...

El caballo desapareció, dejando una estela de vapor a su paso.

Hazel frunció el ceño.

—¿Creéis que volverá?

—No lo sé—dijo Percy—. Parece... un espíritu libre.

Frank casi deseó que el caballo se mantuviera alejado. No lo dijo, por supuesto.

Podría decir que Hazel estaba distraída por la idea de perder a su nuevo amigo. Pero Arión le asustaba, y Frank estaba seguro que el caballo lo sabía.

Hazel y Percy comenzaron a rescatar los suministros de los restos del carro. Había unas pocas cajas de material aleatorio de productos de las Amazonas entre los suministros, y Ella dio un gritito histérico al ver que era un pedido de libros. Agarró una copia de "Pájaros de Norte América", voló hacia la rama más cercana, y comenzó a mirar las páginas tan rápido, que Frank no estaba seguro de si leía o lo destrozaba. Frank se apoyó contra un árbol, intentando controlar su vértigo. Aún no se había recuperado de su encierro con las Amazonas, siendo pateado en el vestíbulo, desarmado, enjaulado e insultado como un hombre bebé por un caballo egomaniaco. Aquello no había ayudado precisamente con su falta de autoestima. Incluso aún antes de eso, la visión que había compartido con Hazel le había dejado sacudido mentalmente. Se sentía mucho más cercano a ella entonces. Sabía que había hecho lo correcto dándole el pedazo de leño. Se había quitado un gran peso de encima.

Por otra parte, había visto el Inframundo de primera mano. Había sentido cómo era estar sentado sin hacer nada para siempre, arrepintiéndose de tus errores. Había visto aquellas terroríficas máscaras doradas de los jueces de la muerte y se había dado cuenta de que algún día estaría allí de pie, puede que muy pronto.

Frank siempre había soñado con ver a su madre después de muerta. Pero quizá no fuera posible para los semidioses. Hazel había estado en los Asfódelos durante unos setenta años y nunca encontró a su madre. Frank esperó que él y su madre pudieran acabar ambos en el Elíseo. Pero si Hazel no había ido allí, sacrificando su vida para detener a Gea, tomando la responsabilidad de sus acciones para que su madre no terminara en el Castigo Eterno, ¿qué oportunidad tenía Frank? Nunca había hecho nada tan heroico.

Se incorporó y miró a su alrededor, intentando orientarse.

Al sur, a través del puerto de Vancouver, el horizonte de la ciudad brillaba con la luz roja del atardecer. Al norte, las colinas y los bosques lluviosos del parque Lynn Canyon serpenteaban entre las parcelas del norte de Vancouver hasta que iban hacia los bosques salvajes.

Frank había explorado aquel parque durante años. Vio un punto del río que le era familiar. Reconoció un pino muerto que había sido tumbado por un rayo en un claro cercano. Frank conocía aquella colina.

—Estoy prácticamente en casa—dijo—. La casa de mi abuela está aquí al lado.

Hazel entrecerró los ojos:

—¿A cuánto?

—Justo al pasar el río y al pasar los árboles.

Percy alzó una ceja.

—¿En serio? ¿Vamos a casa de tu abuela?

Frank se aclaró la garganta.

—Bueno, sí.

Hazel juntó sus manos como si estuviera haciendo una plegaria.

—Frank, por favor dime que nos dejará pasar la noche con ella. Sé que estamos con el tiempo al cuello, pero tenemos que descansar. Y Arión nos ha ahorrado un poco de tiempo. ¿Quizá podamos tener una comida cocinada?

—¿Y una ducha caliente? —añadió Percy—. ¿Y una cama con sábanas y almohadas?

Frank intentó imaginarse la cara de su abuela cuando llegara con dos amigos armados y una harpía. Todo había cambiado desde el funeral de su madre, desde la

mañana en la que los lobos se lo habían llevado al sur. Había estado tan enfadado por irse... Ahora, no podía imaginarse el volver.

Aún así, él y sus amigos estaban exhaustos. Habían estado viajando durante más de dos días sin una comida o una cama decentes. La abuela podría darles más suministros. Y quizá pudiera responderle las preguntas que le rondaban por la cabeza a Frank, una creciente sospecha sobre el don de la familia.

—Vamos a intentarlo—decidió Frank—. Vamos a casa de mi abuela.

Frank estaba tan distraído que habría podido irrumpir directamente en el campamento de los ogros. Afortunadamente Percy le empujó hacia abajo. Se agacharon al lado de Hazel y Ella detrás de un tronco caído y curiosearon el claro.

—Malo—murmuró Ella—. Esto es malo para las harpías.

Era completamente oscuro entonces. Alrededor de una hoguera se sentaban media docena de siluetas humanoides con el pelo enmarañado. De pie, podrían haber medido unos dos metros y medio, pequeños comparados con el gigante Polibotes o incluso con los cíclopes que habían visto en California, pero eso no les hacía mucho menos terroríficos. Vestían unos pantalones de surfista. Su piel era de un rojo quemado por el sol, cubierta por tatuajes de dragones, corazones y mujeres en bikini. Colgando de un asador había un animal sin piel, quizá un oso, y los ogros estaban arrancando pedazos de carne con sus uñas afiladas como garras, riendo y hablando mientras comían, enseñando unos dientes afilados. Al lado de los ogros había unas bolsas de malla llenas de esferas de bronce como si fueran balas de cañón. Las esperas debían de estar ardiendo, porque humeaban con el frío aire del atardecer. A unos doscientos metros más allá del claro, las luces de la mansión Zhang brillaban por entre los árboles. “Tan cerca” pensó Frank. Se preguntó si podrían rodear el campamento, pero al mirar a derecha e izquierda vio otros campamentos de ogros, como si hubieran rodeado la propiedad. Los dedos de Frank se hundieron en las raíces del árbol cercano. Su abuela debía de estar sola en su casa, atrapada.

—¿Qué son estos tipos? —susurró.

—Canadienses—dijo Percy.

Frank se apartó de él.

—¿Perdón?

—Eh, no te ofendas—dijo Percy—. Es así como los llamó Annabeth cuando luchamos contra ellos antes. Dijo que viven en el norte, en Canadá.

—Sí, bueno—gruñó Frank—. Estamos en Canadá. Soy canadiense. Pero nunca había visto estas cosas antes.

Ella de arrancó unas plumas de sus alas y las hizo girar en sus dedos.

—Lestrigones—dijo—. Caníbales. Gigantes del norte. Leyenda del Sasquatch. Sí, sí. No son pájaros. No son pájaros de Norte América.

—Así es como se llaman—coincidió Percy—. Lestri... no sé qué, lo que ha dicho Ella. Frank miró los tipos del claro:

—Podrían ser tomados por Bigfoot. Quizá es de ahí de dónde viene la leyenda. Ella, eres muy lista.

—Ella es lista—coincidió la harpía. Le ofreció, tímida, una de sus alas a Frank.

—Oh... gracias. —se guardó la pluma en el bolsillo, y se dio cuenta de que Hazel le estaba mirando—. ¿Qué? —preguntó Frank.

—Nada—se giró hacia Percy—. ¿Tu memoria está volviendo? ¿Recuerdas cómo vencer a estos tipos?

—Algo así—dijo Percy—. Sigue borroso. Creo que ayudé. Les maté con bronce celestial, pero fue antes de que... ya sabes.

—Antes de que Tánatos fuera secuestrado—dijo Hazel—. Así que por ahora, no morirán del todo.

Percy asintió.

—Esas balas de cañón de bronce... son malas noticias. Creo que usamos unas contra los gigantes. Pueden atrapar el fuego y usarlo.

La mano de Frank se fue hacia el bolsillo de su abrigo. Entonces recordó que era Hazel quien tenía el pedazo de madera.

—Es una trampa—Hazel miró a Frank, preocupada—. ¿Y entonces, tu abuela? Tenemos que ayudarla.

Frank sintió un nudo en su garganta. Nunca en un millón de años hubiera creído que su abuela pudiera necesitar ser rescatada, pero ahora comenzó a imaginarse algunas escenas de batallas que había vivido, como los juegos bélicos.

—Necesitamos una distracción—decidió—. Si podemos sacar a este grupo de los bosques, podríamos pasar por entre ellos sin alertar a los demás.

—Ojalá Arión estuviera aquí—dijo Hazel—. Podría hacer que estos ogros me persiguieran.

Frank agarró la lanza de su espalda.

—Tengo otra idea.

Frank no quería hacer aquello. La idea de convocar a Gris le asustaba incluso más que el caballo de Hazel. Pero no veía ninguna otra manera.

—¡Frank, no puedes atacar ahí! —dijo Hazel—. ¡Es un suicidio!

—No voy a atacar—dijo Frank—. Tengo un amigo... Que nadie grite, ¿vale?

Clavó la lanza al suelo, y la punta se rompió.

—Ups—dijo Ella—. No hay punta de lanza. No, no.

El suelo tembló. La mano esquelética de Gris salió a la superficie. Percy buscó a tientas su espada, y Hazel hizo un sonido como si hubiera un gato haciendo explotar un globo. Ella desapareció y se materializó en la cima del árbol más cercano.

—Está bien—prometió Frank—. ¡Está bajo control!

Gris salió del suelo. No mostraba ninguna señal de daño del encuentro anterior con los basiliscos. Estaba otra vez vestido con su ropa de camuflaje y sus botas de combate, y la translúcida carne gris cubriendo sus cuerpos como una gelatina brillante. Giró sus fantasmagóricos ojos hacia Frank, esperando órdenes.

—Frank, eso es un *spartus*—dijo Percy—. Un guerrero esqueleto. Son malvados, son asesinos, son...

—Lo sé—dijo Frank amargamente—. Pero es un regalo de Marte. De momento es todo lo que tenemos. Vale, Gris, tus órdenes: ataca ese grupo de ogros. Llévalos hacia el oeste, causándoles una distracción para que podamos...

Por desgracia, Gris perdió interés en sus palabras después de la palabra "ogros". Quizá solo entendía una sola frase. Atacó hacia el campamento de ogros.

—¡Espera! —dijo Frank, pero era demasiado tarde. Gris sacó dos de sus propias costillas de su camisa y corrió hacia la hoguera, atacando a los ogros por la espalda con una velocidad tan cegadora que ni siquiera les dio tiempo a gritar. Seis extremadamente sorprendidos lestrigones cayeron hacia los lados como un círculo de fichas de dominó y se redujeron a polvo.

Gris dio vueltas, dándole patadas a los montoncitos de cenizas que intentaban volver a formarse. Cuando pareció satisfecho al ver que no intentaban volver, Gris se irguió, saludo educadamente a Frank y se hundió en el suelo del bosque.

Percy miró a Frank.

—¿Cómo...?

—No hay lestrigones—Ella voló hacia abajo y aterrizó a su lado—. Seis menos seis es cero. Las lanzas son buenas para restar. Sí.

Hazel miró a Frank como si se hubiera convertido en un esqueleto zombi él mismo.

Frank pensó que creyó que su corazón se habría roto en pedazos, pero él no podía culparla. Los hijos de Marte eran todo violencia. El símbolo de Marte era una lanza sangrienta por una buena razón. ¿Por qué no estaría Hazel aterrorizada?

Miró había la punta rota de su lanza. Deseó haber tenido cualquier otro padre excepto Marte.

—Vamos—dijo—. Mi abuela podría estar en problemas.

CAPITULO XXXIV

FRANK

SE DETUVIERON EN EL PORCHO DE DELANTE. Como Frank había temido, las hogueras formaban un anillo en los bosques, rodeando completamente la propiedad, pero la casa parecía estar intacta.

Las campanillas de viento de la abuela tintineaban con las brisas de la noche. Su mecedora estaba vacía, mirando hacia la carretera. Las luces brillaban desde las ventanas de la planta de abajo, pero Frank decidió no hacer sonar el timbre. No sabía lo tarde que era, o si la abuela estaba dormida o en casa. En vez de eso miró la estatua del elefante de piedra en la esquina, una pequeña replica del que había en Portland. La llave de repuesto seguía debajo de su pie. Vació en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Percy.

Frank recordó la mañana en la que abrió la puerta y fuera le esperaba el oficial militar que le habló de su madre. Recordó haber bajado los escalones hacia su funeral, sujetando el pedazo de leño en su abrigo por primera vez. Recordó estar allí de pie y ver a los lobos salir de entre los árboles, los subalternos de Lupa, que le habían llevado hasta el Campamento Júpiter. Eso parecía mucho tiempo atrás, pero solo habían pasado seis semanas.

Ahora estaba de vuelta. ¿Le abrazaría la abuela? ¿O diría: “¡Frank, gracias a los dioses! ¡Estoy rodeada de monstruos!”

Seguramente le regañaría, o los tomaría por intrusos y les perseguiría con una sartén.

—¿Frank? —preguntó Hazel.

—Ella está nerviosa—murmuró la harpía desde la barandilla en el porche—. El elefante... mira a Ella.

—Estaremos bien—la mano de Frank temblaba tanto que apenas podía meter la llave en el cerrojo—. Mantengámonos unidos.

En el interior, la casa olía a cerrado y a mustio. Normalmente el aire olía a incienso de jazmín, pero los quemadores están vacíos.

Examinaron la sala de estar, el comedor, la cocina. Habían platos sucios en el fregadero, lo que no era normal. La criada de la abuela venía cada día, a no ser que hubiera sido asustada por los gigantes. O comida de desayuno, pensó Frank. Ella había dicho que los lestrigones eran caníbales.

En la sala de estar, unas estatuas de Buda y unas estatuillas taoístas les sonreían como unos payasos psicóticos. Frank pensó en la diosa del arcoíris, Iris, que les había estado hablando del budismo y el taoísmo. Frank supuso que si la diosa viniera a aquella casa, se le quitarían las ganas a la diosa.

Los gigantescos jarrones de porcelana de la abuela estaban llenos de telarañas.

Aquello tampoco no era normal. La abuela, normalmente insistía en que la colección debía de ser desempolvada regularmente. Mirando la porcelana, Frank se sintió culpable de haber destrozado tantas piezas el día del funeral. Entonces le parecía tan estúpido todo, el haberse enfadado con la abuela cuando tenía tantas otras personas con las que enfadarse: Juno, Gea, los gigantes, su padre Marte... Sobre todo con su padre Marte.

La hoguera estaba fría y oscura.

Hazel se abrazó el pecho, como si intentara retener al leño que custodiaba de volver al lugar del que salió:

—¿Es eso...?

—Sí—dijo Frank—. Ese es.

—¿Es qué? —preguntó Percy.

La expresión de Hazel era de comprensión, lo que le hizo sentir a Frank mucho peor. Recordó lo aterrizada que parecía y la repulsión que parecía sentir cuando había convocado a Gris.

—Es la chimenea—le dijo a Percy, lo que sonaba estúpidamente obvio—. Vamos, miremos en el piso de arriba.

Los escalones crujieron bajo sus pies. La antigua habitación de Frank estaba igual. Nada había sido tocado: su arco y carcaj extra (los cuales tenía que coger luego), sus premios de ortografía del colegio (sí, probablemente sería el único semidiós no disléxico campeón de ortografía del mundo, como si no fuera ya lo suficientemente raro), y las fotos de su madre: una con su chaqueta ignífuga y su casco y sentada en un Humvee en la provincia Kandahar, otra con el chándal de entradora de fútbol cuando entrenó al equipo de Frank, otra con su uniforme militar con sus manos apoyadas en los hombros de Frank, cuando visitó su colegio el día de los padres.

—¿Es tu madre? —preguntó Hazel amablemente—. Es guapa.

Frank no pudo responder. Se sintió un poco avergonzado, un chico de dieciséis años con un montón de fotografías de su madre.

¿Cuán triste era aquello? Igualmente, se sintió muy triste. Habían pasado seis semanas desde que había estado allí. En parte, aquello parecía haber sido hace mucho tiempo. Pero cuando miraba la cara sonriente de su madre en algunas fotos, el dolor de su pérdida volvió como si acabara de suceder.

Comprobó las otras habitaciones. Las dos del medio estaban vacías. Una tenue luz parpadeaba en la última puerta: la habitación de su abuela.

Frank llamó en silencio. Nadie respondió. Empujó la puerta y ésta se abrió. La abuela descansaba en la cama, parecía demacrada y frágil, su pelo blanco peinado como la corona de un basilisco. Una sola vela ardía en la mesita de noche. Al lado de la cama estaba sentado un hombre vestido con el uniforme beige de las Fuerzas Canadienses. A pesar de la penumbra, vestía unas gafas de sol oscuras y había un brillo rojo sangre detrás de las lentes.

—Marte—dijo Frank.

El dios alzó la vista, sin inmutarse.

—Ey, chico. Entra. Diles a tus amigos que se vayan a dar una siesta.

—¿Frank? —le susurró Hazel—. ¿A qué te refieres con Marte? Tu abuela... ¿está bien?

Frank miró a sus amigos.

—¿No le véis?

—¿Ver a quién—Percy agarró su espada—. ¿Marte? ¿Dónde?

El dios bélico hizo chasquear la lengua.

—Nah, no me pueden ver. Supuse que así sería mejor esta vez. Una conversación privada, padre e hijo, ¿eh?

Frank apretó los puños. Contó hasta diez antes de hablar.

—Chicos... no es nada. Escuchad, ¿por qué no vais a las habitaciones restantes?

—Techo—dijo Ella—. El techo es bueno para las harpías.

—De acuerdo—dijo Frank, aturdido—. Probablemente haya comida en la cocina. ¿Me daréis unos pocos minutos a solas con mi abuela? Creo que ella...

Su voz se quebró. No estaba seguro de si llorar, gritar o golpear a Marte en las gafas. Quizá las tres cosas.

Hazel puso su mano en su brazo.

—Por supuesto, Frank. Vamos, Ella, Percy.

Frank esperó hasta que las pisadas de sus amigos se alejaron. Entonces pasó a la habitación y cerró la puerta.

—¿Eres realmente tú? —preguntó Marte—. ¿No es un truco o una ilusión o algo?

El dios negó con la cabeza:

—¿Preferirías que no fuera yo?

—Sí—confesó Frank.

Marte se encogió de hombros.

—No te culpo. Nadie dar la bienvenida a la guerra, no si son listos. Pero la guerra siempre encuentra a todo el mundo tarde o temprano. Es inevitable.

—Eso es estúpido—dijo Frank—. La guerra no es inevitable. Mata a la gente y...

—...se llevó a tu madre—acabó Marte.

Frank quería quitarle a golpes la mirada de tranquilidad de su cara, pero quizá era solo el aura de Marte que le hacía sentirse agresivo. Miró a su abuela, durmiendo con tranquilidad. Deseó que se levantara. Si alguien pudiera enfrentarse a un dios de la guerra, era su abuela.

—Está lista para morir—dijo Marte—. Lo ha estado desde hace semanas, pero te espera a ti.

—¿A mí? —Frank estaba tan aturdido que casi se olvidó de su enfado—. ¿Por qué? ¿Cómo ha podido saber que volvería? ¡Ni siquiera yo lo sabía!

—Los lestrigones del exterior sí—dijo Marte—. Imagino que cierta diosa se lo dijo. Frank parpadeó.

—¿Juno?

El dios de la guerra rió tan fuerte que las ventanas temblaron, pero la abuela ni se inmutó.

—¿Juno? ¡Por los bigotes del jabalí, chico! ¡Juno, no! Tú eres el arma secreta de Juno. No podría venderte tan fácilmente. No, hablo de Gea. Obviamente ha estado siguiéndote la pista. Creo que se preocupa más de ti que de Percy o Jason o cualquiera de los siete.

Frank se sintió como si el techo estuviera temblando. Deseó que hubiera otra silla en la que sentarse.

—Los siete... ¿te refieres a la profecía de las Puertas de la Muerte? ¿Soy uno de los siete? ¿Y Jason y...?

—Sí, sí—Marte movió la mano, impaciente—. Vamos, chico. Se supone que tú eres el táctico. ¡Piénsalo! Obviamente tus amigos también están siendo preparados para esa misión, asumiendo que volváis de Alaska vivos. Juno quiere unir a los griegos y a los romanos y enviarles contra los gigantes. Cree que es la única manera de detener a Gea.

Marte se encogió de hombros, claramente no le convencía el plan.

—De todas formas, Gea no quiere que tú seas uno de los siete. Percy Jackson... ella cree que él puede controlarle. Y los otros tienen debilidades que puede utilizar. Pero tú... tú la preocupas. Ella prefiere matarte. Es por eso por lo que ha convocado a los lestrigones. Han estado ahí durante días, esperando.

Frank negó con la cabeza. ¿Estaba Marte engañándole? De ninguna manera él le pudiera preocupar a una diosa, especialmente cuando alguien como Percy Jackson estuviera implicado.

—¿Que no tengo debilidades? —preguntó—. ¡Si no tengo más que debilidades. Mi vida depende de un pedazo de madera!

Marte sonrió.

—Te subestimas. De todas formas, Gea tiene a esos lestrigones convencidos de que si pueden comerse hasta el último miembro de tu familia, incluyéndote a ti, heredarán el don familiar. Si eso es verdad o no, lo desconozco. Pero esos lestrigones están hambrientos para intentarlo.

El estómago de Frank se hizo un nudo. Gris había matado a seis ogros, pero juzgando por las hogueras alrededor de la propiedad, había docenas de ellos, todos esperando para cocinar a Frank de desayuno.

—Creo que voy a vomitar—dijo.

—No lo creo—Marte hizo chasquear los dedos, y los mareos de Frank desaparecieron—. Las batallas ponen nervioso a cualquiera.

—Pero mi abuela...

—Sí, te ha estado esperando para hablar contigo. Los ogros la han dejado sola. Ella es el cebo, ¿no lo ves? Ahora que estás aquí, imagino que ya habrán olido tu presencia. Atacarán esta mañana.

—¡Entonces, sácanos de aquí! —pidió Frank—. Haz sonar tus dedos y barre a los caníbales.

—¡Ja! Eso sería divertido. Pero no lucho las batallas de mis hijos por ellos. El destino ha dejado claro los trabajos que nos tocan llevar a cabo a los dioses, y los que tienen que ser hechos por los mortales. Esta es tu misión, hijo. Ah, y... en caso de que no lo hayas descubierto, tu lanza no puede ser usada de nuevo en veinticuatro horas, así que espero que hayas aprendido a usar el don de la familia. De otra manera, vas a ser el desayuno de los caníbales.

El don de la familia. Frank había querido hablar con la abuela sobre eso, pero ahora no tenía a nadie con quién consultar excepto a Marte. Miró al dios de la guerra, que sonreía sin ninguna simpatía.

—Periclímeno—Frank pronunció la palabra con cuidado, como en un concurso de deletrear—. Era mi ancestro, un príncipe griego, un argonauta. Murió luchando contra Hércules.

Marte movió la mano instándole a continuar.

—Tenía una habilidad que le ayudaba en combate—dijo Frank—. Algún tipo de don de los dioses. Mi madre dijo que combatía como un enjambre de abejas.

Marte rió.

—Muy cierto. ¿Qué más?

—De alguna manera, nuestra familia llegó a China. Creo, que en los días del Imperio Romano, uno de los descendientes de Periclímeno sirvió en la legión. Mi madre decía que ese tipo se llamaba Seneca Gracchus, pero también tenía un nombre chino, Sung Guo. Creo... que esta parte es la que no sé, pero Reyna siempre dijo que hubieron muchas legiones perdidas. La Duodécima fundó el Campamento Júpiter. Quizá haya otra legión que desapareció en el este.

Marte aplaudió en silencio.

—No está mal, chico. ¿Has oído hablar alguna vez de la Batalla de Carras? Un gran desastre para los romanos. Lucharon contra aquellos tipos llamados partos en el borde oriental del imperio. Quince mil romanos murieron. Diez mil fueron prisioneros.

—¿Y uno de los prisioneros fue mi ancestro Seneca Gracchus?

—Exacto—coincidió Marte—. Los partos pusieron a los legendarios capturados a trabajar, porque eran unos luchadores muy buenos. Pero entonces Partia fue invadida por el otro lado...

—Por los chinos—supuso Frank—. Y los prisioneros romanos fueron capturados de nuevo.

—Sí. Algo muy vergonzoso. De todas formas, así es como la legión romana entró en China. Los romanos echaron raíces allí y construyeron una ciudad llamada...

—Li-Jien—dijo Frank—. Mi madre decía que fue nuestro hogar ancestral: Li-Jien... Legión...

Marte parecía satisfecho.

—Ya lo estás pillando. Y el viejo Seneca Gracchus, tuvo el don de tu familia.

—Mi madre dijo que luchó contra dragones—recordó Frank—. Dijo que era... era el dragón más poderoso de todos.

—Era bueno—admitió Marte—. No lo suficiente como para evitar la mala suerte de su legión, pero bueno. Se instaló en China, y pasó el don de la familia a sus hijos y así. Poco a poco su familia emigró a Norte América y se vio envuelta en el Campamento Júpiter.

—El círculo completo—finalizó Frank—. Juno dijo que yo traería el círculo completo a la familia.

—Veamos—Marte señaló a la abuela de Frank—. Quería decírtelo ella misma, pero supuse que tenía que adelantar trabajo desde que el viejo pájaro no tiene demasiada fuerza. ¿Entiendes tu don?

Frank vaciló. Tenía una idea, pero parecía loca, incluso más loca que una familia mudándose a Grecia, de ahí a Roma, luego a China y por último a Canadá. No quería decirlo en alto. No quería equivocarse y que Marte se riera de él.

—Lo... lo creo. Pero contra un ejército de esos ogros...

—Sí, será duro—Marte se puso en pie y se rascó—. Cuando tu abuela se despierte por la mañana, te ofrecerá ayuda. Entonces imagino que morirá.

—¿Qué? ¡Pero tengo que salvarla! No me puede abandonar.

—Ha vivido una vida plena—dijo Marte—. Está lista para seguir. No seas egoísta.

—¡Egoísta!

—La anciana se ha mantenido así hasta ahora por su sentido del deber. Tu madre era igual. Es por eso por la que la amé. Siempre antepuso su deber primero, por encima de todo. Incluso de su vida.

—Y por encima de mí.

Marte se quitó las gafas de sol. Allí dónde deberían estar sus ojos, habían unas pequeñas esferas en miniatura de fuego como explosiones nucleares.

—Auto-compadecerse no sirve para nada, niño. No vale la pena. Incluso sin el don de la familia, tu madre te habría dado en herencia otros valores: valor, lealtad, inteligencia.... Ahora tienes que decidir cómo usarlos. Por la mañana, escucha a tu abuela. Sigue su consejo. Aún puedes liberar a Tánatos y salvar al campamento.

—Y dejar a mi abuela morir.

—La vida solo es valiosa porque termina, niño. Te lo dice un dios, vosotros los mortales no sabéis la suerte que tenéis.

—Sí—murmuró Frank—. Mucha suerte.

Marte rió, un sonido algo metálico.

—Tu madre me decía un proverbio chino: Come agrio...

—Come agrio, sabe dulce—dijo Frank—. Odio ese proverbio.

—Pero es cierto. ¿Cómo lo dicen hoy en día? ¿Sin dolor, no hay ganancias? Es lo mismo. Tú vas por lo fácil, lo atractivo, lo pacífico, que termina convirtiéndose en malo al fin y al cabo. Pero si tomas el camino difícil... es así cómo recibes los premios dulces. Deber y sacrificio, significan algo.

Frank estaba tan indignado que apenas podía hablar. ¿Aquél era su padre?

Frank entendía por qué su madre había sido una heroína, entendía que había salvado vidas y que había sido muy valiente. Pero le había dejado solo. Aquello no era justo, no estaba bien.

—Me voy—dijo Marte—. Pero primero, has dicho que eres débil. Eso no es cierto.

Quieres saber por qué Juno te ha escogido, ¿verdad? ¿Por qué ese pedazo de madera aún no ha ardidido del todo? Es porque tienes un papel que jugar. Crees que no eres igual de bueno que los otros romanos. Crees que Percy Jackson es mejor que tú.

—Lo es—gruñó Frank—. Luchó contra ti y ganó.

Marte se encogió de hombros.

—Quizá, quizá sí. Pero cada héroe tiene un punto débil. ¿Percy Jackson? Es demasiado leal a sus amigos. No puede abandonarles. Eso se lo dijeron, hace años. Y algún día, va a tener que enfrentarse a un sacrificio que le sobrepasará. Sin ti, Frank, sin tu sentido del deber, caerá. La guerra entera fracasará, y Gea destruirá nuestro mundo.

Frank negó con la cabeza. No podía escuchar aquello.

—La guerra es un deber—continuó Marte—. La única elección verdadera es si lo aceptas o no y si luchas por ello. El legado de Roma está en la cuerda floja, cinco mil años de ley, orden, civilización... Los dioses, las tradiciones, las culturas que han dado forma al mundo en el que vives: todo va a caer, Frank, a no ser que ganéis esto. Creo que eso merece la pena por lo que luchar. Piénsalo un poco.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Frank.

Marte alzó una ceja.

—¿Tú qué?

—Mi punto débil. Has dicho que todos los héroes tenemos uno.

El dios sonrió fríamente:

—Vas a tener que responder eso por ti mismo, Frank. Pero finalmente estás preguntando lo correcto. Ahora, duerme un poco. Necesitas descansar.

El dios ondeó su mano. Los ojos de Frank pesaron. Se desplomó y todo se volvió negro.

—Fai—dijo una voz familiar, severa e impaciente.

Frank parpadeó. La luz del sol entraba en la habitación.

—Fai, levántate. Por mucho que me gustase quitarte esa cara ridícula que tienes, no estoy en condiciones de salir de la cama.

—¿Abuela?

Su visión se enfocó, y la vio mirándole desde la cama. Él estaba espatarrado en el suelo. Alguien le había puesto una sábana por encima de él durante la noche y una almohada bajo la cabeza, pero no tenía ni idea de qué había pasado.

—Sí, mi tonto buey— la abuela seguía pareciendo horriblemente débil y pálida, pero su voz era mucho más dura que nunca—. Ahora, levántate. Los ogros han rodeado la casa. Tenemos mucho que discutir si tú y tus amigos queréis escapar de aquí vivos.

CAPITULO XXXV

FRANK

UNA MIRADA FUERA DE LA VENTANA, y Frank sabía que estaban en problemas. Al borde del césped, los lestrigones comenzaban a cargar las balas de cañón de bronce. Su piel relucía con un color rojo. Su pelo era desenmarañado, sus tatuajes y sus garras no parecían mucho más bonitos que la luz de la mañana.

Algunos cargaban varas y lanzas. Y otros confusos ogros cargaban tablas de surf, como si se hubieran metido en la fiesta equivocada. Todos de ellos tenían un humor festivo, chocándose las manos a los otros, atándose baberos de plástico por sus cuellos, rompiendo cuchillos y tenedores. Un ogro había encendido una barbacoa portátil y estaba bailando con un delantal que decía “BESA AL COCINERO”.

La escena habría sido casi divertida, excepto que Frank sabía que él mismo era el plato principal.

—He visto a tus amigos en el ático—dijo la abuela—. Puedes unirteles cuando estés listo.

—¿El ático? —se giró Frank—. Siempre me decías que nunca subiera allá.

—Eso es porque ahí guardamos las armas, chico tonto. ¿Crees que es la primera vez que los monstruos atacan a nuestra familia?

—Armas—gruñó Frank—. Como si nunca hubiera lidiado con armas antes.

Las aletas de la nariz de la abuela se abrieron.

—Fai Zhang, ¿eso ha sido sarcasmo?

—Sí, abuela.

—Bueno. Aún hay esperanza para ti. Ahora, siéntate. Debes comer.

Señaló con la mano su mesita de noche, donde alguien había dejado un vaso de zumo de naranja y un plato de huevos revueltos y una tostada con bacón, el desayuno favorito de Frank.

A pesar de sus problemas, Frank se sintió hambriento. Miró a su abuela, asombrado.

—¿Has...?

—¿...hecho yo tu desayuno? ¡Por el mono de Buda, por supuesto que no! Y no ha sido la criada, es demasiado peligroso entrar aquí para ella. No, tu novia Hazel lo ha hecho para ti. Y te trajo una sábana y una almohada anoche. Y te cogió unas pocas ropas limpias para ti en tu habitación. De todas formas, deberías darte una ducha. Hueles a pelo de caballo quemado.

Frank abrió y cerró su boca como un pescado. No podía articular un sonido. ¿Hazel había hecho todo aquello por él? Frank estaba seguro de que había destruido cualquier oportunidad con ella la noche anterior cuando convocó a Gris.

—Ella... eh... no es...

—¿No es tu novia? —supuso la abuela—. Bueno, ¡pues lo debería! No la dejes escapar. Necesitas una mujer fuerte en tu vida, por si no lo has notado. Ahora, vamos al trabajo.

Frank comió mientras la abuela le daba algo parecido a una sesión informativa militar. A la luz del día, su piel era tan translúcida, sus venas parecían brillar. Su respiración sonaba como una crujiente bolsa de papel hinchándose y deshinchándose, pero hablaba con firmeza y claridad. Le explicó que los ogros habían rodeado la casa durante tres días, esperando a Frank.

—Quieren cocinarte y comerte—dijo, sin ganas—, lo que es ridículo. Sabrías terriblemente.

—Gracias, abuela.

Asintió.

—Admito, que estuve satisfecha de alguna manera cuando me dijeron que ibas a volver. Me alegro de verte de nuevo por última vez, aunque tus ropas estén sucias y necesites un corte de pelo. ¿Es así como representas a tu familia?

—He estado un poco liado, abuela.

—No hay excusas para la dejadez. De todas formas, tus amigos han dormido y han comido. Están recargando municiones de armas en el ático. Les he dicho que te unirías con ellos en breve, pero hay demasiados ogros para enfrentarte a ellos tú solo. Debemos hablar de tu plan de escape. Mira en mi mesita de noche.

Frank abrió el cajón y sacó un sobre sellado.

—¿Sabes el campo de aviación al final del parque? —le preguntó su abuela—.

¿Podrías encontrarlo otra vez?

Frank asintió en silencio. Estaba a unos cuatro kilómetros al norte, bajando por la carretera principal a través del cañón. La abuela le había llevado allí varias veces cuando fletaba aviones para traer equipamiento especial de China.

—Hay un piloto esperándote para partir en cuanto llegues—dijo la abuela—. Es un viejo amigo. Tengo una carta para él en el sobre, pidiéndole que os lleve al norte.

—Pero...

—No discutas, chico—murmuró—. Marte ha estado visitándome estos últimos días, haciéndome compañía. Me ha hablado de tu misión. Encuentra a la Muerte en Alaska y libéralo. Cumple tu deber.

—Pero si tengo éxito, morirás. Nunca te volverá a ver.

—Eso es cierto—admitió la abuela—. Pero moriré de todas formas. Soy vieja, creo que eso está claro. Pero, ¿tu pretor te ha dado letras de recomendación?

—Eh, sí, pero...

—Bueno. Muéstraselas al piloto también. Es un veterano de la legión. En caso de que tenga alguna duda, esas credenciales le obligarán a ayudarte de todas las maneras posibles. Todo lo que tenéis que hacer es llegar al campo de aviación.

La casa tembló. Fuera una bola de fuego explotó en medio del aire, haciendo brillar toda la sala.

—Los ogros comienzan a cansarse—dijo la abuela—. Debemos darnos prisa. Ahora, tú y tus poderes, espero que ya los hayas descubierto.

—Eh...

La abuela maldijo por lo bajo en un mandarín muy rápido.

—¡Dioses ancestrales! ¿Es que no has aprendido nada, chico?

—¡Sí! —habló de los detalles de su discusión con Marte la noche anterior, pero se sintió que le costaba mucho más hablar delante de su abuela—. El don de Periclímeno... creo... Creo que era hijo de Poseidón, o Neptuno, bueno ya me entiendes...—Frank se encogió de hombros—. El dios del mar.

La abuela asintió de mala gana.

—Era nieto de Poseidón, pero me vale. ¿Cómo has llegado a tal brillante iluminación?

—Un profeta en Portland... dijo algo sobre mi tata-abuelo, Shen Lun. El profeta dijo que fue culpado por el terremoto de 1906 que destruyó San Francisco en la antigua localización del Campamento Júpiter.

—¿Y qué más?

—En el campamento, decían que un descendiente de Neptuno había causado el desastre. Neptuno es el dios de los terremotos, pero... no creo que el tatarabuelo lo hiciera. Nuestro don no es causar terremotos.

—No—admitió la abuela—. Pero sí, fue culpado. Fue impopular como descendiente de Neptuno. Fue impopular porque su don real era mucho más extraño que causar terremotos. Y fue impopular por ser chino. Un chico chino nunca había reclamado tener sangre romana. Una verdad incómoda, pero nadie lo negó. Fue acusado falsamente, fue expulsado por vergüenza.

—Así que... si no hizo nada malo, ¿por qué dijiste que me disculpara por él? Las mejillas de la abuela se enrojecieron.

—Porque disculparse por algo que no has hecho es mejor que morir por ello. No estaba segura si el campamento podría soportar tu vergüenza. No sabía que el prejuicio de los romanos había mejorado.

Frank se tragó el desayuno. Se habían burlado de él en el colegio y en las calles a veces, pero nunca en el Campamento Júpiter. Nadie en el campamento, ni una sola vez, se habían reído de él por ser asiático. A nadie le preocupaba aquello. Solo se reían de él porque era torpe y lento. No podía imaginarse qué habría sido para tu tatarabuelo, acusado de destruir el campamento entero, expulsado de la legión por algo que no hizo.

—¿Y nuestro don verdadero? —preguntó la abuela—. ¿Al menos tienes alguna idea del que es?

Las historias de su madre se arremolinaron en la cabeza de Frank. “Luchando como un enjambre de abejas”, “Era el mejor dragón de todos”. Recordó a su madre apareciéndose a su lado en el patio, como si acabara de volar desde el ático. Recordó verla saliendo de los bosques, diciendo que le había dado a la mamá osa direcciones.

—Puedes ser cualquier cosa—dijo Frank—. Eso es lo que siempre me decía. La abuela resopló.

—Finalmente, una tenue luz ha entrado en tu cabeza. Sí, Fai Zhang. Tu madre no estaba inflando tu auto-estima. Te estaba diciendo la verdad literal.

—Pero...—otra explosión sacudió la casa. Del tejado cayó un poco de nieve. Frank estaba tan desconcertado que apenas lo notó.

—¿Cualquier cosa?

—Dentro de la razón—dijo la abuela—. Seres vivos. Ayuda que conozcas la criatura bien. También ayuda que estés en una situación de vida o muerte, como un combate. ¿Por qué estás tan sorprendido, Fai? Siempre has dicho que no estás cómodo con tu propio cuerpo. Todos nos sentimos así, todos los que tenemos la sangre de Pilos. Este don ha sido solo dado una vez a una familia mortal. Somos únicos entre los semidioses. Poseidón se sintió especialmente generoso cuando bendijo nuestro ancestro... o especialmente rencoroso. El don ha sido a veces una maldición. No salvó a tu madre...

En el exterior, los ogros comenzaron un clamor. Uno gritó:

—¡Zhang! ¡Zhang!

—Debes irte, chico tonto—dijo la abuela—. Se ha acabado el tiempo.

—Pero... no sé cómo usar mi poder. Nunca he... no puedo.

—Puedes—dijo la abuela—. O no sobrevivirás para darte cuenta de tu destino. No me gusta esta Profecía de los Siete de la que me ha hablado Marte. Siete es un número de mala suerte entre los chinos, un número fantasma. Pero no hay nada que podamos hacer. ¡Ahora, vete! Mañana al atardecer es el Festival de Fortuna. No hay tiempo que

perder. No te preocupes por mí. Moriré cuándo y cómo quiera. No tengo intención de ser devorada por esos ridículos ogros. ¡Vete!

Frank se giró hacia la puerta. Sintió como si su corazón hubiera pasado por un exprimidor, pero hizo una reverencia formal:

—Gracias, abuela—dijo—. Haré que te sientas orgullosa.

Murmuró algo bajo su respiración. Frank creyó que había dicho: “Ya lo has hecho”.

Se la quedó mirando, dubitativo, pero su expresión se endureció rápidamente:

—Deja de mirarme boquiabierto, chico. ¡Dúchate y vístete! ¡Péinate el pelo! ¿O acaso quieres que mi última imagen de ti sea con el pelo despeinado?

Se arregló el pelo y volvió a hacer una reverencia.

La última imagen de su abuela fue de ella mirando por la ventana, como si estuviera pensando la terrible reprimenda que le daría a los ogros cuando invadieran su casa.

CAPITULO XXXVI

FRANK

FRANK SE DIO LA DUCHA MÁS RAPIDA de su vida, se puso la ropa que Hazel le había escogido, una camiseta verde oliva con unos pantalones beige (¿en serio?), entonces agarró su arco y su carcaj de más y subió por las escaleras del ático. El ático estaba lleno de armas. Su familia había coleccionado bastantes armas antiguas como para armar un ejército. Escudos, lanzas, arcos y flechas por toda una pared, casi tantas como en la armería del Campamento Júpiter. En la ventana posterior, una ballesta de escorpión estaba montada y cargada, preparada para la acción. En la ventana frontal había algo que parecía una pistola que disparaba granadas de racimo.

—¿Lanzamisiles? —preguntó en voz alta.

—No, no—dijo una voz en la esquina—. Patatas. A Ella no le gustan las patatas. La harpía se había hecho un nido para ella entre dos baúles. Estaba sentada en un montón de pergaminos chinos, leyendo siete u ocho al mismo tiempo.

—Ella—dijo Frank—, ¿dónde están los demás?

—Tejado—miró hacia arriba, entonces volvió a su lectura, recogiendo plumas y pasando páginas—. Tejado. Mirando a los ogros. A Ella no le gustan los ogros. Patatas.

—¿Patatas? —Frank no lo entendió hasta que giró la máquina. Sus ocho lanzaderas estaban cargadas con patatas. En la base del arma, había una cesta llena con más munición comestible.

Miró por la ventana, la misma ventana en la que su madre le miraba cuando se encontró con el oso. Bajo, en el patio, los ogros estaban patrullando, dándose golpes entre ellos y ocasionalmente gritaban hacia la casa, lanzaban bolas de cañón de bronce que explotaban en medio del aire.

—Tienen bolas de cañón—dijo Frank—. Y nosotros una pistola de patata.

—La fécula—dijo Ella, pensativa—. La fécula es mala para los ogros.

La casa tembló con otra explosión. Frank necesitaba llegar al tejado y ver lo que estaban haciendo Percy y Hazel, pero se sintió mal dejando sola a Ella.

Se arrodilló a su lado, con cuidado de no acercarse.

—Ella, no es seguro estar aquí con los ogros. Nos iremos a Alaska muy pronto.

¿Vendrás con nosotros?

Ella se movió incómoda.

—Alaska. Un millón ocho mil ciento treinta y tres kilómetros cuadrados. Mamífero estatal: el alce.

De pronto cambió al latín, algo que Frank pudo seguir a duras penas gracias a sus clases en el Campamento:

—Al norte, más allá de los dioses, descansa la corona de la legión. Cayendo del hielo, el hijo de Neptuno se ahogará—se detuvo y se rascó su despeinado pelo rojo—.

Quemado. El resto está quemado.

Frank podía a penas respirar.

—Ella, eso... ¿ha sido una profecía? ¿Dónde lo has leído?

—El alce—dijo Ella, saboreando la palabra—. El alce, el alce, el alce.

La casa volvió a temblar. Cayó polvo de las vigas. En el exterior, un ogro gritó:

—¡Frank Zhang! ¡Muéstrate!

—No—dijo Ella—. Mejor que Frank no lo haga. No.

—Vale... quédate aquí, ¿vale? —dijo Frank—. Tengo que ir a ayudar a Percy y a Hazel.

Bajó la escalera para subir al tejado.

—Buenos días—dijo Percy, sonriente—. Bonito día, ¿verdad? —vestía lo mismo que el día anterior, tejanos, camiseta morada y su chaqueta polar, pero la ropa había sido lavada. Tenía la espada en una mano y una manguera de jardín en la otra. ¿Por qué había una manguera en el tejado? Ni idea, Frank no estaba seguro, pero cada vez que los gigantes enviaban una bala de cañón, Percy convocaba un gigantesco chorro de agua y detonaba la esfera en el medio del aire. Entonces Frank recordó: su familia también descendía de Poseidón. La abuela le había dicho que la casa había sido atacada con anterioridad. Quizá también habían puesto una manguera allí arriba por aquella razón.

Hazel patrullaba el mirador entre los dos gabletes del ático. Estaba tan guapa que a Frank le dolió el pecho. Vestía unos tejanos, una chaqueta color crema, una camiseta blanca que hacía que su piel pareciera del color del chocolate. Su pelo rizado caía alrededor de sus hombros. Cuando se acercó, Frank pudo oler champú de jazmín. Alzó su espada. Cuando miró a Frank, sus ojos brillaron con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Por qué sonríes?

—Oh, ah, nada—se las arregló para decir—. Gracias por el desayuno. Y por las ropas. Y por... no odiarme.

Hazel parecía perpleja.

—¿Por qué te debería odiar?

La cara de Frank le ardió. Deseaba que mantuviera su boca cerrada, pero era demasiado tarde. “No la dejes escapar” le había dicho su abuela, “Necesitas una mujer fuerte”.

—Es que... anoche...—tartamudeó—. Cuando convoqué al esqueleto. Creía que... creía que creías que era repulsivo o algo...

Hazel alzó las cejas. Negó con la cabeza con consternación.

—Frank, quizá estuviera sorprendida. Quizá me asustara aquella cosa. ¿Pero repulsivo? La forma en la que le ordenaste, tan confiado y todo, como diciendo: “Oh, sí, chicos, tengo este spartus todo-poderoso que podemos hacer servir”. No podía creérmelo. No te encontré repulsivo, Frank. Estaba sorprendida.

Frank no estaba seguro de haberlo oído bien.

—Tú estabas... ¿impresionada? ¿Por mí?

Percy rió.

—Tío, fue increíble.

—¿En serio? —preguntó Frank.

—En serio—prometió Hazel—. Pero ahora mismo, tenemos otros problemas que preocuparnos. ¿Vale?

Señaló al ejército de ogros, que se estaban convirtiendo más atrevidos poco a poco, acercándose más y más a la casa.

Percy preparó la manguera de jardín:

—Tengo un truco más planeado. Tu césped tiene un sistema de aspersores. Puedo hacerlo explotar y causar confusión ahí abajo, pero eso destrozará la bomba de agua. Sin bomba, no habrá presión y sin presión, no habrá manguera, por lo tanto esas bolas de cañón entrarán en la casa.

Los elogios de Hazel seguían pitando en los oídos de Frank, dificultándole el pensamiento. Docenas de ogros estaban acampados en el césped, esperando para destrozarnos, y Frank apenas podía controlar su necesidad de sonreír.

Hazel no le odiaba. Estaba impresionada. Se obligó a concentrarse. Recordó lo que su abuela le había dicho sobre la naturaleza de su don, y cómo tenía que dejarla allí para morir.

“Tienes un papel que jugar” le había dicho Marte.

Frank no podía creerse que fuera el arma secreta de Juno, o que aquella gran Profecía de los Siete dependiera de él. Pero Hazel y Percy contaban con él. Tenía que dar lo mejor de sí.

Pensó en aquella extraña profecía parcial que Ella le había recitado en el ático, sobre el hijo de Neptuno hundiéndose.

“No entendéis su verdadero valor”, les había dicho Fineo en Portland. El ciego anciano había pensado que controlar a Ella le convertiría en un rey.

Todas las piezas del puzle se esparcieron por la mente de Frank. Tenía la sensación de que cuando finalmente se conectaron, crearían una imagen que no le gustaría.

—Chicos, tengo un plan de escape—les habló a sus amigos del avión esperándoles en el campo de aviación, y la carta de su abuela para el piloto—. Es un veterano de la legión. Nos ayudará.

—Pero Arión no volverá—dijo Hazel—. ¿Y tu abuela? No la podemos dejar aquí. Frank contuvo un sollozo.

—Quizá... quizá Arión nos encuentre. Y en cuanto a mi abuela... fue clara. Dijo que estaría bien.

No era exactamente la verdad, pero fue lo primero que pudo decir Frank.

—Hay otro problema—dijo Percy—. No soy bueno volando. Es peligroso para un hijo de Neptuno.

—Tendrás que arriesgarte... y yo también lo haré—dijo Frank—. De todas formas, estamos emparentados.

Percy casi se cayó del tejado:

—¿Qué?

Frank le hizo un resumen rápido.

—Periclímeno. Ancestro por parte de madre. Argonauta. Nieto de Poseidón.

Hazel se quedó boquiabierta.

—¿Eres descendiente de Neptuno? Frank eso es...

—¿Una locura? Sí. Y también hay una habilidad que tiene mi familia, o se supone. Pero no sé cómo usarlo. Ni siquiera puedo imaginarme cómo...

Otro masivo clamor se alzó de entre los lestrigones. Frank se dio cuenta de que estaban mirándole, señalándole, saludándole y riéndose. Habían avistado su desayuno.

—¡Zhang! —gritaron—. ¡Zhang!

Hazel se acercó a él.

—Llevan diciéndolo todo el rato. ¿Por qué te llaman?

—No importa—dijo Frank—. Escucha, tenemos que proteger a Ella, llevarla con nosotros.

—Por supuesto—dijo Hazel—. La pobre necesita nuestra ayuda.

—No—dijo Frank—. Quiero decir, sí. Pero no es solo eso. Recitó una profecía abajo. creo... creo que era sobre esta misión.

No quería contarle a Percy las malas noticias, sobre un hijo de Neptuno ahogándose, pero repitió los versos.

La mandíbula de Percy se endureció.

—No sé cómo un hijo de Neptuno puede ser ahogado. Puedo respirar bajo el agua. Pero la corona de la legión...

—Eso tiene que ser el águila—dijo Hazel.

Percy asintió.

—Y Ella recitó algo así antes, en Portland, una línea de la antigua Gran Profecía.

—¿La qué?

—Te lo contaré luego. —Percy giró la manguera y disparó a otra bola de cañón en el cielo. Explotó en una bola de fuego naranja. Los aplaudieron con admiración y gritaron:

—¡Bonito! ¡Bonito!

—La cosa es—dijo Frank—, Ella recuerda todo lo que lee. Ha dicho algo sobre una página quemada, como si hubiera leído un texto de profecías dañado o algo.

Los ojos de Hazel se abrieron.

—¿Libros de profecía quemados? No creerás que... ¡pero eso es imposible!

—¿Los libros que quería Octavian, en el campamento? —supuso Percy.

Hazel silbó bajo su respiración.

—Los libros perdidos de la Sibila que describían el entero destino de Roma. Si Ella leyó una copia de alguna manera y la memorizó...

—Entonces es la harpía más valiosa del mundo—dijo Frank—. No me extraña que Fineo la quisiera capturar.

—¡Frank Zhang! —un ogro gritó desde abajo. Era más alto que el resto, vistiendo una capa de león como un estandarte romano y un peto de plástico con una langosta en él.

—¡Baja, hijo de Marte! Te estamos esperando. ¡Ven, y sé nuestro huésped honrado! Hazel agarró el brazo de Frank.

—¿Por qué tengo la sensación de que 'huésped honrado' significa 'cena'?

Frank deseó que Marte siguiera allí. Podría hacer que alguien hiciera chasquear sus dedos y hacer que los nervios de la batalla desaparecieran.

"Hazel cree en mí" pensó, "Puedo hacerlo".

Miró a Percy.

—¿Puedes conducir?

—Claro, ¿por qué?

—El coche de la abuela está en el garaje. Es un viejo Cadillac, es como un tanque. Si puedes arrancarlo...

—Aún así tendríamos una barrera de ogros a la que enfrentarnos...—dijo Hazel.

—El sistema de aspersores—dijo Percy—. ¿Podríamos usarlo como distracción?

—Exacto—dijo Frank—. Yo ganaré el mayor tiempo posible. Coged a Ella, coged el coche. Intentaré encontrarme con vosotros en el garaje, pero no me esperéis.

Percy frunció el ceño.

—Frank...

—¡Danos una respuesta, Frank Zhang! —gritó el ogro—. ¡Baja y dejaremos ir a los demás, tus amigos y a tu pobre vieja abuela. ¡Sólo te queremos a ti!

—Mienten—murmuró Percy.

—Sí, lo sé—admitió Frank—. ¡Iros!

Sus amigos corrieron por la escalerilla.

Frank intentó controlar el pulso de su corazón. Sonrió y gritó:

—¡Eh, ahí abajo! ¿Quién tiene hambre?

Los ogros gritaron mientras Frank se paseó por el mirador y saludó como una estrella de rock. Frank intentó convocar el poder de su familia. Se imaginó a sí mismo como un dragón escupe-fuego. Apretó con todas sus fuerzas sus puños y pensó tanto en los dragones que gotas de sudor cayeron por su frente. Pero nada pasó. No tenía ninguna pista de cómo cambiar. Nunca había visto un dragón real. Por un momento de pánico, se preguntó si la abuela le había gastado una broma cruel. Quizá habría malentendido el don. Quizá Frank era el único miembro de la familia que no lo había heredado. Entonces estaría a solas con su suerte. Los ogros comenzaron a cansarse de esperar. La alegría pasó a ser un abucheo. Unos lestrigones levantaron las balas de cañón.

—¡Esperad! —gritó Frank—. ¡No querréis carbonizar, ¿verdad?! No sabré tan bien de esa manera.

—¡Baja! —gritaron—. ¡Estamos hambrientos!

Hora del plan B. Frank deseó tener uno.

—¿Prometéis dejar en paz a mis amigos? —preguntó Frank—. ¿Lo juráis sobre el río Estigio?

Los ogros rieron. Uno intentó lanzar una bola de cañón que pasó por encima de Frank y entró en la chimenea. Por algún tipo de milagro, Frank no fue golpeado por una metralla.

—Me tomaré eso como un no—murmuró. Entonces gritó hacia abajo:

—¡De acuerdo, vale! ¡Vosotros ganáis! Voy para abajo. ¡Esperadme ahí!

Los ogros lo aclamaron, pero su líder con la capa de piel de león miraba con el ceño fruncido. Frank no tenía mucho tiempo. Bajó por la escalerilla hasta el ático. Ella se había ido. Esperó que aquello fuera una buena señal. Quizá se la habían llevado al Cadillac. Cogió un carcaj extra de flechas que estaba etiquetado como una de las variedades en el baúl ordenado de su madre. Entonces corrió hacia el lanzamisiles. Giró el disparador, apuntó hacia el ogro líder y presionó el gatillo. Otro patatas se estamparon contra el pecho del gigante, dándole con tanta fuerza que se tropezó y cayó en un montón de bolas de cañón de bronce, que explotaron, dejando un cráter humeante en el césped.

Aparentemente la fécula era mala para los ogros. Mientras el resto de los monstruos corrían en confusión, Frank sacó su arco y disparó unas flechas. Algunos de los misiles detonaron al impacto. Otras se astillaron como los casquillos de una escopeta y dejaron a los gigantes con algunos nuevos tatuajes más dolorosos. Una dio a un ogro e instantáneamente se convirtió en un tiesto con su rosal.

Por desgracia, los ogros se recuperaron rápidamente. Comenzaron a lanzar bolas de cañón, docenas al mismo tiempo. La casa entera comenzó a crujir bajo su impacto. Frank corrió hacia las escaleras. El ático se desintegró detrás de él. Humo y fuego salían del rellano del segundo piso.

—¡Abuela! —gritó, pero el calor era tan fuerte, que no pudo llegar a su habitación.

Corrió hacia la planta baja, estando aferrado al pasamanos mientras la casa se derrumbaba y grandes pedazos del techo comenzaban a caer.

La base de la escalera era un cráter humeante. Llegó a la planta baja e irrumpió en la cocina. Tosiendo por la ceniza y el humo, entró en el garaje. Las luces del Cadillac estaban encendidas. El motor sonaba y la puerta del garaje estaba abierta.

—¡Entra! —gritó Percy.

Frank se sentó en el asiento de al lado de Hazel. Ella estaba en el delantero, con su cabeza metida bajo sus alas, murmurando:

—Uff. Uff. Uff.

Percy arrancó el motor. Salieron del garaje antes de que estuviera del todo destrozado, dejando un agujero del tamaño del Cadillac de astillas de madera. Los ogros corrieron para interceptarles, pero Percy gritó hasta dejarse los pulmones, y el sistema de aspersores explotó. Cientos de geiseres se dispararon por el aire por todas partes, pedazos de tuberías y unos aspersores muy pesados.

El Cadillac iba a unos cuarenta cuando golpearon el primer ogro, que se desintegró al impacto. Cuando los otros monstruos salieron de su confusión, el Cadillac estaba a dos kilómetros por la carretera. Unas bolas de cañón ardiendo llegaron por detrás de ella.

Frank miró hacia atrás y vio la mansión de la familia en llamas, las paredes cayéndose hacia dentro y el humo subiendo hasta el cielo. Vio una gran mancha negra, quizá un águila ratonera, dando vueltas desde el fuego. Podría haber sido la imaginación de Frank, pero creyó que había salido volando de la ventana del segundo piso.

—¿Abuela? —murmuró.

Parecía imposible, pero le había prometido que moriría de la forma en la que ella quería, y no a manos de los ogros. Frank esperó que hiciera lo correcto.

Condujeron a través de los bosques y fueron hacia el norte.

—¡A cinco kilómetros! —dijo Frank—. ¡No tiene pérdida!

Detrás de ellos, hubieron más explosiones por el bosque. El humo ascendió por el cielo.

—¿A qué velocidad pueden correr los lestrigones? —preguntó Hazel.

—Será mejor que no lo descubramos—dijo Percy.

Las puertas del campo de aviación aparecieron delante de ellos, a unos metros. Un jet privado estaba aparcado en la pista de despegue. Sus escaleras estaban bajadas.

El Cadillac golpeó un bache y pegó un salto. La cabeza de Frank golpeó el techo del coche. Cuando las ruedas tocaron el suelo, Percy apretó los frenos, y entonces viró bruscamente para frenar justo dentro de las puertas.

Frank salió y sacó su arco.

—¡Id hacia el avión! ¡Se acercan!

Los lestrigones se acercaban con una velocidad alarmante. La primera línea de ogros salieron de los bosques y se acercaron al campo de aviación, a quinientos metros, cuatrocientos...

Percy y Hazel se las arreglaron para sacar a Ella fuera del Cadillac, pero en cuanto la harpía vio el avión, comenzó a temblar.

—¡NO! —gritó—. ¡Volar con alas! ¡No aviones!

—Está bien—le prometió Hazel—. Te protegeremos.

Ella hizo un gesto de dolor como si la estuvieran quemando. Percy alzó las manos, exasperado.

—¿Qué podemos hacer? No la podemos obligar.

—No—admitió Frank. Los ogros estaban a trescientos metros y acercándose.

—Es demasiado valiosa para dejarla atrás—dijo Hazel. Entonces corrigió sus propias palabras—. Dioses, lo siento, Ella. He hablado como Fineo. Eres un ser vivo, no un tesoro.

—No aviones, no aviones—Ella estaba hiperventilándose.

Los ogros estaban a una distancia dónde les podían disparar.

Percy se incorporó, rápidamente.

—Tengo una idea. Ella, ¿puedes esconderte en los bosques? ¿Estarás segura de los ogros?

—Esconderte—aceptó—. Segura. Esconderte es bueno para las harpías. Ella es rápida. Y pequeña. Y veloz.

—De acuerdo—dijo Percy—. Quédate por aquí. Enviaré un amigo a buscarte y te llevará al Campamento Júpiter.

Frank se desató el arco y lanzó una flecha.

—¿Un amigo?

Percy movió la mano como si dijera “Os lo explicaré luego”.

—Ella, ¿te gustaría eso? ¿Querrás que mi amigo te lleve al Campamento Júpiter y te enseñe nuestra casa?

—Campamento—murmuró Ella, entonces dijo en latín—. La hija de la sabiduría camina sola, la Marca de Atenea arde a través de Roma.

—Eh, de acuerdo—dijo Percy—. Eso suena importante, pero podemos hablar de eso luego. Estarás segura en el campamento. Y tendrás todos los libros y comida que quieras.

—Sin aviones—insistió Ella.

—Sin aviones—admitió Percy.

—Ella se esconderá ahora—y después de eso, se fue: una mancha roja desapareciendo entre los bosques.

—La echaré de menos—dijo Hazel, con tristeza.

—La veremos luego—le prometió Percy, pero frunció el ceño, incómodo, como si estuviera preocupado por el último trozo de la profecía, la parte sobre Atenea.

Una explosión envió las puertas del campó de aviación volando por el aire.

Frank sacó la carta de su abuela y se la dio a Percy.

—¡Enséñale esto al piloto! ¡Enséñale la carta de Reyna! ¡Tenemos que despegar! ¡YA!

Percy asintió. Él y Hazel corrieron hacia el avión.

Frank se escondió detrás del Cadillac y comenzó a disparar a los ogros. Apuntó hacia el mayor número de enemigos y disparó una flecha con forma de tulipán. Como había esperado, era una flecha hidra.

Unas cuerdas salieron de ella, como los tentáculos de un calamar, y la hilera frontal de los ogros se deshizo en una masa de barro.

Frank oyó el motor del avión encenderse. Disparó otras tres flechas lo más rápido que pudo, dejando unos enormes cráteres en las filas de los ogros. Los supervivientes estaban a unos cientos de metros de distancia y algunos de los más listos comenzaron a detenerse, darse cuenta de que estaban en la línea de tiro.

—¡Frank! —gritó Hazel, desesperada—. ¡Vamos!

Una bala de cañón le sobrevoló lentamente. Frank supo al instante que iba a golpear el avión. Golpeó una flecha. “Puedo hacer esto” pensó. Disparó una flecha. Interceptó la bala, creando una gran explosión. Otras dos balas de cañón volaron por encima de él. Frank corrió. Detrás de él, el metal rugió mientras el Cadillac explotaba. Se metió en el avión mientras las escaleras comenzaban a ascender.

El piloto debió entender la situación bien. No hubo ningún anuncio de cinturones, ninguna bebida antes del vuelo, y ninguna espera para explicaciones. Empujó el acelerador, y el avión corrió por la pista. Otro misil pasó por la pista detrás de ellos, pero entonces estaban en el aire.

Frank miró atrás y vio la pista con cráteres como un pedazo de queso suizo ardiendo. Había franjas del parque Lynn Canyon en llamas. A unos metros al sur, una pira de llamas y humo negro que giraba velozmente era todo lo que quedaba de la mansión de la familia Zhang.

Era demasiado como para que Frank no se emocionara. Había fallado intentando salvar a su abuela. Había fallado usando sus poderes. Ni siquiera había salvado a su amiga harpía. Cuando Vancouver desapareció por las nubes de debajo, Frank enterró su cabeza en sus manos y comenzó a llorar.

El avión viró a la izquierda.

Desde la cabina, la voz del piloto dijo:

—*Senatus Populusque Romanus*, amigos míos. Bienvenidos a bordo. Próxima parada: Anchorage, Alaska.

CAPITULO XXXVII

PERCY

¿AVIONES O CANÍBALES? NI PUNTO DE COMPARACIÓN.

Percy habría preferido conducir el Cadillac de la abuela Zhang hasta Alaska con ogros lanzando bolas de fuego persiguiéndoles antes que estar sentado en un Gulfstream. Había volado antes. Los detalles eran confusos, pero recordaba un pegaso llamado Blackjack. Había estado en un avión una o dos veces. Pero un hijo de Neptuno (o Poseidón, lo que fuera) no pertenecía al aire. Cada vez que un avión golpeaba una turbulencia, el corazón de Percy se aceleraba, y estaba seguro de que Júpiter les estaría mirando.

Intentó concentrarse en la conversación de Frank y Hazel. Hazel le aseguraba a Frank que había hecho todo lo posible por su abuela. Frank les había salvado de los lestrigones y les había sacado de Vancouver. Había sido increíblemente valiente. Frank mantuvo su cabeza baja como si estuviera avergonzado de llorar, pero Percy no le culpaba. El pobre chico acababa de perder a su abuela y había visto su casa reducida a cenizas. Según Percy, derramando unas pocas lágrimas no era algo que te hiciera menos hombre, especialmente cuando acabas de enfrentarte a un ejército de ogros que querían comerte de desayuno.

Percy seguía sin creer que Frank era un pariente distante. Frank podría ser su...

¿qué? ¿Tátara mil veces sobrino? Demasiado raro como para decirlo.

Frank evitó decir cuál era exactamente su don familiar, pero mientras volaban hacia el norte, Frank les habló de su conversación con Marte la noche anterior. Les explicó la profecía que Juno le había dicho cuando era niño, sobre su vida siendo atada a un pedazo de leño y cómo le había pedido a Hazel que se lo guardara.

Parte de eso, se lo había supuesto Percy. Hazel y Frank habían obviamente compartido algunas experiencias alocadas cuando se desmayaron juntos, y habían hecho algún tipo de trato. También explicaba por qué entonces, fuera de lo normal, Frank seguía comprobando su bolsillo y por qué se ponía tan nervioso con el fuego. Aún así, Percy no se podía imaginar por qué tipo Frank se había embarcado en aquella misión, sabiendo que una pequeña llama podría matarle.

—Frank—dijo—, me enorgullece estar emparentado contigo.

Las orejas de Frank se volvieron rojas. Con su cabeza bajada, su corte militar le hacía parecer una flecha negra señalando hacia abajo.

—Juno tiene algún tipo de plan para nosotros, sobre la Profecía de los Siete.

—Sí—gruñó Percy—. No me gustaba como Hera, mucho menos como Juno.

Hazel puso sus pies debajo de ella. Estudió a Percy con unos dorados ojos brillantes, y él se preguntó cómo podría estar tan tranquila. Era la más joven de la misión, pero ella siempre estaba manteniéndoles unidos y tranquilizándoles. Ahora volaban hacia Alaska, allí donde ella había muerto. Entonces intentarían liberar a Tánatos, que quizá intentaría llevársela al Inframundo. Aún así no mostraba miedo. Le hacía sentir a Percy tonto por estar asustado de una turbulencia.

—Eres hijo de Poseidón, ¿verdad? —preguntó Hazel—. Eres un semidiós griego.

Percy agarró su colgante de cuero.

—Comencé a recordar en Portland, después de beber la sangre de gorgona. Ha estado volviendo a mí lentamente desde entonces. Hay otro campamento, el Campamento Mestizo.

El mismo nombre le hizo sentirse cálido a Percy. Buenos recuerdos le vinieron: el olor a los campos de fresas bajo el cálido sol del verano, unos fuegos artificiales iluminando la playa el cuatro de julio, sátiros tocando flautas de Pan en una hoguera durante la noche, y un beso en lo más hondo de un lago de canoas.

Hazel y Frank le miraron como si hubiera hablado en otro idioma.

—Otro campamento—repitió Hazel—. ¿Un campamento griego? Dioses, si Octavian se enterase...

—Les declararé la guerra—dijo Frank—. Siempre ha estado seguro de que los griegos están ahí fuera, planeando contra nosotros. Pensaba que Percy era un espía.

—Es por eso por lo que Juno me envió aquí—dijo Percy—. Quiero decir, no soy un espía. Creo que soy algún tipo de intercambio. Tu amigo Jason, creo que fue enviado a mi campamento. En mis sueños, vio a un semidiós que podría haber sido él. Estaba trabajando con otros semidioses en un barco volador. Creo que van a venir al Campamento Júpiter para ayudar.

Frank dio golpecitos nerviosos a su asiento.

—Marte dijo que Juno quería unir a los griegos y a los romanos para combatir a Gea. Pero, ¡caray! ¡Los griegos y los romanos tienen juntos una historia muy sangrienta! Hazel respiró hondo.

—Eso es probablemente el porqué por lo que los dioses nos han mantenido separados hasta ahora. Si un barco de guerra griego apareciera en el cielo por encima del Campamento Júpiter, y Reyna no supiera que vienen en son de paz...

—Sí—admitió Percy—. Tenemos que ir con cuidado en cómo explicamos eso cuando volvamos.

—Si volvemos—dijo Frank.

Percy asintió a regañadientes.

—Me refiero, confío en vosotros, chicos. Espero que confiéis en mí. Me siento... bueno, me siento muy apegado a vosotros igual que a cualquiera de mis amigos en el Campamento Mestizo. Pero con los otros semidioses, en ambos campamentos, va a haber mucha desconfianza.

Hazel hizo algo que no se esperó. Se inclinó y le besó en la mejilla. Fue un beso fraternal, pero sonrió con tanto afecto, que hizo sentir cómoda Percy desde la cabeza a los pies.

—Por supuesto que confío en ti—dijo—. Somos familia. No es cierto, ¿Frank?

—Claro—dijo—. ¿Yo no tengo beso?

Hazel rió, pero hubo una tensión nerviosa.

—De todas formas, ¿qué vamos a hacer ahora?

Percy respiró hondo. Hora de irse. Seguían estando a mitad de camino el 23 de junio, y mañana sería el Festival de Fortuna.

—Tengo que contactar con un amigo, para cumplir mi promesa con Ella.

—¿Cómo?—dijo Frank—. ¿Otro de esos mensajes Iris?

—Siguen sin funcionar—dijo Percy, con tristeza—. Lo intenté anoche en casa de tu abuela. No hubo suerte. Quizá sea porque mis recuerdos siguen mezclados. O que los dioses no permiten la conexión. Espero que pueda contactar con mi amigo en mis sueños.

Otra turbulencia le hizo agarrarse al sitio. Debajo de ellos, unas montañas nevadas se alzaban por entre un banco de nubes.

—No estoy seguro de que pueda dormir—dijo Percy—. Pero necesito intentarlo. No podemos dejar a Ella sola con esos ogros rondando por ahí.

—Sí—dijo Frank—. Tenemos aún unas horas por volar aún. Tómate un respiro, tío. Percy asintió. Se sintió con suerte de tener a Hazel y a Frank velando por él. Lo que les había dicho era cierto, confiaba en ellos. En la extrañísima, aterradorante y horrible experiencia de perder su memoria e ir recuperándola lentamente, Hazel y Frank eran las luces que le guiaban.

Se acomodó, cerró sus ojos, y soñó que cayendo de una montaña de hielo al lado de un mar frío.

El sueño cambió de forma. Estaba de vuelta en Vancouver, delante de las ruinas de la mansión Zhang. Los lestrigones se habían ido. La mansión era un montoncito de ruinas. Un equipo de bomberos estaba recogiendo sus cosas, listos para irse. El césped parecía haber sido el escenario de una guerra, con cráteres humeantes y trincheras por la explosión de las tuberías de los aspersores.

Al borde del bosque, un gigantesco perro greñudo estaba dando vueltas, olisqueando los árboles. Los bomberos le ignoraban por completo.

Encima de uno de los cráteres se arrodillaba un cíclope con unos tejanos extra-grandes, botas, y una camiseta gigantesca de franela. Su despeinado pelo marrón estaba manchado de lluvia y barro. Cuando alzó la cabeza, su gran ojo marrón estaba rojo de llorar.

—¡Cerca! —gimió—. ¡Demasiado cerca, pero se ha ido!

Le rompió el corazón a Percy oír el dolor y la preocupación de la voz del grandullón, pero sabía que tenía unos segundos para hablar. Los bordes de la visión comenzaban a disolverse. Si Alaska era la tierra más allá de los dioses, Percy supuso que cuanto más al norte se fueran, más difícil sería comunicarse con sus amigos, incluso en sueños.

—¡Tyson! —le llamó.

El cíclope miró alrededor, frenéticamente.

—¿Percy?! ¡¿Hermano?!

—Tyson, estoy bien. Estoy aquí, bueno, en parte.

Tyson agarró el aire como si intentara atrapar mariposas.

—¡No puedo verte! ¿Dónde estás, hermano?

—Tyson, estoy volando hacia Alaska. Estoy bien. Volveré. Encuentra a Ella. Es una harpía con plumas rojas. Está escondida en los bosques alrededor de la casa.

—¿Encontrar a una harpía? ¿Una harpía roja?

—¡Sí! Protégela, ¿vale? Es mi amiga. Vuelve a California. Hay un campamento de semidioses en las Colinas Oakland, el Campamento Júpiter. Nos veremos en el Túnel Caldecott.

—Colinas Oakland... California... Túnel Caldecott— llamó al perro—. ¡Señorita O'Leary! ¡Debemos encontrar a una harpía!

—¡ROF! —dijo la perra.

La cara de Percy comenzó a disolverse.

—¿Está mi hermano bien? ¿Vas a volver, hermano? ¡Te echo de menos!

—¡Yo también te echo de menos! —Percy intentó mantener su voz seria, intentó no llorar—. Te veré pronto. ¡Ten cuidado! ¡Hay un ejército del gigante yendo al sur! ¡Dile a Annabeth que...!

El sueño cambió.

Percy se encontró a sí mismo en las colinas al norte del Campamento Júpiter, mirando hacia los Campos de Marte y Nueva Roma. En el área de la legión, sonaron unos cuernos. Los campistas comenzaron a formar.

El ejército del gigante estaba puesto a derecha e izquierda de Percy, centauros con cuernos de toro, los seis Nacidos de la Tierra armados, y unos cíclopes malvados vestidos con armaduras metálicas. La torre de asedio de los cíclopes hacía una sombra por el pie del gigante Polibotes, que sonreía hacia el campamento romano. Paseaba con impaciencia por la colina, y le caían serpientes de sus trenzas verdes, con sus piernas de dragón derribando unos árboles pequeños. En su armadura azul y verde, las caras decorativas de monstruos hambrientos parecían parpadear en las sombras.

—Sí—se rio, plantando su tridente en el suelo—. Soplad vuestros cuernos, romanos. ¡He venido a destruirlos! ¡Esteno!

La gorgona salió de entre los arbustos. Su pelo viperino del color verde lima y su delantal del Mercadillo contrastaba terriblemente con los colores del gigante.

—¡Sí, maestro! —dijo—. ¿Le gustaría un cruasán salado?

Le enseñó la bandeja de muestras gratuitas.

—Hmmm—dijo Polibotes—. ¿Qué tipo de cruasanes?

—Ah, llevan unas salchichas cocinadas en el interior, pero están de rebajas esta semana...

—¡Bah! No me importan, entonces. ¿Están nuestras fuerzas preparadas para atacar?

—Oh— Esteno retrocedió rápidamente para evitar ser aplastada por el pie del gigante—. Casi, casi, señor. Mamá Tuerca y la mitad de sus cíclopes se detuvieron en Napa. ¿Algo así sobre un tour vinícola? Prometieron que estarían aquí para mañana por la mañana.

—¿Qué? —el gigante miró a su alrededor, como si se diera cuenta de la porción de ejército que faltaba—. ¡Bah! La cíclope me provocaba una úlcera. ¿Tour vinícola?

—Creo que también había unos Cheese n' Wieners—dijo Esteno, amablemente—. Aunque el mercadillo tenía muchas más ofertas.

Polibotes arrancó un roble del suelo y lo lanzó al valle.

—¡Cíclopes! Te digo yo, Esteno, cuando destruya a Neptuno y controle los océanos, renegociaremos el contrato laboral de los cíclopes. ¡Mamá Tuerca aprenderá cuál es su lugar! Ahora, ¿qué noticias hay del norte?

—Los semidioses han partido a Alaska—dijo Esteno—. Vuelan directos a su muerte. Ah, pero la M minúscula, me refiero. No nuestro prisionero Muerte. Aunque, supongo que también vuelan hacia él.

Polibotes gruñó.

—Alcioneo se encargará del hijo de Neptuno como prometió. Quiero a ese atado a mi pie, para que pueda matarle cuando el tiempo sea adecuado. Su sangre bañará las piedras del Monte Olimpo y hará despertar la Madre Tierra. ¿Qué hay de las Amazonas?

—Sólo silencio—dijo Esteno—. Aún no sabemos la ganadora del duelo de anoche, pero es solo cuestión de tiempo que Otrera prevalezca y venga en nuestra ayuda.

—Mm...—Polibotes se quitó unas serpientes de su pelo sin darse cuenta—. Quizá será mejor que esperemos. Mañana en la puesta de sol, será el Festival de Fortuna. Entonces, deberemos invadirlos, con Amazonas o no. Mientras tanto, ¡excavad! ¡Instalaremos el campamento aquí, en las alturas!

—¡Sí! ¡Uno grande! —Esteno anunció a las tropas—. ¡Cruasanes salados para todos! Los monstruos la aclamaron.

Polibotes extendió sus manos delante de él, señalando al valle como una fotografía panorámica.

—Sí, soplad vuestros cuernos, semidioses. ¡Pronto, el legado de Roma será destruido por última vez!

El sueño se desvaneció.

Percy se levantó con un relámpago como si el avión comenzara a descender. Hazel puso su mano en su hombro.

—¿Has dormido bien?

Percy se incorporó, mareado.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

Frank estaba en el pasillo, agarrando su lanza y su nuevo arco con su bolsa de esquís.

—Unas horas—dijo—. Estamos llegando.

Percy miró por la ventana. Una centelleante enseada en el mar serpenteaba entre unas montañas nevadas. En la distancia, una ciudad estaba forjada entre lo salvaje, rodeado de unos suntuosos bosques verdes a un lado y unas playas negras heladas al otro.

—Bienvenidos a Alaska—dijo Hazel—. Estamos más allá de la ayuda de los dioses.

CAPITULO XXXVIII

PERCY

EL PILOTO DIJO QUE EL AVIÓN NO PODÍA ESPERARLES, pero eso estaba bien para Percy. Si sobrevivían hasta el día siguiente, esperaba poder encontrar una forma distinta de volver, todo menos un avión.

Debería haberse deprimido. Estaba atrapado en Alaska, el territorio natal del gigante, fuera del contacto de sus viejos amigos mientras sus recuerdos volvían. Había visto la imagen del ejército de Polibotes a punto de invadir el Campamento Júpiter. Se había enterado de que los gigantes planeaban usar algún tipo de sacrificio con sangre para despertar a Gea. Además, mañana al anochecer era el Festival de Fortuna. Él, Frank y Hazel tenían una tarea imposible para completar antes de entonces. Y entonces, desatarían la Muerte, que se llevaría a dos de los amigos de Percy al Inframundo. No era nada halagador.

Aún así, Percy se sintió extrañamente vigorizado. Su sueño con Tyson le había subido los ánimos. Recordaba a Tyson, su hermano. Habían luchado juntos, celebrado victorias, compartido buenos tiempos en el Campamento Mestizo. Recordaba su casa, y lo que le daba una nueva meta por la que luchar. Luchaba por dos campamentos, dos familias.

Juno le había robado sus recuerdos y le había enviado al Campamento Júpiter por una razón. Entonces lo entendía. Quería seguir golpeándole su divina cara, pero al menos entendía su razonamiento. Si los dos campamentos trabajaban juntos, tenían una oportunidad de detener sus enemigos mutuos. Separados, ambos campamentos estaban destinados a desaparecer.

Había otras razones por las que Percy quería salvar el Campamento Júpiter. Razones que no se atrevía a decir, aún no, de cualquier manera. De repente había visto un futuro para él y para Annabeth que nunca había imaginado antes.

Mientras cogían un taxi hacia el centro de Anchorage, Percy les habló a Frank y a Hazel sobre sus sueños. Parecían ansiosos pero no sorprendidos cuando les habló del ejército del gigante acercándose al campamento.

Frank contuvo el aliento cuando oyó hablar de Tyson.

—¿Tienes un hermanastro que es un cíclope?

—Claro—dijo Percy—. Lo que le hace tu tátara, tátara, tátara...

—Por favor—Frank se tapó los oídos—. Basta.

—Espero que pueda llevar a Ella al campamento—dijo Hazel—. Me preocupa.

Percy asintió. Seguía pensando en los versos de la profecía que había recitado la harpía, sobre un hijo de Neptuno ahogándose, y la marca de Atenea ardiendo a través de Roma.

No estaba seguro de lo que significaba la primera parte, pero comenzaba a tener una idea de lo segundo. Intentó apartar la pregunta. Tenía que sobrevivir a aquella misión primero.

El taxi giró por la autopista, que se parecía más a una calle pequeña, según Percy y les llevó al norte hacia el centro de la ciudad. Era tarde por la tarde, pero el sol seguía en el cielo.

—No puedo creerme lo mucho que ha crecido este lugar—murmuró Hazel.

El conductor del taxi sonrió por el retrovisor.

—¿Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos visitó, señorita?

—Unos setenta años—dijo Hazel.

El conductor cerró la partición de vidrio y condujo en silencio.

Según Hazel, casi ninguno de los edificios eran los mismos, pero señaló a algunos detalles del paisaje: los vastos bosques rodeando la ciudad, las frías y grises aguas de la Ensenada Cook yendo hacia el norte por el borde de la ciudad, y las montañas Chugach alzándose grises y azules en la distancia, nevadas incluso en junio. Percy nunca había oído un aire tan fresco y puro. La ciudad misma tenía una apariencia curtiada, con tiendas cerradas, coches oxidados, y complejos de apartamentos desgastados rodeando la carretera, pero aún así era bello. Los lagos y las grandes zonas de bosques se entrometían por la ciudad. El cielo ártico era una increíble combinación de turquesa y oro.

Y también estaban los gigantes. Docenas de hombres de un azul brillante, cada uno de unos diez metros de alto con un pelo gris helado, estaban caminando por los bosques, pescando en la bahía, y haciendo zancadas por las montañas. Los mortales no parecían verlos. El taxi pasó a unos pocos metros de uno que estaba sentado en el borde de un lago lavándose los pies, pero el conductor no se dejó llevar por el pánico.

—Eh...—Frank señaló al tipo de azul.

—Hiperbóreos—dijo Percy. Se sorprendió recordando el nombre—. Gigantes del norte. Luché contra unos cuando Cronos invadió Manhattan.

—Espera—dijo Frank—. ¿Cuándo quién hizo qué?

—Una historia muy larga. Pero estos tipos...parecen... no sé, pacíficos.

—Lo son—admitió Hazel—. Me acuerdo de ellos. Están por todas partes en Alaska, como los osos.

—¿Osos? —dijo Frank, nervioso.

—Son invisibles a los mortales—dijo Hazel—. Nunca me han molestado, aunque uno casi me pisó por error.

Sonaba bastante molesto para Percy, pero el taxi siguió conduciendo. Ninguno de los gigantes les prestó atención. Había uno de pie en la intersección de la carretera Northern Lights, extendiéndose por la autopista, y entonces pasaron por debajo de sus piernas. El hiperbóreo estaba agarrando un tótem de los nativos americanos y estaba envuelto en pieles, moviéndolo como un bebé. Si el tipo no hubiera sido del tamaño de un edificio, habría sido incluso mono.

El taxi condujo por el centro de la ciudad, pasó un grupo de tiendas turísticas anunciando pieles, arte de los nativos americanos y oro. Percy esperó que Hazel no se pusiera nerviosa y entonces las joyerías explotaron.

Mientras el conductor giraba e iba hacia la playa, Hazel golpeó el cristal que dividía el taxi en dos, llamando al conductor.

—Aquí está bien. ¿Nos puede dejar aquí?

Pagaron al conductor y se detuvo en la calle Fourth. Comparado con Vancouver, el centro de Anchorage era minúsculo, como el campus de una universidad más que una ciudad, pero Hazel parecía alucinada.

—Es enorme—dijo—. Aquí es donde... el Hostal Glitchell estaba. Mi madre y yo estuvimos ahí la primera semana que pasamos en Alaska. Y ellos se han ido dónde estaba el ayuntamiento.

Les llevó por un laberinto de bloques. Ni siquiera tenían un plan para encontrar la forma más rápida de llegar al glaciar Hubbard, pero Percy olía algo cocinándose

cerca, ¿una salchicha, quizás? Se dio cuenta de que no había comido desde aquella mañana en la casa de la abuela Zhang.

—¿Comemos algo?—dijo—. Vamos.

Encontraron una cafetería al pie de la playa. Estaba lleno de gente, pero encontraron una mesa cerca de la ventana y miraron los menús.

Frank sopló con deleite.

—¡Desayuno las veinticuatro horas!

—Pero si... estamos en la hora de la cena—dijo Percy, aunque no pudo decirlo bien mirando en el exterior. El sol estaba tan alto, que podría haber sido el mediodía.

—Me encanta desayunar—dijo Frank—. Me comería un desayuno tras otro, tras otro si pudiera. Aunque... estoy seguro de que la comida no es tan buena como la de Hazel.

Hazel le dio un golpe con el codo, pero su sonrisa era juguetona.

Viéndoles, le hacía sentirse feliz a Percy. Aquellos dos se necesitaban el uno al otro. Pero también le hacían sentirse triste. Pensó en Annabeth, y se preguntó si viviría lo suficiente como para volverla a ver.

“Piensa en positivo”, se dijo a sí mismo.

—Ya sabéis—dijo—, el desayuno suena genial.

Todos ordenaron unos platos gigantescos de huevos, panqueques y salchichas de reno, a pesar de que Frank parecía un poco preocupado por el reno.

—¿Crees que está bien que nos comamos a Rudolph?

—Tío—dijo Percy—. Me podría a comer también a Saltarín y a Relámpago. Estoy hambriento.

La comida era excelente. Percy nunca había visto a nadie comer tan deprisa como lo hacía Frank. El reno con la luz roja no habría tenido oportunidad.

Entre mordiscos de tarta de arándanos, Hazel dibujo un garabato curvo y una equis en su servilleta.

—Esto es lo que estoy pensando. Estamos aquí—señaló la equis—. Anchorage.

—Parece la cara de una gaviota—dijo Percy—. Y somos el ojo.

Hazel le miró.

—Es un mapa, Percy. Anchorage está encima de esta tajada de mar, la ensenada Cook. Hay una gran península de tierra por delante, y mi antigua ciudad, Seward, está al final de la península. Aquí—dibujó otra equis en la base de la garganta de la gaviota—. Es la ciudad más cercana al glaciar Hubbard. Podríamos llegar por mar, supongo, pero nos llevaría años. No tenemos tanto tiempo.

Frank se acabó el último trozo de Rudolph.

—Pero ir por tierra es peligroso—dijo—. La tierra es Gea.

Hazel asintió.

—No veo que tengamos mucha más elección. Podríamos haberle pedido al piloto que nos llevara hasta allí, pero no sé... el avión sería demasiado grande para el pequeño aeropuerto Seward. Y si alquiláramos otro avión...

—No más aviones—dijo Percy—. Por favor.

Hazel alzó la mano en un gesto apaciguado.

—Está bien. Hay un tren que va de aquí hasta Seward. Quizá seamos capaces de coger uno esta noche. Solo nos lleva un par de horas.

Dibujó una línea de puntos entre las dos equis.

—Acabas de cortar la cabeza de la gaviota—comentó Percy.

Hazel suspiró.

—Es la vía del tren. Mirad, desde Seward, el glaciar Hubbard está en algún punto aquí abajo— señaló la esquina inferior izquierda de su servilleta—. Ahí es dónde está Alcioneo.

—¿Pero no sabes a cuánto? —preguntó Frank.

Hazel frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Estoy segura de que es solo accesible en barco o en avión.

—Barco—dijo Percy de inmediato.

—Vale—dijo Hazel—. No debería estar muy lejos de Seward. Si podemos llegar a Seward a salvo.

Percy miró por la ventana. Había mucho que hacer y sólo tenían veinticuatro horas. A aquellas horas durante el día siguiente, el Festival de Fortuna estaría comenzando. A no ser que desataran la Muerte y volvieran al campamento, el ejército del gigante se hundiría en el valle. Los romanos serían el plato principal para la cena de los monstruos.

Por la calle, una negra playa de arena helada guiaba hacia el mar, que estaba tan liso como el acero. El océano allí era distinto... poderoso, pero helado, lento y primitivo.

Ningún dios controlaba el agua, al menos no ningún dios que Percy conociera.

Neptuno no sería capaz de protegerle. Percy se preguntó si podría manipular el agua allí, o respirar bajo el agua.

Un gigante hiperbóreo se paseó por la calle. Nadie en la cafetería se dio cuenta. El gigante se adentró en la bahía, haciendo crujir el hielo bajo sus sandalias, y metió las manos en el agua. Sacó una orca con su mano. Aparentemente no era lo que quería, porque dejó la orca en el agua y siguió rebuscando.

—Un desayuno muy nutritivo—dijo Frank—. ¿Quién está listo para un viaje en tren?

La estación no estaba lejos. Llegaron a tiempo justo para comprar los billetes para el último tren al sur. Mientras sus amigos subieron a bordo, Percy dijo:

—Estoy con vosotros en un momento—y corrió por la estación.

Consiguió cambio en la tienda de regalos y se colocó delante de la cabina telefónica. Nunca había usado una antes. Eran como antiguallas para él, como el tocadiscos de su madre o los radiocasetes de Frank Sinatra de su profesor Quirón. No estaba seguro de que cuántas monedas necesitaría, o siquiera si podría hacer una llamada, asumiendo que recordase el número correcto.

Pensó: Sally Jackson.

Aquél era el nombre de su madre. Y tenía un padrastro: Paul.

¿Qué creerían que le había pasado a Percy? Quizá hubieran hasta celebrado un funeral. Al menos, por lo que sabía, se había perdido siete meses de su vida. Claro, la mayor parte de ellos durante el curso escolar, pero aún así... qué mal rollo.

Cogió el aparato y marcó el número de Nueva York, el del apartamento de su madre.

Le saltó el buzón de voz. Percy debería de habérselo esperado. Sería, como la medianoche en Nueva York. No reconocerían el número.

Escuchar la voz de Paul en la grabación de voz le golpeó a Percy tan fuerte en la barriga, que apenas pudo hablar.

—Mamá—dijo—. Eh, estoy vivo. Hera me durmió durante un tiempo y entonces se llevó mis recuerdos, y...—su voz titubeó. ¿Cómo podría explicar aquello?—. De todas formas, estoy bien. Lo siento. Estoy en una misión—parpadeó. No debería de haber dicho aquello. Su madre sabía lo de las misiones, y ahora estaría preocupada—. Volveré a casa. Lo prometo. Te quiero.

Colgó el teléfono. Miró la máquina, esperando que sonara. El pitido del tren sonó. El conductor gritó:

—¡Todos abordo!

Percy corrió. Se las arregló para subir los escalones, y entonces subió al vagón de doble composición y se sentó en el asiento.

Hazel frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí—dijo con voz ronca—. Solo... he hecho una llamada.

Ella y Frank parecieron entenderlo. No preguntaron detalles. El tren se encaminó hacia el sur por la costa, y observaron el paisaje que pasaba. Percy intentó pensar en la misión, pero para un chico con TDAH como él, el tren no era el lugar más tranquilo para concentrarse.

Pasaban cosas geniales en el exterior. Unas águilas calvas sobrevolaban el cielo. El tren recorrió puentes y acantilados donde había cascadas glaciales que caían unos cientos de metros hacia el mar. Pasaron por bosques enterrados en la nieve, unos grandes lanzamisiles (para detener pequeñas avalanchas y prevenir las incontroladas, explicó Hazel) y unos lagos tan claros, que reflejaban las montañas como espejos, por lo que el mundo parecía estar boca abajo.

Unos osos marrones se paseaban por las ciénagas. Los gigantes hiperbóreos seguían apareciendo por los lugares más extraños. Uno estaba repantingado en un lago como si fuera una bañera de agua caliente. Otro usaba un pino como un mondadientes. Un tercero estaba sentado en un montón de nieve, jugando con dos alces vivos como si fueran figuras de acción. El tren estaba lleno de turistas soltando grititos de asombro y haciendo fotografías, pero Percy lamentó que no pudieran ver a los hiperbóreos. Se estaban perdiendo unas fotografías geniales.

Mientras tanto, Frank estudiaba un mapa de Alaska que había encontrado en el bolsillo del asiento. Localizó el glaciar Hubbard, que parecía desalentadoramente lejos de Seward. Siguió pasando el dedo por la costa, frunciendo el ceño, concentrado.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Percy.

—Solo... posibilidades—dijo Frank.

Percy no sabía qué quería decir, pero se dejó ir.

Una hora después, Percy comenzó a relajarse. Compraron chocolate caliente del vagón restaurante. Los asientos eran calientes y cómodos, y pensó en tomar una siesta.

Entonces una sombra pasó por encima. Los turistas murmuraron, emocionados y comenzaron a hacer fotografías.

—¡Águila! —gritó uno.

—¿Águila? —dijo otro.

—¡Un águila gigante! —dijo un tercero.

—Eso no es un águila—dijo Frank.

Percy miró a tiempo para ver una criatura pasando por segunda vez. Era definitivamente mucho más grande que un águila, con cuerpo negro lacio y brillante de un perro labrador. La envergadura del ala era de unos diez metros.

—¡Hay otro! —señaló Frank—. ¡Mira ese! Tres, cuatro. Vale, estamos en problemas. Las criaturas dieron vueltas al tren como buitres, haciendo disfrutar a los turistas.

Percy no estaba disfrutando. Los monstruos tenían unos ojos rojos brillantes, unos picos afilados y unas garras atroces.

Percy buscó el bolígrafo en su bolsillo.

—Esas cosas me son familiares...

—Seattle—dijo Hazel—. Las Amazonas tenían uno en una jaula. Son...

Entonces muchas cosas pasaron al mismo tiempo. El freno de emergencia chirrió, lanzándoles hacia delante. Los turistas gritaron y se amontonaron en el pasillo central.

Los monstruos descendieron, haciendo añicos el techo de cristal del vagón, y el tren entero salió del raíl.

CAPITULO XXXIX

PERCY

PERCY SE VOLVIÓ INGRÁVIDO.

Su visión se desenfocó. Unas garras le agarraron los brazos y le llevaron hacia el aire. Por debajo de él, las ruedas del tren chirriaron y el metal crujió. El cristal se rompió en mil pedazos. Los pasajeros gritaron.

Cuando su vista se aclaró, vio una bestia que le llevaba en el aire. Tenía el cuerpo de una pantera, lacio y brillante, negro y felino, con las alas y la cabeza de un águila. Sus ojos brillaban con un color rojo sangre.

Percy se retorció. Las garras frontales del monstruo rodeaban sus brazos como unas ligaduras metálicas. No podía liberarse por sí mismo ni alzar su espada. Se alzó más alto y más y más en el frío viento. Percy no tenía ni idea de a dónde le estaba llevando el monstruo, pero estaba seguro de que no le gustaría cuando llegasen.

Gritó, casi con frustración. Entonces algo silbó en su oído. Una flecha se clavó en el cuello del monstruo. La criatura soltó un alarido y le dejó caer.

Percy cayó, chocándose por unas ramas de unos árboles hasta que se estampó contra un banco de nieve. Él gimió, mirando al gigantesco pino que acababa de atravesar.

Se las arregló para levantarse. Nada parecía estar roto. Frank estaba a su izquierda, disparando las criaturas lo más rápido que podía. Hazel estaba a su espalda, zarandeando su espada a cualquier monstruo que se acercara, pero había demasiado de ellos volando a su alrededor, al menos una docena.

Percy alzó Contracorriente. Le pegó un tajo a una ala de un monstruo y le envió haciendo espirales hacia un árbol, entonces le pegó un tajo a otro que se redujo a polvo. Pero los vencidos comenzaron a re-materializarse de inmediato.

—¿Qué son esas cosas? —gritó.

—¡Grifos! —dijo Hazel—. ¡Tenemos que alejarlos del tren!

Percy vio a lo que se referían. Los vagones habían caído, y los tejados estaban hechos añicos. Los turistas estaban boquiabiertos, en shock. Percy no veía ningún turista herido gravemente, pero los grifos bajaban en picado a todo lo que se moviera. Lo único que los alejaba de los mortales era un brillante guerrero gris vestido de camuflaje, la mascota de Frank, el *spartus*.

Percy comprobó lo que pensaba y se dio cuenta de que Frank no tenía la espada.

—¿Has usado tú última carga?

—Sí—Frank disparó a otro grifo en el cielo—. Tenía que ayudar a los mortales. La lanza se ha disuelto.

Percy asintió. Parte de él, se sintió aliviado. No le gustaba el guerrero esqueleto. Parte de él estaba decepcionado, porque era un arma menos de la que disponer. Pero no culpaba a Frank, él había hecho lo correcto.

—¡Movamos la lucha! —dijo Percy—. ¡Lejos de los vagones! —corrieron por la nieve, golpeando y pegándole tajos a los grifos que se rematerializaban cada vez que eran destruidos.

Percy no tenía ninguna experiencia con los grifos. Siempre se los había imaginado como unos gigantes animales nobles, como leones con alas, pero esas cosas le

recordaban más a una camada de animales sanguinarios, como unas hienas voladoras.

A unos ciento cincuenta metros de los vagones, los árboles dieron paso a una marisma. El suelo era esponjoso y estaba helado. Percy se sintió como si estuviera corriendo a través de un papel de burbujas. Frank se estaba quedando sin flechas. Hazel respiraba a duras penas. Los mandobles de la propia espada de Percy se iban haciendo más lentos. Se dio cuenta de que estaban vivos porque los grifos aún no intentaban matarlos. Los grifos querían cogerlos y llevarlos a algún lugar. Quizá a sus nidos, pensó Percy.

Entonces caminó por encima de algo parecido a hierba alta, un círculo de metal del tamaño de una rueda de tractor. Era un gigantesco nido de un pájaro, el nido del grifo, el fondo brillaba con antiguas piezas de joyería, una daga de oro imperial, una medalla de centurión rota y dos huevos del tamaño de una calabaza que parecía de oro verdadero. Percy saltó al nido, apuntó la espada hacia los huevos.

—¡Alejaos o los rompo!

Los grifos graznaron, enfadados. Pasaron zumbando por encima del nido y abrieron los picos, pero no atacaron. Hazel y Frank se pusieron espalda con espalda con Percy, con las armas preparada.

—Los grifos coleccionan oro—dijo Hazel—. Se vuelven locos por ellos. Mirad, hay más nidos por ahí.

Frank colocó su última flecha.

—Así que si estos son los nidos, ¿es aquí dónde intentaban llevarse a Percy? Esa cosa se fue volando con él.

Los brazos de Percy seguían doloridos por donde le habían agarrado las garras del grifo.

—Alcioneo—supuso—. Quizá trabajen para él. ¿Esas cosas son lo suficientemente listas como para aceptar órdenes?

—No lo sé—dijo Hazel—. Nunca he luchado contra ellos cuando vivía aquí. Sólo leí sobre ellos en el campamento.

—¿Debilidades? —preguntó Frank—. Por favor, dime que tienen debilidades.

Hazel frunció el ceño.

—Caballos. Odian a los caballos: son sus enemigos naturales, o algo. ¡Ojalá Arión estuviera aquí!

Los grifos graznaron. Giraron por el nido con sus ojos rojos brillando.

—Chicos—dijo Frank, nervioso—. Creo que he visto reliquias de la legión en el nido.

—Lo sé—dijo Percy.

—Eso significa que otros semidioses han muerto aquí, o...

—Frank, todo irá bien—le prometió Percy.

Uno de los grifos se acercó. Percy alzó su espada, preparado para destrozarse el huevo. El monstruo viró, pero los otros grifos perdían la paciencia. Percy no podría mantener aquello mucho más.

Miró por los campos, intentando desesperadamente formulando un plan. A unos cien metros, un gigante hiperbóreo estaba sentado en un tronco, recogiendo barro pacíficamente de entre los dedos de sus pies con el tronco de un árbol roto.

—Tengo una idea—dijo Percy—. Hazel, todo el oro en los nidos... ¿Crees que puedes usarlo para distraerles?

—Su...supongo.

—Sólo es para darnos tiempo para escapar. Cuando diga “Ya”, corred hacia el gigante.

Frank se le quedó mirando.

—¿Quieres que corramos hacia un gigantes?

—Confiad en mí—dijo Percy—. ¿Preparados? ¡Ya!

Hazel alzó su mano. De una docena de nidos por la marisma, unos objetos dorados salieron hacia el aire: joyería, armas, monedas, pedazos de oro y lo más importante, huevos de grifos. Los monstruos pegaron risotadas y volaron detrás de sus huevos, desesperados por recuperarlos.

Percy y sus amigos corrieron. Sus pies chapotearon y crujían a través de la marisma helada. Percy dio lo mejor de él, corriendo, pero podía oír los grifos acercándose, y ahora los monstruos estaban enfadados de verdad.

El gigante ni siquiera había aún notado la conmoción. Estaba inspeccionando los dedos de sus pies en busca de lodo, con su cara de sueño y pacífico, con sus colmillos blancos refulgían con cristales de hielo. Alrededor del cuello había un collar de objetos: cubos de basura, puertas de coches, astas de alces, material de acampada, incluso un lavabo. Aparentemente se había estado limpiando en el bosque.

Percy odiaba molestarle, especialmente desde eso significaba meterse bajo los muslos del gigante, pero no tenían demasiada elección.

—¡Debajo! —les dijo a sus amigos—. ¡Arrastraos por detrás!

Se metieron debajo de sus gigantescas piernas azules y se arrastraron por el barro, gateando tan cerca del gigante, que podían sentir su taparrabos. Percy intentó respirar por la boca, porque no era, precisamente, el mejor lugar en el que respirar.

—¿Cuál es el plan? —susurró Frank—. ¿Pegarnos a un trasero azul?

—Bajad más—dijo Percy—. Sólo moveos si es necesario.

Los grifos llegaron en una ola de picos, garras y alas furiosos, volando alrededor del gigante, intentando llegar a la parte inferior de sus piernas.

El gigante hizo un ruido sordo, sorprendido. Se los intentó quitar de encima. Percy tuvo que rodar encima de sí mismo intentando evitar ser aplastado por un gran trasero peludo. El hiperbóreo resopló, un poco más irritado. Intentó darle a los grifos, pero pegaban chillidos de rabia y comenzaron a picotearle las piernas y las manos.

—¿ROH? —gritó el gigante—. ¡ROH!

Respiró hondo y sopló una fuerte ola de aire frío. Incluso bajo la protección de las piernas del gigante. Percy pudo sentir la temperatura bajar. El griterío de los grifos se detuvieron de golpe, reemplazados por un “plas, plas plas” de objetos pesados golpeando el barro.

—Vamos—les dijo Percy a sus amigos—. Con cuidado.

Se retorcieron bajo el gigante. Por toda la marisma, unos árboles estaban glaseados con hielo. Una franja de la marisma estaba cubierta con nieve fresca. Unos grifos congelados estaban clavados en el suelo como unos carámbanos emplumados, con sus alas extendidas, los picos abiertos y los ojos abiertos con sorpresa.

Percy y sus amigos se pusieron en pie, intentando alejarse del campo de visión del gigante, pero el grandullón estaba demasiado atareado como para darse cuenta. Intentaba averiguar cómo añadir un grifo congelado a su colgante.

—Percy...—Hazel se quitó el hielo y el barro de la cara—. ¿Cómo has sabido que el gigante haría eso?

—Una vez casi me enfrenté a la respiración de un hiperbóreo—dijo—. Será mejor que nos movamos. Los grifos no se quedan congelados para siempre.

CAPITULO XL

PERCY

ANDUVIERON DURANTE una hora, siguiendo la vía del tren pero siguiendo cubiertos por los árboles. Una vez oyeron a un helicóptero volando en la dirección de la vía del tren. Dos veces escucharon el graznido de los grifos, pero sonaban muy lejos.

Percy adivinó que debían ser media noche cuando el sol se puso finalmente. Los bosques se volvieron fríos. Las estrellas eran tan brillantes que Percy estuvo tentado de detenerse y quedarse embobado. Entonces apareció la aurora boreal que le recordaba a Percy la estufa de gas de su madre en casa, cuando tenía la llama encendida: ondas de llamas azules fantasmales yendo de un lado a otro.

—Eso es increíble—dijo Frank.

—Osos—señaló Hazel. Sí, eran una pareja de osos marrones avanzaban pesadamente por la ciénaga a unos metros, con sus pieles brillando a la luz de las estrellas—. No nos molestarán—prometió Hazel—. Dejémosles pasar.

Percy y Frank no discutieron. Mientras caminaban por delante de ellos, Percy pensó en todos lugares locos en los que había estado. Ninguno de ellos le había enmudecido como aquél. Podía saber por qué aquél lugar era la tierra más allá de los dioses. Todo allí era duro y sin domar: no habían reglas, ni profecías, ni destinos, solo el áspero páramo con un puñado de animales y monstruos. Los mortales y los semidioses iban allí bajo su propia responsabilidad.

Percy se preguntó si era aquello lo que quería Gea, que el mundo entero fuera así. Se preguntó si sería algo tan malo. Se quitó el pensamiento de la cabeza. Gea no era una diosa amable. Percy había oído lo que tenía planeado hacer. No era como la Madre Tierra que puedes haber leído en los cuentos infantiles. Era vengativa y violenta. Si alguna vez despertaba del todo, destruiría la civilización humana. Tras otro par de horas, llegaron a un pequeño pueblo entre las vías del tren y una carretera de dos vías. El cartel del pueblo decía: Paso de Alces. De pie frente al cartel había un alce real. Durante un segundo, Percy pensó que podría ser algún tipo de estatua publicitaria. Entonces el animal se metió en los bosques.

Pasaron un par de casas, una oficina de correos y unos camiones. Todo estaba oscuro y cerrado. Al otro lado de la ciudad había una tienda y una mesa de picnic y una vieja gasolinera oxidada.

La tienda tenía un cartel pintado a mano que leía: “Gasolinera de Paso de Alces”.

—Eso tiene que estar mal—dijo Frank.

En un acuerdo silencioso se desplomaron alrededor de la mesa de picnic. Los pies de Percy parecían bloques de hielo. Hazel apoyó su cabeza en sus manos, cerró los ojos y comenzó a roncar. Frank sacó sus últimos refrescos y algunas barritas de cereales del viaje en tren y las compartió con Percy. Comieron en silencio, mirando las estrellas, hasta que Frank dijo:

—¿Qué querías decir con lo que dijiste antes?

Percy miró el paisaje.

—¿Sobre qué?

A la luz de las estrellas, la cara de Frank podría haber sido de alabastro, como una antigua estatua romana.

—Sobre... lo de estar orgulloso de estar emparentados.

Percy dejó su barrita de cereales en la mesa.

—Bueno, veamos. Tú sólo dejaste fuera de combate a tres basiliscos mientras estaba bebiendo té verde y germen de trigo. Te enfrentaste a un ejército de lestrigones para que nuestro avión pudiera despegar de Vancouver. Salvaste mi vida de ser comido por unos grifos. Y sacrificaste tu última carga de tu lanza mágica para ayudar a unos mortales indefensos. Tú eres, sinceramente, el hijo del dios de la guerra más simpático que he conocido nunca, quizá el único simpático. ¿Qué me dices? Frank miraba el aurora boreal.

—Es solo que... se supone que debía liderar esta misión, siendo centurión y eso. Me siento como que vosotros habéis arrastrado de mí.

—No es cierto—dijo Percy.

—Se supone que tengo poderes que ni siquiera sé cómo usarlos—dijo Frank con amargura—. Ahora que no tengo lanza y estoy a punto de acabar las flechas... tengo miedo.

—Yo me preocuparía si no tuvieras miedo—dijo Percy—. Todos lo estamos.

—Pero el Festival de Fortuna es...—Frank pensó en ello.

—¿Es después de la medianoche, no? Eso significa que estamos a veinticuatro de junio. El festival comienza esta noche durante la puesta de sol. Tenemos que llegar al glaciar Hubbard, vencer a un gigante que es invencible en su tierra natal y volver al Campamento Júpiter antes de que sean destruidos, y todo eso en menos de dieciocho horas.

—Y entonces liberaremos a Tánatos—dijo Percy—, quizá reclame tu vida. Y la de Hazel. Créeme, he estado pensando en eso.

Frank miró a Hazel, que seguía roncando suavemente. Su cara estaba enterrada bajo una masa de pelo marrón rizado.

—Es mi mejor amiga—dijo Frank—. He perdido a mi madre, a mi abuela...no la puedo perder a ella también.

Percy pensó en su vida anterior, su madre en Nueva York, el Campamento Mestizo, Annabeth, etc. Lo había perdido todo durante ocho meses. Incluso entonces, con sus recuerdos de vuelta... nunca había estado tan lejos de casa. Había estado en el Inframundo y había vuelto. Se había enfrentado a la muerte docenas de veces. Pero estar sentado en aquella mesa de picnic, a cientos de kilómetros de casa, más allá del poder del Olimpo, nunca había estado tan solo, excepto de Hazel y Frank.

—No os voy a perder a ninguno de vosotros—prometió—. No voy a dejar que pase. Y, Frank, tú eres un líder. Hazel diría lo mismo. Te necesitamos.

Frank bajó su cabeza. Parecía perdido en su pensamiento. Finalmente su cabeza perdió el peso, comenzó a roncar en armonía con Hazel. Percy suspiró.

—Y otra charla inspiradora de Jackson—se dijo a sí mismo—. Descansa, Frank. Nos espera un gran día.

Al amanecer, la tienda se abrió. El dueño estuvo un poco sorprendido de encontrar a tres adolescentes acampados en su mesa de picnic, pero cuando Percy le explicó que habían llegado allí después del accidente del tren la noche anterior, el tipo sintió lástima por ellos y les invitó a un desayuno. Llamó a un amigo suyo, un esquimal que tenía una cabaña cerca de Seward. Al poco tiempo, estaban subidos a un Ford que hacía ruidos sordos que debía de ser de cuando Hazel nació.

Hazel y Frank estaban sentados en la parte posterior, Percy en la delantera con un anciano curtido, que olía a salmón ahumado. Les contó historias sobre Lobo y Cuervo,

los dioses esquimales, y todo lo que Percy pudo pensar era que esperaba no encontrárselos porque ya tenía bastantes enemigos.

La furgoneta se estropeó a unos kilómetros de distancia de Seward. El conductor no parecía sorprendido, porque le pasaba muchas veces cada día. Dijo que podrían esperar hasta que arreglara el motor, pero ya que Seward estaba a unos pocos kilómetros, decidieron ir andando.

A media mañana, anduvieron por una subida durante la carretera y cuando llegaron a lo más alto, vieron una pequeña bahía rodeada de montañas. La ciudad era una media luna al lado izquierdo de la playa, con embarcaderos extendiéndose por el agua y un crucero en el puerto.

Percy se estremeció. Había tenido malas experiencias con algún crucero.

—Seward—dijo Hazel. No sonaba alegre de volver a su viejo hogar.

Ya habían perdido mucho tiempo, y a Percy no le gustaba lo rápido que subía el sol.

La carretera giraba por la falda de la colina, pero parecía como si pudieran llegar antes al pueblo justo por entre la ciénaga. Percy dio un paso fuera de la carretera.

—Vamos.

El suelo era fangoso, pero no pensó demasiado en ello cuando Hazel gritó:

—¡Percy, no!

Su próximo paso fue justo dentro de la tierra. Se hundió como una piedra hasta que la tierra se cerró encima de su cabeza, y la tierra se lo tragó.

CAPITULO XLI

HAZEL

—¡TU ARCO! —GRITÓ HAZEL.

Frank no hizo preguntas. Dejó caer su mochila y se quitó el arco de su hombro. El corazón de Hazel se aceleró. No había pensado en la tierra cenagosa desde que había muerto. Ahora, cuando era demasiado tarde, recordó las alertas graves que le habían dado los locales. El cieno pantanoso y las plantas descompuestas hacían una superficie que parecía completamente sólida, pero que era incluso peor que las arenas movedizas. Habría unos veinte metros de profundidad o más, y era imposible de escapar.

Intentó no pensar en lo que pasaría si había más profundidad que lo que medía el arco.

—¡Agarra un lado! —dijo Frank—. No lo sueltes.

Ella agarró el otro lado, respiró hondo y saltó al barro. La tierra se cerró encima de su cabeza.

Al instante, se congeló en un recuerdo.

“Ahora no” quiso gritar, “Ella dijo que ya no habrían más desmayos”.

“Oh, pero cielo” dijo la voz de Gea, “esto no es uno de tus desmayos. Esto es un regalo de mi parte”.

Hazel estaba de vuelta en Nueva Orleans. Ella y su madre estaban sentadas en un parque cerca de su apartamento, desayunando un picnic. Recordaba aquel día. Tenía siete años. Su madre acababa de vender la primera piedra preciosa de Hazel: un pequeño diamante. Aún no se habían dado cuenta de la maldición de Hazel.

La Reina Marie estaba de muy buen humor. Había comprado zumo de naranja para Hazel y champán para ella, unas pastitas de chocolate y azúcar glas. Incluso le había comprado a Hazel una caja nueva de ceras y un bloc de papel. Estaban sentadas juntas, la Reina Marie tarareando con alegría mientras Hazel dibujaba.

El barrio francés se alzaba a su alrededor, preparado para el Mardi Gras. Las bandas de jazz practicaban, las carrozas estaban siendo decoradas con flores recién cortadas, los niños reían y se perseguían entre ellos, vestidos con colgantes de tantos colores que apenas podían caminar. La puesta de sol convertía el cielo de un color del rojo dorado, y la brisa olía a magnolias y a rosas. Había sido la mañana más feliz de la vida de Hazel.

—Podrías quedarte aquí—sonrió su madre, pero sus ojos eran completamente blancos. La voz era de Gea.

—Esto no es real—dijo Hazel.

Intentó levantarse, pero el césped sobre el que estaba sentada la hizo sentirse adormecida y cansada. El olor a pan recién horneado y a chocolate fundido era embriagador. Era la mañana del Mardi Gras y el mundo parecía lleno de posibilidades. Hazel podría creerse que tenía un futuro brillante.

—¿Qué es real? —preguntó Gea, hablando a través de la cara de su madre—. ¿Es tu segunda vida real, Hazel? Se supone que estás muerta. ¿Es real que te estés ahogando en un lodazal?

—¡Déjame ayudar a mi amigo! —Hazel se intentó forzar volver a la realidad. Podía imaginarse su mano cerrada al final del arco, pero incluso eso comenzaba a sentirse

mareado. Su apretón se estaba aflojando. El olor a las magnolias y a rosas era sobrecogedor. Su madre le ofreció una pastita.

“No”, pensó Hazel. “Esta no es mi madre. Es Gea engañándome”.

—Quieres tu antigua vida de vuelta—dijo Gea—. Te lo puedo dar. Este momento puede durar durante años. Puedes crecer en Nueva Orleans, y tu madre te adorará. Nunca tendrás que cargar con tu maldición. Podrás estar con Sammy...

—¡Es una ilusión! —dijo Hazel, asfixiada con el olor a flores.

—Tú eres una ilusión, Hazel Levesque. Tú has vuelto a la vida porque los dioses te han encargado una tarea que hacer. Puede que te haya usado, pero Nico te usó y te mintió. Debes de sentirte agradecida por que yo le haya capturado.

—¿Capturado? —un sentimiento de pánico creció en el pecho de Hazel—. ¿Qué quieres decir?

Gea sonrió, sorbiendo su champán.

—El chico podría haber sabido mejor el lugar en el que buscar las Puertas. Pero no importa, no te incumbe. Una vez liberes a Tánatos, serás devuelta al Inframundo donde permanecerás para siempre. Frank y Percy no lo podrán detener. ¿Podrían unos amigos de verdad decirte que abandonarás tu vida? Dime quién miente y quién te dice la verdad.

Hazel comenzó a llorar. Un sentimiento de amargura creció en su interior. Había perdido una vez su vida, pero no quería morir de nuevo.

—Eso es —susurró Gea—. Estabas destinada a casarte con Sammy. ¿Sabes qué le pasó después de que murieras en Alaska? Creció y se mudó a Tejas. Se casó y tuvo una familia. Pero nunca se olvidó de ti. Siempre se preguntó por qué desapareciste. Ahora está muerto, un ataque de corazón en los sesenta. La vida que pudisteis tener siempre le rondó por la cabeza.

—¡Basta! —gritó Hazel—. ¡Tú me lo arrebataste!

—Y puedes tenerlo de nuevo—dijo Gea—. Te tengo a mi alcance, Hazel. Morirás de todas maneras. Si te rindes, al menos podré hacerlo placentero para ti. Olvídate de salvar a Percy Jackson. Él me pertenece. Le mantendré seguro en la tierra hasta que esté listo para usarlo. Tú puedes tener una vida plena aquí, puedes crecer, casarte con Sammy... todo lo que tienes que hacer es dejarte ir.

Hazel tensó su mano apretada en el arco. Por debajo de ella, algo le agarró el tobillo, pero no tuvo miedo. Sabía que era Percy, ahogándose, desesperadamente buscando una oportunidad de vivir.

Hazel miró a la diosa.

—¡Nunca cooperaré contigo! ¡DÉ-JA-NOS-IR!

La cara de su madre se disolvió. La mañana de Nueva Orleans se fundió en la oscuridad. Hazel estaba hundida en el barro, con una mano en el arco, y las manos de Percy agarradas a su tobillo, hundidos en la oscuridad. Hazel estiró del arco frenéticamente. Frank la sacó con tanta fuerza que casi le arranca el brazo.

Cuando abrió los ojos, estaba tumbada en la hierba, cubierta de barro. Percy estaba tumbado a sus pies, tosiendo y escupiendo barro.

Frank se cernía sobre ellos, gritando:

—¡Oh, dioses! ¡Oh, dioses! ¡Oh, dioses!

Sacó ropa extra de su mochila y comenzó a secar la cara de Hazel, pero no hizo demasiado. Sacó a Percy más aún del lodo.

—¡Habéis estado ahí tanto tiempo! —gritó Frank—. Creía que... oh, dioses, ¡no me volváis a hacer algo así, NUNCA!

Encerró a Hazel en un abrazo de oso.

—No puedo... respirar—dijo, con un hilo de voz.

—¡Lo siento! —Frank volvió a limpiarles y a dar vueltas. Finalmente les puso a un lado de la carretera, donde se sentaron y se secaron y cambiaron las ropas con barro. Hazel no podía sentir las manos. No estaba segura de si tenía frío o miedo, pero se las arregló para explicarles lo del lodo y la visión que había tenido mientras estaba hundida. Sin hablar de la parte de Sammy, que era demasiado doloroso como para decirla en alto, pero les habló de la oferta de Gea de una vida falsa y el aviso de la diosa que había capturado a Nico. Hazel no quería guardárselo para ella. Tenía miedo de que la desesperación la sobrecogiera.

Percy agarró sus hombros. Sus labios eran azules.

—Tú... tú me has salvado, Hazel. Averiguaremos qué le ha pasado a Nico, te lo prometo.

Hazel se puso de cara al sol, que ahora estaba en lo alto del cielo. El calor la hizo sentir bien, pero no la hizo dejar de temblar.

—¿Creéis que Gea nos dejará marchar tan fácilmente?

Percy se sacó el fango del pelo.

—Quizá siga queriéndonos como peones. Quizá quiera liarte.

—Sabía qué decir—admitió Hazel—. Sabía por dónde cogerme.

Frank puso su chaqueta alrededor de sus hombros.

—Esto es la vida real. Lo sabes, ¿verdad? No te vamos a dejar morir de nuevo.

Sonaba tan decidido. Hazel no quiso discutir, pero no veía cómo Frank podría detener a la Muerte. Presionó el bolsillo de su abrigo, dónde el leño quemado de Frank estaba envuelto, seguro. Se preguntó qué habría pasado si se hubiera hundido en el barro para siempre. Quizá eso le habría salvado. El fuego no lo habría atrapado allí abajo. Habría hecho cualquier cosa para mantener a Frank seguro. Quizá no lo hubiera sentido aquello siempre, pero Frank le había confiado la vida. Él creía en ella. No podía imaginarse que le pasara cualquier cosa.

Miró al sol saliendo. Se acababa el tiempo. Pensó en Hylla, la reina amazona en Seattle. Hylla se habría enfrentado a Otrera dos noches seguidas entonces, suponiendo que hubieran sobrevivido. Contaba con que Hazel liberara la Muerte. Se las arregló para levantarse. El viento que venía de Bahía Resurrección era tan frío como recordaba.

—Deberíamos ir yendo. Estamos perdiendo el tiempo.

Percy miró carretera abajo. sus labios volvían a su color normal.

—¿Hay algún hotel o algo dónde nos podamos limpiar? Me refiero... hoteles que acepten a gente con barro.

—No creo—admitió Hazel.

Miró hacia la ciudad a sus pies y no pudo creer lo mucho que había crecido desde 1942. El puerto principal se había movido al este y la ciudad se había expandido. La mayoría de los edificios eran nuevos para ella, pero la estructura del centro de la ciudad parecía familiar. Pensó que reconocería algunos almacenes en la costa.

—Quizá conozca algún lugar donde nos podamos limpiar.

CAPITULO XLII

HAZEL

CUANDO LLEGARON A LA CIUDAD, Hazel siguió la misma ruta que siguió hacía setenta años, la última noche de su vida, cuando había llegado a casa desde las colinas y vio que su madre faltaba.

Llevó a sus amigos por la Tercera Avenida. La estación de trenes seguía allí. el gran Hotel de dos pisos de Seward seguía en activo, aunque se había expandido el doble de su tamaño. Se plantearon pararse allí, pero Hazel no creyó sería buena idea de irrumpir en un vestíbulo cubiertos de lodo, ni tampoco estaba segura de que el hotel les diera una habitación a tres menores.

En vez de eso, se giraron hacia la línea de la costa. Hazel no podía creérselo, pero su vieja casa seguía allí, alzándose sobre el agua en unos pilares con conchas incrustadas. El techo estaba hundido. Las paredes estaban perforadas con agujeros como si hubiera habido un tiroteo. La puerta estaba cerrado con tablas, y un cartel escrito a mano que leía: HABITACIONES, ALMACENAJE, DISPONIBLE.

—Vamos—dijo.

—Eh... ¿crees que es seguro? —preguntó Frank.

Hazel encontró una ventana abierta y se metió. Sus amigos la siguieron. La habitación no había sido usada en mucho tiempo. Sus pies apartaban el polvo que se había metido por entre los agujeros que daban paso a los rayos del sol. Unas mohosas cajas estaban amontonadas por las paredes. Sus etiquetas borradas leían: tarjetas de felicitación, surtido variado. ¿Por qué estarían cientos de cajas de felicitaciones guardados en cajas acumulando polvo en un almacén en Alaska? Hazel no tenía ni idea, pero parecía una broma muy cruel, como si fueran las tarjetas de todas las fiestas que Hazel no había celebrado: décadas de navidades, pascuas, cumpleaños y sanvalentines.

—Se está más calentito aquí dentro, al menos—dijo Frank—. ¿A que no hay agua corriente? Quizá podamos ir de compras. Yo no voy tan lleno de barro como vosotros, chicos. Os encontraré un poco de ropa.

Hazel le escuchó a medias.

Apartó unas cajas de dónde solía estar su zona de dormir. Un viejo cartel estaba pegado en la pared: "Prospección de oro". Creía que habría una pared falsa detrás de él, pero cuando movió el cartel, la mayoría de sus fotografías y sus dibujos estaban pegados allí. El cartel los debía de haber protegido de las inclemencias y de la luz del sol. Parecían no haber envejecido. Sus dibujos de cera de Nueva Orleans parecían demasiado infantiles. ¿De verdad los había hecho ella? Su madre la miraba desde una fotografía, sonriéndole delante de su cartel de trabajo: "Los gris-gris de la Reina Marie: encantamientos y adivinación del futuro.

A su lado había una fotografía de Sammy durante el carnaval. Estaba congelado en una media sonrisa alocada, con su pelo negro rizado y aquellos preciosos ojos. Si Gea decía la verdad, Sammy debería de haber muerto hacía cuarenta años. ¿Se habría acordado de verdad de Hazel en todo aquél tiempo? ¿O se habría olvidado de la peculiar chica que cabalgaba con él, la chica a la que besó y con la que compartió un pastel de cumpleaños antes de desaparecer para siempre?

Los dedos de Frank señalaron la foto.

—¿Quién...?—vio que ella estaba llorando y dejó sin acabar la pregunta—. Lo siento, Hazel. Debe de ser muy duro. ¿Quieres un poco de tiempo...?

—No—dijo con la voz ronca—. No, está bien.

—¿Es esa tu madre? —Percy señaló a la foto de la Reina Marie—. Se parece a ti. Es guapa.

Entonces Percy miró la foto de Sammy.

—¿Quién es ese?

Hazel no entendía por qué parecía tan asustado.

—Ese... ese es Sammy. Era mi... amigo de Nueva Orleans— se obligó a sí misma a no mirar a Frank.

—Le he visto antes—dijo Percy.

—Es imposible—dijo Hazel—. Eso fue en 1941. Ahora él... estará muerto, seguramente.

Percy frunció el ceño.

—Sí, supongo, pero...—negó con la cabeza, como si el pensamiento fuera incómodo. Frank se aclaró la garganta.

—Mira, hemos pasado una tienda antes de llegar aquí. Nos queda un poco de dinero. Quizá pueda conseguiros un poco de comida y un poco de ropa y... no sé, ¿cientos de cajas de toallitas húmedas o algo?

Hazel puso el cartel del oro encima de sus recuerdos. Se sintió culpable de mirar la vieja fotografía de Sammy, con Frank intentando ser dulce y compasivo. No era bueno para ella que siguiera hablando de su antigua vida.

—Eso será genial—dijo—. Eres el mejor, Frank.

Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies.

—Bueno... simplemente soy el único que no está completamente cubierto con lodo. Vuelvo enseguida.

Una vez se hubo ido, Percy y Hazel hicieron un campamento temporal. Se sacaron las chaquetas e intentaron sacarse todo el lodo. Encontraron unas viejas sábanas en una caja y las usaron para limpiarse. Descubrieron que las cajas de felicitaciones eran un buen lugar para descansar si las usabas como colchón.

Percy dejó su espada en el suelo dónde brilló con una luz bronceada. Entonces se acomodó en una cama de "Feliz navidad de 1982".

—Gracias por salvarme—dijo—. Debería de habértelo dicho antes.

Hazel se encogió de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Sí—admitió—. Pero cuando estaba en el lodo. Recordé aquellos versos de la profecía de Ella, sobre el hijo de Neptuno ahogándose. Pensé: "Esto es lo que quería decir. Me estoy ahogando en la tierra". Estaba seguro de estar muerto.

Su voz se quebró igual que en su primer día en el Campamento Júpiter, cuando Hazel le había enseñado el altar de Neptuno. Entonces se habría preguntado si Percy podría resolver sus problemas, el descendiente de Neptuno que Plutón le había prometido que se llevaría su maldición algún día. Percy parecía tan intimidante y poderoso, como un héroe real.

Aunque entonces, ella sabía que Frank también era un descendiente de Neptuno. Frank no era el héroe más impresionante que había visto en su vida, pero le había confiado su vida. Había intentado tanto protegerla. Incluso su torpeza comenzaba a ser atractiva. Nunca se había sentido tan confusa... y había pasado toda su vida confundida, que era mucho decir.

—Percy—dijo—, esa profecía no debe de estar completa. Frank pensó que Ella estaba recordando una página quemada. Quizá ahogues a otra persona.

La miró con cautela.

—¿Eso crees?

Hazel se sintió extraña, tranquilizándole. Él era mucho más mayor y con más dotes de liderazgo. Pero ella asintió, con seguridad.

—Vas a volver a casa. Vas a volver a ver a tu novia Annabeth.

—Tú también volverás a casa, Hazel—insistió—. No vamos a dejar que te pase nada. Eres muy valiosa para mí, para el campamento y sobre todo para Frank.

Hazel recogió una antigua felicitación de San Valentín. El papel blanco y lacio se deshizo en sus manos.

—No pertenezco a este siglo. Nico solo me trajo para que corrigiera mis errores, y para que quizá pueda llegar al Eliseo.

—Hay mucho más en tu destino que eso—dijo—. Se supone que debemos luchar contra Gea juntos. Voy a necesitarte a mi lado en más días además que el de hoy. Y Frank... ya sabes que el chico está loco por ti. Merece la pena luchar por ti, Hazel. Ella cerró los ojos.

—Por favor, no me des esperanzas. No puedo...

La ventana se abrió de un golpe. Frank entró por ella, triunfante agarrando algunas bolsas.

—¡Lo tengo!

Enseñó sus premios. De una tienda de caza, había encontrado un nuevo carcaj de flechas para él, algunos suministros y un rollo de cuerda.

—Por si nos volvemos a encontrar con el lodo ahogante ese—dijo.

De una tienda turística, había comprado tres packs de ropa limpia, algunas toallas, un poco de jabón, agua embotellada y sí, una caja de toallitas húmedas. No era exactamente una ducha caliente, pero Hazel se agachó detrás de unas cajas para limpiarse y cambiarse. En poco tiempo se sintió mucho mejor.

“Este es tu último día”, se recordó a sí misma, “No te pongas tan cómoda”.

El Festival de Fortuna, toda la suerte que pase hoy, buena o mala, se supone que son un augurio para el año entero que está por venir. De una forma u otra, aquella misión terminaría aquella tarde.

Colocó el leño quemado en su nuevo abrigo. De alguna manera, tenía que asegurarse de mantenerlo a salvo, no importaba lo que le pasara a ella. Podría enfrentarse a su propia muerte si sus amigos sobrevivían.

—Entonces—dijo—, ahora tenemos que encontrar un barco para llegar al glaciar Hubbard.

Intentó sonar segura de sí misma, pero no fue fácil. Deseó que Arión estuviera con ella. Preferiría entrar en el campo de batalla con aquél caballo hermoso. Desde que habían dejado Vancouver, le había estado llamando mentalmente, esperando que la escuchara y que viniera, pero era hacerse ilusiones.

Frank se tocó el estómago.

—Si vamos a enfrentarnos a la muerte, quiero comer antes. He encontrado el lugar perfecto.

Frank les llevó a una tienda cerca del muelle, donde un antiguo vagón de tren había sido convertido en un restaurante. Hazel no recordaba aquel lugar en los años 1940, pero la comida olía deliciosa. Mientras Frank y Percy pedían, Hazel dio vueltas por el

muelle e hizo preguntas. Cuando volvió, necesitaba que le subieran los ánimos. Ni las patatas fritas ni las hamburguesas con queso pudieron resolverlo.

—Estamos en problemas—dijo—. He intentado conseguir un barco. Pero... lo he calculado mal.

—¿No hay barcos? —preguntó Frank.

—Oh, puedo conseguir un barco—dijo Hazel—. Pero el glaciar está más lejos de lo que pensaba. Incluso a la máxima velocidad, no llegaríamos allí hasta mañana por la mañana.

Percy empalideció.

—Quizá pueda hacer que el barco vaya más rápido.

—Aunque pudieras—dijo Hazel—, por lo que me han dicho los capitanes, el recorrido es traicionero: llenos de icebergs, laberintos de canales en los que navegar. Tienes que saber por dónde vas.

—¿Un avión? —preguntó Frank.

Hazel negó con la cabeza.

—He preguntado a los capitanes sobre eso. Me han dicho que podríamos intentarlo, pero hay un pequeño campo de aviación. Habría que alquilar un avión dos o tres semanas por adelantado.

Comieron en silencio después de aquello. Las hamburguesas con queso de Hazel eran excelentes, pero no podía concentrarse en ellas. Había dado tres mordiscos cuando un cuervo se detuvo en el poste telefónico y comenzó a graznarles.

Hazel tuvo un escalofrío. Tenía miedo de que hablara como el otro cuervo, el de hacía año: “La última noche. Esta noche.” Se preguntó si los cuervos siempre se les aparecían a los hijos de Plutón cuando estaban a punto de morir. Esperaba que Nico siguiera con vida, y que Gea le hubiera mentido para ponerla inquieta y nerviosa.

Hazel tenía la sensación de que la diosa le estaba contando la verdad.

Nico le había dicho que buscaría las Puertas de la Muerte desde el otro lado. Si le habían capturado las fuerzas de Gea, Hazel habría perdido al único miembro de la familia que le quedaba. Miró a su hamburguesa. De repente, el graznido del cuervo cambió a un grito ahogado.

Frank se levantó tan de prisa que casi tiró la mesa. Percy desenfundó su espada. Hazel siguió sus miradas. Apostado en lo alto del poste dónde había estado el cuervo, un gordo y feo grifo les miraba desde las alturas. Eructó y unas plumas de cuervo salieron de su pico.

Hazel se levantó y desenfundó su *spatha*.

Frank sacó una flecha. Apuntó y el grifo gritó tan alto que el sonido resonó por las montañas. Frank se estremeció, y su disparó erró.

—Creo que es una llamada de ayuda—les advirtió Percy—. Tenemos que salir de aquí.

Sin un plan claro, salieron corriendo hacia los muelles. El grifo salió volando hacia ellos. Percy le apuntó con la espada, pero el grifo viró fuera de su alcance.

Bajaron los escalones del embarcadero más cercano y corrieron hacia el final. El grifo les persiguió, y sus garras frontales se abrieron para matar. Hazel alzó su espada, pero una pared de agua helada se estampó contra el grifo y le dejó en la bahía. El grifo graznó y abrió las alas. Se las arregló para llegar al embarcadero, donde se sacudió su pelo negro como un perro mojado. Frank gruñó:

—Eso ha sido genial, Percy.

—Sí—dijo—. No sabía si en Alaska podría hacerlo. Pero, hay malas noticias: mirad ahí—A unos kilómetros, por encima de las montañas, una nube negra estaba acercándose, una bandada de grifos, docenas de ellos. No había manera de que pudieran luchar contra tantos, y no habría barco que se los pudiera llevar tan rápido. Frank sacó otra flecha.

—No pienso morir sin luchar.

Percy alzó a Contracorriente:

—Estoy contigo.

Entonces Hazel oyó otro sonido en la distancia, como el relincho de un caballo. Debía de habérselo imaginado, pero gritó, desesperada:

—¡Arión! ¡Aquí!

Una mañana morena vino corriendo por la calle y entró en el embarcadero. El semental se materializó justo detrás del grifo, y le golpeó con las pezuñas frontales, y redujo el monstruo a polvo.

Hazel nunca había estado tan feliz en su vida.

—¡Caballo bueno! ¡CABALLO MUY BUENO!

Frank retrocedió y casi se cayó del embarcadero.

—¿Cómo...?

—¡Me ha seguido! —gritó Hazel—. Porque es el mejor... caballo... ¡DEL MUNDO!
Ahora, subid.

—¿Los tres? —dijo Percy—. ¿Podrá llevarnos?

Arión relinchó, indignado.

—Está bien, lo siento, no hace falta ser tan borde—dijo Percy—. Vamos.

Se subieron, con Hazel la primera, y Frank y Percy equilibrándose a duras penas detrás de ellas. Frank puso sus brazos alrededor de su cintura, y Hazel creyó que si iba a ser su último día en la tierra, no era un mal día para irse.

—¡Corre, Arión! —gritó—. ¡Al glaciar Hubbard!

El caballo cabalgó por el agua, con sus pezuñas convirtiendo el agua del mar en vapor.

CAPITULO XLIII

HAZEL

CABALGANDO A ARIÓN, HAZEL SE SENTÍA PODEROSA, imparable y absolutamente fuera de control, como una perfecta combinación de caballo y humana. Se preguntó si era así cómo se sentían los centauros.

Los capitanes de Seward la habían advertido que había unas tres millas náuticas hasta el glaciar Hubbard, un duro y peligroso viaje, pero Arión no tuvo problemas. Corría por el agua a la velocidad del sonido, calentando el aire a su alrededor por lo que Hazel no sentía ni el frío. A pie, nunca habría sido tan valiente, pero a caballo, no podía esperar a entrar en batalla.

Frank y Percy no parecían tan contentos. Cuando Hazel les miró, detrás de ella, sus dientes castañeteaban y sus ojos estaban en blanco. Las mejillas de Frank estaban hundidas de la presión. Percy estaba sentado detrás del todo, intentando desesperadamente no caerse del caballo. Hazel esperó que aquello no pasara. A la velocidad que se movía Arión, no se daría cuenta uno o dos kilómetros después. Cabalgaron por estrechos helados, fiordos azules, acantilados con cascadas que iban hacia el mar. Arión saltó por una brecha y siguió galopando, comenzando a esquivar un grupo de focas de un iceberg. Parecían haber pasado unos pocos minutos cuando se adentraron en una estrecha bahía. El agua cambió de consistencia de hielo liso a un sirope azul pegajoso. Arión se detuvo delante de una tabla helada turquesa. A un kilómetro y medio se alzaba el glaciar Hubbard. Incluso Hazel, que había visto glaciares con anterioridad, no podía evitar dejar de mirarlo. Unas moradas montañas nevadas se extendían a cada dirección, con nubes flotando alrededor como unos cinturones suaves y sedosos. En un valle gigantesco entre dos de los picos más grandes, una escarpada pared de hielo se alzaba delante del mar, creando un desfiladero. El glaciar era azul y blanco con vetas negras, así que parecía un montoncito de nieve sucia que ha sido amontonado por un quitanieves, lo menos hace unos cuatro millones de años.

Cuando Arión se detuvo, Hazel sintió caer la temperatura. Todo el hielo enviaba oleadas de frío, convirtiendo la bahía en la nevera más grande del mundo. Lo más espeluznante era un sonido como un trueno recorriendo el agua.

—¿Qué es eso? —Frank miró las nubes por encima del glaciar—. ¿Una tormenta?

—No—dijo Hazel—. Es el hielo está crujiendo y cambiando. Millones de toneladas de hielo.

—¿Te refieres a que eso se está rompiendo? —preguntó Frank.

Como en respuesta. Una capa de hielo cayó de un lado del glaciar y se estrelló contra el mar, creando una ola de agua de varios pisos de alto. Un milisegundo después el sonido resonó por todo el lugar: un bum tan atronador como Arión rompiendo la barrera del sonido.

—¡No nos podemos acercar a esa cosa! —dijo Frank.

—Tenemos que hacerlo—dijo Percy—. El gigante está allí arriba.

Arión relinchó.

—Vaya, Hazel—dijo Percy—, dile a tu caballo que cuide su lengua.

Hazel intentó no reírse.

—¿Qué ha dicho?

—¿Sin tantas palabrotas? Dice que nos puede llevar a la cima.

Frank les miraba con incredulidad.

—¡Creía que el caballo no podía volar!

Esta vez Arión relinchó tan enfadado, que Hazel supo que estaba maldiciendo.

—Tío—le dijo Percy al caballo—, una vez me suspendieron por decir algo parecido.

Hazel, te prometo hacer lo que pueda si le das tu palabra.

—Subid, entonces, chicos—dijo Hazel, nerviosa—. ¡Arión, arre!

Arión llegó al glaciar como un cohete desbocado, corriendo por la nieve derritida como si quisiera jugar a chapotear en los charcos en la montaña de hielo.

El aire se enfrió. El sonido del hielo rompiéndose se incrementó. Mientras Arión se acercaba, el glaciar parecía más y más grande, a Hazel le dio vértigo de golpe. El lado del glaciar estaba cubierto de grietas y cuevas, con carámbanos en el hielo afilados como hachas. Habían pedazos cayendo sin parar, algunas no eran más grandes que unas bolas de nieve, otras del tamaño de una casa.

Cuando estuvieron a unos cincuenta metros de la base, un relámpago hizo crujir los huesos de Hazel, y una cortina de hielo que podría haber cubierto el Campamento Júpiter les cubrió.

—¡Cuidado! —gritó Frank, que lo que le pareció innecesario a Hazel.

Arión se le adelantó. En un golpe de velocidad, zigzagueó por los escombros, dejando pedazos de hielo cayendo por la cara del glaciar.

Percy y Frank dijeron como palabrotas como el caballo y se agarraron desesperadamente mientras Hazel agarraba al caballo. De alguna manera, se las arreglaron para no caer mientras Arión escalaba los acantilados, saltando poco a poco con agilidad y velocidad. Era como subir por una montaña mientras ésta se caía.

Entonces se acabó todo. Arión llegó, orgulloso, a la cima del glaciar.

Arión relinchó un desafío que resonó por las montañas. Percy no tradujo, pero Hazel estaba seguro de que Arión había desafiado a los demás caballos que pudieran estar en la bahía: “¡Chupaos esa, tíos!”

Entonces se giró y corrió hacia el interior del glaciar, dejando un camino fundiéndose a su paso.

—¡Ahí! —señaló Percy.

El caballo se detuvo. Delante de ellos se alzaba un campamento romano helado como una gigantesca replica fantasmagórica del Campamento Júpiter. Las trincheras estaban decoradas con carámbanos de hielo. Las murallas estaban cubiertas de nieve brillando con un cegador color blanco. Colgando de las torres de guardia, unos estandartes de una tela azul helado temblaban con el sol ártico.

No había ninguna señal de vida. Las puertas estaban abiertas. No había centinelas en las paredes, aún así, Hazel tenía una incómoda sensación. Recordó la cueva en Bahía Resurrección dónde había trabajado para hacer nacer a Alcioneo, el sentido opresivo de malicia y un constante bum, bum, bum como el latido del corazón de Gea. Aquél lugar era similar, como si la tierra intentara despertarse y consumirlo todo, como si las montañas a cada lado quisieran estamparse entre ellas y reducir el glaciar entero a pedazos.

Arión trotó, asustadizo.

—Frank—dijo Percy—, ¿qué tal si vamos a pie a partir de aquí?

Frank suspiró, aliviado.

—Pensaba que nunca lo ibas a decir.

Desmontaron y dieron unos pasos. El hielo parecía estable, cubiertos con una fina capa de nieve que no lo hacía resbaladizo.

Hazel hizo avanzar a Arión. Percy y Frank andaban a cada lado, con la espada y el arco preparados. Se acercaron a las puertas sin ser desafiados. Hazel estaba entrenada para encontrar fosos, trampas, trincheras y todo tipo de cosas contra las que las legiones romanas se habían enfrentado durante eones en territorio enemigo, pero no vio nada: solo las puertas heladas y los estandartes congelados crujiendo con el viento.

Pudo ver toda la Via Praetoria. En las encrucijadas, delante del principia nevado, había una alta figura vestida con ropas oscuras, atado con cadenas heladas.

—Tánatos—murmuró Hazel.

Sintió como si su alma fuera arrastrada hacia abajo, atraída hacia la Muerte como si la estuviera absorbiendo una aspiradora. Su visión se oscureció. Casi se cayó de Arión, pero Frank la atrapó y la incorporó.

—Te tengo—le prometió—. Nadie te va a llevar.

Hazel le agarró la mano. No quería dejarla ir. Era sólido, firme, pero Frank no podría protegerla de la Muerte. Su propia vida era tan frágil como un pedazo de leño.

—Estoy bien—mintió.

Percy miró a su alrededor, incómodo.

—¿No hay defensas? ¿No hay gigante? Tiene que ser una trampa.

—Es obvio—dijo Frank—. Pero no creo que tengamos elección.

Antes de que Hazel cambiara de idea, forzó a Arión a atravesar las puertas. El decorado era tan familiar, los barracones de las cohortes, los lavabos, la armería. Era una réplica exacta del Campamento Júpiter, excepto que era tres veces más grande. Incluso a caballo, Hazel se sintió minúscula e insignificante, como si estuvieran moviendo por una maqueta de una ciudad construida por los dioses.

Se detuvieron a diez metros de la figura encadenada.

Ahora que estaba allí, Hazel sintió una exacerbada necesidad de finalizar aquella misión. Sabía que estaba en más peligro que cuando se enfrentó a las Amazonas, o luchando contra los grifos, o escalando el glaciar en la espalda de Arión.

Instintivamente, sabía que Tánatos podía tocarla y se moriría.

Pero también tenía la sensación de que no se enfrentaba a sus miedos, sino se enfrentaba a su destino con valentía, moriría siendo una cobarde. Los jueces de la muerte no serían indulgentes por una segunda vez.

Arión medio galopó hacia los lados, sintiendo su nerviosismo.

—¿Hola? —Hazel forzó las palabras—. ¿Señor Muerte?

La figura encapuchada alzó su cabeza.

Al instante, el campamento entero cobró vida. Unas figuras con armaduras romanas emergieron de los barracones, del principia, de la armería y de la cantina, pero no eran humanos. Eran sombras, los fantasmas parlantes con los que Hazel había vivido durante décadas en los Campos de Asfódelo. Sus cuerpos no eran mucho más que volutas de vapor oscuro, pero se las arreglaron para mantenerse con partes de armadura, yelmos y petos. Unas espadas cubiertas de hielo estaban agarradas a sus muñequeras. Unos escudos dentados y unas *pila* flotaban en sus manos humenates. Las plumas de los cascos de centuriones estaban congeladas y andrajosas. La mayor parte de las sombras iban a pie, pero dos soldados salieron de los establos en un carruaje dorado arrastrado por dos sementales negros fantasmales.

Cuando Arión vio los caballos, pisoteó el suelo, furioso.

Frank alzó su arco.
—Sí, aquí está la trampa.

CAPITULO XLIV

HAZEL

LOS FANTASMAS FORMARON GRUPOS Y RODEARON las encrucijadas. Había lo menos un cien de ellos, no una legión entera, pero más de una cohorte. Algunos llevaban estandartes del relámpago de la Legio XII un tanto andrajosos, los de la expedición perdida de Michael Varus en los 80. Otros llevaban estandartes e *insignia* que Hazel no reconocía, como si hubieran muerto en distintas épocas, en misiones distintas, quizá ni fueran del Campamento Júpiter.

La mayor parte de ellos estaban armados con armas de oro imperial, más del oro imperial del que poseía la Legio XII entera. Hazel pudo sentir el poder de todo aquel oro a su alrededor, le asustaba más incluso que el crujir del glaciar. Se preguntó si podría usar su poder para controlar las armas, quizá pudiera desarmar a los fantasmas, pero tuvo miedo de intentarlo. El oro imperial no era sólo un metal precioso. Era mortal para los semidioses y los monstruos. Intentar controlar todo aquello al mismo tiempo sería como intentar controlar el plutonio de un reactor nuclear. Si fallaba, podría borrar del mapa el glaciar Hubbard y matar a sus amigos.

—¡Tánatos! —Hazel se giró hacia la figura de la túnica—. Estamos aquí para rescatarte. Si pudieras controlar las sombras, decirles que...

Su voz se quebró. La capucha del dios se le cayó y sus ropas cayeron al extender sus alas, dejándole vestido con una túnica negra sin mangas atada con un cinturón por la cintura. Era el hombre más apuesto que Hazel jamás había visto.

Su piel era del color de la teca, oscura y brillante como la mesa de espiritismo de la Reina Marie. Sus ojos eran de un color miel dorado como los de Hazel. Era delgado y musculoso, con una cara majestuosa y un pelo negro cayéndole por sus hombros.

Sus alas refulgían con sombras azules, negras y moradas.

Hazel se recordó de respirar.

Hermoso era la definición correcta para Tánatos, ni guapo, ni tío bueno, ni nada de eso. Era hermoso igual que un ángel: eterno, perfecto, remoto.

—Oh—dijo ella en un hilo de voz.

Las muñecas del dios estaban atadas con esposas heladas, con cadenas que se clavaban en el suelo del glaciar. Sus pies estaban desnudos, encadenado también por los tobillos.

—Es Cupido—dijo Frank.

—Un Cupido muy oscuro—coincidió Percy.

—Me halagáis—dijo Tánatos. Su voz era igual de hermosa que él, oscura y melodiosa—. Me toman a menudo por el dios del amor. La muerte tiene mucho más en común con el amor de lo que imagináis. Pero soy Muerte. Os lo aseguro.

Hazel no lo dudó. Se sintió como si estuviera hecha de cenizas. En cualquier segundo, se derrumbaría y sería aspirada por la aspiradora. Dudó si Tánatos siquiera necesitara tocarla para matarla. Simplemente le podría decir que se muriera. Lo haría al segundo, como si su alma obedeciera aquella hermosa voz y aquellos ojos hermosos.

—Esta... estamos aquí para salvarte—se las arregló para decir—. ¿Dónde está Alcioneo?

—¿Salvarme? —Tánatos entrecerró los ojos—. ¿Sabes lo que estás diciendo, Hazel Levesque? ¿Sabes lo que significará?

Percy dio un paso adelante.

—Estamos perdiendo el tiempo.

Alzó su espada hacia las cadenas del dios. El bronce celestial chocó contra el hielo, pero Contracorriente se quedó pegada a la cadena como si estuviera hecha de pegamento. El hielo comenzó a subir por la hoja. Percy la movió frenéticamente. Frank corrió para ayudarlo. Juntos, se las arreglaron para arrancar a Contracorriente antes de que el hielo les llegara a las manos.

—No funcionará—dijo Tánatos—. Y en cuanto al gigante, está cerca. Esas sombras son tuyas, no mías.

Los ojos de Tánatos miraron los soldados fantasmas. Parpadearon incómodos, como si el viento ártico hiciera vibrar sus filas.

—¿Entonces cómo te sacamos? —pidió Hazel.

Tánatos volvió su atención hacia ella.

—Hija de Plutón, descendiente de mi maestro, tú entre todas las personas no deberías desear que me liberaran.

—¿Crees que no lo sé? —los ojos de Hazel le lloriquearon, pero ya estaba harta de estar asustada. Había sido una niña asustada hacía setenta años. Había perdido a su madre porque actuó demasiado tarde. Ahora era una soldado de Roma. No iba a fallar de nuevo. No iba a abandonar a sus amigos.

—Escucha, Muerte—alzó su espada de caballerías, y Arión relinchó en desafío—. No he vuelto del Inframundo y he viajado cientos de metros para que me digan que soy estúpida por liberarte. Si me muero, me muero. Lucharé contra un ejército entero si hace falta. Dinos cómo romper tus cadenas.

Tánatos la estudió durante un latido de corazón.

—Interesante. Entiendes que esas sombras fueron una vez semidioses como tú.

Lucharon por Roma. Murieron sin completar sus misiones heroicas. Como tú, una vez fueron enviados a los Asfódelos. Ahora que Gea les ha prometido una segunda vida si luchan por ella hoy. Por supuesto, si me liberáis y les vencéis, volverán al Inframundo donde pertenecen. Por traición contra los dioses, se enfrentarán a un castigo eterno. No son distintos a ti, Hazel Levesque. ¿Estás segura de que quieres liberarme y condenar esas almas para siempre?

Frank apretó los puños.

—¡Eso no es justo! ¿Quieres ser liberado o no?

—Justicia...—murmuró Tánatos—. Te sorprendería lo mucho que oigo esa palabra, Frank Zhang, y lo insignificante que es. ¿Es justo que tu vida arda tan corta y brillantemente? ¿Fue justo cuando guíé a tu madre hacia el Inframundo?

Frank se incorporó como si hubiera sido golpeado.

—No—dijo Tánatos, con tristeza—. No fue justo. Y aún así era su hora. No hay justicia en la Muerte. Si me liberas, cumpliré con mi deber. Pero por supuesto, las sombras intentarán deteneros.

—Así que si te dejamos ir—resumió Percy—, seremos aplastados por un montón de tíos de vapor negro con espadas de oro. Guay. ¿Cómo rompemos las cadenas?

Tánatos sonrió:

—Sólo el fuego de la vida puede derretir las cadenas de la muerte.

—Sin acertijos, ¿por favor? —preguntó Percy.

Frank respiró con dificultad.

—No es un acertijo.

—Frank, no—dijo Hazel, con debilidad—. Tiene que haber otra manera.

Una risa recorrió el glaciar. Una voz sorda dijo:

—Amigos míos. ¡He esperado demasiado tiempo!

De pie ante las puertas del campamento estaba Alcioneo. Era incluso más grande que el gigante Polibotes que habían visto en California. Tenía la piel de un oro metálico, y una armadura hecha de cables de platino, y un bastó del tamaño de un tótem. Sus piernas de dragón rojo rompieron el hielo mientras entraba por el campamento. Unas piedras preciosas brillaban en su pelo rojo trenzado.

Hazel nunca le había visto completamente hecho, pero le conocía mejor que conocía a sus propios padres. Le había hecho. Durante meses, había sacado oro y gemas de la tierra para crear aquel monstruo. Conocía los diamantes que había usado como corazón. Conocía el aceite que corría por sus venas en vez de sangre. Más que nadie, quería destruirle.

El gigante se acercó, sonriendo hacia ella con sus sólidos dientes plateados.

—Ah, Hazel Levesque—dijo—, ¡me has costado mucho! Si no fuera por ti, habría nacido hace décadas, y este mundo ya sería de Gea. ¡Pero no importa!

Alzó las manos, señalando las filas de los soldados fantasmas.

—¡Bienvenido, Percy Jackson! ¡Bienvenido, Frank Zhang! Soy Alcioneo, la némesis de Plutón, el nuevo maestro de la Muerte. Y esta es mi legión.

CAPITULO XLV

FRANK

NO HAY JUSTICIA EN LA MUERTE.

Aquellas palabras seguían sonando en la cabeza de Frank.

El gigante de oro no le asustaba. El ejército de sombras no le asustaba. Pero la idea de liberar a Tánatos le hacía a Frank querer tumbarse en posición fetal. Aquél dios se había llevado a su madre.

Frank entendía lo que tenía que hacer para romper aquellas cadenas. Marte se lo había advertido. Le había explicado por qué amaba tanto a Emily Zhang: “Siempre ponía su deber primero, por encima de todo. Por encima incluso de su vida”.

Ahora era el turno de Frank.

La medalla de sacrificio de su madre pesaba en su bolsillo. Finalmente entendió la elección de su madre, salvar a sus camaradas a costa de su propia vida. Entendió lo que Marte le había intentado decir: Deber. Sacrificio. Significan algo.

En el pecho de Frank, un sentimiento de furia y resentimiento (una grieta que había comenzado desde el funeral de su madre), finalmente comenzó a disolverse. Entendía por qué su madre nunca volvió a casa. Por algunas cosas merecía la pena morir.

—Hazel—intentó mantener su voz firme—. ¿El paquete que me guardas? Lo necesito.

Hazel le miró, desesperada. Sentada sobre Arión, parecía una reina, poderosa y hermosa, con su pelo castaño sobre sus hombros y una esencia de neblina helada alrededor de su cabeza.

—Frank, no. Tiene que haber otra manera.

—Por favor. Sé... lo que hago.

Tánatos sonrió y alzó sus muñecas encadenadas.

—Haces lo correcto, Frank Zhang. Se deben de hacer sacrificios.

Genial, si Tánatos aproba su plan, Frank estaba seguro de que no le gustarían los resultados.

El gigante Alcioneo se adelantó, con sus pies de reptil haciendo crujir el suelo.

—¿De qué paquete hablas, Frank Zhang? ¿Me habéis traído un presente?

—Nada para ti, tío dorado—dijo Frank—. Excepto un gran montón de dolor.

El gigante rugió, riendo.

—¡Hablas como un hijo de Marte! Qué pena que tenga que matarte. Y... este... he estado esperando mucho para conocer al famoso Percy Jackson.

El gigante sonrió. Sus dientes plateados hacían parecer su boca como el motor de un coche.

—He seguido tus progresos, hijo de Neptuno—dijo Alcioneo—. ¿Tu lucha contra Cronos? Bien hecho. Gea te odia a ti por encima de los demás... excepto, quizá, a ese presuntuoso de Jason Grace. Lamento que no pueda matarte hoy, pero mi hermano Polibotes te quiere de mascota. Cree que será divertido que cuando destruya a Neptuno tener a uno de sus hijos favoritos en un látigo. Después de eso, por supuesto, Gea tiene planes para ti.

—Sí, qué halagador—Percy alzó Contracorriente—. Pero de hecho, soy el hijo de Poseidón. Soy del Campamento Mestizo.

Los fantasmas parpadearon. Algunos alzaron sus espadas y sus escudos helados.

Alcioneo alzó la mano, obligándoles a esperar.

—Griego o romano, no me importa—dijo el gigante—. Destruiremos ambos campos de una sentada. Ya ves, los titanes no pensaron a lo grande. Planearon destruir a los dioses en su nueva morada en América. ¡Los gigante somos más listos! Para matar a un árbol, debemos cortar sus raíces. Incluso ahora, cuando mis ejércitos destruyan vuestro pequeño campamento romano, ¡mi hermano Porfirión estará preparando la batalla real en las tierras de antaño! Destruiremos a los dioses desde sus orígenes. Los fantasmas golpearon sus espadas contra sus escudos. El sonido resonó por las montañas.

—¿Sus orígenes? —preguntó Frank—. ¿Te refieres a Grecia? Alcioneo se rió.

—No tienes que preocuparte de eso, hijo de Marte. No vivirás lo suficiente como para ver nuestra victoria definitiva. Sustituiré a Plutón como señor del Inframundo. Ya tengo a Tánatos bajo mi poder. ¡Con Hazel Levesque a mi servicio, también tendré todas las riquezas bajo la tierra!

Hazel alzó su spatha.

—No estoy a servicio de nadie.

—¡Oh, pero tú me has dado la vida! —dijo Alcioneo—. Es cierto que esperábamos despertar a Gea durante la Segunda Guerra Mundial, eso habría sido glorioso. Pero en realidad, el mundo ya tenía un mal aspecto entonces. Muy pronto, vuestra civilización será borrada del mapa. Las Puertas de la Muerte seguirán abiertas. Aquellos que nos sirven nunca perecerán. Vivos o muertos, vosotros tres os uniréis a mi ejército.

Percy negó con la cabeza.

—Lo dudo, tío dorado. Tú te vas a ir abajo.

—Espera—Hazel espoleó el caballo hacia el gigante—. Yo he hecho crecer a este monstruo de la tierra. Soy la hija de Plutón. Me toca matarle.

—Ah, pequeña Hazel— Alcioneo plantó su bastón en el hielo. Su pelo brilló con las gemas por valor de millones de dólares—. ¿Estás segura de que no te unirás a nosotros por tu propia voluntad? Podrías sernos muy... valiosa. ¿Por qué morir de nuevo? —los ojos de Hazel brillaron de rabia. Miró hacia Frank y sacó el pedazo de leño envuelto de su abrigo.

—¿Estás seguro?

—Sí—dijo.

Apretó los labios.

—Tú también eres mi mejor amigo, Frank. Te lo debería haber dicho antes—le pasó el palo—. Haz lo que tengas que hacer. Y Percy... ¿podrás cubrirle las espaldas?

Percy miró las filas de los romanos fantasmas.

—¿Contra un ejército? Claro, no hay problema.

—Entonces me toca a mí el tío dorado—dijo Hazel.

Marchó hacia el gigante.

CAPITULO XLVI

FRANK

FRANK DESENVOLVIÓ EL PEDAZO DE MADERA y se arrodilló a los pies de Tánatos. Sabía que Percy estaba de pie, a su lado, alzando su espada y gritando, desafiando a los fantasmas que se acercaran. Oyó el rugido del gigante y el relincho furioso de Arión, pero no se atrevió a mirar.

Sus manos temblaron, sujetando el pedazo de leño cerca de las cadenas de la pierna izquierda de Tánatos. Pensó en llamas y al instante, la madera ardió.

Un calor terrible se extendió por el cuerpo de Frank. El metal helado comenzó a derretirse, con una llama tan brillante que era más cegadora que el hielo.

—Bien—dijo Tánatos—. Muy bien, Frank Zhang.

Frank había oído hablar a personas decir que sus vidas pasaban por sus ojos a una velocidad de vértigo, pero ahora él lo vivió, literalmente. Vio a su madre el día que partió hacia Afganistán. Sonreía y le abrazaba. Él intentó respirar su esencia de jazmín para no poder olvidarla nunca.

“Siempre estaré orgullosa de ti, Frank” dijo ella, “Algún día, viajarás incluso más lejos que yo. Traerás a nuestra familia un círculo completo. En unos años, nuestros descendientes contarán historias sobre el héroe Frank Zhang, su tata, tata...” le dio un golpecito en el estómago como cuando le contaba historias de pequeño. Sería la última vez que Frank sonreiría durante meses.

Se vio a sí mismo en la mesa de Picnic de Pase de Renos, mirando las estrellas y la aurora boreal mientras Hazel roncaba con dulzura a su lado y Percy diciendo: “Frank eres un líder. Te necesitamos”.

Vio a Percy desaparecer entre el lodo, y entonces a Hazel hundiéndose tras él. Frank recordó lo solo e impotente que se había sentido sujetando el arco. Había rogado a los dioses olímpicos, incluso a Marte, que ayudaran a sus amigos, pero sabían que estaban fuera del alcance de los dioses. Con un sonido metálico, la primera cadena se rompió. Rápidamente, Frank pegó el leño a la cadena de la otra pierna de Tánatos. Se atrevió a mirar por encima de su hombro.

Percy luchaba como un huracán. De hecho... era un huracán. Un huracán de agua en miniatura y vapor de hielo giraba a su alrededor mientras atacaba al enemigo, golpeando fantasmas romanos, esquivando flechas y lanzas. ¿Desde cuándo tenía ese poder?

Se movió entre las filas enemigas, y aunque pareciera dejar a Frank indefenso, el enemigo está completamente fijado en Percy. Frank no estaba seguro de por qué, pero entonces vio el motivo de Percy. Uno de los fantasmas de vapor oscuro vestía una capa de piel de león y sujetaba un poste con un águila dorada con carámbanos congelados en sus alas. El estandarte de la legión.

Frank observó a Percy barrer una columna de legionarios, resquebrajando sus escudos con su ciclón personal. Dejó fuera de conocimiento al de la capa de león y agarró el águila.

—¿La queréis de vuelta? —les gritó a los fantasmas—. ¡Venid a por ella!

La apartó de su alcance, y Frank no pudo evitar sentirse sobrecogido por su descarada estrategia. Aunque aquellas sombras quisieran mantener a Tánatos encadenado, eran espíritus romanos. Sus mentes eran borrosas, igual que los

fantasmas que Frank había visto en los Asfódelos, pero recordaban una cosa clara: se suponía que debían proteger el águila.

Aún así, Percy no podía luchar contra enemigos para siempre. Mantener una tormenta como aquella debía de ser difícil. A pesar del frío, su cara estaba sudorosa.

Frank buscó a Hazel. No podía verla a ella o al gigante.

—Vigila tu fuego, chico—le advirtió Tánatos—. No puedes malgastarlo.

Frank maldijo. Se había distraído tanto, que no se había dado cuenta de que la segunda cadena se había fundido.

Apartó su fuego hacia las esposas de la mano derecha del dios. El pedazo de leño estaba a punto de gastarse. Frank comenzó a temblar. Más imágenes pasaron por su cabeza. Vio a Marte sentado al lado de la cama de su abuela, mirando a Frank con aquellos ojos explosivos: “Eres el arma secreta de Juno. ¿Has descubierto tu don, ya?”

Oyó a su madre decirle: “Puedes ser cualquier cosa”.

Entonces vio la cara débil de su abuela, su piel tan frágil como el papel, con su pelo blanco extendido por su almohada. “Sí, Fai Zhang. Tu madre te contó la verdad literal”

Pensó en el oso pardo que su madre interceptó al borde del bosque. Pensó en el pájaro negro dando vueltas por las cenizas de su mansión. La tercera cadena desapareció. Frank acercó el leño hacia la última cadena. Su cuerpo se estremeció de dolor. Unas manchas amarillas le nublaron la vista.

Vio a Percy al final de la Via Principalis, luchando contra el ejército de fantasmas. Había tumbado el carruaje y había destruido varios edificios, pero cada vez que su huracán destruía una oleada de atacantes, los fantasmas se volvían a levantar y volvían a acatar. Cada vez que Percy les pegaba un corte con su espada, los fantasmas se volvían a materializar de inmediato. Percy los había alejado lo máximo que pudo. Detrás de él estaba la puerta lateral del campamento, y a unos veinte metros detrás de él, el borde del glaciar.

Y en cuanto a Hazel, ella y Alcioneo se las arreglaban para destruir la mayor parte de los barracones con su batalla. Ahora estaban luchando en los escombros de la puerta principal. Arión estaba haciendo una danza peligrosa, esquivando el bastón, golpeando las paredes del campamento y creando unos gigantescos agujeros en el hielo. Solo la velocidad de Arión les mantenía con vida.

Finalmente, la última cadena de Arión se fundió. En un grito de desesperación, Frank metió su leño en un montón de nieve para extinguir la llama. Su dolor desapareció. Seguía con vida. Pero cuando sacó el pedazo de leño, no era más que una colilla, más pequeño que una chocolatina.

Tánatos alzó sus brazos.

—¡Libre! —dijo, satisfecho.

—Genial—Frank se fregó los ojos—. ¡Haz algo!

Tánatos le dedicó una sonrisa tranquila.

—¿Hacer algo? Por supuesto. Lo entiendo. Aquellos que mueran en esta batalla, seguirán muertos.

—Gracias—murmuró Frank, devolviendo el leño a su abrigo—. De gran ayuda.

—De nada—dijo Tánatos, agradablemente.

—¡Percy! —gritó Frank—. ¡Ahora pueden morir!

Percy asintió, entendiendo, pero parecía agotado. El huracán comenzaba a desvanecerse. Sus movimientos comenzaban a ser más lentos. El ejército fantasma al completo le había rodeado, obligándole a ir hacia el borde del glaciar.

Frank alzó su arco para ayudar. Entonces lo dejó caer. Unas flechas normales de una tienda de caza de Seward no harían nada. Frank tendría que usar su don.

Pensó que, al menos, entendía sus poderes. Algo al ver el leño ardiendo, oler el humo del acre de su propia vida, le hacía sentir extrañamente confiado.

“¿Es justo que tu vida arda tan corta y brillantemente?” preguntó Tánatos.

—Nada es justo—se dijo Frank a sí mismo—. Si voy a arder, que sea brillantemente.

Dio un paso hacia Percy. Entonces, a través del campamento, Hazel gritó de dolor.

Arión gritó mientras el gigante le acertó. Su bastón envió al caballo y a la conductora trastabillando por el hielo, chocándose contra las murallas.

—¡Hazel! —Frank miró a Percy, deseando que tuviera su lanza. Si pudiera invocar a Gris... pero no podría estar en dos lugares al mismo tiempo.

—¡Ve y ayúdala! —gritó Percy, sujetando el poste del águila dorada—. ¡Lo tengo controlado!

Percy no lo tenía controlado. Frank lo sabía. El hijo de Poseidón estaba a punto de ser destruido, pero Frank corrió en ayuda de Hazel.

Estaba medio enterrada en un montón de nieve. Arión se puso delante de ella, intentando protegerla, relinchando y amenazando al gigante con sus pezuñas delanteras.

El gigante rió.

—Hola, pequeño poni. ¿Quieres jugar?

Alcioneo alzó su bastón helado.

Frank estaba demasiado lejos como para poder ayudar... pero se imaginó a sí mismo yendo hacia allí, con sus pies dejando el suelo.

“Ser cualquier cosa”.

Recordó las águilas calvas que había visto en su viaje en tren. Su cuerpo se volvió más pequeño y más ligero. Sus brazos se convirtieron en alas y su vista se agudizó cien veces. Levantó el vuelo y entonces se abalanzó contra el gigante con sus garras abiertas y sus garras afiladas como cuchillas se clavaron en los ojos del gigante.

Alcioneo gritó de dolor. Se tambaleó hacia los lados mientras Frank aterrizaba al lado de Hazel y volvía a su forma normal.

—Frank...—le miró, asombrada, con un montón de nieve cayéndole de la cabeza—.

¿Acabas de...? ¿Cómo lo has...?

—¡Inútil! —gritó Alcioneo. Su cara estaba cortada, con un aceite negro cayendo de sus ojos en vez de sangre, pero las heridas se cerraban—. ¡Soy inmortal en mi tierra natal, Frank Zhang! ¡Y gracias a tu amiga Hazel, mi nueva tierra natal es Alaska! ¡No puedes matarme aquí!

—Veamos—dijo Frank. El poder le recorría los brazos y las piernas—. Hazel, vuelve a tu caballo.

El gigante atacó, y Frank avanzó para encontrarse con él. Recordó el oso con el que se había encontrado cara a cara cuando era niño. Mientras corría, su cuerpo se volvió más pesado, más grueso y sus músculos se tensaban. Chocó contra el gigante, siendo convertido en un completo oso pardo, con cientos de kilos de pura fuerza.

Seguía siendo pequeño comparado con Alcioneo, pero se chocó contra el gigante con tal impulso que Alcioneo cayó contra una torre de vigilancia helada que se cayó bajo su peso.

Frank escaló hasta la cabeza del gigante. Un golpe de su garra era como un luchador atacando con una motosierra. Frank golpeó la cara del gigante una y otra vez hasta que sus facciones metálicas comenzaron a abollarse.

—Arg—murmuró el gigante, con estupor.

Frank cambió a su forma normal. Su mochila seguía con él. Agarró la cuerda que había comprado en Seward, haciendo una soga, y la ató alrededor de la pierna escamosa de dragón del gigante.

—¡Hazel, aquí! —le lanzó el otro extremo de la cuerda—. Tengo una idea, pero tenemos que...

—Mataros... a vosotros...—murmuró Alcioneo.

Frank corrió hacia la cabeza del gigante, cogió el objeto pesado más cercano que pudo encontrar, un escudo de legionario, y lo golpeó contra la nariz del gigante.

El gigante dijo:

—¡ARG!

Frank miró a Hazel.

—¿A cuánta velocidad crees que Arión puede arrastrar a este tipo?

Hazel le miraba:

—Tú... tú eras un pájaro. Entonces un oso. Y luego...

—Te lo explicaré más tarde—dijo Frank—. Tenemos que llevar a este tipo tierra adentro, lo más rápido y lejos que podamos.

—¿Pero y Percy? —dijo Hazel.

Frank maldijo. ¿Cómo podía haberse olvidado?

A través de las ruinas del campamento, vio a Percy al borde del acantilado. El huracán había desaparecido. Sujetaba a Contracorriente con una mano y el águila de oro de la legión en la otra. Un ejército entero de sombras le rodeaban, con sus armas brillando.

—¡Percy! —gritó Frank.

Percy se giró hacia ellos. Vio al gigante caído y pareció entender lo que pasaba. Gritó algo que se perdió con el viento, quizá un “¡IROS!”

Entonces clavó Contracorriente en el hielo a sus pies. El glaciar entero tembló. Los fantasmas cayeron de rodillas. Detrás de Percy, una ola salió de la bahía: una pared de agua gris incluso más alta que el glaciar. El agua salió de los agujeros del hielo. Cuando la ola golpeó el glaciar, medio campamento se derrumbó. El borde entero del glaciar cayó hacia el agua, llevándose edificios, fantasmas y a Percy Jackson

CAPITULO XLVII

FRANK

FRANK ESTABA TAN ATURDIDO QUE Hazel tuvo que gritar su nombre una docena de veces antes de darse cuenta de que Alcioneo se estaba levantando.

Golpeó el escudo contra la nariz del gigante hasta que Alcioneo comenzó a roncar. Mientras tanto el glaciar seguía rompiéndose y el borde se acercaba lentamente.

Tánatos aterrizó cerca de ellos con sus alas negras, con su expresión serena.

—Ah, sí—dijo, con satisfacción—. Ahí van unas cuantas almas. Ahogándose lentamente. Deberíais daros prisa, amigos míos, u os ahogaréis con ellos también.

—Pero Percy...—Frank apenas podía decir el nombre de su amigo—. ¿Está...?

—Demasiado pronto para decirlo. Y en cuanto a este—Tánatos miró a Alcioneo con desagrado—. Nunca le mataréis aquí. ¿Sabéis qué hacer?

Frank asintió torpemente.

—Eso creo.

—Entonces nuestro trabajo está completo.

Frank y Hazel intercambiaron miradas nerviosas.

—Eh...—vaciló Hazel—. ¿Quieres decir que... no vas a...?

—Reclamar tu vida—preguntó Tánatos—. Bueno, veamos...

Hizo aparecer un iPad negro de la nada. Tánatos toqueteó la pantalla un par de veces y todo lo que Frank podía pensar era: "Por favor, no me digas que hay una aplicación para llevarse las almas.

—No te veo en la lista—dijo Tánatos—. Plutón me da órdenes específicas para las almas fugadas. Por alguna razón, no ha establecido una orden para ti. Quizá crea que tu vida no ha terminado, o puede que haga la vista gorda. Si quieres hago una llamada y se lo pregunto...

—¡No! —gritó Hazel—. Está bien.

—¿Estás segura? —preguntó Tánatos amablemente—. Tengo una video-llamada activada. Tengo su dirección de Skype por alguna parte...

—En serio, no—Hazel parecía como si le hubieran quitado cientos de pesos encima—. Gracias.

—Arg—murmuró Alcioneo.

Frank le dio otra vez con su escudo.

Tánatos miró de nuevo en su iPad.

—Y en cuanto a ti, Frank Zhang, tampoco no es tu hora. Aún tienes un poco de madera que quemar. Pero no creas que te estoy haciendo un favor. Nos encontraremos de nuevo bajo unas circunstancias mucho menos placenteras.

El acantilado seguía acercándose, con el borde solo a unos veinte metros de distancia. Arión relinchó con impaciencia. Frank supo que tenían que irse, pero había aún una pregunta más importante que hacer.

—¿Y las Puertas de la Muerte? —dijo—. ¿Dónde están? ¿Cómo las cerramos?

—Ah, sí—una mirada de irritación atravesó la cara de Tánatos—. Las Puertas de Yo. Cerrarlas habría estado bien, pero me temo que está más allá de mi poder. Cómo podríais hacerlo vosotros, no tengo ni la más remota idea. Deben estar en algún lugar a través de alguna búsqueda. Os puedo decir que comencéis a buscar por Roma. La

Roma original. Necesitaréis un guía especial. Sólo un tipo de semidiós puede leer las señales que os llevarán definitivamente hasta las Puertas de Yo.

Unas brechas aparecieron en el hielo bajo sus pies. Hazel dio golpecitos tranquilos en el cuello de Arión para relajarlo.

—¿Y sobre mi hermano? —preguntó—. ¿Nico está con vida?

Tánatos le lanzó una mirada extraña: quizá lástima, aunque no parecía ser una emoción que la Muerte entendiera.

—Encontrarás tu respuesta en Roma. Y ahora debo volar hasta el Campamento Júpiter. Tengo la sensación de que habrán muchas almas que llevarme, muy pronto. Adiós, semidioses, hasta que nos volvamos a ver.

Tánatos se disipó con un humo negro.

Las brechas del hielo se hicieron más amplias bajo los pies de Frank.

—¡Date prisa! —le dijo a Hazel—. ¡Tenemos que llevarnos a Arión a unos diez mil metros al norte!

Él se subió al pecho del gigante y Arión arrancó, corriendo por el hielo, arrastrando a Alcioneo como si fuera el trineo más feo del mundo.

Fue un viaje muy corto.

Arión recorrió el glaciar como si fuera una autopista, deslizándose por el hielo, dejando brechas y haciendo pendientes que haría las delicias de cualquier aficionado al snowboard.

Frank no tuvo que dejar sin sentido a Alcioneo demasiadas veces, porque la cabeza del gigante se fue golpeando contra el hielo. Mientras se movían, el medio consciente Tío Dorado tarareaba una canción que sería algo parecido al “Jingle Bells”.

Frank se sentía también un tanto aturdido. Se había convertido en un águila y en un oso. Podía seguir notando el poder corriendo por su cuerpo, como si fuera al mismo tiempo sólido y líquido.

No solo eso: Hazel y él habían liberado a la Muerte, y ambos habían sobrevivido. Y Percy... Frank se tragó el miedo. Percy se había hundido con una parte del glaciar para salvarles.

“El hijo de Neptuno se ahogará”.

No. Frank no quería creer que Percy estaba muerto. No habían hecho todo aquél trayecto para perder a su amigo. Frank le encontraría, pero primero tenían que acabar con Alcioneo.

Visualizó el mapa que había estudiado en el tren de Anchorage. Sabía a duras penas el lugar al que se dirigían, pero no había señales ni carteles en el hielo. Tenía que saberlo a ciegas.

Finalmente Arión, se metió entre dos montañas hasta un valle de hielo y rocas, como un gigantesco bol de leche helada con grumos de cacao. La piel dorada del gigante palidecía como si se estuviera convirtiendo en latón. Frank notó una ligera vibración en su cuerpo, como un diapasón apretado contra su esternón. Sabía que había cruzado a territorio amistoso, su territorio natal.

—¡Aquí! —gritó Frank.

Arión viró a un lado. Hazel cortó la cuerda, y Alcioneo derrapó. Frank saltó antes de que el gigante se estampara contra una roca.

De inmediato Alcioneo se incorporó.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Quién?

Su nariz estaba girada en la dirección errónea. Sus heridas se habían curado, aunque su piel dorada había perdido algo de su brillo. Miró alrededor buscando su bastón de

hierro, que se había quedado en el glaciar Hubbard. Entonces dejó de buscar y agarró el pedrusco más cercano y lo redujo a pedazos con su mano.

—¿Os atrevéis a arrastrarme como un trineo? —se tensó y olisqueó el aire—. Ese olor... como almas que la han diñado... ¿Tánatos está libre, eh? ¡Bah! No importa. Gea sigue controlando las Puertas de la Muerte. Ahora, ¿por qué me has traído aquí, hijo de Marte?

—Para matarte—dijo Frank—. ¿Alguna otra pregunta?

Los ojos del gigante se entrecerraron.

—Nunca he conocido a un hijo de Marte que pueda cambiar de forma, pero eso no significa que puedas vencerme. ¿Crees que el estúpido soldado de tu padre puede darte la fuerza para enfrentarte a mí en un combate cuerpo a cuerpo?

Hazel alzó su espada.

—¿Qué tal un combate uno contra dos?

El gigante gruñó y se giró hacia Hazel, pero Arión esquivó el golpe. Hazel clavó su espada contra la parte posterior de la pantorrilla del gigante. Un aceite oscuro salió de su herida.

Alcioneo tropezó.

—¡No puedes matarme, con Tánatos o sin él!

Hazel hizo un gesto de agarre con su mano libre. Una fuerza invisible zarandeó el pelo de joyas incrustadas del gigante hacia los lados. Hazel se movió al lado, y clavó la espada en la otra pierna, y se alejó antes de que el gigante pudiera recobrar el equilibrio.

—¡Basta ya! —gritó Alcioneo—. ¡Estamos en Alaska! ¡Soy inmortal en mi tierra natal!

—De hecho—dijo Frank—. Tengo unas cuantas malas noticias que darte. Veamos, he heredado más que fuerza de mi padre.

El gigante gruñó.

—¿De qué estás hablando, mocososo de Marte?

—Estrategia—dijo Frank—. Ese es el regalo de Marte. Una batalla puede ser ganada antes de ser librada escogiendo el territorio adecuado— señaló por encima de su hombro—. Hemos cruzado la frontera hace unos cientos de metros. Ya no estás en Alaska. ¿Puedes sentirlo, Alci? Si quieres volver a Alaska, tendrá que ser por encima de mí.

Lentamente, el gigante fue entendiendo lo que le había dicho. Miró hacia abajo con incredulidad a sus piernas heridas. El aceite seguía saliendo de sus pantorrillas, tiñendo el hielo de negro.

—¡Es imposible! —gritó el gigante—. ¡Os voy a...!

Se giró hacia Frank, preparado para volver a la frontera. Durante un segundo, Frank dudó de su plan. Si no podía volver a usar el don de nuevo, si se congelaba, estaba muerto. Entonces recordó las instrucciones de su abuela:

“Ayuda si conoces la criatura”. Listo.

“También ayuda si estás en una situación de vida o muerte, como un combate”.

Doblemente listo.

El gigante seguía acercándose. Veinte metros... Diez metros...

—¿Frank? —le llamó Hazel, nerviosa.

Frank se irguió.

—Lo tengo.

Antes de que Alcioneo chocara contra él, Frank cambió. Siempre había sido grandullón y torpe. Ahora usó aquella sensación. Su cuerpo se expandió. Su piel se

volvió más gruesa. Sus brazos cambiaron a patas forzudas. De su boca crecieron dos colmillos y su nariz se alargó. Se convirtió en el animal que conocía mejor: aquel al que había cuidado, al que había alimentado, al que había bañado y al que había tenido que cuidar durante una indigestión en el Campamento Júpiter.

Alcioneo se chocó contra un elefante adulto de diez toneladas.

El gigante se tambaleó hacia los lados. Gritó con frustración y se chocó contra Frank de nuevo, pero Alcioneo estaba sin equilibrio. Frank le dio un cabezazo tan fuerte a Alcioneo que éste salió volando hacia atrás y aterrizó espatarrado en el hielo.

—No... puedes... matarme...—gruñó Alcioneo—. No puedes...

Frank volvió a su forma normal. Caminó hacia el gigante, cuyas heridas aceitosas estaban humeando. Las gemas caían de su pelo y se hundían en la nieve. Su piel dorada comenzaba a oxidarse, resquebrajándose.

Hazel desmontó y se acercó a Frank, con la espada preparada.

—¿Puedo?

Frank asintió. Miró a los ojos del gigante.

—Un consejo, Alcioneo. La próxima vez escoge un estado más grande para tu hogar, no establezcas tu base en un lugar de diez kilómetros de longitud. Bienvenido a Canadá, idiota.

La espada de Hazel se hundió en el cuello del gigante. Alcioneo se disolvió en un montón de rocas muy caras. Durante un instante Hazel y Frank estuvieron de pie juntos, observando los restos del gigante hundirse en el hielo. Frank recogió su cuerda.

—¿Un elefante? —preguntó Hazel.

Frank se rascó el cuello.

—Sí, me pareció una buena idea.

No podía interpretar su expresión. Tenía miedo de que finalmente hubiera hecho algo tan extraño como para que ella nunca quisiera volver a saber nada de él. Frank Zhang: patoso y torpe, hijo de Marte y paquidermo a tiempo partido.

Entonces ella le besó: un beso verdadero en los labios, mucho mejor que el tipo de beso que ella le había dado a Percy en el avión.

—Eres increíble—dijo—. Y te conviertes en un elefante muy apuesto.

Frank se sintió tan nervioso que creía que sus botas se iban a derretir en el hielo.

Antes de que pudiera decir nada, una voz resonó por el valle:

—No habéis ganado.

Frank alzó la vista. Unas sombras se estaban agrupando en la montaña más cercana, formando la cara de una mujer durmiente.

—Nunca llegaréis a vuestro hogar a tiempo—se burló la voz de Gea—. Incluso ahora, Tánatos está atendiendo las muertes del Campamento Júpiter, la destrucción final de vuestros amigos romanos.

La montaña retumbó como si la tierra entera estuviera riendo y entonces las sombras desaparecieron.

Hazel y Frank se miraron el uno al otro. Ninguno medió palabra. Ambos se subieron a Arión y volvieron a la bahía del glaciar.

CAPITULO XLVIII

FRANK

PERCY LES ESTABA ESPERANDO. Parecía estar loco.

Estaba de pie al borde del glaciar, sentado en el bastón con el águila dorada, mirando el destrozo que había hecho: varios cientos de litros de agua nueva con icebergs flotando y los restos flotantes del campamento en ruinas. Los únicos restos del glaciar eran las puertas principales, que estaban a los lados, con un estandarte azul andrajoso descansando en un montón de nieve. Cuando corrieron hacia él, Percy dijo: —Ey.

Como si hubieran quedado para comer o algo.

—¡Estás vivo! —se maravilló Frank.

Percy frunció el ceño.

—¿La caída? No ha sido nada. Me he caído de dos veces más lejos en el arco de St Louis.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Hazel.

—No importa. Lo importante es que no me he ahogado.

—¡Así que la profecía está incompleta! —sonrió Hazel—. Probablemente quería decir algo como: “El hijo de Neptuno ahogará a un montón de fantasmas”.

Percy se encogió de hombros. Seguía mirando a Frank como si estuviera ofendido.

—Tengo algo de lo que hablar contigo, Zhang. ¿Puedes convertirte en un águila? ¿Y en un oso?

—Y en un elefante—dijo Hazel con orgullo.

—Un elefante—Percy movió la cabeza con incredulidad—. ¿Ese es el don de tu familia? ¿Puedes cambiar de forma?

Frank arrastró los pies.

—Eh... sí. Periclímeno, mi ancestro, el argonauta, podía hacerlo. Yo he heredado la habilidad.

—Y él consiguió ese don de Poseidón—dijo Percy—. Eso es completamente injusto. Yo no me puedo convertir en ningún animal.

Frank le miró.

—¿Injusto? Tú puedes respirar bajo el agua y destruir glaciares y convocar huracanes increíbles. ¿Y encima es injusto que yo pueda ser un elefante?

Percy lo consideró.

—De acuerdo. Creo que tienes razón. Pero la próxima vez que seas una bestia...

—Cállate—dijo Frank—. Por favor.

Percy sonrió.

—Si ya habéis terminado—dijo Hazel—, tenemos que irnos. El Campamento Júpiter está siendo atacado. Podrían usar el águila dorada...

Percy asintió.

—Una cosa antes, Hazel. Ahí abajo hay lo menos una tonelada de armas y armaduras de oro imperial en el fondo de la bahía, además de un carruaje muy bonito. Me apuesto que ese material podría ser de gran ayuda...

Les llevo mucho tiempo, demasiado, pero sabían que aquellas armas podrían marcar la diferencia entre la victoria y la derrota si llegaban al campamento a tiempo.

Hazel usó sus habilidades para hacer levitar algunos objetos del fondo del mar. Percy se hundió y sacó algunos más. Incluso Frank ayudó convirtiéndose en una foca, que era algo muy guay, aunque Percy dijo que su aliento olía a pescado.

Tuvieron que subir el carruaje entre los tres, pero finalmente se las arreglaron para poner todo en la costa de arena negra cerca de la base del glaciar. No pudieron meter todo en el carruaje, pero usaron la cuerda de Frank para atar la mayor parte de las armas doradas y las mejores piezas de armadura.

—Parece el trineo de Santa Claus—dijo Frank—. ¿Podrá Arión llevar tanto? Arión relinchó.

—Hazel—dijo Percy—. Voy a tener que lavar con jabón la boca de tu caballo. Dice que sí, que puede tirar de ello, pero que necesita comida.

Hazel cogió una vieja daga romana, un *pugio*. Estaba curvada y abollada, por lo que no sería de demasiada ayuda en una batalla, pero parecía estar hecha de oro imperial sólido.

—Allá vamos, Arión—dijo—. Gasolina de alta calidad.

El caballo cogió la daga con sus dientes y se la tragó como una manzana. Frank hizo un juramento silencioso de no volver a poner su mano cerca del morro del caballo.

—No estoy dudando de la fuerza de Arión—dijo, con cuidado—, ¿pero resistirá el carro? El último...

—Este tiene oro imperial en las ruedas y en los ejes—dijo Percy—. Debería aguantar.

—Si no...—dijo Hazel—, esto va a ser un viaje muy corto. Pero no tenemos tiempo. ¡Vamos!

Frank y Percy se subieron al carro. Hazel se subió en la espalda de Arión.

—¡Arre! —gritó.

El bum sónico del caballo resonó por toda la bahía. Se fueron hacia el sur, creando avalanchas a su paso.

CAPITULO XLIX

PERCY

CUATRO HORAS.

Eso es lo que tardó el caballo más rápido del mundo en ir desde Alaska hasta la bahía de San Francisco, yendo por el agua por la costa noroeste.

Eso también fue lo que tardó a la memoria de Percy de volver por completo. El proceso había comenzado en Portland cuando se bebió la sangre de la gorgona, pero su vida pasada seguía siendo exasperantemente borrosa. Entonces, cuando se adentraron en territorio de los dioses olímpicos, Percy lo recordó todo: la guerra contra Cronos, su hermano Tyson y sobre todo a Annabeth, dos meses juntos como pareja y entonces BUM. Había sido abducido por la alienígena conocida como Hera. O Juno, lo que fuera.

Ocho meses de su vida robados. La próxima vez que Percy viera a la Reina del Olimpo, iba a darle una bofetada divina en toda su olímpica cara.

Sus amigos y familia debían estar desesperados. Si el Campamento Júpiter estaba en peligro, no quería imaginarse a lo que había tenido que enfrentarse el Campamento Mestizo sin él.

Y lo peor sería que salvar a ambos campamentos sería solo el principio. Según Alcioneo, la verdadera guerra sucedería muy lejos de allí, en la tierra natal de los dioses. Los gigantes intentarían atacar el verdadero monte Olimpo y destruir a los dioses para siempre.

Percy sabía que los gigantes no podrían morir a no ser que los semidioses y los dioses lucharan juntos. Nico se lo había dicho. Annabeth también lo había mencionado, en agosto, cuando había especulado que los gigantes serían parte de la nueva Gran Profecía: la que los romanos llamaban Profecía de los Siete. (Eso es lo mejor de salir con la chica más lista del campamento: que aprendes cosas nuevas). Percy entendía el plan de Juno: unir los semidioses griegos y romanos para crear un equipo de élite de héroes y entonces, de alguna manera, convencer a los dioses de luchar junto a ellos. Pero primero, debían salvar el Campamento Júpiter.

La costa comenzó a parecerle familiar. Pasaron por el faro de Mendocino. Justo después, el monte Tam y el cabo Marin salieron de entre la niebla. Arión pasó por debajo del puente Golden Gate adentrándose en la bahía de San Francisco. Entraron en Berkeley y luego se dirigieron hacia las colinas de Oakland. Cuando llegaron a la cima de una colina encima del túnel Caldecott, Arión frenó como de repente, con su pecho subiendo y bajando, respirando fuerte. Hazel le golpeó el costado con cariño: —Lo has hecho bien, Arión.

El caballo estaba demasiado cansado como para maldecir:

—Por supuesto que lo he hecho bien, ¿qué esperabas? —dijo.

Percy y Frank se bajaron del carro. Percy deseó que hubiera habido asientos cómodos o al menos un servicio de catering. Sus rodillas temblaban y sus articulaciones estaban tan entumecidas que apenas podía caminar. Si entrara en batalla así, el enemigo le llamaría Jackson-tembleques.

Frank no parecía estar mucho mejor. Cojeó subiendo hasta la cima de la colina y miró hacia el campamento.

—Chicos... tenéis que ver esto.

Cuando Percy y Hazel se le unieron, el corazón de Percy dio un vuelco. La batalla había comenzado, y no iba nada bien. La *Legio XII* estaba desplegada en los Campos de Marte, intentando proteger la ciudad. Las ballestas-escorpión disparaban hacia las filas de los Nacidos de la Tierra. El elefante Aníbal apartaba los monstruos hacia los lados, pero las defensas estaban en desventaja.

En su pegaso Escipión, Reyna volaba alrededor del gigante Polibotes, intentando mantenerle ocupado. Los lares habían formado filas de un fulgor morado luchando contra un grupo de sombras de vapor oscuro con armaduras. Los semidioses veteranos de la ciudad se habían unido a la batalla, y empujaban su formación tortuga con los escudos contra una manada de centauros salvajes. Unas águilas gigantes rodeaban el campo de batalla, entablando un combate aéreo con dos mujeres que tenían el pelo de serpientes e iban vestidas con delantales verdes de un mercadillo: Esteno y Euríale, las hermanas gorgonas.

La legión misma estaba sufriendo el ataque, pero su formación se estaba rompiendo. Cada cohorte era una isla en un mar de enemigos. La torre de asedio de los cíclopes disparaba unas bolas de cañón que brillaban de un color verde hacia la ciudad, creando cráteres en el fórum, reduciendo las casas a ruinas. Mientras observaban, una bola de cañón sacudió la casa del Senado y la cúpula se vino abajo.

—Hemos llegado tarde—dijo Hazel.

—No—dijo Percy—. Siguen luchando. Aún podemos hacerlo.

—¿Dónde está Lupa? —preguntó Frank, se oía desesperación en su voz—. Ella y los lobos... deberían estar aquí.

Percy recordó su estancia con la diosa loba. Había respetado sus enseñanzas, pero también había aprendido que los lobos tenían sus límites. No eran unos luchadores eternos, solo atacaban cuando superaban ampliamente en número, y normalmente bajo la protección de la noche. Además, la primera regla de Lupa era la autosuficiencia. Ayudaría a sus hijos en lo que pudiera: entrenarles para la lucha, pero al final, serían depredador o presa. Los romanos tendrían que luchar ellos solos, tendrían que probar su valía o morir. Ése era el *modus operandi* de Lupa.

—Ha hecho lo que ha podido—dijo Percy—. Ralentizó el ejército en el sur. Ahora depende de nosotros. Tenemos que llevar el águila dorada y estas armas a la legión.

—¡Pero Arión está cansado! —dijo Hazel—. ¡No podemos llevar todo esto nosotros solos!

—Quizá no tengamos que hacerlo—Percy buscó por las colinas. Si Tyson había captado su mensaje en sueños en Vancouver, debería estar cerca. Silbó lo más fuerte que pudo, un silbido que habría parado cualquier taxi que estuviera desde Times Square hasta Central Park. Y entonces unas sombras aparecieron en los árboles. Una gran sombra oscura apareció de ningún lugar: un mastín del tamaño de un todoterreno, con un cíclope y una harpía a su espalda.

—¡Perro del infierno! —gritó Frank, retrocediendo.

—¡Espera! —sonrió Percy—. Son amigos míos.

—¡Hermanito! —Tyson bajó del mastín y corrió hacia Percy. Percy intentó prepararse, pero no sirvió de nada. Tyson chocó contra él y le abrazó muy fuerte. Durante unos segundos, Percy sólo pudo ver unas manchas oscuras y su visión se oscureció. Entonces Tyson le dejó ir y comenzó a reír alegremente, mirando a Percy con un gigantesco ojo castaño.

—¡No estás muerto! —dijo—. ¡Me gusta cuando no estás muerto!

Ella revoloteó hasta el suelo y comenzó a arrancarse plumas.

—¡Ella ha encontrado un perro! —anunció—. ¡Un gran perro! ¡Y un cíclope!
¿Estaba sonrojada? Antes de que Percy lo pudiera decidir, el mastín negro le tumbó, haciéndole chocar contra el suelo y ladrando tan alto que incluso Arión retrocedió.

—Hola, señorita O'Leary —dijo Percy—. Sí, yo también me alegro de verte. Buena chica.

Hazel pegó un grito.

—¿Tienes un perro del infierno llamado señorita O'Leary?

—Es una larga historia—Percy se las arregló para ponerse de pie y quitarse de encima la baba de perro—. Se lo puedes preguntar a tu hermano...

Su voz se quebró cuando vio la expresión de Hazel. Casi se había olvidado de que Nico di Angelo había desaparecido.

Hazel le había dicho lo que Tánatos había comentado sobre la búsqueda de las Puertas de la Muerte en Roma, y Percy tenía ganas de encontrar a Nico por motivos personales: apretarle un poco el cuello al chico por hacer ver que no conocía a Percy cuando llegó al campamento. Aún así, era el hermano de Hazel, y encontrarle era tema para otro momento.

—Perdón—dijo—. Pero sí, ésta es mi perra, la señorita O'Leary. Tyson, estos son mis amigos, Frank y Hazel.

Percy se giró hacia Ella, que estaba contándose las plumas.

—¿Estás bien? —preguntó—. Estábamos preocupados por ti.

—Ella no es fuerte—dijo—. Los cíclopes son fuertes. Tyson encontró a Ella. Tyson cuida de Ella.

Percy alzó las cejas. Ella estaba sonrojada.

—Tyson—dijo—, menudo donjuán estás hecho.

Tyson se volvió del mismo color que el plumaje de Ella.

—Eh...No...—miró hacia abajo y suspiró, nervioso, lo suficiente como para que los demás le oyeran—. Es guapa.

Frank se rascó la cabeza como si tuviera miedo de que su cerebro hubiera tenido un cortocircuito.

—De todas formas, hay una batalla teniendo lugar.

—Correcto—admitió Percy—. Tyson, ¿dónde está Annabeth? ¿Hay ayuda en camino?

Tyson hizo un mohín. Su gran ojo castaño se empañó.

—El barco grande no está listo. Leo dice que mañana, quizá dos días. Entonces vendrán.

—Pues no tenemos ni dos minutos—dijo Percy—. Bueno, este es el plan.

Lo más rápido que pudo, señaló quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos en el campo de batalla. Tyson se alarmó al descubrir que había cíclopes y centauros malos en el ejército enemigo.

—¿Tengo que pegar a los hombres poni?

—Sólo asustarles—le prometió Percy.

—Eh, ¿Percy? —Frank miró a Tyson, inquieto—. Es que... es solo que no queremos que tu amigo no sea malherido. ¿Tyson sabe luchar?

Percy sonrió.

—¿Que si lucha? Frank, estás ante el general Tyson del ejército cíclope. Y de todas formas, Tyson, Frank es descendiente de Poseidón.

—¡Hermano! —Tyson enfundó a Frank en un abrazo.

Percy soltó una risita.

—De hecho es algo así como un tátara, tátara... Oh, no importa. Sí, él es tu hermano.

—Gracias—murmuró Frank, con la boca seca—. Pero si la legión toma a Tyson por un enemigo...

—¡Lo tengo! —Hazel corrió hacia el carro y sacó el casco romano más grande que pudo encontrar, y un estandarte romano con el SPQR cosido.

Se los pasó a Tyson.

—Póntelos, grandullón. Entonces nuestros amigos sabrán que estás en nuestro equipo.

—¡Yuju! —dijo Tyson—. ¡Estoy en vuestro equipo!

El yelmo le iba ridículamente pequeño, y se puso el estandarte, como si fuera un babero del SPQR.

—Veamos—dijo Percy—. Ella, quédate. Aquí estarás segura.

—Segura—repitió Ella—. A Ella le gusta estar segura. Segura con los números.

Seguridad en el banco más cercano. Ella irá con Tyson.

—¿Qué? —dijo Percy—. Oh, está bien. Da igual, no dejes que te hieran. Y, señorita O'Leary...

—¡GUAU!

—¿Te apetece llevar un carro?

CAPITULO L

PERCY

ERAN, SIN LUGAR A DUDAS, los refuerzos más extraños de la historia militar de Roma. Hazel cabalgaba a Arión, que se había recuperado lo suficiente como para cargar a una persona a la velocidad normal de un caballo, aunque maldijo un par de veces porque le dolían las pezuñas de camino hacia abajo.

Frank se transformó en un águila calva, lo que Percy seguía encontrando completamente injusto, y sobrevoló cerca de ellos. Tyson corría colina abajo, alzando su vara y gritando:

—¡HOMBRES PONI MALOS! ¡BU! —mientras Ella volaba a su alrededor, recitando frases de “El viejo almanaque del granjero”.

Y en cuanto a Percy, cabalgaba a la señorita O’Leary a la batalla con un carro lleno de oro imperial sonando detrás de él, con el estandarte del águila dorada de la Legio XII alzándose por encima de él.

Se adentraron en el perímetro del campamento y pasaron por el puente más al norte por encima del Pequeño Tíber, yendo hacia los Campos de Marte por el lado oeste. Una hora de cíclopes estaba amatillando a los campistas de la Quinta Cohorte, que intentaban protegerse con los escudos para mantenerse con vida.

Viéndoles en problemas, Percy sintió una necesidad de protección. Aquellos chicos eran los que le habían aceptado. Aquellos chicos eran su familia. Gritó:

—¡QUINTA COHORTE! —y fue hacia el cíclope más cercano. Lo último que vio el pobre monstruo fueron los dientes de la señorita O’Leary.

Después de que el cíclope se desintegrara, y se mantuvo desintegrado, gracias a Tánatos, Percy saltó de su perro del infierno y comenzó a asestar tajos a diestra y siniestra a los otros monstruos.

Tyson atacó a la líder de los cíclopes, Mamá Tuerca vestida con su vestido de cadenas manchado con barro y decorado con lanzas rotas.

Ella miró boquiabierta a Tyson y comenzó a decir:

—¿Quién...?

Tyson la golpeó en la cabeza tan fuerte, que se cayó de culo al suelo.

—¡Cíclope mala! —gritó—. ¡El general Tyson te dice LARGO DE AQUÍ!

La golpeó de nuevo, y Mamá Tuerca se desintegró.

Mientras tanto Hazel atacaba montada en Arión, atravesando un cíclope tras otro con su *spatha*, mientras Frank cegaba a los enemigos con sus garras.

Cuando cada cíclope en cincuenta metros a la redonda estuvo reducido a cenizas, Frank aterrizó delante de sus tropas y se transformó en humano. La medalla de centurión y la Corona Mural brillaron en su chaqueta.

—¡Quinta cohorte! —gritó—. ¡Coged vuestras armas de oro imperial aquí!

Los campistas se recuperaron del shock y se acercaron al carro. Percy hizo lo mejor que pudo pasando armas a los campistas lo más rápido que pudo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —les apremió Dakota, sonriendo como un loco mientras se tomaba un trago de Kool-Aid de su termo—. ¡Nuestros compañeros necesitan nuestra ayuda!

Cuando la Quinta Cohorte estuvo equipada con armas, escudos y yelmos nuevos, no parecían demasiado consecuentes, más bien parecían haber salido de unas rebajas

del rey Midas. Pero se habían convertido en nada, en la más poderosa cohorte de la legión.

—¡Seguid el águila! —les ordenó Frank—. ¡A la batalla!

Los campistas le aclamaron. Mientras Percy y la señorita O'Leary avanzaron abriendo la comitiva, la cohorte entera les siguió, pareciendo unos guerreros armados con brillantes armas doradas sedientos de sangre.

Atacaron con violencia a una horda de centauros salvajes que estaban atacando a la Tercera Cohorte. Cuando los campistas de la Tercera vieron el águila, gritaron como locos y lucharon con unas fuerzas renovadas. Los centauros no tuvieron oportunidad. Las dos cohortes los destrozaron. Pronto no quedó nada más que montones de polvo y algunos cuernos y herraduras. Percy esperó que Quirón pudiera perdonarle, pero aquellos centauros no eran como los hermanos que había conocido. Eran de otra raza. Tenían que ser vencidos.

—¡Formad filas! —gritaron los centuriones. Las dos cohortes se juntaron, haciéndose notar su entrenamiento militar. Los escudos se juntaron y marcharon a la batalla contra los Nacidos de la Tierra.

Frank gritó:

—¡Pila!

Cientos de lanzas se alzaron, preparadas para la lucha. Cuando Frank gritó:

—¡Fuego!

Éstas salieron por los aires, una ola de muerte atravesó a los monstruos de los seis brazos. Los campistas alzaron las espadas y avanzaron hacia el centro de la batalla. En la base del acueducto, la Primera y Segunda Cohortes estaban intentando rodear a Polibotes, pero estaban siendo machacadas. Los Nacidos de la Tierra restantes lanzaban proyectiles de piedras y barro. Los espíritus del grano, los karpoi, aquellos pequeños cupidos-piraña, atravesaban los campistas, alzándolos por los aires con un tornado de hierba alta, sacándoles de las filas. El gigante mismo se quitaba basiliscos del pelo. Cada vez que éstos aterrizaban, los romanos retrocedían de puro pánico. Juzgando por los escudos corroídos y por las plumas humeantes de los yelmos, ya habían aprendido que los basiliscos escupían fuego y veneno.

Reyna sobrevolaba el gigante, intentando atacar con una jabalina cada vez que giraba su atención hacia las tropas del suelo. Su capa morada ondeaba con el viento, su armadura dorada brillaba y Polibotes zarandeaba su tridente y extendía su red, pero Escipión era igual de ágil que Arión.

Entonces Reyna vio a la Quinta Cohorte yendo en su ayuda con el águila. Estaba tan aturdida, que el gigante casi la barre del suelo, pero Escipión le esquivó. Reyna buscó los ojos de Reyna y le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Romanos! —su voz resonó por el campo de batalla—. ¡Uníos con el águila!

Los semidioses y los monstruos se giraron y miraron boquiabiertos a Percy dar vueltas subido a su perro del infierno.

—¿Qué es esto? —pidió Polibotes—. ¡¿Qué es esto?!

Percy sintió un tirón de poder recorriendo el estandarte. Alzó el águila y gritó:

—¡*DUODECIMA LEGIO FULMINATA!*

Un trueno resonó por todo el valle. El águila soltó un flash cegador, y cientos de relámpagos explotaron de sus alas doradas, arqueándose delante de Percy como si fueran las ramas de un enorme árbol muerto, conectándose con los monstruos más cercanos, yendo de uno a otro, ignorando por completo las fuerzas roanas. Cuando los relámpagos se detuvieron, la Primera y la Segunda Cohortes se enfrentaban a un

sorprendido gigante y a varios miles de montones humeantes de ceniza. La línea central enemiga había desaparecido. La mirada de Octavian no tenía precio. El centurión miraba a Percy en estado de shock, entonces se enfureció. Entonces, cuando sus propias tropas comenzaron a ovacionar, no tuvo opción sino que unirse al griterío:

—¡Roma! ¡Roma! ¡Roma!

El gigante Polibotes retrocedió, inquieto, pero Percy sabía que la batalla no había terminado.

La Cuarta Cohorte seguía rodeada de cíclopes. Incluso el elefante Aníbal tenía problemas rodeado de tantos monstruos. Su negra armadura kevlar estaba tan destruida que su etiqueta solo decía “Aní”.

Los veteranos y los lares en el flanco occidental estaban siendo empujados hacia la ciudad. La torre de asedio de los monstruos seguía expulsando bolas de cañón verdes hacia las calles. Las gorgonas habían dejado fuera de combate las águilas gigantes y ahora volaban sin ser desafiadas por encima de los centauros restantes y los Nacidos de la Tierra, intentando alcanzarles.

—¡Proteged vuestros puestos! —gritaba Esteno—. ¡Tengo muestras gratuitas!

Polibotes berreó. Una docena de basiliscos cayeron de su pelo, convirtiendo la hierba en amarillo, envenenándola.

—Crees que esto lo cambia todo, ¿Percy Jackson? ¡No puedo ser destruido!

¡Acércate, hijo de Neptuno! ¡Te destruiré!

Percy desmontó. Le pasó a Dakota el águila.

—Eres el centurión sénior de la cohorte. Cuida de esto.

Dakota parpadeó, entonces se irguió, orgulloso. Dejó caer su termo de Kool-Aid y cogió el águila.

—Lo llevaré con honor.

—Frank, Hazel, Tyson—dijo Percy—, ayudad la Cuarta Cohorte. Tengo un gigante que matar.

Alzó Contracorriente, pero antes de que pudiera avanzar, unos cuernos sonaron en las colinas del norte. Otro ejército apareció: cientos de guerreras con trajes de camuflaje gris y negro, armadas con lanzas y escudos. Intercalados con las filas había una docena de carretillas de guerra, con sus dientes afilados brillando al atardecer y con bolas ardiendo cargadas en sus ballestas.

—Amazonas—dijo Frank—. Genial.

Polibotes rió.

—¿Veis? Nuestros refuerzos acaban de llegar. ¡Roma caerá hoy!

Las Amazonas bajaron sus lanzas y llegaron colina abajo. Sus carretillas entraron en batalla. El ejército del gigante ovacionó, hasta que las Amazonas cambiaron de camino y atacaron a los monstruos por el flanco intacto del lado este.

—¡Amazonas, al ataque! —en la carretilla más grande se alzaba una chica que parecía una versión mayor de Reyna, vestida con una armadura de combate negra y un cinturón dorado brillando alrededor de su cintura.

—¡La Reina Hylla! —dijo Hazel— ¡Ha sobrevivido!

La reina amazona gritó:

—¡A la ayuda de mi hermana! ¡Destruid esos monstruos!

—¡Destruir! —el grito de sus tropas resonó por todo el valle.

Reyna llevó su pegaso hacia Percy. Sus ojos brillaron. Su cara decía: “Podría abrazarte ahora mismo”. Pero gritó:

—¡Romanos! ¡Avanzad!

El campo de batalla se convirtió en un absoluto caos. Las filas de amazonas y las de los romanos se unieron contra el enemigo. Pero Percy tenía una única meta. Se dirigió al gigante.

—Tú y yo. Hasta el final.

Se encontraron cerca del acueducto, que había sobrevivido de alguna manera a la batalla. Polibotes arregló aquello. Agarró su tridente y golpeó el arco de ladrillos más cercano, desatando una cascada.

—Vamos, entonces, ¡hijo de Neptuno! —se burló Polibotes—. ¡Déjame ver tu poder! ¿El agua se mueve a tu antojo? ¿Te sana? Pero nací para enfrentarme a Neptuno. El gigante inclinó su mano hacia el agua. Cuando el torrente pasó por sus dedos se convirtió en un color verde oscuro. Le lanzó un poco a Percy, quien instintivamente la esquivó con su voluntad. El líquido salpicó el suelo delante de él. Con un sonido extraño, la hierba se volvió blanca y expulsó humo.

—Mi piel convierte el agua en veneno—dijo Polibotes—. ¡Veamos qué le hace a tu sangre!

Lanzó su red a Percy, pero Percy rodó y se apartó. Le lanzó la cascada directa a la cara del gigante. Mientras Polibotes estuvo cegado, Percy atacó. Hundió Contracorriente en el estómago del gigante, la retiró y se apartó, dejando al gigante gritando de dolor.

El golpe debió haber disuelto a cualquier monstruo menor, pero Polibotes se tambaleó y miró hacia abajo al icor dorado, la sangre de los inmortales, saliendo de su herida. El corte se estaba cerrando.

—Buen intento, semidiós—le espetó—. Pero te destrozaré.

—¡Tendrás que capturarme! —dijo Percy.

Se giró y corrió hacia la ciudad.

—¿Qué? —gritó el gigante con incredulidad—. ¿Corres, cobarde? ¡Quédate aquí y muere!

Percy no tenía ninguna intención de quedarse, pero sabía que no podría matar a Polibotes solo. Pero tenía un plan.

Pasó al lado de la señorita O'Leary, que alzó la vista con curiosidad con una gorgona retorciéndose en su boca.

—¡Estoy bien! —gritó Percy mientras corrió a su lado, seguido de un gigante sediento de sangre.

Saltó por encima de un escorpión ardiendo y se agachó mientras Aníbal apartaba a un cíclope de su camino. Por el rabillo del ojo, vio a Tyson aporreando a los Nacidos de la Tierra hacia el suelo como si fuera un juego. Ella revoloteaba a su alrededor, lanzando misiles y aconsejando:

—La ingle. La ingle del Nacido de la Tierra es sensible.

¡CHAS!

—Bien. Sí. Tyson ha encontrado su ingle.

—¿Percy necesita ayuda? —le llamó Tyson.

—¡Estoy bien!

—¡Muere! —gritó Polibotes, acercándose rápidamente. Percy siguió corriendo.

En la lejanía, vio a Hazel y a Arión galopando por el campo de batalla, destrozando centauros y *karpoi*. Un espíritu del grano gritaba:

—¡Trigo! ¡Te vamos a dar trigo!

Pero Arión le redujo en un montón de cereales de desayuno. La Reina Hylla y Reyna unieron fuerzas, carretilla y pegaso cabalgando juntos, destrozando las sombras de los guerreros caídos. Frank se convirtió en un elefante y destrozó algunos cíclopes y Dakota sujetó bien alto el águila dorada, lanzando relámpagos a cualquier monstruo que osara desafiar a la Quinta Cohorte.

Todo estaba bien, pero Percy necesitaba una ayuda distinta. Necesitaba un dios. Miró hacia atrás y vio que el gigante estaba tan cerca que podría haber alargado su brazo y le habría atrapado. Para ganar tiempo, Percy se agachó bajo una de las columnas del acueducto. El gigante alzó su tridente y cuando la columna se derrumbó, Percy usó el agua desatada y la guió hasta el choque, dejando caer varias toneladas de ladrillos sobre la cabeza del gigante.

Percy salió disparado hasta los límites de la ciudad.

—¡Término! —gritó.

La estatua más cercana del dios estaba a unos sesenta metros. Sus ojos de piedra miraron a Percy mientras éste se acercaba.

—¡Completamente inaceptable! —se quejó—. ¡Los edificios están en llamas!

¡Invasores! ¡Sácales de aquí, Percy Jackson!

—Eso intento—dijo—. Pero está el gigante, Polibotes.

—¡Sí, lo sé! Espera. Permíteme un minuto—Término cerró los ojos para concentrarse. Una llameante bola de cañón verde sobrevoló sus cabezas y se vaporizó al instante—. No puedo detener todos los misiles— se quejó Término—. ¿Por qué no pueden ser más civilizados y atacar más lentamente? Solo soy un dios.

—Ayúdame a matar al gigante—dijo Percy—. Y esto habrá terminado. Un dios y un semidiós luchando juntos, es la única forma de matarlos.

Término husmeó.

—Yo protejo las fronteras. No mato gigantes, no está en mi contrato laboral.

—¡Vamos, Término! —Percy se adelantó, y el dios pegó un grito, indignado.

—¡Detente ahí, jovencito! ¡No se permiten armas dentro del *pomerium*!

—¡Pero estamos siendo atacados!

—¡No me importa! Las reglas son las reglas. Cuando la gente no sigue las reglas, me pongo muy, muy enfadado.

Percy sonrió.

—Memorízalo bien— se giró hacia el gigante—. ¡Eh, feo!

—¡GROAR! —Polibotes salió de entre las ruinas del acueducto. El agua seguía goteando, convirtiéndose en veneno y creando un territorio humeante alrededor de sus pies—. ¡Morirás lentamente! —le prometió el gigante. Recogió su tridente que goteaba con veneno verde.

A su alrededor, la batalla estaba terminando. Cuando el último monstruo fue destruido, los amigos de Percy comenzaron a unirse, haciendo un anillo alrededor del gigante.

—Te haré prisionero, Percy Jackson—le espetó Polibotes—. Te torturaré bajo el mar. Cada día el agua te sanará y cada día te acercaré más a la muerte.

—Buena oferta—dijo Percy—. Pero creo que te mataré a ti en vez de aceptarla.

Polibotes gritó, furioso. Movié la cabeza, y más basiliscos cayeron de su pelo.

—¡Vienen más! —gritó Frank.

Un caos se extendió por entre las filas. Hazel espoleó a Arión y se interpuso entre los basiliscos y los campistas. Frank cambió de forma, convirtiéndose en algo más delgado y peludo... ¿una comadreja? Percy pensó que Frank se había vuelto loco,

pero cuando Frank atacó a los basiliscos, éstos se volvieron locos. Salieron corriendo con Frank persiguiéndoles convertido en una comadreja.

Polibotes señaló con su tridente y corrió hacia Percy. Cuando el gigante llegó al *pomerium*, Percy se apartó de un salto, como un torero. Polibotes se estampó contra los límites de la ciudad.

—¡ESO ES! —gritó Término—. ¡ESO VA CONTRA LAS REGLAS!

Polibotes frunció el ceño, obviamente confundido de que lo que le hablaba era una estatua.

—¿Tú qué eres? —gruñó—. ¡Cállate!

Apartó la estatua y se giró hacia Percy.

—¡ME HE VUELTO LOCO! —gritó Término—. ¡TE ESTOY ESTRANGULANDO! ¿LO NOTAS? ESAS SON MIS MANOS ALREDEDOR DE TU CUELLO, VACA ENORME. ¡SAL DE AQUÍ! ¡TE VOY A DAR UN CABEZAZO TAN GRANDE QUE...!

—¡Basta! —el gigante pisó la estatua y ésta dividió a Término en tres partes: pedestal, cuerpo y cabeza.

—¡NO LO VAS A HACER! —gritó Término—. Percy Jackson, hagámoslo. ¡Matemos a este zoquete!

El gigante rió tan fuerte que no se dio cuenta de que Percy estaba atacándole hasta que fue demasiado tarde. Percy saltó, esquivando la rodilla del gigante, y condujo Contracorriente justo a través de una de las bocas metálicas de la coraza de Polibotes, hundiendo el bronce celestial hasta el pecho. El gigante se tambaleó, tropezando con el pedestal de Término y cayéndose al suelo.

Mientras intentaba levantarse, arañando para librarse de la espada en su pecho, Percy levantó la cabeza de la estatua.

—¡Nunca ganarás! —gruñó el gigante—. ¡No puedes vencerme solo!

—No estoy solo—Percy alzó la estatua por encima de la cabeza del gigante—. Me gustaría presentarte a mi amigo Término. ¡Es un dios!

Demasiado tarde, Polibotes se dio cuenta de lo que sucedía y tuvo miedo. Percy estampó la cabeza del dios lo más fuerte que pudo en la cabeza del gigante, y éste se disolvió, reduciéndose en un montón de algas humeantes, piel de reptil y mocos venenosos.

Percy se tambaleó, completamente exhausto.

—¡Ja! —dijo la cabeza de Término—. Eso le enseñará a obedecer las normas de Roma.

Durante un momento, el campo de batalla se quedó en silencio excepto por un crepitar de las llamas, y por unos monstruos que huían gritando de miedo.

Un estrecho círculo de romanos y amazonas estaban alrededor de Percy. Tyson, Ella y la señorita O'Leary estaban allí. Frank y Hazel le sonreían con orgullo. Arión estaba mordisqueando sin descanso un escudo dorado.

Los romanos comenzaron a entonar:

—¡Percy, Percy, Percy!

Se acercaron hacia él. Antes de que pudiera darse cuenta, le estaban alzando en un escudo. El clamor cambió a:

—¡Pretor! ¡Pretor! ¡Pretor!

Por encima de los vítores, estaba Reyna misma, que le extendió la mano y Percy se la estrechó, recibiendo su felicitación. Entonces la multitud de romanos le llevaron por el *pomerium*, evitando las estatuas de Término, y le escoltaron hasta el Campamento Júpiter.

CAPITULO LI

PERCY

EL FESTIVAL DE FORTUNA NO TENÍA NADA que ver con una tuna, que en parte alegró a Percy.

Los campistas, las amazonas y los lares llenaron el comedor para celebrar una gran cena. Incluso los faunos estuvieron invitados, ya que habían ayudado vendando a los heridos después de la batalla. Las ninfas del viento corrían por la habitación, repartiendo pizzas, hamburguesas, filetes, ensaladas, comida china, burritos y todo, volando una velocidad de vértigo.

A pesar de la batalla exhaustiva, todo el mundo estaba de buen humor. Los heridos habían sido curados, y unos pocos campistas que habían muerto durante la batalla habían vuelto a la vida, como Gwen que no había sido llevada al Inframundo. Quizá Tánatos había hecho la vista gorda. O quizá Plutón les había dado un pase, como había hecho con Hazel. Fuera lo que fuera, nadie se quejó.

Estandartes de todos los colores de los romanos y las amazonas colgaban a todos los lados de las vigas. La restaurada águila dorada se alzaba orgullosamente detrás de la mesa del pretor, y las paredes estaban decoradas con cornucopias, cuernos mágicos llenos de cascadas de frutas, chocolate y galletas recién horneadas.

Las cohortes estaban mezcladas con las amazonas, yendo de sofá en sofá a su placer, y por primera vez los soldados de la Quinta eran bienvenidos en todas partes. Percy cambió de asiento tantas veces que perdió la pista de su cena.

Había tanto flirteo y tanto abrazo, que hasta las amazonas se vieron involucradas.

Hubo un momento en el que Percy fue arrinconado por Kinzie, la amazona que le había desarmado en Seattle. Tuvo que explicar que ya tenía una novia.

Afortunadamente Kinzie se lo tomó bien. Le dijo lo que había pasado cuando abandonaron Seattle, cómo Hylla había vencido a la desafiante Otrera dos noches consecutivas, por lo que las amazonas la llamaban la reina Hylla, la que mata dos veces.

—Otrera se quedó muerta la segunda vez—dijo Kinzie sin inmutarse—. Tenemos que agradecerte eso. Si alguna vez buscas novia... bueno, creo que te quedaría genial un collar de hierro y un mono naranja.

Percy no supo decir si bromeaba o no. Se lo agradeció, educadamente y cambiaron asientos.

Cuando todo el mundo hubo comido y los platos dejaron de flotar, Reyna dio un discurso breve. Dio la bienvenida formalmente a las amazonas, agradeciéndoles su ayuda. Entonces abrazó a su hermana y todo el mundo aplaudió.

Reyna alzó sus brazos para callar la multitud.

—Mi hermana y yo llevábamos sin vernos cara a cara...

Hylla rió.

—Eso es quedarse corto.

—Ella se unió a las amazonas—siguió Reyna—. Yo me uní al Campamento Júpiter.

Pero mirando esta habitación, creo que escogimos los caminos adecuados.

Extrañamente, nuestros destinos no habrían sido posibles sin el héroe al que habéis aclamado como pretor en el campo de batalla, Percy Jackson.

Hubo más ovaciones. Las hermanas alzaron sus copas hacia Percy y brindaron por él.

Todo el mundo pidió que él hablara, pero Percy no sabía de qué hablar. Protestó diciendo que no era el mejor para ser pretor, pero los campistas ahogaron su voz en un aplauso. Reyna le quitó la tableta de probatio del cuello. Octavian le lanzó una mirada seca, se giró a la multitud y sonrió como si todo fuera idea suya. Destripó un osito de peluche y pronunció unos augurios para el año que venía: Fortuna les bendeciría. Pasó su brazo sobre los hombros de Percy y gritó:

—¡Percy Jackson, hijo de Neptuno, primer año de servicio!

Los símbolos romanos ardieron en el antebrazo de Percy: un tridente, las letras SPQR y una sola raya. Parecía que alguien estuviera presionando hierro ardiendo contra su brazo, pero Percy se las arregló para no gritar.

Octavian le abrazó y le susurró:

—Espero que duela.

Entonces Reyna le dio una medalla con forma de águila y una capa morada, los símbolos de pretor.

—¡Te las mereces, Percy!

La Reyna Hylla le dio un golpecito en la espalda.

—Y he decidido no matarte.

—Eh, gracias—dijo Percy.

Se abrió camino por el comedor de nuevo, con los campistas gritándole para que se sentara con ellos. Vitellius el lar, le siguió, tropezando con su toga morada y reajustándose la espada, diciéndoles a todos cómo había predicho la escalada de Percy hacia el éxito.

—¡Yo pedí que se uniera a la Quinta Cohorte! —dijo el fantasma con orgullo—. ¡Avisté su talento tiempo atrás!

El fauno Don se acercó con un gorro de enfermera y una bandeja de galletas en cada mano.

—¡Tío! ¡Felicidades y esas cosas! ¡Increíble! Eh, ¿tienes cambio?

Toda la atención hizo avergonzarse a Percy, pero era feliz de ver cómo eran tratados Frank y Hazel. Todo el mundo les llamaba salvadores de Roma y se lo merecían. Se habló incluso de reinstalar al tatarabuelo de Frank, Shen Lun, al rango de honor de la legión. Aparentemente no causó el terremoto de 1906.

Percy se sentó durante un rato con Tyson y Ella, que eran huéspedes de honor en la mesa de Dakota. Tyson no dejaba de pedir bocadillos de crema de cacahuete, comiéndolos al mismo tiempo que las ninfas lo repartían. Ella estaba posada en el brazo del sofá, mordisqueando con furia varios rollos de canela.

—Los rollos de canela son buenos para las harpías—dijo—. El veinticuatro de junio es un buen día. Cumpleaños de Roy Disney, Festival de Fortuna, Día de la Independencia de Zanzíbar. Y Tyson.

Miró a Tyson, se sonrojó y apartó la mirada. Después de la cena, la legión entera tuvo la noche libre. Percy y sus amigos fueron hacia la ciudad, que no estaba el todo recuperada de la batalla, pero habían apagado los fuegos, y la mayor parte de los escombros habían sido barridos, y los ciudadanos estaban listos para la celebración. En el pomerium, la estatua de Término vestía un gorro de fiesta.

—¡Bienvenido, pretor! —dijo—. Si me necesitas para aporrear a algún gigante mientras estas en la ciudad, házmelo saber.

—Gracias, Término—dijo Percy—. Lo apuntaré.

—Sí, bueno. Tu capa de pretor es un centímetro más baja por la izquierda. Así, mucho mejor. ¿Dónde está mi asistente? ¡Julia!

La niña pequeña salió corriendo de detrás del pedestal. Vestía un vestido verde aquella noche, y su pelo seguía atado con coletas. Cuando sonrió, Percy vio que le comenzaba a crecer los dientes frontales. Sujetaba una caja de sombreros de fiesta. Percy intentó negarse, pero Lulia puso unos ojos tiernos.

—Seguro—dijo—. Cogeré la corona azul.

Le ofreció a Hazel un gorro de pirata dorado.

—Quiero ser como Percy Jackson de mayor—le dijo Lulia a Hazel, con solemnidad.

Hazel sonrió y le despeinó el pelo.

—Eso es algo muy bueno para ser, Lulia.

—Aunque—dijo Frank, cogiendo un sombrero con la forma de la cabeza de un oso polar—. Frank Zhang también estaría bien.

—¡Frank! —dijo Hazel.

Se pusieron sus gorros y continuaron hacia el foro, que había sido decorado con luces multicolores. Las fuentes brillaban con un color morado. Las cafeterías estaban haciendo el agosto y los músicos callejeros llenaban el aire con sonidos de guitarras, liras, flautas de viento y sonidos de axilas. (Percy no entendió eso último. Quizá fuera una tradición musical romana).

La diosa Iris también debería estar dispuesta a participar en la fiesta. Mientras Percy y sus amigos pasaron por la dañada Casa del Senado, un brillante arcoíris apareció en el cielo nocturno. Por desgracia, la diosa les envió otra bendición, una lluvia de pasteles sin gluten del COVEA, pasteles que Percy supuso que harían la limpieza más difícil, o una reconstrucción más fácil. Los pasteles servirían como unos ladrillos excelentes.

Por un momento, Percy se paseó por las calles con Hazel y Frank, que seguían rozándose los hombros.

Finalmente dijo:

—Estoy un poco cansado, chicos. Seguid vosotros.

Cuando volvió al campamento, vio a la señorita O'Leary jugando con Aníbal en los Campos de Marte. Finalmente había encontrado un amigo con el que podría jugar. Siguieron dando vueltas, chocándose entre ellos, rompiendo fuertes y pasando un tiempo excelente.

En las puertas fortificadas, Percy se detuvo y miró por el valle. Parecía tanto tiempo atrás cuando había visto aquello con Hazel, viendo por primera vez el campamento. Ahora estaba más interesado mirando hacia el horizonte occidental.

Mañana, quizá al otro, sus amigos del Campamento Mestizo llegarían. Lo mismo que se preocupaba por el Campamento Júpiter, no podía esperar a ver a Annabeth de nuevo. Añoraba su antigua vida: Nueva York y el Campamento Mestizo, pero algo le decía que pasaría más tiempo hasta que volviera a casa. Gea y los gigantes no habían acabado causando problemas, no durante mucho tiempo.

Reyna le había dado la segunda casa de pretor en la Vía Principales, pero en cuanto Percy echó una mirada al interior, sabía que no podría quedarse allí. Estaba bien, pero estaba llena de cosas de Jason Grace. Percy se sintió incómodo al obtener el título de pretor de Jason. Tampoco quería llevarse su casa. Las cosas serían bastante incómodas cuando Jason volviera, y Percy estaba seguro de que sería encima de ese barco de guerra con cabeza de dragón. Percy fue hacia las barracas de la Quinta Cohorte y se subió a su litera. Se durmió al instante. Soñó que llevaba a Juno por el Pequeño Tíber. Estaba vestida como una anciana vestida con una bolsa de plástico,

sonriendo y cantando una nana en griego antiguo mientras sus manos con callos rodeaban el cuello de Percy.

—¿Sigues queriéndome pegar una bofetada, cielo? —preguntó.

Percy se detuvo a mitad de camino. La dejó caer y hundió a la diosa en el río.

En el momento que ésta cayó al agua, se desvaneció y reapareció en la ribera.

—Oh, cielo—se rió socarronamente—, eso no ha sido demasiado heroico, ¡incluso en un sueño!

—Ocho meses—dijo Percy—. Me has robado ocho meses de mi vida por una misión que ha tenido lugar durante una semana. ¿Por qué?

Juno chasqueó la lengua, en desaprobación.

—Vosotros, los mortales y vuestras cortas vidas. Ocho meses no es nada, cielo. Yo perdí ocho siglos una vez, gracias al Imperio Bizantino.

Percy convocó el poder del río. El agua se giró a su alrededor, formando espuma.

—Ahora, ahora—dijo Juno—. No te pongas de mal humor. Si vamos a vencer a Gea, nuestros planes deben cronometrarse a la perfección. Primero, necesitaba a Jason y a sus amigos para liberarme de mi prisión...

—¿Tu prisión? ¿Estabas encerrada y te dejaron salir?

—¡No te hagas el sorprendido, cielo! Soy una dulce ancianita. De cualquier manera, no fuiste necesitado en el Campamento Júpiter hasta ahora, para salvar a los romanos en su momento de mayor crisis. Los ocho meses de por medio... bueno, tengo otros planes maquinándose, chico. Oponiéndome a Gea, trabajando a espaldas de Júpiter, protegiendo a tus amigos. ¡Es un trabajo muy costoso! Si también hubiera tenido que protegerte de los monstruos de Gea y los planos y todo, y mantenerte escondido de tus amigos del este durante todo el rato... No, mucho mejor mantenerte seguro durmiendo. Habrías sido una distracción, una bala perdida.

—Una distracción—. Percy sintió el agua alzándose con su furia—. Una bala perdida.

—Exacto. Me alegro de que lo entiendas.

Percy envió una ola directa a la anciana, pero Juno simplemente desapareció y se materializó más lejos en la costa.

—Cielo—dijo—, estás de muy mal humor. Pero sabes que hice lo correcto. Tu tiempo aquí ha sido el perfecto. Confían en ti. Eres el héroe de Roma. Y mientras dormías, Jason Grace se ha ganado la confianza de los griegos. Han tenido tiempo para construir el Argo II. Juntos, tú y Jason uniréis los campamentos.

—¿Por qué yo? —pidió Percy—. Tú y yo nunca nos hemos llevado bien. ¿Por qué querrías una bala perdida en tu equipo?

—Por que te conozco, Percy Jackson. De muchas maneras, eres impulsivo, pero cuando es por tus amigos, eres constante como la aguja de una brújula. Eres inquebrantablemente leal e inspiras lealtad. Eres el pegamento que unirá a los siete.

—Genial—dijo Percy—. Siempre quise ser el pegamento.

Juno hizo crujir sus dedos.

—¡Los héroes del Olimpo deben unirse! Después de tu victoria sobre Cronos en Manhattan, bueno, me temo que eso hirió la autoestima de Júpiter.

—Porque yo tuve razón—dijo Percy—, y él no.

La anciana se estremeció.

—¡Debería estar acostumbrado a eso, tras tantos eones casado conmigo, pero no! mi orgulloso y obstinado marido rechaza preguntar a simples semidioses para ayudarlo de nuevo. Cree que los gigantes pueden ser vencidos sin vosotros y que Gea puede ser forzada a retroceder. Yo lo sé bien. Pero debes probarte a ti misma. Solo

navegando hacia las tierras ancestrales y cerrando las Puertas de la Muerte convenceréis a Júpiter de que valéis la pena para luchar lado a lado contra los dioses. ¡Será la mayor expedición desde que Eneas huyó de Troya!

—¿Y si no tenemos éxito? —dijo Percy—. ¿Y si los romanos y los griegos no se llevan bien?

—Entonces Gea habrá ganado. Te digo esto, Percy Jackson: la que causará más problemas es la más cercana a ti, la que más me odia.

—¿Annabeth? —Percy sintió su ira crecer—. Nunca te ha gustado. ¿Ahora la llamas liante? No la conoces del todo. Es la persona que más quiero tener a mis espaldas. La diosa sonrió, secamente.

—Ya veremos, joven héroe. Tiene una dura tarea a la que enfrentarse cuando lleguéis a Roma. Si está lista para ella... lo desconozco.

Percy convocó una oleada de agua y la hizo estallar contra la anciana. Cuando la ola retrocedió, se había ido.

El río se descontroló, ignorando la voluntad de Percy, y éste se hundió en la oscuridad del río.

CAPITULO LII

PERCY

A LA MAÑANA SIGUIENTE, PERCY, HAZEL Y FRANK desayunaron pronto y marcharon a la ciudad antes de que el senado se reuniera. Dado que Percy ahora era pretor, podía ir allí por dónde y cuándo quisiera.

De camino, pasaron por los establos, dónde Tyson y la Señorita O'Leary estaban durmiendo. Tyson roncaba en una cama de heno cerca de los unicornios, con una expresión placentera en su cara como si estuviera soñando con ponis. La señorita O'Leary daba vueltas sobre su espalda y se cubría las orejas con sus patas. En el techo del establo, Ella leía con avidez un montón de pergaminos antiguos romanos, con su cabeza entre sus alas.

Cuando llegaron al foro, se sentaron en la fuente y miraron el sol salir. Los ciudadanos estaban atareados barriendo los pasteles falsos, el confeti, y los gorros de fiesta de la celebración de la noche anterior. El cuerpo de ingenieros estaba trabajando en un arco que conmemoraría la victoria sobre Polibotes.

Hazel dijo que incluso había oído hablar sobre un “triumfo” formal para los tres, un desfile por la ciudad seguidos por una semana de juegos y celebraciones, pero Percy sabía que nunca tendrían oportunidad. No tenían tiempo.

Percy les contó su sueño con Juno.

Hazel frunció el ceño.

—Los dioses estuvieron atareados anoche. Enséñaselo, Frank.

Frank rebuscó entre el bolsillo de su abrigo. Percy creyó que sacaría el leño quemado, pero en vez de eso, sacó un fino libro con una nota escrita con letras rojas.

—Estaban en mi almohada esta mañana—se lo pasó a Percy—. Como si me hubiera visitado el ratoncito Perez.

El libro era “El Arte de la Guerra” por Sun Tzu. Percy nunca había oído hablar de él, pero podía adivinar quién se lo había mandado. La nota decía: “Buen trabajo, chico. La mejor arma de un hombre es su mente. Este era el libro favorito de tu madre. Échale un ojo. Postdata: Espero que tu amigo Percy haya aprendido un poco de respeto hacia mí.”

—Guau—Percy le devolvió el libro—. Quizá Marte sí sea distinto de Ares. No creo que Ares sepa reír.

Frank ojeó las páginas.

—Hay muchas cosas aquí sobre el sacrificio, conociendo el coste de la guerra. En Vancouver, Marte me dijo que tenía que poner mi deber por delante de mi vida o la guerra entera se iría a pique. Creía que se refería a liberar a Tánatos, pero ahora... no lo sé. Sigo vivo, quizá algo peor esté por venir.

Miró con nervios a Percy, y Percy tuvo la sensación de que Frank no se lo estaba contando todo. Se preguntó si Marte le había dicho algo sobre él, pero Percy no estuvo seguro de si quería saberlo.

Además, Frank ya había tenido suficiente. Había visto su casa arder, había perdido a su madre y a su abuela.

—Arriesgaste tu vida—dijo Percy—. Estuviste dispuesto a arder en esta misión. Marte no puede esperar más de ti.

—Quizá—dijo Frank, dubitativo.

Hazel apretó la mano de Frank.

Parecían mucho más cómodos juntos aquella mañana, no como antes que estaban nerviosos e incómodos. Percy se preguntó si habrían comenzado a salir. Esperaba que sí, pero decidió que sería mejor no preguntar.

—Y tú, ¿Hazel? —preguntó Percy—. ¿Plutón te ha dicho algo?

Bajó la mirada. Varios diamantes salieron del suelo a sus pies.

—No—admitió—. De alguna manera, creo que me ha enviado un mensaje a través de Tánatos. Mi nombre no estaba en la lista de almas fugadas, cuando lo debería haber estado.

—¿Crees que tu padre te dio un pase? —preguntó Percy.

Hazel se encogió de hombros.

—Plutón no puede visitarme o hablarme sin admitir que sigo viva. Entonces tendría que reforzar las leyes de la muerte y tendrá que obligar a Tánatos a llevarme de nuevo al Inframundo. Creo que mi padre está haciendo la vista gorda. Creo... creo que quiere que encuentre a Nico.

Percy miró al amanecer, esperando ver un barco de guerra descendiendo del cielo. Pero, no había nada.

—Encontraremos a tu hermano—le prometió Percy—. En cuanto el barco llegue, navegaremos hacia Roma.

Hazel y Frank intercambiaron miradas nerviosas, como si ya hubieran hablado sobre aquello.

—Percy...—dijo Frank—. Si quieres que vayamos, iremos. Pero, ¿estás seguro? Me refiero... sabemos que tienes miles de amigos en el otro campamento. Y ahora podrías escoger a cualquiera del Campamento Júpiter. Si no formamos parte de los siete, entenderemos que...

—¿Bromeáis? —dijo Percy—. ¿Creéis que voy a dejar a mi equipo atrás? ¿Después de haber sobrevivido al germen de trigo de Fleecy, de haber corrido delante de unos caníbales, de escondernos tras un gigantesco trasero azul en Alaska? ¡Vamos, hombre!

La tensión se rompió. Los tres comenzaron a reír, quizá un poco demasiado, pero era un alivio estar vivo, con el brillo y el calor del sol sin preocuparse, al menos por el momento, sobre caras siniestras apareciendo en las sombras de las colinas.

Hazel respiró hondo.

—La profecía que dijo Ella, sobre una hija de la sabiduría, y la marca de Atenea ardiendo a través de Roma... ¿sabes de qué va?

Percy recordó su sueño. Juno le había advertido que Annabeth tenía un trabajo difícil por hacer, y que sería la que causara más problemas para la misión. No podía creérselo, pero aún así... le preocupaba.

—No estoy seguro—admitió—. Creo que hay más de esa profecía. Quizá Ella pueda recordar el resto de ella.

Frank se metió el libro en su bolsillo.

—Tenemos que llevarla con nosotros, me refiero, por su propia seguridad. Si Octavian descubre que Ella ha memorizado los Libros de la Sibila...

Percy se estremeció. Octavian usaría las profecías para mantener su poder sobre el campamento. Ahora Percy le había quitado su oportunidad de pretor, Octavian buscaría otras maneras de ejercer influencia. Si descubría lo de Ella...

—Tienes razón—dijo Percy—. Tenemos que protegerla. Espero que podamos convencerla...

—¡Percy! —Tyson llegó corriendo por el foro con Ella revoloteando a su alrededor con un pergamino en sus garras. Cuando alcanzaron la fuente, Ella dejó caer el pergamino en el regazo de Percy.

—Envío especial—dijo—. De un aura, un espíritu del viento. Sí, Ella tiene un envío especial.

—¡Buenos días, hermanos! —Tyson tenía heno en su pelo y mantequilla de cacahuete en sus dientes—. El pergamino es de Leo. Es divertido y bajito. El pergamino no parecía nada raro, pero cuando Percy lo extendió por su regazo, una grabación de vídeo parpadeó en el pergamino. Un chico vestido con una armadura griega les sonreía. Tenía una cara traviesa, el pelo rizado y negro, y unos ojos alocados, parecía haberse tomado unas cuantas tazas de café. Estaba sentado en una habitación oscura con paredes de madera como el interior de un barco. Unas lámparas de aceite colgaban a un lado y a otro del techo. Hazel ahogó un grito.

—¿Qué? —preguntó Frank— ¿Qué pasa?

Poco a poco, Percy se dio cuenta de que el chico con el pelo rizado le era familiar, y no solo de sus sueños. Había visto su cara en una foto antigua.

—¡Eh! —dijo el chico en el vídeo—. Saludos de vuestros amigos del Campamento Mestizo, etcétera. Soy Leo. Soy el...—miró fuera de cámara y gritó: —¿Cuál es mi título? Soy algo así como el almirante, el capitán, o...?

Una chica le devolvió el grito:

—El chico de las reparaciones.

—Muy gracioso, Piper—gruñó Leo. Se volvió a cámara—. Sí, bueno... soy... el...comandante supremo del Argo II. ¡Sí, me gusta eso! De todas formas, vamos a navegar hacia vosotros en unos, no sé, un par de horas en este gigantesco barco de guerra. Os lo agradeceríamos si no nos, bueno, nos quitáis del cielo a cañonazos y esas cosas. ¡Así que, bueno! Si pudierais decírselo a los romanos... Gracias. Nos vemos pronto. Vuestros queridos amigos semidioses y todo eso. Paz.

El pergamino se apagó.

—No puede ser—dijo Hazel.

—¿Qué? —preguntó Frank—. ¿Conoces a ese chico?

Hazel parecía haber visto un fantasma. Percy entendió por qué. Recordó la fotografía en la casa abandonada de Hazel en Seward. El chico del barco era exactamente igual que el antiguo novio de Hazel.

—Es Sammy Valdez—dijo—. Pero, ¿cómo?

—No puede ser—dijo Percy—. Ese chico se llama Leo. Y han pasado setenta y pico años. Tiene que ser una...

Quiso decir "coincidencia", pero no podía creérselo ni él. Después de haber vivido lo que había vivido y haber visto tantas cosas: destino, profecía, magia, monstruos...

Pero nunca se había topado con una coincidencia.

Fueron interrumpidos por unos cuernos sonando en la distancia. Los senadores llegaron desfilando al foro con Reyna guiándoles.

—Es la hora de la asamblea—dijo Percy—. Vamos. Tenemos que advertirles sobre el barco de guerra.

—¿Por qué deberíamos confiar en los griegos? —decía Octavian.

Había estado paseándose por el senado durante cinco minutos, de un lado para otro, intentando asimilar lo que le había dicho Percy sobre el plan de Juno y la Profecía de los Siete.

El senado se mantenía en silencio, pero muchos tenían miedo de interrumpir a Octavian mientras estaba discurrendo. Mientras tanto, el sol se alzaba en el cielo, brillando a través del techo roto del senado dándole un foco de luz natural a Octavian. La Casa del Senado estaba llena. La Reina Hylla, Frank y Hazel estaban sentados al frente de la fila con los senadores. Los veteranos y los fantasmas llenaban las filas posteriores. Incluso a Tyson y Ella les habían permitido estar presentes al fondo. Tyson no dejaba de saludar y sonreír a Percy.

Percy y Reyna ocupaban los asientos de pretores en la tarima, lo que le hacía a Percy sentirse un tanto acomplejado. Parecer digno de ocupar aquél lugar vistiendo una sábana y una capa morada no era fácil.

—El campamento está seguro—siguió Octavian—. ¡Yo fui el primero en felicitar a nuestros héroes por traer de vuelta el águila de la legión y tanto oro imperial! Hemos sido bendecidos con muy buena suerte. ¿Pero por qué más? ¿Para qué tentar al destino?

—Me alegro de que preguntes—Percy se levantó, aprovechando la pregunta. Octavian balbuceó.

—Yo no...

—...formaste parte de la misión—dijo Percy—, lo sé. Y si me permites decirlo, yo sí. Algunos senadores se rieron por lo bajo. Octavian no pudo hacer nada más que sentarse e intentar no parecer avergonzado.

—Gea está despertando—dijo Percy—. Hemos vencido a dos de sus gigantes, pero ese es solo el comienzo. La guerra de verdad tendrá lugar en las tierras ancestrales de los dioses. La misión nos llevará a Roma, y luego a Grecia.

Una oleada incómoda se extendió por el senado.

—Lo sé, lo sé—dijo Percy—. Siempre habéis creído que los griegos son vuestros enemigos. Pero creo que tenéis una buena razón para pensarlo, creo que los dioses nos han mantenido separados a ambos campamentos, porque cada vez que nos encontramos, luchamos. Pero eso puede cambiar. Tiene que cambiar si queremos vencer a Gea. Eso es lo que significa la Profecía de los Siete. Siete semidioses, griegos y romanos, tendrán que cerrar las Puertas de la Muerte juntos.

—¡Ja! —gritó un lar de la fila del fondo—. La última vez que un pretor intentó interpretar la Profecía de los Siete, fue Michael Varus, que perdió nuestra águila en Alaska. ¿Por qué deberíamos creerte?

Octavian sonrió. Algunos de sus aliados en el senado comenzaron a asentir y a murmurar. Incluso algunos de los veteranos parecían incómodos.

—Llevé a Juno a través del Tíber—les recordó Percy, hablando lo más serio que pudo—. Ella me dijo que la Profecía de los Siete se avecinaba. Marte también se os apareció en persona. ¿No creéis que vuestros dos dioses más importantes no aparecerían en el campamento si la situación no fuera importante?

—Tiene razón—dijo Gwen en la segunda fila—. Yo, confío en la palabra de Percy. Griego o no, ha restaurado el honor de la legión. Ya le visteis en el campo de batalla anoche. ¿Alguien se atrevería a decir que no es un verdadero héroe de Roma? Nadie discutió. Algunos asintieron, estando de acuerdo.

Reyna se levantó. Percy la miró, con ansia. Su opinión podría cambiarlo todo, a mejor o a peor.

—Dices que es una misión combinada—dijo—. Dices que Juno pretende que trabajemos juntos con esos, ese otro grupo del Campamento Mestizo. Aunque los griegos han sido enemigos nuestros durante eones. Son conocidos por sus engaños. —Quizá—dijo Percy—. Pero los enemigos pueden convertirse en amigos. Hace una semana, ¿me habrías creído si os digo que los romanos y las amazonas habrían luchado codo con codo?

La Reina Hylla rió.

—Tiene razón.

—Los semidioses del Campamento Mestizo ya han trabajado junto al Campamento Júpiter—dijo Percy—. No nos dimos cuenta. Durante la Titanomaquia del último verano, mientras estabais atacando el Monte Othrys, nosotros estábamos defendiendo el monte Olimpo en Manhattan. Luché contra Cronos en persona. Reyna retrocedió, y casi se tropezó con su toga.

—Tú, ¿qué?

—Sé que es difícil de creer—dijo Percy—. Pero creo que me he ganado vuestra confianza. Estoy de vuestro lado. Hazel y Frank, quieren ir conmigo a esta misión. Los otros cuatro vienen de camino del Campamento Mestizo ahora mismo. Uno de ellos es Jason Grace, vuestro antiguo pretor.

—¡Oh, vamos! —gritó Octavian—. Está liando las cosas.

Reyna frunció el ceño.

—Es mucho que creer. ¿Jason va a volver con un puñado de semidioses griegos? Dices que van a aparecer en el cielo con un barco de guerra altamente armado, pero que no nos deberíamos preocupar.

—Sí—Percy miró hacia las filas, nervioso, dudando de los espectadores—. Dejadles aterrizar. Escuchadles. Jason respaldará todo lo que os estoy diciendo. Lo juro por mi vida.

—¿Por tu vida? —Octavian miró con persuasión al senado—. Recordaremos eso, si resulta ser un engaño.

Como en respuesta, un mensajero llegó corriendo a la Casa del Senado, tosiendo como si hubiera corrido desde el campamento:

—¡Pretores! Lamento interrumpir, pero nuestros vigías han avistado un...

—¡Barco! —dijo Tyson, alegre, señalando el agujero en el tejado—. ¡Yuju!

Por supuesto, un barco de guerra griego apareció entre las nubes, a una media milla, descendiendo hacia la casa del Senado. Al acercarse, Percy pudo ver los escudos de bronce brillando a ambos lados, con las velas hinchadas y un mascarón de proa que le era muy familiar, con la forma de un dragón metálico. En el mástil más alto, una gran bandera blanca ondeaba al viento.

El Argo II. Era el barco más increíble que había visto.

—¡Pretores! —gritó el mensajero—. ¿Cuáles son sus órdenes?

Octavian se puso en pie.

—¿Necesitas preguntar? —su cara estaba roja de rabia. Estaba destrozando un osito de peluche—. ¡Los augurios son horribles! Esto es un truco, un engaño. ¡Temed de los regalos de los griegos!

Señaló con el dedo a Percy.

—Sus amigos están atacando con un barco de guerra. ¡Les ha traído aquí! ¡Debemos atacar!

—No—dijo Percy, firmemente—. Me habéis escogido como pretor por una razón. Lucharé para defender este campamento con mi vida. Pero esos no son enemigos. Yo

digo que nos mantengamos firme, pero no ataquéis. Dejadles aterrizar. Dejadles hablar. Si es un truco, lucharé a vuestro lado, igual que hice la noche anterior. Pero no es un truco.

Todos los ojos se giraron hacia Reyna.

Ella estudió el barco de guerra acercándose. Su expresión se endureció. Si ella vetaba las órdenes de Percy... bueno, no sabía qué podría pasar. Caos y confusión, como mucho.

Seguramente, los romanos seguirían a su líder. Había sido líder mucho más que Percy.

—No disparéis—dijo Reyna—. Pero tened a la legión preparada. Percy Jackson ha sido elegido pretor por vuestra voluntad. Confiaremos en su palabra, a no ser que nos dé una razón obvia para no hacerlo. Senadores, pospongamos nuestra asamblea para más tarde y vayamos al encuentro de... nuestros nuevos amigos.

Los senadores se agolparon fuera del auditorio, o bien por emoción o por miedo.

Tyson corrió detrás de ellos, gritando:

—¡Yuju! ¡Yuju! —con Ella revoloteando alrededor de su cabeza.

Octavian le echó una mirada de disgusto a Percy, entonces dejó caer su osito de peluche y siguió a la multitud.

Reyna agarró el hombro de Percy.

—Te apoyo, Percy—dijo—. Confío en tu juicio. Pero por nuestra seguridad, espero que podamos mantener la paz entre nuestros campistas y tus amigos griegos.

—Lo haremos—le prometió—. Ya verás.

Ella miró al barco de guerra. Su expresión se llenó de esperanza.

—Dices que Jason está abordo... eso espero. Le echo de menos.

Marchó hacia el exterior, dejando a Percy solo con Hazel y Frank.

—Van a aterrizar justo en el foro—dijo Frank, nervioso—. A Término le va a dar un ataque de corazón.

—Percy—dijo Hazel—, lo has jurado por tu vida. Los romanos se toman muy en serio eso. Si algo va mal, aunque sea por accidente, Octavian te matará. ¿Lo sabes, verdad?

Percy sonrió. Sabía que había mucho en juego. Sabía que aquél día podría ir terriblemente mal. Pero también sabía que Annabeth estaba en aquél barco. Si las cosas iban bien, podría ser el mejor día de su vida.

Le pasó un brazo alrededor del hombro de Hazel y otro alrededor del de Frank.

—Vamos—dijo—, permitidme presentaros a mi otra familia.

GLOSARIO

ABSURDUS: fuera de lugar, discorde.

ACERO ESTIGIO (en latín *STYCIUM FERRUM*): como el bronce celestial y el oro imperial, es un metal mágico capaz de matar monstruos.

ALCIONEO (en latín *ALCIONEUS*): el mayor de los gigantes nacidos de Gea, destinado a luchar contra Plutón.

AMAZONAS (en latín *AMAZONES*): una nación de guerreras.

ANAKLUSMOS : contracorriente. El nombre de la espada de Percy Jackson.

ANFITEATRO (en latín *AMPHITHEATRUM*): edificio público de forma circular más o menos ovalada, llamado así porque tiene la forma de dos teatros encarados. En este lugar se celebraban las luchas de gladiadores (*munera*) , las cacerías (*venatione*) y las naumaquia, un tipo de representaciones de luchas navales. El ejemplo más conocido es el Anfiteatro Flavio o Coliseo en la ciudad de Roma.

AQUILES (en latín *ACHILLES*): el más grande de los semidioses griegos que luchó en la Guerra de Troya.

ARGENTUM: del latín, plata.

ARGONAUTAS (en latín *ARGONAUTAE*): una banda de héroes griegos que acompañaron a Jasón en su búsqueda para encontrar al Vello de Oro. Su nombre viene de su barco, el Argo, que fue llamado así por su constructor, Argus.

ARIÓN (en latín *ARIOM*): fabuloso caballo alado de pezuñas negras que poseía el don de la palabra y la inmortalidad. Hijo de Deméter y Poseidón, hermano de la diosa Despoina

ASAMBLEA (en latín *CONVENTUS*): inspección militar formal.

AUGUR (plural *AUGURES*): sacerdotes de la Antigua Roma que practicaban la adivinación.

AUGURIO: una señal de que algo va a pasar, un presagio, la práctica de la adivinación del futuro.

AURA: espíritus del viento invisibles.

AURUM: del latín, oro.

BALLESTA DE ESCORPIÓN: misil romano que lanzaba un gran número de proyectiles a un punto distante.

BASILISCO (en latín *BASILISCUS*): serpiente, literalmente: pequeña corona.

BELEROFONTE (en latín *BELLEROPHONTEM*): semidiós griego, hijo de Poseidón, que luchó contra los monstruos montado en Pegaso.

BELONA (en latín *BELLONA*): diosa romana de la guerra.

BIZANCIO (en latín *BIZANTIUM*): el imperio del este que duró otros mil años después de la caída de Roma, bajo la influencia griega.

BRONCE CELESTIAL (en latín *CAELESTIS AES*): un metal raro que es letal para los monstruos.

CAMPOS DE ASFÓDELO (en latín *AGRI ASPHODELUM*): sección del Inframundo donde las almas de la gente que compaginó la maldad con la bondad descansan.

CAMPOS DE CASTIGO (en latín *AGRI POENARUM*): sección del Inframundo donde las almas malvadas son eternamente torturadas.

CAMPOS ELISEOS (en latín *ELYSIUM*): el final lugar de descanso de las almas heroicas y virtuosas en el Inframundo.

CARDO (plural CARDINES): vías o calles que llevaban del norte al sur de la ciudad romana.

CARDO MAXIMUS: vía o calle central que cruzaba la ciudad de norte a sur. En el cruce con el decumanus maximus se localizaba el fórum.

CARONTE (en latín CHARON): barquero de Hades que lleva las almas de los recién fallecidos a través del Río Estigio y el Aqueronte, que divide el mundo de los muertos y de los vivos.

CASTRA IOVIS: en latín, Campamento Júpiter.

CENTAURO (en latín CENTAURUS): raza de criaturas mitad humano, mitad caballo.

CENTURIÓN (en latín CENTURIO): un oficial del ejército romano.

CERBERO (en latín CERBERUS): un perro de tres cabezas que protege las puertas del Inframundo.

CERES: diosa romana de la agricultura.

CÍCLOPES (en latín CYCLOPES): miembros de una raza de gigantes que sólo tienen un ojo en el centro de su frente.

CINTURÓN DE LA REINA HIPÓLITA (en latín BALTEUS REGINAE HYPPOLITAE): Hipólita vestía un cinturón dorado, regalo de su padre, Ares, que significaba el poder y la realeza de las amazonas y concedía la fuerza de Hipólita.

CIRCO: el circo romano era una construcción de forma ovalada rodeada de *caveae* (gradas). Estaba formada por la *arena* que estaba dividida por la *spina*. Estaba destinado a carreras de caballos, cuadrigas y espectáculos en conmemoración del Imperio.

COGNOMEN: tercer nombre.

COHORTE (en latín COHORS): una unidad militar romana. La décima parte de una legión.

CÓNSUL (en latín CONSUL): El cónsul era el magistrado de más alto rango de la República de Roma.

DECUMANUS (plural DECUMANI): vía o calle que tenía orientación este-oeste de las ciudades romanas.

DECUMANUS MAXIMUS: vía o calle principal que cruzaba la ciudad romana este-oeste. En su cruce con el cardo maximus se situaba el fórum.

DENARIO (en latín DENARIUS): la moneda más corriente durante el Imperio Romano.

DRACMA: la moneda de plata de la antigua Grecia.

EREBO (en latín EREBUS): un lugar de oscuridad entre el Inframundo y la Tierra.

ESCULAPIO (en latín AESCULAPIUS): dios romano de la medicina y de la curación.

FAUNO (en latín FAUNUS): un dios de los bosques romano, mitad cabra y mitad hombre. El equivalente griego son los sátiros.

FINEO (en latín PHINNEAS): hijo de Poseidón, quién le concedió el don de la profecía. Cuando reveló demasiados planes de los dioses, Zeus le castigó con la ceguera.

FORTUNA: diosa romana de la buena suerte y la fortuna.

FORUM: plaza central de las ciudades romanas que se situaba en el centro de la ciudad, justo dónde se cruzaban el decumanus maximus y el cardo maximus.

FULMINATA: armada con relámpago. Una legión romana fundada por Julio César cuyo emblema es el relámpago (*fulmen*).

GEA: la diosa de la tierra, madre de los gigantes, cíclopes y otros monstruos. Conocida por los romanos como Terra.

GEGENES: monstruos nacidos de la tierra.

GLADIUS: una espada corta.

GORGONAS (en latín GORGONAE): tres monstruosas hermanas (Esteno, Euríale y Medusa) cuyo pelo son serpientes vivas y venenosas. Los ojos de Medusa pueden volver a cualquiera que los observe en piedra.

GRAECUS: griego, enemigo, extranjero.

GRISGRÍS: un amuleto vudú que protege del mal o trae buena suerte.

GUERRA DE LAS GALIAS (en latín BELLUM GALLICUM): fue un conflicto militar librado entre Julio César y las tribus galas entre el año 58 a.C. y el 51 a. C. En el curso de las mismas la República Romana sometió a la Galia, extenso país que llegaba desde el Mediterráneo hasta el Canal de la Mancha. La Guerra de las Galias culminó en la Batalla de Alesia el 52 a.C., donde los romanos pusieron fin a la resistencia organizada de los galos. Esta decisiva victoria romana supuso la expansión de la República romana sobre todo el territorio galo.

GUERRA DE TROYA (en latín BELLUM TROIANUM): la guerra que fue emprendida contra la ciudad de Troya después de que Paris de Troya secuestrara a Helena de Esparta de su marido, Menelao, rey de Esparta. Fue comenzada tras el juicio entre las diosas Atenea, Hera y Afrodita.

GUERRAS PÚNICAS (en latín BELLA PUNICA): una serie de tres guerras que enfrentó a Roma con Cartago que acabó con la derrota y destrucción de Cartago hasta que el emperador Augusto la reconstruyó como ciudad romana. En la literatura clásica las justifican con el romance fallido entre Eneas (patriarca de Roma) y Dido (reina de Cartago).

HARPÍA (en latín HARPAGO): una criatura femenina alada que agarra cosas.

HÉRCULES: el Equivalente griego de Herácles. Hijo de Júpiter y Alcmena. Nació con una grandiosa fuerza.

HIPERBÓREOS: gigantes pacíficos del norte.

ICOR: sangre dorada de los inmortales.

IRIS: diosa del arco iris.

IULIA: nombre en latín. Nombre femenino de *Iulius*. En castellano equivaldría a Júlia.

JUNO: diosa romana de las mujeres, el matrimonio, la fertilidad. Esposa y hermana de Júpiter, madre de Marte. Equivalente griego: Hera.

JÚPITER: rey romano de los dioses. También llamado Júpiter Optimus Maximus (el mejor y el más grande). Equivalente griego: Zeus.

KARPOI: espíritus del grano.

LAR: dios del hogar, espíritu ancestral (en plural es lares).

LEGIÓN (en latín LEGIO): unidad mayor del ejército romano, consiste en una infantería y en tropas de caballería.

LEGIO XII FULMINATA: (duodécima legión «relámpago») conocida como *Paterna, Victrix, Antiqua, Certa Constans* y *Galliena*, formada por Julio César en el año 58 a. C. y que le acompañó durante la Guerra de las Galias hasta el 49 a. C. El emblema de la legión era un rayo. En siglos posteriores pasó a llamarse de forma vulgar pero incorrectamente la *Legio Fulminatrix*, la legión fulminadora.

LEGIONARIO: miembro de la legión.

LESTRIGONES (en latín LAESTRYGONES): gigantes caníbales del norte, posiblemente el origen de la leyenda del Sasquatch.

LIBERALIA: festival romano en el que se celebra el paso de un chico a la edad adulta.

LIBROS DE LA SIBILA (en latín *LIBRI SYBILLAE*): una colección de profecías en verso escritas en griego. Tarquinio Superbo, un rey de Roma, las obtuvo de una profetisa llamada Sibila y los consultaba en tiempos de mucho peligro.

LUPA: loba sagrada romana que crió a los dos gemelos fundadores de Roma, Rómulo y Remo.

MAGISTRATURA (en latín *IUDICIARIA*): dignidad, cargo y conjunto de atribuciones con las cuales se inviste a un ciudadano para que desempeñe determinadas funciones relacionadas con la administración y dirección política de la ciudad, los **magistrados**.

MARDÍ GRAS (en latín *CRASSUS MARTIS DIES*): el carnaval que se celebra en Nueva Orleans, Luisiana y Mobile, Alabama (EEUU). Su nombre deriva del francés, que se traduce directamente al español como “martes graso”, pero se denomina tradicionalmente como “Martes de Carnaval”. Se celebra el día antes del Miércoles de Ceniza. Mardi Gras es propiamente el desfile que tiene lugar el último día, aunque muchas veces, se le asocia con toda la temporada. Durante el Mardi Gras la gente “tiene permiso” de comer en exceso y de usar máscaras para poder dar rienda suelta a los instintos carnales sin ser reconocidos.

MARTE (en latín *MARS*): dios romano de la guerra, también llamado Marte Ultor. Patrón del Imperio, padre divino de Rómulo y Remo. Su Equivalente griego es Ares.

MINERVA: diosa romana de la sabiduría. Su Equivalente griego es Atenea.

MONTE OTHRYS: la base de los titanes durante la guerra de diez años contra los dioses olímpicos. También es el cuartel general de Saturno.

NEBULAE: ninfas de las nubes.

NEPTUNO: dios romano del mar. Equivalente griego: Poseidón.

NIEBLA (en latín *NEBULA*): fuerza mágica que disfraza a las cosas de los mortales.

NOMEN: segundo nombre.

ORO IMPERIAL (en latín *AURUM IMPERIALI*): un metal raro mortal a los monstruos, consagrado en el Panteón. Su existencia estaba secretamente guardada con los emperadores.

OTRERA: primera reina de las amazonas. Hija de Ares.

PALLIUM: una manta o vestido llevado por los romanos.

PANTEÓN: templo de todos los dioses en la Antigua Roma.

PANTESILEA: reina de las amazonas, hija de Ares y Otrera, otra reina amazona.

PERICLÍMENO: príncipe griego de Pilos e hijo de Poseidón, que le concedió el don de cambiar de metamorfosearse. Fue conocido por su fuerza y por su participación en el viaje de los argonautas.

PILUM: lanza romana.

PLUTÓN: dios romano de la muerte y de los ricos. Equivalente griego: Hades.

POLIBOTES: gigante hijo de Gea, la Madre Tierra.

POMERIUM: frontera de la ciudad. También llamada ‘línea pomeriana’.

PRAENOMEN: primer nombre.

PRETOR (en latín *PRAETOR*): magistrado romano escogido y comandante del ejército.

PRÍAMO: rey de Troya durante la Guerra de Troya.

PRINCIPIA: cuarteles generales del campamento romano.

PROBATIO: período de prueba para un nuevo recluta en la legión.

PUGIO: daga romana.

RETIARIUS: gladiador romano que luchaba con una red y un tridente.

RÍO ESTIGIO (en latín *STYX FLUMEN*): río que hacía de frontera entre la Tierra y el Inframundo.

RÍO TÍBER (en latín *TIBERIS FLUMEN*): el tercer río más largo de Italia. Roma fue fundada a sus orillas. En la antigua Roma los criminales eran ejecutados siendo lanzados a ese río.

RÓMULO Y REMO: hijos gemelos de Marte y de la sacerdotisa Rhea Silvia que fueron lanzados al río Tíber por su padre humano, Amulio. Fueron rescatados y criados por una loba y, una vez adultos, fundaron Roma.

SATURNO: dios romano de la agricultura y la cosecha. Hijo de Urano y Gea y padre de Júpiter. Equivalente griego: Cronos.

SENATUS POPULUSQUE ROMANUS (SPQR): El senado y el pueblo de Roma. Se refiere al gobierno de la República Romana y que fue usado como emblema de Roma.

SOMBRAS (en latín *UMBRAE*): espíritus.

SPARTUS: esqueleto de un guerrero.

SPATHA: una espada de caballería.

TÁNATOS: dios griego de la muerte. Su equivalente romano es Leto.

TÁRTARO (en latín *TARTAR*): marido de Gea, espíritu del abismo, padre de los gigantes, también es la región más baja del mundo.

TÉRMINO: dios romano de los límites y las fronteras.

TOGA: vestimenta distintiva consistente en una larga tela de alrededor de 6 metros de longitud. Se lleva enrollada alrededor del cuerpo de una manera especial, generalmente colocada sobre una túnica.

TRIRREME (en latín *TRIREMIS*): tipo de barco de guerra.

TRIUNFO (en latín *TRIUMPHUS*): celebración ceremonial de los generales romanos y sus tropas en celebración de una gran victoria militar.